LA BELDACA – ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO

CAP. 1

El mar no tiene aún coloración celeste. Parece a veces, tenuemente dorado, tenuemente gris, tenuemente negro. Arriba, en el cielo, se ha abierto una hendidura. Poco a poco, se alarga. Luego, se redondea a los labios. Es ya ovalada. Es un plato de luz esa hendidura. No hay más ruidos que el del agua, sin colores precisos, que choca impaciente contra algo, algo que puede ser una piedra. Sobre la arena, es leve el mar que apenas se siente un susurrar de bronce, un largo chasquido de lengua.

Pero ya no se ven las lucecitas al reventar las olas, ni el reguero de plata que deja un pez al saltar. Ya no se ve ese negro apretado del mar en las noches oscuras.

Por el plato de luz se van filtrando rayos dorados. En un instante, parece una porcelana mirada al trasluz. Después, es más claro. Se rompen las líneas de la figura ovalada: el plato se ha hecho astillas.

Afuera, no muy lejos de la arena, se mece la silueta de una barca. Tiene dos palos. La cadena del ancla está templada. Un farol amarrado a la jarcia derecha del trinquete es la única luz de la balandra.

Allá, como si fuera en pleno mar, se enciende y se apaga, una y otra vez, el faro de La Punta. La Bahía se redondea y va a salir después -muy afuera- la punta de Santa Elena. Es una sombra apenas toda esa costa que deja contemplar el amanecer. Por el faro hay rocas. Grandes piedras que resisten al mar. Si uno se acerca por allí, percibe el estruendo de las aguas agitadas. Parece que el mar habla y que las piedras, en un mutismo absoluto, rechazan las palabras. Son peligrosos esos sitios: hay corrientes tan fuertes; hay tantos remolinos; tanta espuma; tanto bramido; tanta roca, que se ha incrustado en el vientre de los barcos.

Caminando por tierra, se atraviesa la angosta faja de la península, y va uno a salir al otro lado. Es mar bravo. Así lo llaman todos. Primero, un cerro: allí está el faro que guía y que salva. Y bruscamente casi sin faldas, viene la planicie árida, seca, amarilla. Por el otro, arenas, con piedras también.

En el sitio de las rocas hay mucho ruido. Debe tener milenios ese ruido. Tantos como las piedras, como la arena, como las aguas. Pero el tiempo no le importa al mar. Él ha hecho su obra en un instante e ignora lo que vale un siglo. Como si emergiera de entre el fragor de las aguas, se ve "la Chocolatera". Es un enorme hueco rodeado de rocas y de gritos; de unas rocas pardas, blancas, negras, llenas de agujeros por los que penetran las espumas furiosas, y de unos gritos como compases al espasmo de las aguas que se estremecen allí dentro.

Si uno está de pie contemplando "La Chocolatera", la espuma, bramando, da saltos gigantes y moja los pies. Y si uno se halla solo, da un poco de temor esa especie de agravio que lanza el mar desde aquel hueco tan profundo.

A la derecha, un arco elevado es la obra perfecta del mar; obra acabada. Y lejos, hacia la inmensidad, hay una mano de piedra que apunta al horizonte.

Se ha caminado casi dos horas adentro. Ahora se presenta la pampa. La pampa fría, donde el viento se divierte. Cubriendo la lejanía, los cactus sin flores son siniestros. Y en la noche parecen manos desgarradas o cuellos largos de enfermos.

En medio de esa sabana pelada, sobre la sombra redonda que hace el sembrío de la sandía, se levanta una casucha de caña. Son cuatro palos flacos, unos travesaños que los aseguran y, encima, el piso hecho de tablas viejas. En las paredes -construidas de caña picada- sólo hay una ventana siempre abierta y una puerta sin hojas, que da acceso al único cuarto de la casa. Cuando más, en las noches de mucho viento, se cuelga algún trapo. El techo tiene paja y bijao. Un bijao que trajo la balandra de algún viaje de Esmeraldas.

Dentro del cuarto, en el ángulo derecho, hay una mesa sucia. La mesa tiene encima una vasija de barro, una piedra de moler y una hoja seca de maiz llena de manteca. En la esquina de la mesa, tres plátanos verdes parecen caerse. Y por todos lados, pepas negras de sandía y algún trozo de la carne rosada de la fruta.

Junto a la mesa hay un baúl. Sobre este, algo rojo: debe ser un traje de zaraza.

En el ángulo opuesto está el fogón lleno de cenizas. Se para sobre cuatro tablas delgadas, que tiene en la mitad un palo que las sujeta. Todo él es de madera. Sólo en los bordes hay algunas piedras de ladrillos. Sobre las cenizas apretadas, endurecidas, que cubren el hueco de madera, echan la leña que ha de arder. Un montoncito de sal encima de un ladrillo contrasta con lo pardo de las cenizas, de las piedras, de las tablas.

Cerca de la mesa, en sentido contrario al fogón, unos trapos colgados de alambres y piolas semejan un toldo. Algo que parece cuero está en el suelo. Trapos amontonados que sirven de frazadas y de almohadas. Olor de carne salada, de comida y de sandía. Pero hay otro amontonamiento: hay brazos y piernas: algún pecho colgante; y el cabello lacio, cabello cholo, negro y lustroso.

Y, por último, en un rincón, cuatro remos, una batea grande y el enorme chinchorro para la pesca.

El viento hace mover la casa. Se agitan los cuerpos, buscando un trozo más de tela con qué abrigarse.

Pero en la pampa todavía no amanece.

El canto de un gallo rompe el silencio.

- Jesús! Jesús! -se escucha debajo del toldo.
- Si yo ya estoy despierto.
- Ah… Ya cantó el gallo. Qué horas no más serían?
- Espérate. Voy a ver afuera

Un cuerpo sale casi a gatas. Luego, fuera del toldo se incorpora. Tiene las espaldas encorvadas. Se ajusta una piola en la cintura sosteniéndose los pantalones. Está descalzo. Solo lleva en el pecho una cotona blanca. Camina lentamente. Va a la ventana. Mira hacia el cielo. Dice:

- Las cuatro han de ser.

Ahora, en la ventana, puede vérsele el rostro. Es un viejito, con apenas cuatro pelos por barba y bigotes. Pero aún tiene abundante el cabello. Una que otra cana, muy rara, daña el negro de su cabeza lustrosa. No se le puede conocer la edad. Debe ser muy viejo. Los ojos pequeñitos están rodeados de mil arrugas. La frente también se pliega. Los cachetes le cuelgan algo. Y la boca se ha hecho diminuta, fruncida. Para mirar el cielo, se ha puesto la mano en la frente a modo de visera; una mano con las venas hinchadas, fuerte, musculosa. Al levantar el brazo se le ha rodado la manga de la cotona hasta más allá del codo y se le ve el ancho antebrazo macizo aún.

Atrás de él ha salido una vieja de pollera azul. La nariz le sobresale del rostro. Sin hablar va a la mesa. Busca en el cajón una cajeta de fósforos. Toma de una repisa un pedazo de vela de cebo que envuelve en un trapo y acomoda entre la leña. Después de un rato está aventando la leña que revienta en el fogón. Luego, hierve el agua en la vasija camina a pasos menudos.

- Ya, Jesús, el café.
- Asaste el verde, Juana?
- Allí no está?
- Ajá

El viejo toma su café a grandes sorbos. Mastica el plátano verde moviendo la boca de lado a lado. Mastica con fruición. Chasca la lengua. Luego del último sorbo, se limpia los labios con el brazo izquierdo.

Un quejido lo distrae. Se vuelve rápido.

- Vuelta, Juana?
- Así creo. Nos dejó dormir un poco…
- Juanita! Juanita!
- Papá?
- Qué te pasa, pues?
- Este… La barriga…

Después, otro quejido. Luego, unos minutos de silencio. se repite el dolor; pero ahora más intensamente.

- Ya se fregó la Juanita.
- Ahora sí que es cierto.
- Y yo que me voy
- No puedes mismo esperar hasta que acabe?
- Pero, Jesús, unas dos horitas…
- Ni creas. Hay que coger el viento de la madrugada. Después nos atrasamos lo menos un día para llegar a Manta. La balandra está ya bien cargadísima.
- Bueno, pues.
- Y ahora, que no va el patrón. Me ha confiado a mí La Beldaca. No te conté, pues?

- Sí, me dijiste que se ha casado don Armando.
- Ajá. Se ha ido para Salinas al hotel de don Carrillo. Está bien rico.
- Pero en ese viaje debes vos meter las manos. Vos vas solo.
- Yo no robo, Juana.
- Ah, Dios! Pero puedes hacer algún negocito tuyo…
- Veremos, pues.
- Y ahora, con lo de la Juanita, necesitamos más.
- Veremos, Juana
- Vos puedes traer algún contrabando.
- Veremos.
- Antes no me contestabas como todoy. Te acuerdas?
- Era otro tiempo. Ya estoy viejo. Ya ni sirvo.
- Por lo mismo, debes pensar en ganar para cuando no puedas, pues, trabajar.
- Dios verá. Pásame los fósforos.
- Anda, prende en la candela, porque no tengo más que dos palitos.

Se levanta el viejo y va al fogón. Allí se inclina con el cigarro en la boca. Chupa.

- Está bueno el cigarro.

La Juanita sigue quejándose. Llama a la madre. Se mete ésta debajo del toldo.

El viejo está arreglando un saco. Allí introduce algunas piedras de vestir y los papeles del zarpe. Todo está listo. Quiere llevar también la red que está allí amontonada y comienza a doblarla cuidadosamente. Parece increíble que él solo puede manejar una red tan grande, tan pesada. Se le enredan las piolas, pero el viejo, con paciencia, va desatando nudos y doblando pedazos hasta llegar a convertir el chinchorro en un bulto más o menos pequeño. Acomoda también la atarraya. Piensa que en Manta podrá pescar bastante. Luego, pone juntos todos los remos. Va a la ventana. De allí le hacen volver la cabeza con un grito:

- Jesús!
- Qué?
- Pásame el agua caliente.
- Toma, pues.
- Oye, tienes bastante leche la chiva?
- Sí. Yo la tantié ayer. Está llenecita.
- Está bueno.
- Caray, que se demoran! Como si no fuéramos a salir…
- Es que viven lejos.

- Se deben levantar a las tres para venir a verme, pues.
- Ah, Dios! Mejor que se demoren…
- No se puede, Juana. No te digo que hay que salir temprano? El patrón estará aguaitando de Salinas la salida.
- Aguaitando… No dices que se ha casado?
- Y eso qué importa?

Ríe la vieja, maliciosa. Ríe debajo del toldo, junto a la hija, que sigue quejándose. Juanita se prende del brazo de la vieja. Y la jala. Se ajusta fuete contra ella.

- No te vayas, papá.
- No seas floja -dice la madre.
- No puedo, Juanita. Si eso no es nada. Tu mamá dice que peor es un dolor de muelas…
- Pero no la primera vez, Jesús.
- Para qué lo hacen, entonces?
- Así, será, pues.

El galo ha vuelto a cantar. El viejo, impaciente, se retira de la ventana. Se sienta en un banquito a la mesa. Allí, de codos, inmóvil, fuma. De improviso, le gritan desde la pampa:

- Ah, don Jesús!
- Levántese, don Jesús!
- Don Jesús, buenos días!
- Apúrese, que ya amanece!

El viejo se levanta rápido. Se asoma a la ventana. Responde:

- Ya voy.

De un clavo toma su gran sombrero de paja. Se abrocha una cotona gruesa encima de la otra. Sacude la ceniza del cigarro. Va a la puerta. Allí se detiene un momento.

- Oye, Espíritu.
- Mande, don Jesús.
- Ven, coge esto.

Le va entregando los remos, las redes, el saco, la batea. Espíritu sube y baja por una escalera sin escalones: son apenas dos palos largos, casi verticales, con unos cinco pequeños que los atraviesan de trecho en trecho.

Antes de bajar, don Jesús regresa un poco. Inclina el cuerpo. Aguaita hacia el toldo. Su semblante no revela nada. Tose. Da otra chupada al cigarro.

- Hasta la vuelta, Juana.
- Hasta la vuelta, Jesús.

Comienza a caminar don Jesús, seguido de siete hombres. Una animada charla quiere acortar el camino. Don Jesús no habla. Don Jesús camina y camina delante de todos, con las espaldas encorvadas. Solo una vez pregunta:

- Qué es de José María?
- Se quedó a dormir en el bote.
- Ajá. Está bueno.

Se diría que don Jesús, a sus años, no siente la caminada. Anda y anda sin voltear un instante la cabeza, sin detenerse a tomar aliento. Él sabe que lo siguen y que hay que llegar. Cuanto antes, mejor.

- Gumersindo! -grita uno de sus hombres.
- Qué quieres vos?
- Por qué vas tan callado?
- Y para qué quieres que hable?
- Déjalo, Estanislao, que va con frío.
- Frio…, tendrá tu mamá
- La otra semana hemos de llegar, no?
- Si es que hay viento, sí.
- Oye, vos, que le pasa a don Jesús que va tan callado?
- Ajá. Como si estuviera sólido.
- Algo ha de tener.
- Déjalo no más. Cuando él no quiere no habla.
- Ah, Dios! Si a él siempre le gusta conversar. Nunca para de hablar cuando se agarra.

El viento hace coro a la charla. El viento de la madrugada es frío. Corta como un cuchillo. Hace volar el filo de las cotonas blancas. Y hace que guarden las manos en los bolsillos del pantalón, pero, de vez en vez, tienen que llevarlas a los ojos para limpiarlos de los granos de arena que el viento les arroja.

- Hace frío.
- Ajá. Espérate que estemos bien afuerísima para que veas lo que es coco.
- Oye, vos llevas puro?
- Una botella no más tengo, pero don Jesús ha de llevar.
- Seguro. A don Jesús no le falta. Purero viejo que ha de haber sido.
- Cuenta te oye.
- Ni creas. El viento no deja.

Así caminan. Contentos. Riendo. Un ruido apenas perceptible delata la cercanía del mar. Comienza a amanecer. El cielo se ha hecho azul. Poco a poco, el ruido es más intenso. Y de repente, se oye el mar que ruge.

Cuando llegan a la playa, es ya claro. Lo suficiente para divisar toda la costa, el bote varado en la arena, la balandra que apenas se balancea, y lo grande, lo extenso, lo redondo del mar. Después, ya se divisan las boyas lejanas, como diminutas bolas negras que indican el fondeadero de los barcos grandes.

Don Jesús grita:

- Ah, José Maríaaa!
- Listos, don Jesús!

Rápidamente sale un hombre del bote. Sata a tierra con el agua al tobillo. Tiene los pantalones enrollados casi hasta las rodillas.

- Buenos días, don Jesús.
- Buenos.
- Cómo ha amanecido?
- Bien. Apura.
- Ya voy, don Jesús. Está bueno el viento.
- Mejor. Apura.

José María se adelanta, y llama:

- Hey! Gumersindo! Espíritu! Vamos, pues!

Don Jesús camina despacio. En la playa mojada se detiene. Se enrolla los pantalones en las piernas. Hace poner los remos, la batea y las redes dentro del bote. El saco lo conduce él mismo a hombro cuando se mete al agua y trepa al bote a sentarse al timón. Voltea el rostro y grita:

- Listo!
- Ahora! -gritan todos, ya preparados para la maniobra.

Se han perdido con las manos de los bordes de la pequeña embarcación. Esperan la ola grande que los ha de llevar en su regreso. Y cuando apenas ha terminado de reventar contra la playa, todos a una empujan. Corren, saltan sobre la espuma. Caen dentro del bote. Se sientan rápidos. Gumersindo y Estanislao, del lado derecho, empuñan los remos. Espíritu y Plutarco, del otro. Empiezan a remar acompasadamente.

La balandra está afuera y hay que remar duro. Don Jesús, en el asiento del timón, se agacha contra el viento. Don Jesús está prendiendo un cigarro. En seguida, se endereza el viejito en la mano firme en la caña.

En su esfuerzo, todos los hombres han hecho silencio. sólo se percibe el ruido acompasado de los remos, el levisimo golpe que produce el balance del bote y el chasquido del agua, que, a veces, penetra y moja las rodillas de los remeros.

Cuando llegan al costado de la balandra, no se hace necesita ninguna voz de mando. Don Jesús la vuelta el bote. Ya están junto a la balandra y se levantan los remotos. No pueden evitar el seco golpe del encuentro, pero lo amortiguan con las manos y amarran con urgencia. El primero en subir es don Jesús. Arriba, en la cubierta sucia, respira a pulmones llenos.

- Vamos, a trepar el bote!

Pero ya los hombres están pasando las amarras por los bancos del bote. Los cabos son largos: alcanzan hasta la borda de la balandra. Tres hombres quedan en la escala ayudando a sostener la embarcación. Los otros, en cubierta, han pasado las sogas por una rueda grande de madera y jalan, jalan furiosamente. A cada esfuerzo, se quejan, pujan, reniegan. El bote se eleva bastante y cae solo un poquito. Vuelve a subir, y otro pequeño descenso. Cuando los hombres que están en la escala ya no alcanzan el bote con las manos, suben a carrera. Ayudan a los compañeros.

Algunos se han puesto a horcajadas en la borda, y empujan el bote hacia adentro. Al fin, cae en la balandra. Lo acomodan con esmero. Traen tela de crudo y lo tapan para que no se vaya a mojar con la marejada. Es por un *porsiaca...* como dice Gumersindo.

Don Jesús ha contemplado impasible la maniobra. Chupa su cigarro y mira. Mira a sus hombres; la balandra; el bote; y, sobre todo, mira hacia la pampa con sus ojito menudos. Parece volver en sí de repente.

- Listos! A sus puestos!

Él don Jesús, va a la rueda del timón. Tres hombres se dirigen al ancla. Los otro se esparcen por la barca. Comienzan a desatar los cabos que están enrollados como serpiente sobre la carne blanca de las velas. Los hombres que han ido a proa, al ancla, izan apenas el foque. El viento lo sacude.

- Arriba, despacio! -manda don Jesús.

La cadena grita. Desclava el ancla del fondo y comienza a subir. Los cholos, prendidos a los cabos, sudan a pesar del frío de la madrugada. Jadean. Cuando el ancla llega arriba y se ajusta al costado de la balandra, respiran y terminan la amarra en seguida.

La Beldaca ya está caminando. Hay buen viento. Va a dar una vuelta. Tiene que tomar el norte. Y en el silencio de la madrugada se oye la voz monótona y bronca de don Jesús.

- Listos!... Y a virar!

Los cholos cambian las velas. La Beldaca se inclina y casi toca las aguas con la borda. Se endereza suavemente, elegantemente.

Ahora los hombre tendrían un momento de reposo. Vuelve a gritar don Jesús:

- Espíritu!
- Mande, don Jesús!
- Ven, pues, al timón!

Trepa Espíritu al puente y se hace cargo de la rueda. Don Jesús desciende y va a popa. Allí, entre cabos y telas de crudo, se sienta. Prende otro cigarro. Algunos marineros se acercan y tratan de hablar con él. Pero don Jesús está, como nunca, tan callado.

En medio de la balandra, junto a la puerta que da a la bodega, una puerta que es una tabla cuadrada echada sobre el hueco del barco, hay una cocina.

Es Gumercindo quien se encarga de cocinar. Es hábil cocinero Gumercindo. Sabe hacer mil cosas distintas con el plátano verde. Otro que le ayuda está lavando las ollas. Les amarra un largo cabo y las suelta al mar. Las sube una vez

llenas de agua y arriba mete la mano y las friega con un estropajo. Una a una las va llevando a Gumersindo, quién, en ese momento, quita las cáscaras a los platanos verdes. Luego los pone al fuego sobre unas varillas de fierro. Mientras los plátanos se asan, Gumersindo prepara el café para la mañana que está tan fría.

La Beldaca es vieja. Quién sabe cuantos años tiene el pailebot, que los cholos llaman balandra, sin saber por qué. Acaso por el cariño al barco en el que hicieron sus primeros viajes. El palo payor está podrido. La brea y la estopa se salen por entre las junturas de las tablas. A cada golpe del mar se queja la Beldaca. Se inclina lentamente y lentamente regresa sobre el otro costado. A veces hunde la proa en la espuma y emerge con el bauprés lavado. Pero La Beldaca es vieja marinera también. Se conoce todas esas rutas, todos esos mares, todo ese sol que no tardará en salir.

Parece que Estanislao duerme en la proa. Está tendido bajo el foque. Una pierna sigue la dirección del bauprés. La otra se abre a un lado y tiene en el dedo gordo del pie una piola enlazada. De esa piola está amarrado el cabo que sujeta el foque y al través de ella siente cómo se porta la vela.

Cuando el sol ha salido y calienta el mar, la balandra y los hombres, don Jesús llama a Plutarco.

- Oye, Plutarco.
- Mande, don Jesús.
- Destapa la puerta y sube, pues, a la lora.

Esto es todo lo que don Jesús ha dicho. Por nada quiere hablar. Sigue muy serio, sentado entre los cabos dela popa.

Plutarco abre la puerta de la bodega y baja por la lora, mascota de esos marineros. A poco aparece con la lora, en uno de sus hombros. Cuando la lora ve a don Jesús, se anima, se sacude, se esponja, alarga y encoge el cuello, se refriega las patas.

- Buenos días, buenos días, pruaaaa… -dice la lora.

Sonríe el viejo. La lora se arroja del hombro de Plutarco y se dirige a don Jesús. Se para frente a él. Lo mira. Vuelve a esponjarse. Y grita:

- Viva Alfaro, carajo!

Don Jesús le hace un leve cariño con su mano pesada. Ella responde halagada:

- Pruaaaa…

Al fin se aburre de estar allí parada, cerrando un ojo y mirando con el otro la inmensidad del mar como si buscase el ruido de las olas, y se marcha contoneando. Al pie del palo de la mayor se detiene. Grita:

- Arriba la lorita! Arriba la lorita!

Y trepa. Trepa por las jarcias. Se va agarrando de toda la maraña de piolas y de trapos.

A un lado de la cocina se han reunido cuatro hombres. Conversan.

- Tenemos buen tiempo.

- Ajá. Así parece.
- Si seguimos así llegaremos dentro de unos cuatro días, no?
- Ni creas. Malo se ha de poner.
- Y por qué? Bah!
- Y siempre no se pone así?
- Cuando la lora se sube al palo es porque va a haber buen tiempo.
- Ve que vos eres bruto... Será hoy día que estará bueno, pero mañana...

Un humo fragante envuelve a la balandra. Es el humo de la cocina. Gumersindo está aventando el fuego con su sombrero de paja.

- Oye, yo tengo hambre.
- Yo también.
- Ah, Gumersindo!
- Qué, ah?
- Apura, pues, que hace hambre.
- No me frieguen.

Se han echado en la cubierta. Tienen las espaldas apoyadas contra la borda. A cada sacudida del mar se sacuden también sus cabezas de pelo negro y lustroso.

Uno insinua:

- Vamos a conversar con el viejo.
- Yo ni sé qué le pasa. No quiere hablar hoy.
- Vamos no más. Ya le ha de haber pasado el mal genio.

Se levantan todos y van hacia don Jesús. Se sientan a su derredor.

- Oiga, don Jesús, cuéntenos, pues, del naufragio
- Para qué?
- Ande, hable no más.

Don Jesús no contesta. Don Jesús, por mirar a cualquier parte, se queda viendo el palo mayor, en cuya punta está la lora, como una cresta verde.

El mar es ahora transparente. Las olas son extensas. El viento largo las hace así. El cielo está claro. Y las velas remendadas se templan y se sacude con rabia.

La Beldaca da bruscas cabezadas. Cruje. Se ríe. Igual que el viento y que las olas.

Uno de los marineros más audaces, interroga, por fin, al silencio del viejo:

- Oiga, don Jesús, dispensándome la mala palabra, por qué está tan callado?
- La Juanita que está pariendo.

CAP. 2

Don Jesús Parrales también nació en la pampa.

Fue una noche de mucho viento. También en una casucha de caña, tuerta y desvencijada. Sólo que al pie había un pequeño corral. En el corral, hasta cinco puercos se alimentaban con las cáscaras de las sandías y de los plátanos. Tres chivos miraban con sus ojos dormidos, y los músculos inquietos. Y fuera del corral, la extensión del sembrío, como enredadas verdes en la tierra, cruzando de bejucos, de ramas, de la fruta alargada de ese mismo color verde, con algunas rayas blancas.

A lo lejos, en toda la línea del horizonte, las filas interminables de los mismos cactus sin flores. Las mismas figuras de enfermos. Los mismos cuellos alargados. Los mismos dedos torcidos. Y de vez en vez, una quebrada en la tierra dura, amarilla, seca.

Fue una noche de mucho viento.

La casucha era azotada. La cortina de trapos se mecía. Y adentro, otro quejido como el del viento. La parturienta sola, completamente sola, pujaba.

- Virgen de Santa Elena, ayúdame!

Le respondía el viento, el hozar de los cochinos, el balido de los chivos. Todos querían hablar. Y se entendían. Con el viento, con la tierra, con la mujer que paría, con la frescura jugosa de las sandías.

El viejo Parrales había caído preso esa mañana. Era sacador de sal. Rompía las masas sólidas en el vientre de la tierra, o cuidaba todo el día de las vetas cuadradas de la mina, o se pasaba en el covachón beneficiario la sal del agua. Ganaba treinta centavos diarios.

Había tenido el viejo seis hijos. No le quedaba ninguno. Pero no murieron: se los llevaron los blancos; los entregó con papeles por intermedio del patrón.

La noche anterior estuvo de guardia. El cansancio no le dejaba de pie. El viento le hacía cerrar los ojos. La vieja escopeta oxidada se le caía de las manos. Al fin, se arrimó a la estaca del señero, sintió que una pesadez horrible le cerraba los ojos y se durmió.

Un ruido de pasos le hizo despertar. Le pareció ver sombras que caminaban; bulto que se iban sobre hombros desnudos. Y gritó:

- Ladrones!

Un tiro fue la respuesta. Le dañó una rodilla. Se inclinó. Apretó entre sus manos la escopeta. Pero el cañón no vomitaba los perdigones. Dos, tres veces

lo intentó: fue inutil. Un garrotazo en la cabeza lo dejó inmóvil. Lo amarraron allí, en su estaca de guardia. Quedó con la cabeza colgando, saliéndole la baba de su boca entreabierta. Y un hilillo de sangre que goteaba y goteaba de su rodilla rota.

A las ocho de la mañana llegó el capataz. Se lo quedó mirando con los ojos enormes de la sorpresa, casi en cuclillas. La mirada del guardián era suplicante.

Pero el capataz se enderezó rápidamente, y salió a carrera a llamar al patrón.

Después de media hora llegaba el jefe. Dos policías, portando fusiles y grandes sombreros manabitas con cintas amarillas, azules, coloradas, que los hacían terribles, lo acompañaban,

- Desátenlo y llévenlo a Santa Elena! -ordenó el jefe.

El cholo se dejó hacer. Miró a su patrón y no dijo nada.

- Oye, bruto, por qué te dejaste robar?

El cholo no contestó.

- Imbecil! Contesta! Has estado de acuerdo?

Siguió el silencio.

- Estos cholos son así, jefecito. No hablan. Déjelo no más -dijo un policía.

- Perro, toma! -golpeó, exasperado, el jefe.

Brotó sangre de los labios del cholo.

Pero el cholo no dijo nada.

Lo amarraron como a un criminal. Luego, le ordenaron andar los policías. Y el viejo Parrales empezó a caminar, sin ver a nadie ni nada, despacio, lento, silencioso. Cojeaba un poco. Al esfuerzo de la caminata se le rompió el coágulo de la herida y la sangre volvió a gotear. Todo el camino. Tres horas hasta llegar a Santa Elena.

Fue una noche de mucho viento.

Se hubiera podido escuchar el jadear de la mujer, el esfuerzo del pujo, los ayes que de rato en rato exhalada, en ese cuarto tan oscuro y sin más ruido que el silbido agudo del viento. Se hizo un prolongado silencio: acaso fue un vahído. Y luego, un susurrante quejar como de alivio y el llanto apagado de un niño. De un niño que estaba allí solo, con la noche y el dolor.

Cae el sol perpendicular. Parece que la tierra es más amarilla y más seca. Hay una rara fortuna entre el cielo, la tierra y el viento. El viento es cálido, azota el corral, azota la tierra con su cola acariciante y se lleva el polvo de oro de la pampa y lo va a dejar lejos: acaso se lo lleva hasta el mar.

Un niño desnudo anda a gatas. Es en el corral. El corral es sucio. Hay comida de puercos e inmundicias de chivos, y el agua turbia que la mujer echa por la puerta de la covacha. Pero el niño se arrastra por sobre todo eso. El niño es ágil. Los músculos de su cara prieta se ajustan. Parece un pito su boca. La boca es diminuta y le brillan los ojos.

Al fin llega adonde está la chiva parada, junto a las cañas del corral. La chiva lo ha visto venir y ha abierto sus patas traseras. El niño se mete debajo de las patas. Dulcemente el animal se acuesta de lado. Con sus manitas morenas, el niño ha cogido la teta, y así, sucia de tierra y estiércol, la lleva con avidez a su boca.

- Jesús! Jesús!

Es la madre que ha salido a la puerta. Ve al chico que mama, y le dice:

- Tan tragón que lo han de ver... Yo le acabo de dar de mamar y ya quiere más.

Pero lo deja allí, y se vuelve adentro a cocinar. Deben ser las tres de la tarde. A las cuatro o cuatro y media come. Únicamente plátanos y sandía. Antes, cuando su marido no estaba preso, a veces, comía pescado y casi siempre, arroz. Recuerda que el mismo iba a la playa, ayudaba a tirar la red y cogía su porción... Pero ahora...

Está juntando cuidadosamente las rajas de leña. De una viga, que hace de repisa, agarra un trozo de vela de sebo, lo envuelve en un trapo y lo coloca entre dos rajas. Aplica la llama de un fósforo y sopla con la boca hasta que se prende la leña. En seguida toma de debajo del fogón el abanico de paja y avienta el fuego. Cuando salen llamas, va por la olla con agua y en ella echa los trazos de plátano verde, que ha cortado con un cuchillo. Pone luego a calentar un jarro de leche de chiva y coloca entre las cenizas caliente tras plátanos maduros. Será suficiente. Y la sandía que está encima de la mesa.

Después de un rato la mujer está comiendo. Cuando ha terminado con el plátano y la leche, agarra la sandía y la parte en tajadas. Entonces, la mujer se sonríe. Está complacida. La fruta es jugosa y fresca. Corta menudos trozos, los pincha con el cuchillo y llévalos a la boca.

Lava los cacharros. Deja cada cosa en su lugar. Camina hacia una esquina y se pone el enorme sombrero de paja. Lleva una chaqueta gruesa muy ceñida a la cintura y una falda morada, llena de vuelos, que la hace gorda. Y así, descalza, baja al corral, para retomar con el hijo en brazos. El chico llora, agita las piernas, y sus labios y narices se llenan de lágrimas y mocos. Lo deja en la estera que está en el suelo, y antes de salir por última vez, coloca un baúl en la puerta para que no se caiga al corral.

Camina por la pampa. Despacio. Esa mujer nunca tiene prisa. La falda hace compás a las pisadas. Balancea los brazos, así, tan levemente como su andar.

El paisaje comienza a redondearse. Se dijera que es la cercanía del mar que lo hace así. Son largas ondas que vienen desde muy lejos. Desde el cielo, desde el horizonte. Por esas largas ondas trepa la mujer de la falda morada. Su andar se ha hecho también oblicuo.

Todo el paisaje es así por esos lados, y los pocos árboles -cactus y más cactus- bajan las gradientes y vuelven a subir. Parecen estacas de cercas. De vez en vez, una casita rompe la redondez del paisaje, pero se vence y también se inclina de lado, siguiendo la curva. Las curvas, los millares de curvas que hace la tierra.

Ha caminado más de una hora la mujer. Al fin, en la parte más alta de unos de esos circulos, se detiene. Se saca el sombrero, se pasa por la mano

por la frente, da la vuelta a la cabeza, y se manosea la trenza que le llega a la cintura. Después se lleva la mano a las narices. Aprieta. Se esfuerza. Sopla. Se suena con los dedos, con el cuerpo inclinado hacía la tierra.

Mira a todos lados. Se sienta sobre las piernas y se queda inmóvil contra el paisaje, contra la luz, contra las curvas.

De improviso, se levanta, curiosa, pero siempre lenta; allá, a los lejos, se ve mover un punto. Viene en esa dirección. Poco a poco, el punto se va haciendo más claro. Ya sobresale encima de una curva del terreno. Ahora baja. Adelante va un pollino. Dos fierros con cuerdas, en forma de horquilla, sostiene un barril. Y atrás, cogiendo las cuerdas, un hombre descalzo.

Bajan por la pendiente. El hombre se hace atrás, sosteniendo el barril y el burro. Muy despacio, tan despacio que parece que no anda.

Es el bajador de agua. Del agua de las lluvias que traen desde muy lejos, donde hay yerbas y pozas para recogerlas. Allá llenan los barriles y los bajadores se van hasta el mar, alos pueblos, a venderlos.

La mujer se empina. Se estira. Hace señas con el sombrero. Cuando el aguador esta cerca, grita:

- Ah, don Ciro!

El hombre la ha visto ya, pero no contesta. Detiene la marcha. En la mano derecha lleva un palo largo, con el que hinca debajo del rabo al pollino, guiándo hacia el sitio en que está la mujer. No apura mucho el andar. Su grande cara chata, con las mechas cholas saliéndole por ende las alas del sombrero, está impasible; cuando más, chasca la lengua para guiar al burro. Tiene algunos pelos gruesos en la barba y el bigote; son como los cactus: ralos, torcidos, desiguales.

Cuando ha llegado, templa la cuerda y grita:

- Para, burro!

Y después:

- Como ha amanecido, ña Tomasa?
- Yo, bien. Y usted, don Ciro?
- Bajando agua.
- Y adonde dónde va, pues?
- Yo? Hasta Chipipe.
- Y en cuando vende el barril, don Ciro?
- En dos reales.
- Ah!
- Y qué es, pues, de don Cipriano?
- Preso lo tienen.
- Por qué, ah?
- No se mismo.

- Ah!
- Oiga, don Ciro, yo le compro el agua.
- Bueno.
- Pero no tengo plata, pues.

El cholo se la queda mirando, pero no dice nada.

- Oiga, don Cito; le pago en sandía -insiste.
- Para qué, ah?
- Usted las vende allá, pues.
- Pero yo quiero ir a Chipipe.
- Oiga, don Ciro, no tengo ni un poquito de agua y tengo que darle al muchacho.
- Que muchacho?
- El chico, pues, de Cipriano…
- Ah!
- Le doy diez sandías, don Ciro.
- Deme doce, pues.
- Le doy diez, pero escogidas.
- No. Deme doce si quiere.
- Es que le doy de las grandotas.
- No. Deme doce si quiere.
- Bueno, don Ciro.
- Pierdo plata, ña Tomasa.
- No, don Ciro…
- Si, pierdo plata. Deme unita de yapa.
- Pero, oiga, don Ciro, si le estoy dando doce y de las grandotas.
- No ve que pierdo plata?
- Bueno, pues, don Ciro.
- Entonces, vamos, ña Tomasa.

Ciro se alista. Agarra la horquilla. Toma el palo largo e hinca el pollino.

- Burro! Burro!

Y mueve la boca. Produce el sonido con la lengua que entiende la bestia.

Junto va Tomasa. Juntos bajan las curvas amarillas. Juntos trepan las redondeces hinchadas. No hablan: de vez en vez, se miran.

En las bajadas, el cuerpo de don Ciro se templa hacia atrás. Como un arco. Es el único contraste del paisaje: porque se templa en sentido contrario a la curva. Y así baja, tan lento.

Pero ña Tomasa dice:

- Oiga, don Ciro.
- Qué?, ah?
- Déjeme, pues, descansar un poco.

El cholo no contesta. Pero detiene el pollino. Tomasa se asienta en el suelo. Él, se arrima al vientre del borrico.

Los ojos de Tomasa miran largamente a don Ciro. Don Ciro vira un poco la cabeza y ríe.

- Este… Ja, ja.

Doña Tomasa, entonces, mira al suelo y se agarra de la falda.

- Oiga, don Ciro…
- Pierdo plata, ña Tomasa…
- Ah, Dios! Si le estoy dando trece sandías, don Ciro…
- Vamos, pues, entonces…

Vuelven a caminar. Tomasa se queda un poco atrás. Se hace la rendida.

- Apurémonos, pues, ña Tomasa.
- Por qué, don Ciro?
- Son más de las cinco…

Caminan. Caminan. Don Ciro hinca al pollino debajo del rabo. Y en las bajadas, corre menudamente con sus pies descalzos y el cuerpo tendido hacía atrás: sostiene el barril, que puede atropellar al burro. Y se le ponen fuertes los músculos del brazo. Se le notan al través de la cotona delgada.

Ya el sol va cayendo por las curvas. Hay unas más doradas que otras. Parece que se prenden los filos de los cactus más altos. A veces, el sol se esconde tras los cactus y vuelve luego a salir. Y no se sabe si es que don Ciro y ña Tomasa suben y se encuentran con el sol que está abajo, o si es el sol que trepa.

Comienza a hacer un poco de frío. El viento mueve alegremente las faldas de doña Tomasa.

- Oiga, don Ciro.
- Qué, ah?
- Descansemos un ratito.
- Pierdo plata, ña Tomasa…
- Un ratito, don Ciro, oiga, pues.
- Se hace tarde, ña Tomasa.

- Es que me duelen los pies… Espérese…

Don Ciro no contesta. Pero don Ciro detiene la marcha. Y se vuelve a arrimar al pollino. Tomasa, de nuevo, sentada en la tierra, lo mira.

- Oiga, don Ciro, siéntese aquí.
- Para qué, pues?
- Para que descanse.
- Bueno, ña Tomasa.

Y don Ciro, se sienta, pero casi de espaldas a ña Tomasa. A veces vuelve el rostro y ríe.

- Este… Ja, ja.

Doña Tomasa, entonces, también ríe y baja la cabeza.

- Oiga, don Ciro, yo quiero decirle una cosa.
- Qué, ah?
- Este… Jesús está moro, pues.
- Qué, Jesús?
- El chico, pues, de Cipriano…
- Ah!…
- Oiga, don Ciro, yo quiero que usted lo lleve a la pila de Santa Elena.
- No tengo plata, ña Tomasa.
- Es que yo tengo chancho. Se fija?
- Ajá!
- También tengo sandías…
- Y tres chiivos, don Ciro.
- Cuando, pues, lo quiere mismo bautizar?
- Será el domingo que vienen, pues, don Ciro.
- Bueno, ña Tomasa.
- Muchas gracias, don Ciro.
- Vamos, pues, que se hace tarde.

Emprenden de nuevo la marcha. Ahora ña Tomasa va más junto a don Ciro, y no le deja andar ligero.

Ya las curvas son rojas por un lado. Se ha prendido una hoguera sobre las redondeces, y el esta perdido. Todo es colorado. Hasta los cactus. Y ya hace frío. Y se levanta la tierra con el viento. Y las nubes son rosadas. El borrico presiente la noche que se acerca y a su trote menudo lanza un rebuzno. Con las orejas tiesas.

Quiere correr el pollino. En las bajadas se resienten sus patas. Pero ya don Ciro no quiere andar ligero. Tomasa lo sigue mirando largamente, oblicuamente.

- Apúrese, don Ciro.
- Y por qué, ah?
- Se hace tarde… Usted mismo no dijo enantes?
- Pero ya mismo llegamos, pues.

El rojo de arriba y el rojo de abajo se van haciendo violeta. Es un morado palido. Y está preciosa la tierra así, tan amarilla en el violeta de la iniciación del crepúsculo.

El pollino vuelve a rebuznar. Para de nuevo las orejas. No le gusta la noche. Acaso tiene hambre.

- Apúrese, don Ciro.
- Y por qué, ah?

Detiene con sus músculos la horquilla. Se tira más hacia atrás. Pero el borrico jala… y a don Ciro le está dando rabia.

El viento ahora azota fuerte. En ese momento bajan una quebrada honda.

- No le da miedo, don Ciro?
- Ja, ja!
- Oiga, don Ciro, no le da miedo?
- No, pues, ña Tomasa. Ja, ja!

Bajan la quebrada lentamente, muy lentamente. Parece que, de improviso, del cielo se descuelga la noche. Se oscurece todo.

- Y ahora mismo va a coger las sandías don Ciro?
- Cómo usted guste, ña Tomasa.

Don Ciro vuelve el rostro y la mira. Regresa la cara y ríe.

- Este… Ja, ja.

La noche ya está caída, y casi no se ven las curvas del paisaje. Se adivinan por los cactus que, ahora, son más siniestros al moverse, pausados y flacos con el viento.

Qué sola está la pampa.

Se aspira un aire salino y la tierra seca se agita. A veces el viento hace remolinos y levanta las faldas a doña Tomasa. Don Ciro, al verlo, se ríe:

- Este… Ja, ja, ña Tomasina!
- Ay, don Ciro!

El barril cruje en la quebrada. Parece que va a despedazarse. Se hace a un lado y a otro como si estuviera en el mar. Y se templan los cabos.

El andar de don Ciro es más pesado ahora. Más que lento. Si casi no se mueve… Y el burro tira. Pero la mano de Ciro es fuerte.

Se detiene un momento. Se saca el sombrero y se rasca la cabeza. Doña Tomasa lo mira y no dice nada.

- Qué oscuro está!
- Sí, compadre.
- De verdad que yo ya soy su compadre, no?
- Si, don Ciro.
- Este… Je, je.

Don Ciro va hacia la horquilla. Parece que algo está flojo. Hace como que amarra. Se demora. Se sienta en el suelo.

- Qué es que pasa, don Ciro?
- Nada, compadre.
- Y qué hace, pues?
- Componiendo, ña Tomasa.

En esa quebrada el viento no es tan fuerte. Hay abrigo en ese hueco y provoca quedarse. Pero, don Ciro, no sabe cómo decirlo a doña Tomasa. Al fin, se resuelve:

- Oiga, ña Tomasa.
- Ah?
- Le duelen muchos los pies?
- No. Ya no me duelen nadita, don Ciro.
- Ahh!

Don Ciro se ha quedado perplejo. Se levanta de junto a la horquilla y empuña el palo.

- Burro!

El pollino parte a trote. Doña Tomasa también está sorprendida, pero lo sigue. Apenas comienzan la subida, cuando ña Tomasa le coge la mano a don Ciro, y le dice:

- Oiga, don Ciro.
- Qué, ah?
- Sí, me duelen un poquito.
- Qué, ah?
- Los pies, pues.
- Ah!
- Descansemos, si quiere, un ratito, don Ciro.
- Es de noche, ña Tomasa.

- No sea malo, don Ciro…
- Bueno, ña Tomasa.

El rostro de don Ciro sigue impasible. Templa los cabos. Deja el burro solo. Y ahora no se arrima al pollino: ahora se sienta al lado de doña Tomasa.

- Oiga doña Tomasa.
- Ah?
- Cuánto hace, pues, que parió al chico?
- Uy…! Cómo un año, don Ciro!
- Aaaah!
- Y todavía está moro.
- Eso sí que es malo.
- Por eso, pues, es que quiero bautizarlo el domingo.
- Sí, porque con los moros está el diablo.
- Ni me diga, don Ciro.

Doña Tomasa se ha acercado más a don Ciro y casi tiene la mano encima de la del cholo. Este vuelve la cabeza y ríe.

- Ay, don Ciro!
- Y qué fue?
- No me coja el dedo.
- Ja, ja… A que se lo cojo.
- A que no me lo coge.

Don Ciro le agarra el dedo. Lo agarra fuerte.

- Ay, no, don Ciro!
- A que le cojo la mano.
- A que no me la coge.

Don Ciro le agara la mano y la aprieta muy duro, como sobándola.

- Ayayay, don Ciro.
- Este… Ja, ja.

Ahora también se siente frío en la quebrada. Don Ciro, seguramente por eso, se arrima mucho a doña Tomasa. Tomasa agacha la cabeza y también ríe:

- Este… Ja, ja. Don Ciro…
- Oiga, ña Tomasa.
- Ah?
- Este… A que le doy un beso!
- Qué es lo que dice, don Ciro?

Pero ya don Ciro está entusiasmado. Repite audaz:

- A que le doy un beso.

Y don Ciro la besa violentamente en la cara. Muchas veces. Ella ríe. Y quiere luchar un poco. Pero don Ciro la tienen abrazada y la sigue besando. Don Ciro también se ríe. La deja un instante.

- Oiga, comadre.
- Qué, ah?
- Este…
- Qué, pues?
- A que te tumbo, Tomasa!

Torna don Ciro a abrazarla. Forcejea: se resiste doña Tomasa y dice con una voz tan leve:

- Estése quedito, don Ciro…

Pero don Ciro no hace caso. Y en el silencio de la quebrada, se oye la bronca voz de don Ciro:

- A que te tumbo, Tomasa!
- No…! Este… Estése quedito…
- Si te tumbo! A que te tumbo!

Y don Ciro se prende con todas sus fuerzas a las carnes de ña Tomasa que ya no ríe.

Después de unos segundos, don Ciro ha tumbado a ña Tomasa.

El pollino ha virado el cuello hacia ellos.

Con las orejas tiesas.

Sobre el paisaje ondulado, sobre la quebrada, sobre la noche, el viento es un galope.

Y las curvas de la tierra cholo parece que se tuercen.

CAP. 3

Llegaron tarde a la casa. Sin decir palabra, casi temblando de frío. Al entrar al corral, se movieron los puercos y gruñeron. Pero fue un ruido casi imperceptible. Todo estaba en silencio. y así, por no romperlo, ña Tomasa preguntó despacito:

• Oye, Ciro, no quieres coger las sandías?

• Ahora no, Tomasa.

• Se queda, entonces aquí?

• Si, pues.

Y don Ciro se quedó a dormir. Ató su burro en el corral, debajo casi de la casa. Le quitó las correas. Le dejó unas cáscaras de sandía y de plátano a su alcance. Sobre sus hombros fuertes, hombros de macho, trepó el barril de agua al cuarto. Tomasa no quiso prender luz. Y don Ciro, complaciente, no insistió.

Con el primer canto del gallo, don Ciro estuvo en pie. Se asomó a la ventana. Oteó el horizonte. La mañana era gris perla. La tierra también estaba gris. Las nubes altas parecían legañas. La claridad era muy tenue. Olía la tierra a cosa fresca, a pan caliente. Y el viento pasaba raudo por la pampa; y la pampa se dejaba acariciar con su apariencia de muerte en el paisaje.

Se sentó don Ciro a la mesa. Miró a Tomasa que roncaba. Alzó el toldo y contempló al chico. Escupió. Pero don Ciro quería irse y se levantó resuelto. Cuando iba a bajar la escalera, despertó Tomasa.

• Ah, Dios! Vos ya te vas?

• Sí, pues. Ya se hace tarde.

• Espérate, si quieres café.

• Bueno, Tomasa.

Y Tomasa fue a prender candela. Mientras hervía el agua machacó con una piedra unos plátanos verdes asados. Buscó un trozo de queso. Lo mezcló en el plátano con manteca, formando una bola. Don Ciro, con los ojos, seguía curioso sus afanes.

• Te gusta a vos el bolón? -le preguntó Tomasa.

• Sí me gusta.

• Con café es más rico.

• Ajá.

Sirvió Tomasa el café humeante, con la fragancia tostada que se esparcía por la casucha. Don Ciro comía en silencio. Tomasa estaba alegre.

• Oye, Tomasa, voy a coger las sandías, ah?

• Bueno, Ciro.

• Oye, pero no voy a agarrar más que seis, ah?

• Bueno, Ciro.

Bajó al corral y se agachó para arrancar las frutas. Escogió las más grandes, las más maduras. Luego buscó un saco. Allí las arregló. Amarró el saco en el lomo del pollino.

• Ah, Ciro!, vienes el domingo?

• Para qué, ah?

• Para el bautizo de Jesús, pues. Ya te olvidaste?

• De verdad. Me había olvidado.

• No te olvides, pues. Anda a la iglesia y dile al Padre.

• Bueno.

• Oye, mejor vienes el sabado por la noche... y, entonces nos vamos el domingo tempranito. Ah?

• Bueno, Tomasa.

Don Ciro sacaba, en ese momento, al burro fuera del corral. Lo jalaba del cabestro. Lo jalaba y la jeta del pollino se alargaba. Se resistía a salir: estaba tan bien allí, abrigado en la madrugada gris y fría.

• Apura, pues! -le decía don Ciro.

Pero el pollino insistía en quedarse. Al fin, cuando estuvo afuera, don Ciro colocó un poco de crudo encima. Se montó en el borrico. Volvió la cabeza hacia Tomasa.

• Ah, Tomasa!

• Qué, ah?

• Oye, yo ya me voy. Hasta el sábado, pues.

• Hasta el sábado, Ciro.

Y don Ciro se fue por la madrugada, por la pampa tibia, por la pampa seca, por la pampa olorosa a nidos de pericos y a migajas de pan.

Antes de llegar a Santa Elena, el camino, por esos lados, hace una especie de corto desfiladeros. A lo lejos, hay unas pequeñas elevaciones dulcemente redondas. Y en ellas, unos árboles enanos de copas también redondas, cuyas ramas parecen secas y sus hojas tan ralas, que se ve clarito el cielo por entre los espacios que hacen al abrirse. Si en esa tierra hubiese otoño, se dijera que son árboles otoñales. Es que la pampa es el otoño perenne. Desde la tierra hasta el cielo. Desde la planicie hasta las curvas que ondulan el paisaje.

Don Ciro va por allí despacio en su pollino. Sin prisa, casi sin deseo de llegar, como un pedazo más del otoño, adherido a la tierra y a los árboles enanos, al burro y a las sandías.

De repente, al doblar un recodo del camino, atrás de un árbol que inclina una rama hacia el suelo, aparecen las torres blancas de la iglesia de Santa Elena. Unos pasos más y se comienza a encontrar las casas de caña del pueblo. Debajo de ellas hozan los puercos. Y los perros amarrados ladran al caminante. Algunos, sueltos, persiguen al pollino de Don Ciro. Pero el borrico sigue con la cabeza inclinada y, a veces, con las orejas tiesas, como con un poco de tristeza. Va impasible. Va lento. Como quién no hace nada.

Las calles de Santa Elena son desiguales. No hay sino casitas de caña y una pequeñas plaza, que semeja un parque por los bancos de madera que están allí colocados y por alguna yerba verde recortada que los rodea. Es el

sitio más alegre del pueblo. Allí se dan cita las mozas. Y en las noches por las espaldas y se agarran los dedos con los enamorados.

Don Ciro atraviesa todo el pueblo y sigue por la pampa. Pero don Ciro no vive muy lejos. Le conviene vivir cerca del pueblo. Si se va el mar, es porque allá pagan mejor el agua. Tiene, don Ciro, además del agua, el negocio de gallinas y huevos.

Su casita, una casita igual a la de Tomasa, se levanta junto a la poza de agua. Allí, debajo de la casa, andan las gallinas. Por eso ha tenido que ponerles tablas a manera de corral.

Lentamente se acerca a don Ciro a su casita. Lentamente se baja del pollino. Lo descincha, le saca la albarda y lo deja suelto que se vaya a ramonear la poca yerba de los alrededores.

Después, sube la rustica montura y las sandías. En su silencio parece adivinarse una chispa de alegría. Porque ahora hay algo de rápido en sus movimientos siempre lentos, llenos de la pereza de la pampa.

Don Ciro tiene mujer, tienen hijos. Los mira sentados en el suelo. Ella, Candelaria, tiene en las rodillas una chica de ocho años y le escarba en la cabeza los piojos. La chica está acostada en el suelo y reclina la cabeza en las faldas coloradas de Candelaria. Un chiquillo mocoso mira la escena atentamente desde un rincón. A veces, la chica se queja de los tirones de pelo. Agita las manos y quiere hacer a un lado la cabeza. Candelaria dice:

• Estate quedita.

Pero la chica gime. Se calla un momento. Repite su queja.

• Estate quedita.

Cuando don Ciro sube a la casa, Candelaria apenas lo mira. Él musita.

• Cómo estás?

• Yo? Bien. Y vos?

Es todo lo que se han dicho. Ciro va a una esquina, deja la alborada, se rasca la espalda. Se dirige a la cama -un poco de trapos en el suelo- y se echa a dormir. En seguida ronca. Se levanta su vientre. Sopla. Tiene un brazo cubriendole la cara. El otro, cae a lo largo del cuerpo. Por la ventana entra ya el sol y cae de lleno en la cara de don Ciro, haciéndola más lustrosa aún. Con los rayos del sol se ven puntitos que van y vienen con gran agilidad. Una mosca se para cerca de la nariz de don Ciro. Don Ciro, dormido, agita la mano, pero la mosca regresa. Don Ciro no despierta. Vuelve a agitar las manos. Al fin, se vira a la derecha y esconde el rostro contra el suelo. La mosca se queda retozando por el pelo, pero allí don Ciro no la siente y puede dormir a sus anchas.

A las diez se levanta don Ciro.

• Candelaria, tengo hambre.

• Cada que vienes tienes hambre.

• El camino, Candelaria.

• Has traído plata?

• Ni medio.

• Y por qué?

• Sandías traigo.

• Donde mismo están que no las veo?

• Allí las dejé. Ahora las vendo. Oye, Candelaria, te acuerdas de la Tomasa?

• Sí me acuerdo.

• Tiene un hijo.

• Ajá.

• Jesús se llama.

• …

• Me ha dicho que el diablo se lo quiere llevar… y quiere bautizarlo.

• Por eso mis hijos no son moros.

• Pero quiere que yo sea el padrino.

• Y vos qué has dicho?

• Yo? Que bueno.

• Está bien, pues.

• El Padre no dice que uno no debe decir que no?

• Está bueno, Ciro.

• El domingo es el bautizo.

• Ajá.

• Ella misma fue la que me compró el agua por sandías.

• No has ido a Chipipe, entonces?

• Este… Sí fui… Allá fue que la encontré.

• Toma, pues, Ciro, ya está la comida.

Don Ciro se sienta en un banquito, frente a la mesa. Don Ciro come con gusto su arroz con plátano. A don Ciro se le nota satisfecho. Se limpia la boca con la manga de su cotona y pregunta:

• Has vendido vos gallinas?

• Yo no.

• Es que tenemos que darle al Padre y hacer la fiesta…

• Bueno.

• La Tomasa, ha de traer un chancho y un chivo. Te fijas?

• Ajá. Está bueno, Ciro.

Es medio día. El medio día de la pampa es dorado y quema. El calor hace sudar. Produce sopor. La tierra se calienta en seguida y parece que echa humo la pampa. Los cactus y los árboles enanos se ven más secos aún, como si hubieran mucha sed en las casas y en los hombres. No corre viento: los trapos de la puerta no se mueven. El calor hace que don Ciro beba a grandes tragos un enorme jarro de agua. Después, perezoso, don Ciro se echa a dormir de nuevo. Candelaria lava las ollas y los platos de fierro enlozado. Luego limpia la mesa con un trapo. Se sienta en el suelo y echa sobre sus rodillas al chiquitín. Se saca un pecho por el escote y da de mamar al hijo.

Cuando don Ciro baja de la siesta, a eso de las tres de la tarde, Candelaria está en el corral agachada. Acaba de coger una gallina en ese momento. La toma entre el brazo izquierdo y el cuerpo. Luego, colócale la mano derecha atrás. Los ojos le brillan a Candelaria.

- Estás tantiando, Candelaria?
- Sí. No ves?
- Tiene huevo?
- Sí tiene.
- Ajá. Me voy a la iglesia a hablar con el Padre.

Y don Ciro se va. Pocos minutos tienen que caminar para llegar al pueblo. Atraviesa el parque. Llega a la iglesia. Se mete, con el sombrero en la mano, por una puerta pequeñita, al lado de la principal. Hay una especie de pórico. Un cordón cuelga de un hueco. Don Ciro vacila. Mira a todos lados. Se resuelve. Don Ciro tira del cordón. Suena una campana adentro. Aparece un muchacho.

- Qué quiere?
- Buenas tardes de Dios.
- Qué quiere?
- Se puede hablar con el Padre?
- No está aquí.
- Si es para un bautizo…
- Ah! Espérese un momento.

Después de unos instantes reaparece el muchacho. Hace pasar al locutorio a don Ciro. Allí, entre bancos largos, lo recibe el señor cura. Es un señor cura bastante joven aún, rollizo, colorado, con los ojos chispeante, el pelo ensortijado. Se sienta con las piernas cruzadas y deja ver el principio de los pantalones entre los pliegues de la sotana.

- Buenas tardes, padrecito -musita don Ciro.
- Buenas, Ciro. Cómo andan las gallinas?
- Ahí, padrecito… Poquitas no más tengo.
- Sí? No? Hazte no más… No mientas. Bueno, y que quieres?

Don Ciro de pie frente al cura no sabe qué hacer. Da vueltas al sombrero, sobando con las manos sus alas sucias. Tiene la cabeza inclinada. El cura dice:

• Habla, pues, que tengo que hacer.

• Este… Padrecito…

• Vamos, vamos, al grano.

• Este… Candelario… Tomasa… Le digo de la mujer de don Cipriano Parrales.

• Ah! El facineroso ese que está en la cárcel por ladrón. Qué le pasa?

• Nada, padrecito.

• Entonces?

• Es que… Yo…

• Habla, habla, hombre!

• Este… La Tomasa, pues, que es amiga de Candelaria…

• Ajá.

• Sí, Padrecito. Se conocieron hace tiempísimo… desde… chiquitas, en Santa Elena.

• Bueno. Eso no me importa. Sigue.

• Este… La Tomasa se casó con Cipriano…

• Si ya lo sé, hombre. Apura, que tengo prisa.

• Sí, Padrecito. La Tomasa tiene un hijo.

• Me lo figuraba. Y qué pasa?

• Este… Jesús se llama. y…

• Apura, hombre, apura!

• Va a tener como un año y está moro.

• Bárbaro! Tiene que ser… Hijo de ese padre…

• Sí padrecito. Ya ña Tomasa quiere bautizarlo.

• Bah! Saltó la pelotita. Muy bien hecho. Puede ser que así se salve del demonio. Con un padre tan malo… Seguramente tú vas a ser el padrino, no?

• Sí, Padrecito, Ña Tomasa quiere que yo sea el padrino.

• Al fin, hombre, al fin. Ya está. Para cuando quieren la cosa?

• Para el domingo, Padrecito.

• Bueno, será de mañana. A las diez es buena hora. Sabes cuánto cuesta?

• No, Padrecito.

• Por ser a ti, cinco pesos.

• No tengo plata, Padrecito.

• Ajá… Hazte no más el idiota…

El rostro de don Ciro se ha puesto, de nuevo, impasible. Mira al suelo. Pero ya no da vueltas al sombrero: todo él está fijo, firme.

• Cinco pesos te he dicho.

• No tengo plata, Padrecito.

• Mentecato! Dios castiga la mentira. Te vas a ir al infierno!

• No tengo plata, Padrecito.

• Idiota, bellaco. Pues, entonces, no hay bautizo. Qué vamos a hacer! Hay que ayudar a la Iglesia: Dios lo manda. Lárgate. Por tu culpa se quedará moro ese muchacho y se irá al infierno por ti, fijate bien. Lárgate.

• Pero es que tengo gallinas, Padrecito…

• Ajá. Eso ya es otra cosa. Cuántas me das?

• Le daré tres, padrecito.

• Que cosa? Tres! Estás loco? Por nada… Siquiera dame seis gallinas y una docena de huevos.

• Le daré cuatro, Padrecito.

• Seis y los huevos.

• Es que no tengo muchas, Padrecito.

• Seis y los huevos! Y no se diga más. Entiendes? Y si no, puedes mandarte a cambiar con la música a otra parte.

• Bueno, pues, Padrecito. Le doy las seis y los huevos.

• Ajá. Ya sabía yo que tú eras un buen cristiano. Así me gusta. Hay que ser así para ganar el cielo. Si no fuera por las caridades, la iglesia no podría vivir. Y qué sería del mundo sin la religión católica? Horror! El infierno en la tierra! Los hombres, como animales, como si no tuvieran alma, peor que perros. Te fijas? Óyeme bien, la iglesia, la religión son el pan espiritual del hombre, la salvación de la humanidad. Has estado un poco reacio para entregar las seis gallinas y los huevos al Señor y eso es muy malo, Ciro, muy malo, tal como lo oyes. En fin, eres un buen hombre, y Dios te perdonará. Pero tienes que confesarte. Óyelo bien, tienes que confesar ese pecado… Qué fuera de la iglesia sin las caridades? Entiendes? La renta del Gobierno no alcanza, y como siempre se olvidan de estos pueblos para atender a las ciudades… Las injusticias de siempre! Ya lo ves, Ciro, Aquí está la religión en este pueblo, y los ministros de Dios sufriendo sacrificios por salvar las almas de ustedes. En fin, nuestra senda es de abrojos y de espinas: que se haga la voluntad del Señor… cuándo me traes las gallinas?

• Mañana mismo, Padrecito.

• Bueno, hijo. Ten todo listo para el domingo. Y no te olvidarás de matar algunas para celebrar el bautizo, ah?

• No, Padrecito.

• Puedes hacer también seco de chivo.

• Sí, Padrecito, ña Tomasa tiene chivos.

• Ajá.

• Y tiene también chanchos.

• Bueno, bueno... Y que más?

• Sandías.

• Muy bien. Dile, pues, que no se olvide de traer todo eso. Ahora, ándate ya. Y ven mañana con las gallinas, sin falta. Ándate con Dios, hijo mío.

• Gracias, Padrecito.

Pero don Ciro no se ha marchado aún. Titubea un instante. Luego se arrodilla. Deja el sombrero en el suelo. Junta las manos frente al cura. Implora:

• La bendición, Padrecito...

El cura se pone instantáneamente serío. Se recoge la sotana. Se pone de pie con solemnidad. Levanta el brazo...

• En el nombre del Padre, del Hijo...

• Gracias, Padre...

• Ándate con Dios, hijo mío.

Y don Ciro se va contento. Se cala el sombrero de paja y se aleja por el parque. Sepulta los pies descalzos en el polvo del camino. De repente, se dice en una voz bajita:

• Seis gallinas y una docena de huevos...

Al día siguiente, muy templado, Ciro dice a Candelaria:

• Oye, cógeme seis gallinas.

• Y para qué?

• Cógeme, no más te digo!

Y Candelaria va al corral y agarra las seis gallinas. Se las pasa a ciro, que tiene una pistola en la mano con la cual va amarrándolas por las patas. Cuando las tienen todas cogidas, dice a su mujer:

• Ahora, dame doce huevos

• Doce huevos!

• Sí, pues. Apura. Ponlos aquí en el sombrero.

Candelaría ni siquiera intenta manifestar la protesta que muy adentro le está latiendo. Pone, callada, los huevos en el sombrero de Don Ciro. Y sólo cuando éste va a irse, le pregunta:

• Adónde te llevas vos todo eso?

• Al padrecito le llevo, pues, para el bautizo...

• Ah!...

Sin añadir una palabra más, don Ciro se aleja con su sombrero lleno de huevos en una mano y en la otra, las seis gallinas.

El cura lo recibe placentero. Pero no le da las gracias el señor cura. Cuenta los huevos, y, al mismo tiempo que los cuenta, pregunta a Ciro:

• Están frescos?

• Si son recién puestos, padrecito.

Cuando don Ciro retoma de la iglesia, ya ha salido el sol de la pampa, más, ahora, don Ciro puede ponerse el sombrero. Siente un pequeño ardor en la planta de los pies. Es que la tierra se calienta y quema.

Don Ciro camina despacio hacia su casa. A don Ciro no le importa el sol. De repente, don Ciro se enjuga el rostro con las manos. Las gotitas de sudor caen a la tierra y se deshacen en seguida.

La tierra de la pampa chupa el agua. Chupa también el sudor de don Ciro. La pampa es sedienta.

Ha llegado el sábado.

Luego que don Caro ha comido, a las cuatro de la tarde, va a la poza y llena su barril de agua. Lo engancha a la horquilla, va por el burro y le coloca los fierros atrás, amarrados.

• A dónde te vas, Ciro? -pregunta Candelaria.

• A Chipipe, pues, a vender el agua.

• Bueno, Ciro.

• Hasta la vuelta, Candelaria.

Pero don Ciro no va a Chipipe. Ciro se queda en casa de ña Tomasa. Al verlo llegar, esta aparenta sorpresa.

• Ah, Dios! Ya estás aquí? Sí, pues, Tomasa. Te traigo agua...

• Está bueno, Ciro. Mañana bautizamos a Jesús.

• Sí.

No se dicen nada. En la pampa ha oscurecido, y, con la tarde caída, hace frio. Se meten en la casa de caña. Después de un momento, se apaga el candil. Se oye decir a Tomasa.

• Tapa la puerta, Ciro.

Ciro coloca los trapos en la entrada. Los sujeta contra el suelo en unos clavitos. Después se va a dormir.

Con el canto del gallo se despiertan ambos. Tomasa se levanta y hace el café con bolón. Lo toman ligero, con una prisa rara en ellos.

• Apura, pues; que se hace tarde.

• En seguidita estoy.

• Oye, llevamos un chanchito, ah?

• Bueno, Ciro.

• Y un chivo también, para la fiesta…

• Bueno, pues. Anda, cógelos.

• Don Cirilo los va a coger al corral. Amarra el chivo en las ancas del burro. Al lechón le ata una soga en el pescuezo para irlo jalando. Ha colocado la albarda al borrico. Va a llamar a Tomasa, pero esta ya se halla abajo, con su falda morada llena de vuelos, su enorme sombrero de paja y Jesús en los brazos.

• Móntate, pues -dícele Ciro.

• Y pondrá el burro con tanto peso?

• Es que cuando se canse, te bajas.

• Tenme al chico un rato.

Tomasa se monta en el pollino y sentada sobre él recibe al hijo que le pasa Ciro. El borrico se resiente de la carga y no quiere caminar. Pero don Ciro le hinca debajo del rabo, y entonces, el pollino emprende la marcha despacio, despacito, alejándose con su carga por la pampa.

Al llegar encuentran a Candelaria que ha salido a recibirlos muy alegre.

• Ah Dios, Tomasa!

• Cómo has amanecido, Candelaria?

• Bájate, pues, para que vengas a tomar café.

• Yo ya tome. Bien temprano fue don Ciro, pero ya yo tenía el café listo. Él también tomó.

Tomasa, al par que habla, se baja del pollino. Sube a la casucha de caña, que está ya repleta de invitados al bautizo. Hay tres hermanas de Candelaria, primos y sobrinos. Todos son parientes.

Ya falta poco para ir a la iglesia. Inmediatamente matan el chancho y degüellan el chivo. Abajo, en el corral, cocinan. Paran sobre la leña una enorme olla de arroz: es para el seco de chivo. Todos ayudan a la faena. Sacan las lonjas de la manteca del marrano y las echan sobre una batea. Después, Candelaria, venderá la manteca. Todo esto dura un par de horas. Luego se lavan, se arreglan, se van en romería al pueblo. Adelante van Ciro y Tomasa. Candelaria los sigue a pocos pasos. Atrás, toda la comitiva. Cuando llegan a la iglesia, ya el cura está esperando.

• Caray, que se demoran! A ver, a ver, por aquí. Entren, pues, ligero. Quién es la madrina?

• Ah, Dios! Si me había olvidado…

• Qué bruto eres! Apura, hombre, nombra la madrina.

• Anda vos, Candelaria.

• Yo? No.

• Anda no más.

• No, yo no.

A Candelaria le da pena ser madrina. Agacha la cabeza. Pero el cura, impaciente, la toma del brazo.

• Apura, mujer, apura, que no nos vamos a pasar toda la mañana en esto.

Llevan a Jesús a la pila. Candelaria, por indicación del señor cura, lo carga. Está junto a Ciro. Atrás de ellos, Tomasa. La iglesia se ha llenado de gente.

Jesús llora, grita, mueve las piernas. Jesús está asustado.

Cuando la ceremonia ha terminado, pasan a la sala vecina. El cura escribe en un libro. Inquiere:

• Jesús Parrales, no?

• Sí, padrecito.

• Y tú, cómo es que te llamas?

• Yo? Ciro Chalén.

Luego que ha anotado los nombres, el cura va a cambiarse de traje para ir a comer el seco de chivo. Al momento regresa y se va con todos.

Allá, en la casa, la fiesta en realidad no comienza aún. Todo el mundo, está tranquilo, como avergonzado con la presencia del cura, que no se sacia de comer y beber chicha. Esperan que se vaya para empezar. Ya harto, el padrecito se despide, y, regocijado, les hace esta advertencia:

• Cuidado con emborracharse, ah?

• No, padrecito.

Y el curita, el buen curita, hace ligeras curvas al alejarse para el pueblo.

Apenas se ha marchado, comienza la jarana. Se acaban los chicharrones, se beben toda la chicha y se ven precisados a mandar a comprar puro de caña al pueblo. Don Ciro ha sacado la guitarra.

• Puntee, pues, Don Cito.

• Se fue.

Y don Ciro arranca de las cuerdas de la guitarra un aire veloz. Canta.

La casa se estremece. Bailan. Zapatean. Se agarran de las manos. Dan vueltas. El hombre, con un pañuelo o el sombrero en la mano, rodea a la hembra, golpeando los pies. La danza es rápidas. Es lo único ligero del cholo. Pero, no obstante su rapidez, es también monótona como él.

Se hace de noche. La fiesta continua. Hay tres candiles prendidos. A veces, se oye el llanto de Jesús, el llanto de otras criaturas que las madre han dejado por algún rincón. Pero nadie hace caso de los hijos.

• Una puerca raspada, don Ciro!

• Se fue.

Y don Ciro canta la puerca raspada. Todos bailan como locos, incansables. Ya beben a pico de botella el aguardiente. Chorrean de sudor a pesar del frío de la noche.

• Ah, don Ciro! -grita uno en medio de la bulla.

• Qué, ah?

• Tóquese, pues, el alza que te han visto.

• Se fue.

Don Ciro canta y toca el alza que te han visto. Es más atolondrado aún este baile. Pero los invitados no se cansan de bailar no don Ciro de tocar la guitarra.

Al fin, muy tarde, cuando la fatiga los vence, se apagan las llamas de los candiles. El pollino rebuzna debajo de la casa. Cada hombre agarra a una mujer… Don Ciro ha encontrado entre las sombras a ña Tomasa, y se acuesta con ella en un rincón. Candelaria se va al corral con su cuñado. Nadie dice nada. Es la costumbre cuando se está borracho. Alguno, completamente ebrio, se lleva a su propia hermana. Acaso un hombre pega a su hembra, por gusto, por hacerla sentir. Ella se deja y solo dice:

• Estate quedito….

La noche es muy oscura. El viento es fuerte, violento. Se mueve la casa. Se remece por el viento, por las caricias.

Los animales huyen del corral. Las gallinas, asustados, se van lejos a pararse sobre las estacas. Y las parejas se tienden sobre las inmundicias.

El viento se ayunta con la noche. La casucha de caña con la pampa. Los cactus se inclinan y se levantan curiosos. No tienen hembras los cactus. Estan qué solos! Pero buscan las nubes oscuras. Quieren penetrarlas. Quieren poseerlas.

CAP. 4

Ha llovido. La pampa está húmeda.

Los cactus sin flores parecen llorar. Los árboles enanos, de copas también enanas y pegadas a la tierra, tienen unas pintitas verdes. Apenas es una que otra rama que florece. Y de trecho en trecho, entre largos espacios, un poco de yerba. Son como motas esmeraldas esparcidas al azar sobre la pampa. Pero la vida de la pampa no es el verde, sino el amarillo. Y sólo germina bien la sandía, como una cosa híbrida. Porque a la pampa no le importa la yerba fresca ni las aguas. Lo único que ama y que siente es el sol. Y hay sol esa mañana. La llanura está tendida como para secarse. Y la tierra, con el calor, evapora su humedad, una humedad sabrosa fragante, mañanera.

Ha llovido en la noche.

Por allí hay una hendidura del terreno. Antes fue polvo lo que se agitaba con el viento en ese hueco. Y si alguien pasaba sobre el, se enterraba hasta media pierna. Ahora, hay agua. El polvo se ha asentado en el fondo, y se ha formado una laguna.

Un chiquillo está sentado al borde de ella. Tendrá diez años a lo sumo. Solo lleva pantalones sucios, mugrientos, desteñidos. El pelo es abundante y lacio. Parece de ébano el pelo. Se ve que el chico es fuerte: tiene anchas las espaldas y los brazos gruesos. El chico se inclina sobre el agua. Está haciendo algo, algo que se le lleva toda la atención.

Jesús se había conseguido un palo, una madera liviana, y allá, en su casita de caña, con el cuchillo de cocina de ña Tomasa, lo ha hendido. Se pasaba largas horas trabajando. Al fin, tras mucho esfuerzo, afinó la punta, hasta darle forma de proa. En la parte de atrás, lo hizo redondo, ondulado, tal como ese paisaje tan cercano al mar. Después, dejando sin tocar un trozo de la punta y otro del final, hizo con el cuchillo un hueco alargado. Hincaba primero la hoja filuda, luego se prendía a ella con todas sus fuerzas y cortaba de lado: inclinaba la hoja del cuchillo; después, la empujaba hacia afuera, hendiendo el mango, curvándolo, para que la punto saliera por el otro lado. Ya saltaba un pedazo de madera. Y así, poco a poco, lentamente, iba labrando el palo. Apenas levantado, en las mañanas, casi a oscuras, empuñaba el cuchillo y se ponía a trabajar. Tomasa renegaba. Necesitaba el cuchillo para la cocina y le gritaba, rabiosa, a Jesús:

• Pero no apañes el cuchillo!

• Ah?

• El cuchillo! A vos te digo!

• Ya mismito se lo doy.

• Apúrate, que lo vas a dañar.

• No lo daño, mamá.

• A ti te digo, muchacho. Dame el cuchillo.

• Un ratito no más.

Jesús trabajaba con fiebre. Se apuraba, porque sabía que ya mismo le quitaban el cuchillo. Tomasa, al quitarselo, ya encolerizada, le decía:

• Igualito a tu difunto padre de testarudo.

• Ah?

• Claro, pues, si el condenado era como vos. Siempre hacía lo que le daba la gana. Si por eso mismo fue que se murió.

El padre de Jesús había muerto en la cárcel. Dicen que fue la disentería lo que se lo llevó. No se sabe bien. En sus últimos días, le permitian que lo visitase su mujer. Estaba flaco, pálido, con las ojeras moradas, llenos de granos. Cipriano Parrales se moría. Y se había encerrado en su mutismo. Ni siquiera su rostro expresaba amargura. Solo había silencio en él. Cuando lo visitaba Tomasa, acompañada de Jesús, de Jesús chiquitín, de dos o tres años, entonces, el viejo, decía:

• Cómo está la conversación, Tomasa?

• Bien. Y vos?

• Y el chico no está enfermo?

• No. Y vos?

• Así no más.

• Vos estás enfermo.

• Así no más.

• Te sientes bien, pues?

• Así no más, Tomasa.

Eso era todo. Pero había algo elocuente en él. Algunas veces Tomasa le llevaba comida: un poco de arroz, plátano, sandía. Entonces el viejo comía como un loco; casi no mascaba: engullía. Era que Cipriano Parrales se moría de hambre. Tomasa le preguntaba:

• Cuanto tiempo, pues, vas a estar aquí?

• Yo ni sé.

Y ya no hablaba más. Se quedaba mirando a Tomasa de tal manera, que parecía indicarle sus deseos de estar solo. Al despedirse, Tomasa, en son de consuelo, le decía:

• Me voy a hablar con el Padre... Hasta mañana.

• Hasta mañana, Tomasa.

De la cárcel, Tomasa iba a su corral, cogía dos o tres sandías y, luego, retornaba hacia el pueblo, a la iglesia. Preguntaba por el cura. Y cuando éste salía:

• Buenos días de Dios, padrecito.

• Buenos, Tomasa. Cómo te va?

• Bien, padrecito. Aquí le traigo estas sandías.

• Ajá. Están buenas. Muchas gracias, Tomasa. Dios te lo pagará.

• Este... padrecito... yo...

• Sí, tú. Tú, qué?

• Mi marido, padrecito...

• Ah! Tu marido! Buena pepa es tu marido! Ni debías acordarte de él, como no sea para rezar por su alma perversa.

• Es que... tanto tiempo preso...

• Pero él si tuvo bastante tiempo para robar, no? Así me lo dijo Raimundo, el dueño de la mina: que siempre robaba, desde hacía años, hasta que lo pilló.

• Pero, padrecito...

• Nada, hija mía. No se puede. Las leyes son muy severas. Hay que castigar al que peca. Es también la ley de Dios. Yo no puedo hacer nada. Antes yo evité, con el jefe político, que lo fusilaran. Ya ves?

• Pero usted puede, padrecito.

• No puedo nada, Tomasa. Que expíe su falta. Ya lo salvé d la muerte; ahora que se salve él su alma. Reza, reza mucho por él.

• Bueno, padrecito.

• Y ahora, ándate, que tengo que hacer.

Muchas veces se repite la misma escena. Cada semana siquiera. Un día llegó Tomasa a la cárcel. Preguntó por su marido. Un guarda le dijo brutalmente:

• Parrales? Si ya se murió!

Se quedó Tomasa con la boca abierta. Ella, en verdad, venía esperándolo, adivinándolo en los ojos y en el silencio de Cipriano, pero fue tan brusca la noticia…

Sin embargo, no lloro. No dijo nada. No hizo más que mirar al hijo que tenía en los brazos. El guarda siguió hablando, indiferente:

• Allí está todavía, desde hace como una hora. Vaya a verlo, para que lo entierre.

Tomasa, sin responder nada, trató de irse por la pampa. La detuvieron.

• Hey! Donde se va, pues, tan idiota? O quiere que se lo coman los gallinazos? Ah? Si usted no lo entierra, lo tiramos a la sabana!

Explicó Tomasa, entre asustada y dolida, que se iba para regresar, para arreglar el entierro.

Fue a asa de don Ciro. De abajo, apenas llegada a la puerta del corral, le gritó:

• Ah, don Ciro!

• Ah?

• Don Ciro… Apúrese!

• Que dice, ña Tomasa?

Salió también Candelaria. Le preguntaron qué ocurría.

• Nada, sino que Cipriano se ha muerto hoy en la cárcel y quieren que lo entierre.

Los tres se dirigieron a la cárcel. Una vez que contemplaron el cuerpo de Cipriano tirado sobre las tablas sucias, como una cosa ya inútil y vacía, se fueron a la iglesia a hablar con el cura. Después, envolvieron el cadáver en unas sábanas rotas de Candelaria, y lo condujeron a la casa de don Ciro, para el velorio. Tenía que estar allí el cadáver hasta que se consumieran todas las velas que le habían prendido. De no, insistía don Ciro, a pesar de que todos lo sabían, viene el muerto a penar… Tuvieron que sacrificar algunas gallinas y hacer el gasto de la chicha y el puro… Se emborracharon. Como en el día del bautizo.

Y otra vez, la casa de caña se movía con el viento. Y otra vez, los cactus hincaron con sus ramas de enfermos el vientre de las nubes.

En el cementerio de pobres lo enterraron. Sólo pudieron hacerse de un cajón sin tapa. Habían cubierto el cuerpo con las mismas sábanas de la víspera. Don Ciro, ayudado por dos hombres, cavó la fosa. Le estuvieron echando tierra hasta que se formó un montoncito, en el que clavaron luego una cruz de madera sin pintar. Tomasa rezó. Rezaron todos, despacito, tal como se los había indicado el señor cura. Propuso don Ciro:

• Vámonos ya, ña Tomasa.

• Sí, don Ciro; vámonos ya.

Flotaba en la mañana una gris humedad.

Cuando Jesús tuvo listo su barquito, cuando lo hubo labrado, bajo al corral en busca de un palo chico. Con el cuchillo abrió un agujero en medio del barco, y allí clavó el palito. Se hizo de un pedazo de trapo y lo acomodó a manera de vela. La recortó en triángulo y sujetó un extremo al palo; el otro, lo amarró contra la popa.

• Mamá, ven a ver la balandra!

Porque Jesús había ido una vez a la playa. Lo llevó don Ciro, una mañana que había éste llegado a casa de ña Tomasa, de paso para Chipipe. Jesús se prendió de los pantalones de don Ciro.

• Ah, don Ciro!

• Qué quieres vos?

• Llévenme a Chipipe, don Ciro.

• Y para qué quieres ir?

• Lléveme, no más, don Ciro -suplicaba.

Tuvo que montarlo en el burro, don Ciro, ya convencido. El burro empezó a jalar el barril de agua. Don Ciro, antes de hincar bajo del rabo al pollino con su palito de arriero, volvió la cabeza hacía Tomasa y le dijo:

• Ve que mi ahijado es fregado… Hasta la vuelta, pues.

• Hasta la vuelta, Ciro.

• Oye, no venimos hasta mañana, ah?

• Bueno, pues, hasta mañana.

Se fue don Ciro con Jesús por la pampa. Caminaban lento. Jesús iba alegre: a cada rato se empinaba para ver el mar.

• Y cuándo sale, pues, la mar?

• Ya mismito.

Jesús contemplaba el paisaje ondulado. Miraba, curioso, por entre los cactus y los árboles enanos…

• Dele más duro al burro, don Ciro.

• Ya mismito llegamos.

Jesús se impacientaba. Se volvía a empinar sobre el borrico. Se apoyaba con las manos en la albarda. Gritaba:

• Oiga, don Ciro!

• Qué es que te pasa?

• Yo no veo nada todavía.

• Espérate, pues. Si ya mismo llegamos.

• Pero, dele, no más, más duro al burro.

Pero don Ciro no se apuraba, porque a don Ciro le gustaba caminar siempre lento. Tantos años de caminar así sobre el polvo, sobre la sabana pelada.

• Oye, Jesús, vos vas a ser aguador de grandes, no?

• Sí, don Ciro.

• Está bueno.

De repente, Jesús comenzó a oír un ruido extraño para él. Corría un poco de viento, y parecía que ese ruido venía con él como un canto ondulado, como una lengua que cayera lenta y suave, o, a veces, como un chasquido grandote.

• Qué es esa bulla, don Ciro? -preguntó Jesús.

• La mar. Que va a ser, si no?

• Así hace la mar?

• Ajá!

El ruido se iba haciendo más fuerte a cada instante. Acompasado y violento. Ya parecían bramidos. Cantaba, rugiendo, en una mezcla rara de armonía. Era largo, pausado, ligero al mismo tiempo.

• Chuzo que suena, don Ciro!

• Ajá!

• Y de más cerquísima ha de ser más peor, no?

• Sí.

• Ah! Oiga, don Ciro, y a qué hora la vemos?

• Ya mismo, pues.

Al bajar una cuesta, una pequeña cuesta redonda, se encontraron con las primeras casas del pueblo. Casas de caña. Algunas eran parecidas a las de la pampa, a las de ellos. Otras, mejores, más grandes. Pocas, de madera.

• Que es eso, don Ciro?

• Chipipe.

• Ah! Y esas casas tan grandotas?

• Chipipe, pues.

Se acercaron al estero.

• Huy, cuanta agua!

• Es el estero.

• Y como, pues, pasamos, don Ciro?

Don Ciro buscó la parte menos profunda. El pollino se paró tieso; no quería entrar al agua. Don Ciro le hincaba debajo del rabo, pero el borrico no se movía. Don Ciro le golpeó las ancas. Jesús se hacía adelante con el cuerpo, queriendo ayudar. Fue inutil. Se vio don Ciro obligado a meterse primero al agua, que solo le daba al tobillo, y a tirar luego al burro del cabestro. Entonces el borrico se animó: se tiró al estero. Don Ciro tuvo que correr atrás para aguantar el barril que podía dañar las patas de la bestia. Cuando el peligro hubo pasado, don Ciro, ya adelante, comenzó a caminar despacio. Se pasó por el hombro la cuerda que, llegándole hasta la cintura, le permitia agarrarla con la mano derecha, y se esforzaba inclinado, lento y firme, haciendo sonar las aguas a su paso. El barril daba tumbos ceremoniosamente. Jesús contentísimo, miraba a todos lados y tenía que agarrarse para no caer por las sacudidas. Los huecos hacían vacilar al pollino. Pero a Jesús no le daba miedo el bamboleo: se cogía con las manos de la albarda, y reía:

• Ja, ja, don Ciro!

• Agárrate fuerte no más, cuenta te caes.

• Ni crea. Yo no me caigo.

Y así pasaron el estero. Entraron al pueblo. Pero Jesús no veía aún el mar.

• Y adónde está, pues, la mentada mar?

• Ya mismo sale.

No había terminado de decir esto don Ciro, cuando, a la vuelta de una casa, se presentó la playa, el mar, el mar inmenso. Azul a esas horas, con el cielo despejado, sin una nube, era sin embargo, blanco en la playa, por las espumas que lo transformaban. Porque el mar caía como un desplome, y lamía la playa luego. Chocaba, a veces, con las rocas de más allá. El mar estaba así: monótono y violento, acompasado, musical. Caía y caía interminable. Y tan azul. Tan grande. Tan redondo. Se arrugaba un poco. Pero era para saltar.

La playa extensa se metía sin miedo entre la espuma. Y allí, tan cerca, casi al filo del mar, los cocoteros pedantes y raquíticos, inclinando sus ramas. Don Ciro y Jesús estaban parados en la arena muerta y se hundían los pies de don Ciro y las pezuñas del burro. Más allá, apenas más allá, la arena mojada, impecable, casi lustrosa, con alguna que otra concha, con alguno que otro caracol que ya había dejado de ser sonoro.

Y afuera, ancladas, las balandras.

Jesús estaba ensimismado. No acertó a decir palabra en los primeros momentos. Tenía la boca abierta. Los ojos, más aún. Se había quedado inmóvil, con los brazos tendidos, apoyados en la albarda. Y sólo miraba el azul, a lo lejos, como buscando el fin, como si se llenasen sus pupilas de horizonte.

• Don Ciro, don Ciro, que lindo!

Lo dijo, gritando, a voz en cuello, como un poseso.

• Qué grande, don Ciro!

Se iba tranquilizando. Ya había quitados las manos de la albarda. Pero volvió a exclamar:

• Que azul, don Ciro!

Luego se bajó del burro y se fue caminando, un poco temeroso, por la playa, por la arena mojada. Le gusto su frescura. Se acercó casi hasta la espuma. De allí regresó corriendo cuando vio venir el mar. Don Ciro se reía.

• No seas vos maricón. Vente conmigo.

Y le tomó una mano. Lo llevó hasta la espuma. Don Ciro se metió al agua. Jalaba a Jesús que se resistía un poco, aún, temeroso por la sorpresa que el grito y la presencia del mar le habían causado.

• No seas maricón. Entra no más que no hace nada -insistió don Ciro, como desafiándolo.

Se resolvió entonces el chico. Se metió él también al agua. Vino una ola grande y reventó sobre ellos. Don Ciro, ducho, al ver que el rollo de agua se le iba encima, se colocó de lado para evitar el revolcón. No le llegó el mar más arriba de la cintura, pero las espumas le mojaron la cara. A Jesús sí que lo cubrió casi totalmente. Y se quedó azorado, con la respiración cortada.

• Aaaay, don Ciro!

Y se prendía con todas sus fuerzas, de la ropa de su padrino. Éste lo tranquilizó:

• No te asustes, vos. Vámonos ya a vender el agua.

Se dirigieron por la playa a una casa grande, que era la posada. Iba Jesús, con sus ropas encharcadas, volviendo la cabeza de instante en instante. Al llegar a la puerta de la posada, don Ciro gritó:

• El aguador!

• Ya va -le contestaron!

Asomó, después, una cabeza. Una mujer apareció en la ventana.

• Suba, pues, don Ciro.

• Buenos días de Dios.

• Buenos días, suba, pues.

Ya arriba, la misma mujer, le dijo:

• A ver, cuánto quiere por el barril?

• Es bien grandote, ña Dominga.

• Y cuánto quiere?

• Llenesito está. Y el agua es bien dulcísima, fresquita.

• Ajá. Pero, cuánto vale, pues?

• Deme tres reales.

• Qué! Le daré dos a los más.

• No, ña Dominga. En dos y medio se lo dejo.

• Lo más que pudo dar es dos y cuartillo. Tanto aguador que viene... Si no le conviene, váyase...

• Bueno, ña Dominga, por ser a usted... YA voy a trepar el barril.

Bajó don Ciro las escaleras. Desató el barril de los ganchos de fierro. Se agachó, hizo un esfuerzo. Lo echo sobre sus hombres.

• Por aquí -le dijeron.

Le indicaron un gran tonel vacío, que se hallaba en un rincón de la cocina, para que en él echara el agua. Don Ciro dejó el barril en el suelo. Le sacó la tapa de madera, la tapa que era un tuco que entraba en una redondela perfecta. Volvió luego a cargarlo. Dejó caer el agua dentro del tonel. Cuando cayó toda, lo sacudió, hasta que se vertiera la última gota.

• Ya está vaceado, ña Dominga.

Le pagaron. Saludó don Ciro, y se fue con Jesús. Le dijo:

• Vamos a comer.

De unas alforjas que estaban junto a la albarda, colgando a ambos lados del borrico, sacó la comida: plátanos asados y queso. Se fueron lejos, donde podían estar solos. Allí, sentados en la arena, comieron.

• Oiga, don Ciro, cómo se llaman esas cosas que están en la mar?

• Son las balandras, pues.

• Ah! Y tienen gente?

• Seguro. Elevan las velas esas que están allá amarradas en esos palos, y el viento las arrempuja. Hacen viajes para afuera, llevando carga. Dicen que ganan duro los balandreros.

• Oiga, don Ciro, ya no quiero ser aguador.

• Por qué, ah?

• Porque más me gusta ser balandrero pues.

• Que sabes vos de eso! Ja, ja!

A don Ciro no le gustaba marcharse el mismo día. Se quedaba a dormir en Chipipe, donde la comadre Chepa. Doña Chepa de la A. doña Chepa era de Chanduy, pero hacía tiempo que vivía en Chipipe, donde tenía una tiendita. Doña Chepa de la A., orgullosa de su apellido cholo, auténtico, tendría unos cincuenta años, vendía velas y fósforos, carretes de hilo, pescado, víveres y hasta cigarros, y le iba muy bien en su negocio, establecido cerca de la playa, para poder adquirir los peces de mejor calidad y precio.

• Ah, comadre, ya estoy aquí! -gritó don Ciro, cuando estuvo a la puerta de la tienda.

• Buenas tardes de Dios, compadre.

• Buenas, ña Chepa.

• Y quién es, pues, el chico?

• Es mi ahijado el condenado. El hijo de ña Tomasa. Se acuerda de ña Tomasa?

• Cuál? La mujer del difunto Parrales?

• Si, pues, ña Chepa, la misma.

Doña Chepa de la A., le brindó café y cigarros. Conversaron, toda la tarde se la pasaron charlando, pero hablaban solo de vez en vez, con largos silencios, con palabras breves y lentas. Don Ciro ayudaba a doña Chepa en la venta. A las cuatro comieron.

• Vamos a merendar ya, compadre.

• Espérese un ratito que voy a traer una cosa.

Y don Ciro fue a buscar en las alforjas del pollino, que había dejado amarrado afuera, un envoltorio grande. Había traído en él chicharrones y chifles para regalo de la comadre.

• Tome, ña Chepa.

• Ay, don Ciro! Que rico!

En seguida, y mientras ña Chepa calentaba los chicharrones, comenzaron a comerse las redondelas de plátano tostaditas, que crujían entre los dientes blanquísimos de los cholos. Luego comieron arroz, plátano asado y pescado. Sólo don Ciro tomó café. Sentado en la puerta de la tienda, pendió su cigarro.

Hacía frío. La cotona de don Ciro se agitaba con el viento. Pero a don Ciro no le importaba el frío ni el viento. Complacido, charlaba con doña Chepa. Jesús miraba el mar, miraba las balandras. La espuma. Estaba ahora verde el mar, parecía una gran esmeralda que se movía.

De repente, Jesús se levantó de un salto.

• Don Ciro! Don Ciro! Vea allá.

Señalaba la puntilla con la mano. Era el ocaso. La puntilla estaba roja. El cielo, el mar, las nubes, todo era rojo. Poco a poco el rojo se extendía y el cielo entero se manchaba de sangre, como si una inmensa hoguera se hubiera formado en las alturas. Por la puntilla venía navegando una balandra. De improviso, se le inflamaron las velas... Después, se vio al mar que se tragaba el sol.

A la hora del crepúsculo cerraron la tienda de doña Chepa. Jesús, por la juntura de las hojas de la puerta, aguaitaba el mar que se iba haciendo negro. Y veía la espuma que al moverse dejaba en el aire casitas de plata. El rugido del mar, con el silencio de la noche, era más fuerte.

• Hace frío, don Ciro -dijo Jesús.

• Anda pues, acuéstate, que ya es hora.

Doña Chepa de la A., arregló todas sus cosas y se fue a su cama. Don Ciro y Jesús se acomodaron en unos sacos de arroz medio vacíos.

En la madrugada, cuando la luz es más que incierta, tomaron el café. Don Ciro, en seguida, fue a buscar al borrico al corral, atrás, donde lo había dejado para que comiera los desperdicios de la tienda de doña Chepa, y le colocó los ganchos de fierro. Sostuvo en ellos su barril vacío.

Jesús, de pie frente al viento, contemplaba el mar gris de las mañanas, con su color de pereza y de tedio. Y con el frío que hacía se veía más triste el mar. Allá se divisaban las balandras como metidas en la bruma, recortándose, apenas, sus siluetas de madera sucia y el blanco de sus velas.

Se marcharon.

Jesús volvía la cabeza a cada paso del pollino, como con pena de dejar el mar. Aún así, tan gris, lo quería. Se le había prendido el cariño tan hondo…

La pampa comenzó a ondularse para don Ciro y Jesús. El ruido del mar se iba perdiendo poco a poco, hasta que llegó a ser leve susurro, como el del viento.

Desde entonces, casi todas las semanas, cuando don Ciro pasaba por la casa de ña Tomasa, Jesús se iba al mar. Fue la misma mañana que llegaron, la primera vez de su visita al mar, cuando se lo dijo a Tomasa. Que él quería ir siempre con don Ciro, que… Lloró, gritó, se empecinó cogido de las faldas de la madre hasta que le repuso que sí.

Iba don Ciro pasado un día a Chipipe. Pero solo una o dos veces por semana visitaba a Tomasa. En ocasiones, dormía allí; o se iba a Chipipe con Jesús para retornar en la siguiente madrugada.

Y ahora, Jesús, en la pampa mojada por la lluvia, está inclinado al borde de la laguna. Está muy ocupado Jesús. Y trabaja con mucho cuidado, al parecer.

La laguna es grande, y sus aguas, tranquilas, poco profundas.

De repente, se endereza Jesús con los ojos brillantes de entusiasmo. Ha estado arreglando pacientemente su balandra pequeñita. Acaba de atarle una piola del clavo de la proa y de colocarle un peso en la quilla para que sostenga el equilibrio.

Alegre, agarra la piola en una mano y se mete resueltamente al agua, casi hasta cuando le da a las rodillas. Y va jalando la balandra, caminando para atrás, porque no quiere perder un detalle. Se le ocurre una idea y bruscamente se detiene. Se inclina. Enrolla la piola en la proa. Bate las manos en el agua para hacer olas. Contempla, riéndose, el balanceo de la balandrita, cuya proa se mete en las aguas y vuelve a salir con ligeras cabezadas.

Hasta muy tarde, está en el juego. Se olvida de la hora de almorzar. Como la laguna no está muy lejos de la casa, ña Tomasa lo va a buscar. Lo reprende. Si Jesús no regresa ligero, toma un palo y le pega. Le pega duro en las nalgas hasta que ella se fatiga. Jesús llora. Pero, después de un rato, cuando escarban las pepitas negras de la sandía, Jesús se ríe y dice gozoso:

- Mamá, yo ya soy balandrero.

CAP. 5

El sol se despereza sobre la playa.

Hay, a lo lejos, una raya dorada, una tira de oro sobre el azul oscuro y fuerte del mar. Las balandras ancladas poco se mueven. No hay viento. El mar está tranquilo; el cielo, sin una nube. Brilla la playa como un espejo. No hay nadie en la arena; solamente conchitas y caracoles mudos. Está bajando la marea, y las olas van dejando líneas curvas en la arena, que luego se desdibujan y quedan solo como garabatos apenas perceptibles.

Deben ser las once de la mañana

Don Rodolfo Gómez almuerza en ese momento. El comedor de su casa da al mar. Tiene cortinas blancas en los barandales. Una mesa redonda hay en el centro. Y a su alrededor, las sillas con los espaldares tan altos.

Don Rodolfo es un hombre moreno que usa barba y bigotes. Una barba redonda, negra, poblada, y unos bigotes con las puntas torcidas hacia los ojos. Es casi gordo, más bien robusto. Se le hinchan las venas en el cuello. Cualquier día moriría de apoplejía. Está don Rodolfo en mangas de camisa y se le ven los antebrazos fuerte, cruzados de venas gruesas. Está bien peinado, con raya en medio y dos copetes a los lados. Los ojos son chicos y redondos. La frente angosta. La cara, ovalada y placentera, tersa, de apariencia jovial. No es viejo don Rodolfo. Acaso cuenta sus cuarenta años. Sus labios son gruesos y morados, sobre todo el inferior. Don Rodolfo es moreno, robusto y un poco gordo. Don Rodolfo está comiendo de espaldas al mar.

Frente a él, en la otra punta de la mesa, come también la mujer de don Rodolfo. La mujer de don Rodolfo, Sofía, si que es gorda, gordísima. Lleva puesta una bata blanca muy larga, cuya cola ha tenido que recorger para sentarse. Se le hacen hoyitos en los brazos a la señora Sofía. La cara es mofletuda y también placentera, tanto como la de don Rodolfo. Los ojos, también chiquitos y con sus patitas de gallina alrededor. Los pechos le abultan a la señora Sofía; son dos grandes pechos que muestran el comienzo por el descote. Al respirar, levanta el tórax muy profundamente. Debe ser muy barrigona la señora Sofía; pero se ha ajustado tanto el corsé que se diría que su cintura es angosta. Debajo de la mesa tiene los pies, y le deben hacer doler los zapatos porque se los ha quitado casi… Ah!, y los pies de la señora Sofía son pequeñitos y tienen altos empeines.

A los lados de la mesa, comen también dos niños. Un hombre y una mujer. El uno tendrá quince años; la otra, doce, a lo más.

De vez en vez, vienen un poquito de viento y levanta apenas las cortinas, moviéndolas ligeramente. La señora Sofía está contenta así, porque no le gusta el viento fuerte que la despeina, y, por más que tiene el pelo trincado hacia el moña enorme, que lleva sobre la nuca, se le vuelan

algunas horas hebras. Porque la señora Sofía es muy meticulosa, muy aseada, se acicala mucha y con modales que quieren ser delicados, elegantes. Se esfuerza en silbar las eses y en arrastrar las erres. La señora Sofía también es morena, pero usa blanquete. Come levantando los dedos al lado del tenedor. Sobre todos, levanta el meñique hasta que lo pone tiesito. Tiene varias sortijas en sus dedos; en el cuello, un gran collar del que pende una cruz. Lleva también aretes, largos, pesados, con redondas perlas, que cuelgan de las puntas. Y una gran peineta de imitación carey clavada en el moño la ayuda a ser alta. Porque la señora Sofía es muy bajita, y esto no le gusta y la hace sufrir.

Comen en ese momento langostas con mayoría. La señora Sofía llena muy poco el tenedor, se ayuda con un pedacito de platano verde -de plátano que traen desde adentro, de La Aguada, o que le llega a don Rodolfo en las balandras desde el Guayas-, y lo lleva a la boca fruncida y pequeña sacando la punta de la lengua y parando el dedo meñique hasta ponerlo tiesito. Mastica con los labios cerrados muy lentamente. Tras cada bocado, se pasa la servilleta. En cambio, don Rodolfo, llena completamente el tenedor y lo pasa rápido por la boca. Mastica a toda prisa. Se mete un gran trozo de plátano. Y acaba antes que la señora Sofía.

Toman después caldo de pescado. Un buen pedazo de carne con papas fritas. Empanadas de queso, bañadas en azucar. Arroz con menestra y bastante aceite. Plátano maduro para el arroz. Huevos pasados. Y frutas, casi siempre sandías, o naranjas que don Rodolfo encarga a Guayaquil.

Don Rodolfo toma casi siempre encima de las comidas café puro, fumando al par un grueso cigarro de a real. Se escarba los dientes con un palo de fósforo filado con las uñas. Se palmotea la barriga satisfecho.

Hay una gran serenidad en el paisaje. En el mar. En el plácido comedor de don Rodolfo. En las cortinas blancas, de vez en vez, se mueves un poquito.

• Oye, Sofía.

• Qué?

• Voy a dormir la siesta en la hamaca. A las tres me despiertas, ah?

• Bueno, Rodolfo

Don Rodolfo Gómez se levanta y va primero al corredor. Estira los brazos. Arroja a la playa el pucho de su cigarro y el improvisado palillo de dientes. Después se dirige a la hamaca que está en el cuarto vecino al comedor.

En cuanto su marido se ha ido a dormir la siesta la señora Sofía comienza a trajinar, a moverse de un lado a otro, a arrear a la sirvienta, como ella dice.

• Vicenta!

• Mande, señorita.

Vicenta es una chola de dieciseis. Bajita, gorda, redonda, con los brazos muy cortos, las piernas torcidas, como de simio, y la cara chata. Las narices de Vicente se aplastan encima de la boca enorme, de labios gruesos y carnosos. Su pelo, negro y suelto, cae en largos mechones sobre la nuca.

No lleva zapatos y tienen los dedos de los pies abiertos y las plantas anchosas y amarillas.

• Apúrate, quita la mesa -le ordena la señora Sofía.

• Y limpia ligero el aparador -agrega.

Vicenta se queda con los ojos achinados y chiquitos abiertos de la sorpresa. Porque Vicenta tienen recién una semana en casa de Don Rodolfo la trajo de adentro, del monte, comprándola a la madre, que se moría de hambre, en veinte sucres. Allí, en su escritorio, tenía el señor guardados los papeles de la autoridad era una compra en regla.

• Ve que eres bruta! Hasta cuándo no aprendes? El aparador! Eso que está allí. Lo ves? Eso es el a-pa-ra-dor.

• Ah! Ja, ja!

Y se ríe Vicenta con unas ganas… Pero, como junto el aparador está la niña Julia, Vicenta, al acercarse, le grita:

• Quítate, pues, vos de allí!

Al oír eso, se enciende la cara de la señora Sofía.

• No te he dicho ya que no trates así a la niña Julia? So animal!

Se asusta la chola. Se queda inmóvil, mirando a la señora sin acabar de entender el por qué de su enojo.

• Idiota!… Abre los cajones y guarda los cubiertos.

Tampoco entiende Vicenta. Se le acaba la apariencia a la señora Sofía. Contemplando un improperio, va al aparador, hace el ademán, le enseña.

• Ah!… Qué destape, dice, y que meta los cuchillos?

• Sí, zoqueta. No se dice destape, sino abre.

Ahora está callada Vicenta. Vicenta Agapita, que así se llama la chola. Pero como a la señora Sofía no le gusta el segundo nombre, se lo ha sumido de hecho.

Y así se pasa las horas la señora Sofía haciendo trabajar a Vicenta que, despacio, sin apurarse, obliga con su torpeza a que la señora se enfurezca y le repita muchas veces sus órdenes.

A las tres y media de la tarde, al fijarse en el reloj de pared que está en el comedor, se da cuenta doña Sofía que se le ha pasado la hora de despertar a don Rodolfo, y vuela hacia él.

• Rodolfo! Rodolfo! Las tres y media!

• Ah? Apúrate hombre, que son las tres y media?

La señora Sofía opta por remecerle la hamaca hasta que don Rodolfo se incorpora estregándose los ojos.

• Qué hora dices que es?

• Las tres y media.

Don Rodolfo, ya que en pie y despabilado, exclama:

• Ah, caramba! Porque me has despertado tan tarde?

• Es que estaba muy ocupada, y se me pasó el tiempo.

• Demonio! Siempre te estás olvidando de todo.

• Pero, Rodolfo... Si la chola tuvo la culpa...

• Pero Rodolfo, pero Rodolfo... Todavía tienes cara, tras que me haces ir tarde a la tienda...

• Ay, Dios mío!

• Ve, Sofía, hazme el favor de callarte y no fregarme más la paciencia.

Después que don Rodolfo se lava y se peina, va a su tienda, que está en el piso bajo de la casa.

Allí, sentado junto al mostrador. Hay un muchacho. Un cholito que debe tener catorce años. Es algo feo, pero fuerte y moreno, con su piel color de sal prieta. El cabello es lustroso y negro, y la nariz, no muy chata. Pero su cara es redonda, y su boca, grande; y esto le da el aspecto de todos los cholos de esa región: las caras aplastadas, chatas, casi sin relieves.

Apenas ve a don Rodolfo, el muchacho se levanta y saluda:

• Buenas tardes, don Rodolfo.

• Que hay Jesús? Como está la venta?

• Así no más, don Rodolfo. Poco se ha vendido.

Don Rodolfo va al cajón del mostrador y examina las monedas. Mira después las perchas. El sabe muy bien cómo las ha dejado. Queda satisfecho.

La tienda no es muy grande, tiene sus tres metros de ancho, pero, en cambio, mucho fondo. Afuera, junto a la puerta, están colgados los racimos de plátanos; debajo de éstos, un cajón de naranjas maduras. Esto es todo lo que hay antes del mostrador de madera. Para pasar al otro lado, a la parte interior de la tienda, hay que levantar hacia arriba un pedazo del mostrador, que tienen bisagras y sube como una puerta. Atrás están las perchas, muy bien arregladas. En el lado derecho se acomodan las telas: las piezas de ruanes, de zarazas, de vuelas, de franelas, en una mezcla viva de colores. En la mitad están las conservas -mostaza, salsa de tomates, latas de salmón y de carnes-, y los cigarrillos, los cigarros y los fósforos. Del otro lado, a la izquierda, los comestibles frescos: latas de galletas, quesos, mantequilla, avena, harina de plátano, cebollas... En el suelo, del mismo lado, sacos de arroz, de lentejas, fréjoles y garbanzos, y una barrica de manteca blanca con la pequeña palo de madera medio enterrada. Todavía del mismo lado, pero sobre el mostrador un guardafrío pintado de verde y cubierto de tela de alambre en el que se guardan, en la parte de arriba, rosquitas y pan en moldes y molletes. Y en la parte de abajo, separada de la otra por una tabla delgada, sólo un enorme queso criollo comenzado, sobre un plato de fierro, y un cuchillo al lado.

Don Rodolfo pasa una vista rápida sobre todo esto, y luego camina a la derecha, hacía una mesa cuadrada que hace de escritorio. Allí se sienta a revisar sus cuentas, sus listas de los víveres que ha mandado esa mañana a las posadas de Chipipe. Porque todas las posadas se surten de la tienda de

don Rodolfo. Le mandan unas listas a manera de orden, y él las guarda, cuidadosamente, y después de hacer bien sus cuentas, para cobrar a fin de mes.

Hace ya como dos años que Jesús está trabajando en la tienda de don Rodolfo. Se colocó en el empleo una tarde en que, como de costumbre, había ido a Chipipe con don Ciro. Don Ciro fue a vender el agua al señor Gómez.

• Quién es ese chico? -le preguntó don Rodolfo.

• Mi ahijado, señor -repuso don Ciro.

• Ajá. Oye, como te llamas?

• Yo? Jesús Parrales.

Y cuando don Ciro se despidió, don Rodolfo, dirigiéndose a Jesús, le había dicho:

• Quédate un momentito, que quiero hablar contigo.

Jesús, un poco asustado, se había quedado, advirtiéndole a don Ciro que lo esperase afuera un ratito. Una vez solos, don Rodolfo dijo:

• Oye, muchacho, te gustaría quedarte a vivir en Chipipe?

• A mí, si.

• Bueno, bueno. Si quieres, quédate trabajando aquí, en la tienda... Te pago tres pesos mensuales, y te doy la comida.

• Bueno, señor. Yo si me quedo.

Había respondido gozoso. Le brillaban las miradas. Sin decir una palabra más, corrió. Bajó alocadamente las escaleras.

• Ah, don Ciro! No sabe?

• Qué, pues?

• Me quedo en Chipipe, don Ciro.

• Y cómo así?

• El señor Gómez que me ha dicho que me quede para trabajar en la tienda. Oiga, y me paga tres pesos al mes y me da también la comida.

• Y tu mamá

• Dígale usted, don Ciro.

• Yo no. Vamos , y le dices y después vos te quedas.

• No, don Ciro. Dígale usted mejor...

• Ni creas. Vámonos.

• No, don Ciro. Si yo le digo no me ha de dejar venir. Yo me quedo aquí... No sea malo, don Ciro... Dígale usted no más.

Y tanto había rogado Jesús, que a don Ciro no le quedó más remedio que acceder. Regresó, pues, solo esa vez a la pampa. Hablo con ña

Tomasina, a quién, en verdad, no le hizo mucho efecto la noticia. Sin embargo le dio un poco de pena. Miró a don Ciro largamente, diciendo:

• Para mejor será, no Ciro?

• Sí, pues, Tomasa.

También a Jesús hubo que civilizarlo. Le prohibieron muchas veces que tratase de tú a los niños. Le enseñaron repetidamente el hombre de los muebles. Le indicaron el uso del verbo abrir y de otros. Pero como Jesús no era bruto, aprendió ligero. Don Rodolfo le enseñó a contar. El niño Augusto se hizo su amigo y con él aprendió Jesús las primeras letras. Pudo, muy pronto, firme su nombre. Su trabajo se concretaba a vender en la tienda, arreglada, barrerla, quitar el polvo del mostrador, de los cajones y las perchas. Por las noches, subía a servir la comida. Y dormía en la bodega de la tienda, entre sacos de arroz y de patatas.

Los domingos gozaba de unas horas de asueto. Se iba a la playa. Aprendió a nadar en seguida. Jesús era fuerte, agíl, rabioso y llegó a ganar siempre en los partidos de nadadores que organizaba con los chicos, sus amigos. A veces solo, se tiraba al agua y nadaba hasta la balandras que estaban ancladas afuera. Se prendía de las cadenas o, ya amigo de los cholos balandreros, trepaba y se iba al timón, lo escudriñaba todo y regresaba, por último, a la borda, en la cual se paraba para arrojarse de cabeza al mar.

Jesús Parrales era feliz.

Después lo tentó la pesca. Durante toda la semana esperaba ansioso el domingo. Se marchaba tempranito cuando el cielo estaba aún azul oscuro, en las canoas o en las balsillas hechas de dos gruesos palos de balsa y unas tablas atravesadas que los aseguraban. Pero antes de estos viajes, aprendió a pescar con el chinchorro, en la playa. Se iba en la canoa hasta quedar a unos cincuenta o sesenta metros de la orilla, después de haber dejado en la playa la pesada y enorme red. O si no, era de los que se quedaban en la playa para jalarla hasta recogerla completamente al par que regresaba la canoa. Luego, cogía su parte de la pesca. Los pescados salían por millares, cuando era buen tiempo, cuando la mar no estaba brava. Y entre todos, se los repartían como hermanos, en primitiva y cordial humanidad. No les gustaba vender el pescado a no haber sido muy abundante la pesca. Los pescadores trabajaban para ellos y para los que los ayudaban ya a tirar la red o a varar la canoa. Cuando veía venir a algún señor, decían en seguida:

• Allá viene el blanco…

• Ajá, cuidado con vos.

Se acercaban el señor a la canoa. Demandaba:

• Véndeme un poco de pescado.

• No es de venta.

• Oh! Véndeme no más.

• Es que no es de venta, señor.

• Acaso no te voy a pagar?

• Y no ve que no son de venta? Si son para mi comer…

Pero el señor no quedaba satisfecho. Se indignaba. Metía la mano en la canoa y llenaba de pescados su canasta, que había hecho traer de un cinco. Botaba luego en la canoa una moneda. Y se iba tan tranquilo.

Los cholos lo miraban refunfuñando. Después de un rato, se guardaban el dinero, como resignados de un grave pesar.

El pescado que a Jesús le tocaba en el reparto lo llevaba siempre a don Rodolfo. Raras veces su amo lo gratificaba por eso; pero Jesús era feliz.

Fue después de un año que se aventuró en las largas pescas en balsilla. Partían dos o tres antes del amanecer. Se iban muy afuera, tan afuera que no se los veía de la playa, a buscar el mejor pez en mar abierto.

Usaban, a veces el anzuelo; otras, la red. Cuando iban a pescar con anzuelo, era Jesús el encargado -por ser el más chico- de ir a coger la víspera michugos en la playa. De noche, ya desocupado de los quehaceres de la casa de don Rodolfo, se iba a la playa a buscar los michugos. Con el pie los tanteaba al reventar la ola y, rápido, se agachaba para cogerlos con la mano. Y en la madrugada siguiente, sentado en la balsilla, se ponía a ensartar los animalitos en los anzuelos para después tirarlos al mar como carnadas.

Pacientes, en absoluta inmovilidad, esperaban, quemados por el sol, que cayera la presa. De repente, decía uno:

- Ya picó.
- Te está jalando?
- Ah Dios! Duro que jala.

Tiraban, entonces, de la piola y colocaban el pez cogido en la balsilla, para volver a empezar en el acto.

Jesús Parrales era muy feliz. Regresaba muy tarde de la pesca. Largas horas se pasaba afuera, en el mar gris, el mar verde, el mar azul. Cambiaban las aguas de coloración; grises en la madrugada, verdes con el sol, y, a las doce, en el mediodía claro y despejado, se ponían azules... Pero ellos seguían pescando y pescando, sin experimentar fatiga, hasta que, cargada la balsilla de pescado, emprendían el regreso.

Cierto día, Jesús Parrales satisfizo un viejo anhelo. Un domingo, que salió en la madrugada, como de costumbre, a la pesca, sus compañeros le dijeron:

- Oye, nos vamos atrás del tiburón.
- Ya estuvo, pues.
- Y no te da miedo a vos?
- Miedo? A mí, no.
- Velo al muchacho... Verraco ha sido.

Y partieron en la misma balsilla de siempre, pequeñita, frágil, diminuta en el mar como una boya flotante. Iban tres hombres. Navegaron una media hora, hasta que vieron, no muy de lejos de ellos, la aleta del tiburón cortando, como una proa afilada las aguas.

• Allí está -señalaron todos.

• Espérate. Tira la carnada para que venga.

Uno echó el cebo al agua.

• Rema duro, que nos alcanza!

Y remaron fuertemente, con violencia, hasta agotarse. Le dieron la vuelta a la fiera. Ya el mar más diestro tenía listo el arpón. La maniobra fue hábil y brusca para dejar pasar al tiburón, que corría ya delante de la balda. Y había que arponearlo antes que regresara. El hombre que tenía el arpón se curvó hacía atrás con los músculos tendidos. Agarró el cabo con la mano izquierda. El brazo derecho describió un círculo magnífico. Los tendones del cuello se fijaron, tirando hasta la boca en un supremo esfuerzo. En los hombros se abrieron hendiduras y los músculos se alargaron como en una escultura viva. Giró rápida la muñeca y el brazo se lanzó con el impulso de la espalda vibrante. Silbó el alma en el espacio. Partió veloz, rauda. El arponero, por el impulso, tuvo que dar un paso adelante y apoyarse, para no caer, con una mano en el suelo. Ahora parecía un corredor en el momento de la partida. Se levantó en seguida y se prendió del cabo que estaba pasado por una argolla de hierro incrustada en las maderas. Se templó la soga. Parecía romperse. El animal había dado un enorme salto. Se revolvió en las aguas. Puso la panza arriba como para morder. Volvió a sacudirse. Después loco, herido, comenzó a correr…

Había pasado un peligro pero comenzaba otro: la balsilla viajando a una velocidad extraordinaria se hundía de proa. Todos los tripulantes cogidos del cabo, se fueron a popa. Jesús había palidecido un poco. Después se rió, con una risa nerviosa.

• Chuzo que corre!

• Hey! Cuenta se vira que el tiburón va a voltear!

Fue sólo una rápida curva. Se levantó media balsa sobre el mar. Volvió a caer y saltó al agua en espuma hasta salpicar la cara de Jesús Parrales. El tiburón corría y corría por el mar inmenso, hacía afuera, hacia tan afuera.

Después de unos minutos, advirtió el arponero:

• Está cuerudo. No quiere morir… Voy a tirarle el otro arpón.

Volvió el diestro a tenderse como un arco. La distancia había aumentado, pero no erró el tiro. El sacudón fue horrible. Se trataba de un animal muy grande. Pero ya comenzó a perder fuerzas. Casi quedó inmóvil.

• Cobren, carajo, que se hunde! -gritó el arponero.

Comenzaron a jalar el cabo para acercarse al tiburón. Jalaban con esfuerzo máximo. No se veía más que el mar y el cielo. Los hombres sudaban y con el sol brillaban sus espaldas morenas y desnudas. Se agoraban. Se contorsionaban sus bocas como si estuvieran llenos de furia. Ya faltaba poco. Alistaron los cabos para amarrarlo junto a la balsa. Pero antes, cuando le iban a pasar el cabo, un cholo se acostó con la cabeza afuera, extendió un brazo con un filudo y gran cuchillo en la mano, lo metió en el agua y enterró la hoja en el cuello de la fiera, que ya venía agónica, por abajo, buscando el corazón. Después lo amarraron junto a la balsa y se pusieron a remar hacia la playa.

Han transcurrido pocos años que Jesús llegó a casa de don Rodolfo. Tiene ahora más de diecisiete de edad. Es ancho, moreno, vigoroso y, también, un diestro arponero, embrujado por la pesca del tiburón, cuya carne come con gran placer.

Vicenta Agapita continúa sirviendo a la señora Sofía. Ha aprendido mucho la chola en tantos años. Va siempre a la tienda a conversar con Jesús porque éste le regala pescados y le compra sandías y naranjas. Don Rodolfo había aumentado el sueldo de Jesús a cinco pesos. Además, Parrales se ganaba ya alguna cosa con la pesca.

A Jesús le brincaba el sexo. No sabía cómo hacer. Acaso no le entendía del todo: vivía encerrado diariamente en la tienda y los domingos en las duras faenas de la pesca. Sólo una vez le dijo a Agapita, entre tímido y audaz:

• Estás bonita

Vicenta Agapita se rió. Porque Vicenta Agapita sabía más que Jesús. El niño Augusto se había encargado de eso. La poseyó casi a la fuerza, una mañana que fue a arreglar su cuarto y que los padres habían salido a pasear con su hermana Julia. No pudo resistir la chola y siguió prestándose al niño Augusto. Ella misma iba a buscarlo por las noches a su cuarto.

Una noche salieron juntos Jesús y Vicenta. Era las nueve... Todos se habían acostado ya. Fue ella quién se lo propuso:

• Oye, Jesús, vámonos a pasear por la playa

• Bueno, pues.

La noche era cerrada, oscurisísima. Sólo se sabía del mar por su ruidos. Pero cuando estuvieron cerca, vieron la espuma blanca y las lucecitas verdes. Caminaron, caminaron.

La playa era una curva enorme, larga, inacabable, siguiendo la forma de la bahía. Ellos seguían callados por la arena, encogidos un poco por el frío. Jesús sentía temor. y, de los nervios, le llegaba hasta dolor el vientre. Se encontraba inquieto al lado de Vicenta y presentía que algo iba a pasar, estando tan solos con la noche y el mar.

De repente, Vicenta Agapita le cogió una mano.

• Oye, Jesús...

• Qué, ah?

• Sentémonos aquí.

• Bueno.

• Hace frío, no es verdad?

• Sí, hace un poco.

• Arrejúntate más, pues.

• ...

• Anda, pues, arrejúntate, que hace frío...

Pero fue ella quién se juntó mucho a Jesús. El mar casi llegaba a sus pies. El viento los azotaba.

• Oye, Jesús, a quién has besado vos?

• Yo? A nadie...

• Mentiroso... Yo no me hubiera dejado de vos...

• Ja, ja! Ve que vos eres más fregada...

• Para que veas vos... A que no lo haces si eres hombre...

Se hirió Jesús. Le dio pena y rabia. Como resolviéndose a pasar un grave peligro, le tendió los brazos ávidos y la ajustó entre ellos. La besó en la casa, con un beso sonoro. Vicenta Agapita, entonces, le tomó el rostro y lo besó en la boca, como le había enseñado el niño Augusto, haciéndole sentir su lengua...

• Arrejúntate más.

Se fue echando la chola lentamente... Lo tiraba sobre ella.

• Jesús... Espérate... Ah...

El mar cantaba. Furioso. Agitado y negro como nunca. El viento hacía coro.

Y la noche tan inmóvil y tan fría.

Regresaron lentamente a la casa, cogidos de las manos, tiritando de frío.

Jesús la amaba con todas sus fuerzas. Pero iba un poco triste. Y no sabía por qué.

En la puerta de la casa de Jesús quiso besarla. Vicenta Agapita hizo el cuerpo atrás esquivándolo.

• Ahora no.

• Y por qué no?

• Porque no.

• Sí -dijo Jesús rabioso y la agarró entre sus brazos arponeros. La besó como quiso, como le dio la gana.

• Ya ves, vos.

• Que gracia! Con tanta fuerza...

• Oye, Vicenta. Salimos mañana?

• Mañana no. Déjame no más la puerta de la tienda abierta y yo me bajo...

• Bueno...

Jesús solo ya, no fue a dormir. Se sentó en un escalón de la escalerita que subía a la casa. Mucho rato estuvo allí pensativo. Y ya ni siquiera sentía frío.

CAP. 6

A Jesús Parrales le gusta su mar y su playa, su pesca y su chola Vicenta Agapita. Pero hace mucho tiempo que a Jesús Parrales le ha nacido otro amor: el amor adoración por a balandra. Un amor que lo impulsa hacia el encanto de lo que no se conoce, que lo invita a caminar... Cuándo pasea por la playa y está solo, se queda largos ratos inmóvil mirando las balandras, el ancla que se trepa como un cangrejo por el costado de proa, el humo sabroso que sale de la cocina, las velas que se desenvuelven blancas para robar el viento.

Los domingos que va de pesca en balsilla, reposa un tanto su anhelo. y, sin embargo, entristecido, piensa: "Si fuera balandra..."

Una mañana don Rodolfo le dice:

• Todavía tú no sabes coger langostas, no?

• No, don Rodolfo.

• Aprende, pues. Procura cogerme unas para el almuerzo del domingo. Hay que ser hombres!

Y Jesús, al llegar el domingo, se fue tempranito a la casa del cholo langostero a pedirle que le enseñara. El langostero -afamado en Chipipe- le repuso:

• Y tienes vos resistencia para el agua?

• Ah, Dios! No me has visto vos?

• De verdad que sí eres aguantón. Vamos, pues.

Se pusieron de acuerdo. El langostero, Jesús y otro cholo tienen que caminar hasta las rocas, muy cerca de la punta. En ese sitio, debajo del agua, prendidas a las piedras, abundan las langostas. Es la mujer *guaca* para pescarlas. Caminan mucho rato. Acaso van pensando en el peligro del pez espada que anda por las rocas y ataca a los que tratan de arrancar las langostas de las piedras. Pasan debajo de un arco de roca grande que atraviesa la playa a lo ancho, como si fuera un resto de monasterio derruido. Allí se detienen un instante; esperan que retorne la ola que ha invadido el hueco del arco, llenando sus bases de espuma y de ruido, y, entonces, pasan corriendo antes de que los moje la que ya viene saltando por los escollos que sobresalen como caparachos oscuros. Un poco más allá, lejos del arco se forma una ovalada isla de piedras sobre las que reposan millares de zarapicos y alcatraces. Algunos se echan a volar de repente y pasan veloces, alineados, o formados en escuadra, buscando a flor de agua la presa que engullen rápidamente. Los zarapicos van a dormir después sobre las rocas negras de la isla, azotada por el viento y salpicada por la espuma del mar.

Los cholos se desnudan presurosos en esa soledad. Jesús está emocionado. Tiene grandes deseos de bucear él también, pero le dicen que por ser primera vez sólo debe ayudar desde afuera. El langostero se tira al agua y se pierde su cuerpo entre las olas. Después de unos segundos sale.

• Sí hay bastantes.

• Está bueno. A ver, la red.

Se paran, en extraordinario equilibrio, sobre la piedra más alta. Afirman hacía afuera el pie derecho y el otro se agarra como una mano de la humedad resbalosa de la roca. De esa manera arrojan la red, con sus pesitos de plomo para que baje al fondo y sus piolas corredizas para cerrar. El buzo se vuelve a zambullir. Sale en seguida.

• Ya está lista -dice.

Es que solamente ha estado acomodando la red junto a las piedras, junto a las langostas. Descansa arriba. Toma alientos.

• Ahora sí -grita.

Y se tira al agua por tercera vez. Se demora mucho. Jesús está nervioso. Pero no se atreve a preguntar nada y espera.

Abajo, en el fondo, se mueve el cuerpo del cholo cerca de la red. Va, con lentos movimientos, como si le faltara la ley de gravedad, como si estuviera en el aire, hacia las piedras. Echa mano a una enorme langosta, pero el animal está muy prendido y el cholo tiene que esforzarse. Arrima todo el brazo derecho contra las piedras y lo va torciendo luego, como para pulsear. Al fín logra arrancarla, la coge por el lomo, sujetando sus numerosas patas que se mueven con furia, y la bota ligera sobre la red. Pero el cholo langostero no sabe todavía. Repite la misma operación hasta tres veces.. Entonces, con las narices hinchadas y los labios ajustados, se impulsa con los pies, desesperadamente, y sube.

• Denme un palo -dice cuando ya ha recobrado el aliento.

Del brazo y del hombro le mana sangre. Toda la piel está enrojecida. Jesús lo mira asustado. Pero no es nada. Apenas arañazos de las rocas y las conchas por arrimarse a las piedras. Vuelve el cholo a sumergirse con el palo en la mano. Hurga a los animales. Les mete la punta del palo por la cola y los levanta. Con la otra mano agarra las langostas y las va tirando a la red. Así coge muchas grandes y chicas, todas las que puede. Tiene que mover constantemente los pies porque se entierra en el lecho de arena, una arena suave, sin mancha y sin color. Ya su piel está acostumbrada al rozamiento con los animales. A veces siente un cosquilleo en los talones; es una estrella de mar, una estrella colorada con sus cinco puntas llenas de patas diminutas y ligeras. Bajo del agua todo se ve brumoso. Pero ya se van acostumbrado sus ojos y ahora ve más claro. Procede con seguridad. De repente, ve moverse un cuerpo a lo lejos. Vacila un instante de segundo. Mueve los pies agitadamente. Las cosas se ven como al través de n enorme cristal empañado. El cholo sabe lo que se le viene encima, y se empuja con los pies con urgencia. Ya lo alcanza el pez. No es muy grande, pero furioso y su pico afilado sabe atravesar las carnes. Antes de que el cholo pueda salir, lo alcanza sin remedio. Se vira el hombre. Ha hecho una contorsión horrible para librarse. Le han pasado raspando las escamas del pez. El animal ha seguido de largo, pero es sólo para regresar. Vuelve a acometer, mas ya el

cholo, sin resuelto, está asido de una roca con medio cuerpo fuera del agua. Con el último aliento grita:

• El picudo!

Corre Jesús a él. El otro no puede abandonar la red. Jesús le da las manos y lo ayuda a trepar.

Cuando el langostero está trepado, lanza otro grito, una exclamación. Se arrastra por las rocas. De la pierna izquierda le sale sangre.

• Carajo! Siempre me cogió. Me fregó el maldito…

Sentado ya en la arena, se examina. Es apenas una pequeña herida en la pantorrilla. Se va la herida y le cubre luego de arena caliente. Arranca una tira de la camiseta y se venda. Dice a Jesús:

• Anda no más vos a ayudar a jalar la red. Hay bastantísima langosta y está pesada.

Pesa mucho la red. Jalan y jalan hasta que aparecen los tejidos apretándose con las langostas adentro. En la playa la extienden y comienzan a repartirse la pesca. Después, lentos, cansados, silenciosos, emprenden el retorno, caminando contra el sol que los quema, contra el viento, contra la arena que viene con el viento y se pega al cuerpo como agujas pequeñitas y bravas.

Esa misma noche Jesús está en la bodega de la tienda. No está solo. Allí, muy junto a él, está también Vicenta Agapita. Él le cuenta los incidentes de la pesca de la mañana. Pero Vicenta Agapita no escucha su relato; en los ojos se le conoce que está pensando en otras cosas… Se interrumpe Jesús, recuerda, busca la palabra que le huye, y así, pesada y mal tejida, reanuda la narración. De repente, Vicenta Agapita que está mirando hacía arriba, hacia el trecho de la bodega invisible en la oscuridad, le dice:

• Oye Jesús.

• Que, ah?

• No sabes una cosa?

• Qué cosa?

• Pero mejor yo no te digo nada.

• Y por qué?

• Porque es mejor que no.

• Dime, Vicenta

Le ruega. La coge entre los brazos. La aprieta contra su pecho.

• Si no me dices, te pego.

• No me pegas.

No la golpea Jesús, pero, lleno de rabia y despecho, le dice:

• Bueno, pues, no me digas nada… Para lo que a mí me importa!

• Es que..

• Ah?

• Este…

• Dime, pues.

• Que… estoy preñada, pues.

Jesús no responde nada. Se la queda mirando en las tinieblas como algo raro. Habla de otro asunto, después de un gran silencio. vicenta Agapita insiste.

• Oye, estoy preñada

• Ajá…

• Y si llega, pues, a saber la señora Sofía?

• Yo no se, pues, cómo hacer…

Jesús se esfuerza por desviar la conversación. Pero prefiere permanecer silencioso. Tiene miedo. A la señora Sofía, a don Rodolfo, a la misma Vicenta Agapita, a todo.

La chola se va de madrugada, en el alba azul y fría.

Cuando don Rodolfo está durmiendo la siesta y la señora Sofía cosiendo, Vicenta Agapita va despacito a ver al niño augusto, quién, también como su padre, acostumbra dormir después del almuerzo.

Vicenta está casi segura que el hijo no es de Jesús. Entonces -recuerda- muchos días pasaron sin estar con él. Era cuando andaban peleados. Por eso se ha resuelto a hablar claro con el niño Augusto.

Entra de puntillas al cuarto y se queda parada en la mitad. Al fondo, bajo una ventana que da al mar, está la cama del niño Augusto. Allí duerme boca arriba el niño Augusto. Vicenta no sabe qué hacer. Lo mira y se queda con las manos enlazadas por delante. Tiene la cabeza ligeramente inclinada. La boca con el labio inferior caído, colgante. Los ojos, bovinos, fijos, inexpresivos. Las piernas abiertas. Mucho rato está así, hasta que se anima y da unos pasos por la habitación. Tropieza con una silla. Exclama:

• Ay!

El niño Augusto se despierta con el ruido. Abre los ojos. Estira los brazos. Bosteza.

• Que quieres aquí?

La chola no contesta.

• Qué quieres te digo! No ves que estoy durmiendo?

Vicenta Agapita sin decir una palabra, algo asustada por el tono de cólera con que le habla Augusto, lo que sigue mirando con la boca abierta y las manos enlazadas por delante.

• Qué animal eres!

• …

• Habla, pues, o largate ya.

• Es que… -se anima Vicenta.

• Cómo?

Se acerca Vicenta Agapita a la cama, despacio, para poderle decir bajo la confidencia. Augusto la rechaza.

• Oh! Ahora no quiero. Lárgate!

Ha entendido mal el niño Augusto. Pero la chola no dice nada. No protesta. Está pálida.

• Este… Yo…

• Caramba! Qué te pasa?

• Nada, niño Augusto.

• Demonio! Se me acaba la paciencia! Quieres plata?

• No quiero.

• Pero, entonces, qué quieres? Ve, lárgate ya mismo y no me friegues más la pita.

El niño Augusto, al decir estas últimas palabras, se vira en la cama contra la pared. (El niño Augusto tienen ya más de veinte años, pero los sirvientes siguen llamando niño). Vicenta Agapita se queda indecisa un rato. Mira hacia la puerta. Vuelve en seguida a su inmovilidad de espera. El niño Augusto se voltea hacia ella.

• No te has largado todavía?

• No.

• Voy a tener que echarte a empujones! Ya mismo viene mi mamá y te pilla aquí.

El niño Augusto, visiblemente agitado. Se incorpora. Se sienta en la cama. Le cuelgan los pies. La mira con las mandíbulas apretadas.

• Oiga, niño Augusto

• Qué? Pero habla ligero, que viene mi mamá, chola del diablo!

• Este… Que estoy preñada, pues…

Después de decir esto, Vicenta Agapita respira con alivio. Deja caer las manos, antes enlazadas sobre el vientre. Ya no le cuelga el labio inferior, y ha ajustado la boca. El niño Augusto permanece un rato en silencio. luego dice:

• Caramba! Es una vaina!… Por bruta… y para decirme esto me has fregado tanto la paciencia? Qué quieres que yo haga?

• …

• Oye -le dice con tono imperioso y mirándola fijamente a la cara, después de meditar un instante-, ándate a tu tierra.

• No, niño Augusto, yo no me quiero ir.

• Es que tienes que irte, idiota! Que vas a hacer aquí? Te doy diez sucres para que te vayas.

• No, niño, yo no me quiero ir allá.

• Y que quieres, entonces?

Vicenta Agapito no se mueve de su sitio. Augusto se impacienta: crispa los puños, se pasea a grandes trancos, se para.

• Lárgate ya mismo de aquí!

Pero Vicenta Agapita permanece impasible en el mismo sitio.

Entonces, el niño Augusto se acerca furioso. La empuja. La insulta. Vicenta palidece y retrocede a cada grito y a cada empujón; sube los hombros como para dar un saltito y se va acercando a la puerta del cuarto. El niño augusto le da el último empujón. Luego tira la puerta y corre el pestillo. Al regresar a su cama, dice en voz alta:

• La chola bruta!

Y se duerme en seguida tranquilamente.

Vicenta Agapita se ha marchado silenciosa a terminar sus quehaceres. A las cuatro comienza a tender la mesa y se encuentra con la señora Sofía que vienen como siempre, a arrear a la chola. Vicenta Agapita ha elaborado su plan. Tienen una idea. Espera el momento oportuno y se decide:

• Oiga, señora Sofía.

• Señora se le dice a las cocinera, burra. Ya te he dicho una y mil veces que me debes decir señorita. Hasta cuando no aprendes?

• -sí, señoritabueno, y qué te pasa?

• Es que anoche ví al Tin-Tin, señorita.

• Qué tintín ni qué tontería!

• De verdad. El tintín que se abaja a las mujeres moñonas.

La señora Sofía, maliciosa, la interroga:

• Y cómo es el Tin-Tín?

• Yo anoche mismo lo ví. Me tiene siguiendo hace tiempísimo. A mí me da miedo. Hace días que lo oigo silbar.

• Sí, no? Pero cómo es, pues?

• Chiquito con figura de cristiano, del mismo porte que un mono. Anoche lo ví por las rendijas del cuarto, señorita. Me viene siguiendo.

• Y para qué te va a seguir?

• No ve, pues, que el tintín se abaja a las mujeres moñona? Ha de querer empreñarme el bandido.

La señora la mira con desconfianza, con rabia, hacia la barriga y los ojos.

• Cuidado, Vicenta!

• Sí, niña. Si yo sí tengo cuidado. Yo anoche cerré la puerta, pero se sabe meter por las rendijas y empreña sin sentir.

• Ajá… Córtate el pelo.

• Para qué, pues?

• No dices que se abaja a las mujeres moñonas? Entonces? Córtate el pelo, pedazo de sinvergüenza! No me vengas a contar chismes tú también. Me crees una idiota? Buena alcahuetería la del tintín! Ve que tú me haces soltar unas palabrotas… Eres terrible. No sé ya qué hacer contigo… El tintín, no? Ahora mismo se lo digo a Rodolfo… Lárgate de aquí!

La chola Vicenta, sin saber que responder, intenta salir del comedor, atemorizada por el tono furioso de doña Sofía,. Pero, en seguida, la señora la detiene a gritos:

• Hey? Adónde te vas? No ves que hay que arreglar la mesa? A ver, a ver, ligero, ya mismo. Por el mantel. Apúrate, zamarra!

Vicenta Agapita con su plan fracasado tiene los ojos húmedos y la mirada triste y suave.

Las mañanas de domigo en Chipipe difieren muy poco de las mañanas de todos los días. Sólo que uno que otro dominguero se pone ropa limpia, una cotona nueva y los pantalones planchados con abundante almidón, y que se ve más gente por las calles. Las tiendas no se abren. Todo el pueblo tienen cara de cansancio. Y se nota más calma en el paisaje, más tristeza en el cielo, en la arena y en la pampa. Los movimientos de la gente son también más lentos y, en veces ni siquiera el viento tienen prisa.

Sin embargo la mañana de un domigo la tienda de don Rodolfo estaba abierta. Se hallaba haciendo el inventario y como don Rodolfo necesitaba a Jesús, no le dio permiso para que fuera la pesca. Hasta las doce que estuvieron trabajando, ya don Rodolfo caminaba de un lado a otro con un tablero en el que llevaba los papeles de las listas que iba haciendo, se empinaba para aguaitar a Jesús cuando contaba, tomaba su lápiz de detrás de la oreja, y, antes de escribir lo mojaba en la punta de la lengua.

A la una de la tarde, luego que hubo almorzado. Jesús Parrales se fue al muelle, llevando su anzuelo. En el trayecto, por la playa, se encontró con un amigo.

• Oye, Lindao, vamos a pescar.

• Vamos pues.

Y se marcharon juntos al muelle. Se sentaron al filo, con las piernas colgadas sobre el agua. Y así permanecieron silenciosos, mudos, casi sin moverse, mucho rato. De improviso, dijo Jesús muy bajito:

• Ya picó.

• Jala pues.

Jesús comenzó a tirar de la piola que se templaba como si estuviera amarrada a un gran peso. Le temblaban los músculos al cholo.

• Oye, Lindao, qué será que jala tan duro?

• A ver déjame tantiar.

Ambos sudaban. El mar estaba clarito y verde como vidrio de botella. Y tan tranquilo y sereno, que apenas lamía dulcemente los palos del muelle, dejando a su alrededor pequeños círculos que por instantes transformaban el color de las agua.

• Oye, esto es pulpo -afirmó Lindao.

• No digas?

• Segurísimo. El pulpo no más jala tan duro. A mi ya me ha pica'o otras veces.

Jesús Parrales se animó. Se puso en pie y jaló con todas su fuerzas. Se doblaban los dedos de sus pies por agarrarse a las tablas del muelle. Le templaban las aletas de la nariz. Lentamente, el animal cedía: se iba acercando. Después , por más que jalaron, ya no pudieron más: contra los palos del muelle, se agitaron apenas las aguas translúcidas, y se vieron, como a través de una brumosa lente de aumento, los tentáculos del pulpo abrazarse a ellos.

• De ahí no sale por más que jalemos. No hay más que tirarse al agua y arrancarlo -dijo Lindao.

• Yo me tiro -gritó Jesús entusiasmado.

• Pero ten en cuenta, parrales, que te puede fregar.

Sin contestar, se lanzó al mar Jesús. Las aguas lo recibieron con un leve agitar, y luego se opacaron al sumergirse el cuerpo moreno del cholo. Sus manos nerviosas se resbalaban en la piel del pulpo. Introducía los dedos por entre el cuerpo duro y gelatinoso que podía agarrar bien. Se agotaba en una lucha estéril. Lindao, desde el muelle, le advirtió:

• Ponle la espalda para que se te prenda!

Parrales había emergido a la superficie. Luego de cobrar alientos, se acercó suavemente al pulpo. Le colocó la espalda, sobándose a él como en caricia. Uno de los tentáculos del animal, tal que una serpiente, le envolvía el cuello, dándole la vuelta a la espalda. Respiró un instante Jesús con la cabeza afuera y volvió a sumergirse. Se acercaba con mña prendido del tentáculo para obligar a la fiera a asirse con los otros. Pero ya no era necesario. Ya el púlpito había probado la sangre y se le iba adhiriendo con todas sus patas. Se le prendieron chupando, como una enredadera de ramas, de bejucos que se entrecruzaban sobre la espalda de Jesús.

Ahora, fatigado, con todo el cuerpo gelatinoso encima de su espalda, le faltaban las fuerza. Lindao se acostó en el muelle boca abajo, agarrándose con los pies de las ranuras de las tablas y tendiéndole los brazos a Jesús. De ellos se cogió Parrales y logró subir jadeante. Las conchas de los palos del muelle le habían hecho sangrar los hombros y la espalda, sobre la que se apretaba el verde claro, desteñido, de la fiera aparentemente indecisa, ambigua, lenta. Lindao comenzó a desprenderla del cuerpo de su amigo.

• Cuenta se te va al corazón -le dijo.

Lindao ayudado por Jesús, tiraba con todas sus fuerzas del animal. El pulpo, acaso de rabia o acaso por los golpes que recibía, cambiaba de

coloración: se hizo verde oscuro, amarillo, colorado, pero siempre quedaba con este tinte prieto y transparente a la vez que tiene el agua sucia. Por fin lograron desprenderlo. Entonces lo golpearon contra el suelo para matarlo. Caía enredado en sus tentáculos: arriba era como un disco del que le salían las cuerdas de sus patas, y le colgaba abajo como un bolsa. No era muy grande, pero, sin embargo, hacía gala de una gran vitalidad. Lo volvieron a agarrar y a golpearlo contra las tablas del muelle. En el suelo, los tentáculos, después de un momento de haber caído, lentamente se estiraban en ondulaciones ritmicas llenas de astucia y de maldad. Las dos filas de ventosas de sus patas sinuosas, se hallaban listas a pegarse. Volvió a cambiar de color. Al fin, quedó exámine, chato, aplastado.

Jesús Parrales se sentó.

• Chuzo que estoy cansado!

• Seguro que cansa. Oye. Y vos no has comido nunca pulpo?

• Yo, no. Es bueno?

• Bien ríquísimo es. Vámoslo llevado para cocinarlo.

Lo cogieron y se alejaron del muelle. El sol prendía su fuerza en los cuerpos cholos, y en la masa nauseabunda del pulpo, cuyos tentáculos se habían recogido sobre si mismos como un ovillo de piola.

Jesús Parrales regresó a las seis de la tarde a la casa. Don Rodolfo lo reprendió por haber llegado a esa hora. Callo Jesús. Esperaba paciente la noche que le traería a Vicenta Agapita. Pero Vicenta Agapita no fue. Hacía varias noches que no lo visitaba. Jesús se pasaba horas de horas en la bodega de la tienda, tendidos sobre la estera, sobre la gruesa colcha roja que ponía encima. Y en las mañanas, apenas tenía un momento oportuno, le preguntaba:

• Por qué no bajaste anoche?

• No, pude, pues.

• Vas esta noche?

• Si es que puedo sí voy.

Pero Vicenta Agapita no iba.

Ese domingo, Jesús, no obstante su cansancio, salió a las diez de la noche. Dio la vuelta a la casa. Inquieto, preocupado, había resuelto ir en busca de Vicenta. Comenzó a trepar por los estantes.

La noche era cerrada, oscura, silenciosa. No había más que el ruido del mar negro y las sombras inmóviles de las horas lentas de la noche. Y la otra sombra de Jesús Parrales, más negra y más dura, que trepaba por los corredores del comedor.

Montó una pierna en la baranda. Allí se detuvo un instante. Cobró alientos. Quedamente se paró en el comedor. Comenzó a andar, extendiendo los brazos como un ciego, tanteando los objetos para no tropezar.

Así, de esa manera, lento, como si fuera realmente una sombra, pasó un largo corredor y llegó a la cocina. Aquí volvió a detenerse. A la vuelta,

cerca de la azotea, estaba el cuarto de Vicenta Agapita. Escudriñó entre la oscuridad. Convencido de que nadie lo había sentido, avanzó ya más tranquilo. Abrió despacito la puerta del cuarto de Vicenta. Susurró:

• Vicenta…

No obtuvo respuesta. Repitió algo más fuerte:

• Vicenta Agapita…

Nada. Pensó: "Ve que ésta duerme". Avanzó entre las tinieblas con las manos tendidas, hasta el lecho de Vicenta. Y allí, frente a la blancura de las sábana que apenas se divisaba como una mancha clara, volvió a llamar:

• Vicenta Agapita, oye…

Como nadie le contestara tocó suavemente inclinándose, el borde de la cama. Adelantó los brazos por el lecho, pero sus manos sólo hallaron el vacío. Se sentó en la cama desorientado. Se dijo: "Habría ido a buscarme…"

Al regresar, otra vez sigiloso y lento, dio la vuelta al corredor por el otro lado y pasó junto al cuarto del niño Augusto. Al notar que habían prendido luz adentro, se escondió. Le pareció oír voces, le pareció escuchar la voz de Vicenta Agapita. Se erizaron sus nervios y dudó, con una duda terrible. Se propuso esperar y se quedó allí, en cuclillas, acurrucado, sin hacer ningún movimiento. Se le dormían las piernas pero Jesús Parrales no se movía. Las horas se sucedían qué lenta y qué dolorosas.

Por fin, ya cuando el cielo negro comenzó a hacerse azul, oyó abrirse la puerta del cuarto. Apoyó las manos contra el suelo y fue sacando lentamente la cabeza por el corredor: vio entonces que Vicenta Agapita salía en puntillas del cuarto del niño Augusto y se dirigía hacia la cocina recorriendo como él, horas antes, el mismo lentitud. Pasó ella muy cerca de su escondite. Apretó las mandíbulas; y por primera vez en toda la noche se percibió un ruido extraño al que producía el golpear de las olas sobre la playa muerta: le chirriaron los dientes.

A las nueve de la mañana don Rodolfo bajó a la tienda a reprender a Jesús quién, detrás del mostrador, atendía soñoliento a la clientela.

• Oye, Jesús, en que líos andas tú con Vicenta? Que te imaginas? Ah?

• Yo no, don Rodolfo…

• Mucho cuidado, son mangajo! Esta es una casa de respeto… Parece que Vicenta está embarazada, porque ya está inventando el cuento del tintín, como todas las cholas, y si eres tú… ya sabes lo que te espera…

• Le juro, don Rodolfo…

• Déjate de jurar, malagradecido. Si quieres mujeres, anda a buscarlas a la calle. Cállate ya.

Durante todo el día Parrales rehuyó hablar con Vicenta Agapita. Se acostó temprano, apenas hubo terminado de comer, y antes del amanecer estuvo en pie. Afuera en la playa vio cómo se abrían brechas de luz en el cielo, cómo se desteñía el negro y después el azul. Aspiró el olor salado del mar, el agrio de los mariscos, el vaho dulzón de la madrugada y se tiró al agua. Nadó hasta donde se hallaba anclada una balandra grande. Era lejos y había que nadar mucho. Al llegar, se asió de la cadena del ancla, encogió el

cuerpo y subió. Tuvo que trepar por el letrero rojo que, en la borda, casi juntos al botalón, decía: la Beldaca.

• Buenos días de Dios!

• Ah Dios, Parrales! Qué quieres vos tan temprano?

• Yo? Nada. Qué es del patrón?

• Allá sentado está.

Se dirigió hacia el viejo cholo que mandaba la balandra.

• Don Asunción, buenos días. Como está?

• Yo, bien. Y vos?

• También así. Cuándo se va al Guayas don Asunción?

• Ahora mismo salimos.

• Ah… Oiga, don Asunción, este, lléveme de marinero.

• A vos… Por qué? Vos no entiendes de eso.

• Lléveme no más, don Asunción. Ya verá como yo aprendo bien pronto.

Tanto rogó Parrales que al fin don Asunción asintió:

• Bueno, pues, pero vas a tener que trabajar duro. Anda a traer tus cosas. Y cuenta te quedas que dentro de una hora nos vamos. Ah?

No contestó Jesús. Corrió a la borda y se lanzó de cabeza al mar. Nadaba furiosamente, como nunca. Doblaba los brazos para coger el agua y luego los lanzaba veloces hacia atrás. Su cabeza casi completamente sumergida iba cortando como una quilla. El sol ya estaba afuera. El mar se arrugaba un poco. Y en las espaldas de Jesús Parrales se fugaban -tan rápido era su nado- un poco de sol, un poco de mar, un poco de eternidad.

CAP. 7

Las toldas de la casa están chorreadas como alas caídas. Ni siquiera hay un soplo de brisa y el calor es bochornoso. Los amplios corredores de la casa se resecan al son. En las calles, el lodo endurecido se yergue en aristas agudas.

La casa está pintada de un color café con leche. Se ve primero el corredor enorme, cubierto a las miradas indiscretas con toldas de lona blanca. En el centro, la sala tan grande. Cinco cuartos más: amplios, claros, llenos de luz. A un lado, como una adherencia, la cocina. Más allá, la azotea cruzada de cordeles, de los cuales guindan ropas recién lavadas. Y junto a la cocina, el comedor con una ventanita por la que se pasan las bandejas de comida. En el comedor hay una mesa larga; muchas sillas; un alto aparador;

el auxiliar con vidrios de colores; y en las paredes, pésimas litografías con bodegones de uvas, naranjas y manzanas.

La casa está situada en el malecón, por el cochero. Y de ella se puede contemplar toda la orilla, con su larga playa de todo negro soportando los puntales de los muelles que se tienden al río como brazos. En los muelles se acoderan multitud de canoas y balandras: canoas llenas de naranjas y de mangos que, traen de los campos vecinos y balandras sucias, exhalando el humo de su cocina montubia, con las velas recogidas, grasosas y pardas, entre los cabos ennegrecidos.

Por frente a la casa pasean las muchachas con paraguas para defenderse del sol. Las muchachas decente, con grandes y cuidados moños en las nucas, de largas batas de bordados blancos, de ajustado corpiño y de cintura muy alta y muy estrecha.

En los bajos de la casa hay tres bodegas para almacenar cacao y sal, y junto a ellas, una oficina pequeña. Tras de unas rejillas de fierro, hay en la oficina un escritorio caoba, un gancho para papeles, para copiarlas. Un poco más al fondo se levanta, sobre sus flacas patas una mesa para la contabilidad, y a su alrededor, unas altas sillas sin espaldares y con los asientos redondos.

El propietario de la casa, de las bodegas siempre llenitas, de la oficina, es don Alfonso Vélez. Don Alfonso puede tener cincuenta años, es gordo y rico, con largos bigotes de puntas retorcidas y de barba aguda. Tienen los ojos brillantes, el aspecto risueño y el abdomen, crecido. Todo el día se lo pasa con gorra, ya sea en la oficina, ya reclinado en la fresca hamaca de su casa.

Don Alfonso era hijo de un rico comerciante colombiano, quién, según el murmurar de las viejas, había llegado a Guayaquil sin una peseta y con los zapatos al hombro. Decían de él que fue primero vendedor ambulante. Salía a la calle con el charol de madera en la cabeza, sobre la que se colocaba una redondela de tela, una rosca, para que no le doliera. Vendía frutas y legumbres diariamente. Los sábados, tamales. Agregaba la vieja crónica que era dueño de una voz poderosa y de una voluntad de fierro.

- Taaaamalitos de puercoooo!!!
- Calientes los ricos tamaliiiitos!!!

Con esa voz y esa voluntad fue prosperando poco a poco. Así llegó a comprarse una carretilla, en la que tan pronto sacaba a vender tamales o frutas, como telas o juguetes para navidad. Por fín logró comprar una tienda, en la que vendía desde el puro y el canelazo hasta el refinado y la cerveza. Cuando era dueño de la tienda, le decía don. Después, cuando ya rico, se compró una hacienda de cacao, puso su oficina y se hizo la casa del malecón: era el señor Vélez.

De su matrimonio con una señorita decente, de la buena sociedad, como él decía, solo tuvo un hijo: Alfonso.

Alfonso fue educado en la escuela de su padre: aprendió a trabajar desde muy pequeño. Se pasaba horas de horas en la oficina sumando largas listas de pedidos o salía a cobrar planillas con un tanto por ciento de comisión a su favor.

También como su padre tuvo la ambición del dinero desde muy niño. Y como era tan astuto, a los trece años ya se robaba lo cigarros o el dinero del bolsillo del chaleco de su padre, y a los catorce violó a la primera sirvienta.

Cuándo murió el señor Vélez, Alfonso, que sólo tenía dieciocho años, se hizo cargo de los negocios. Se transformó en un hombre de bien, como decía la señora.

Sus verdaderos amores comenzaron a los treinta años. Vivía solo en la enorme casa paterna: su madre hacía tres años que había muerto. Aburrido de su soledad, se enamoró en una fiesta de doña Laura Mendoza, una chiquilla de quince o dieciseis años. Toda la noche bailó con ella. La madre de doña Laura los miraba satisfecha desde un rincón de la sala. El partido no era nada despreciable, a pesar de ser hijo don Alfonso de un advenedizo, de un cualquiera. Así se lo dijo a la hija cuando estuvieron de regreso de la fiesta. A la semana, Alfonso Vélez era invitado a almorzar en casa de la familia Mendoza. Se sucedieron las invitaciones y las visitas. La madre de doña Laura, pretextando ocupaciones, procuraba dejarlos solo el mayor tiempo posible.

Fueron primero los besos. Besos interminables en el cómodo sofá de la sala. Hasta que una noche mientras la señora roncaba en la hamaca del cuarto vecino, allí, en ese mismo sofá, la hizo suya.

Después, claro, don Alfonso Vélez, un caballero, tuvo que casarse. Doña Laura había contado todo a su madre. Fingió ésta indignarse. Llamó a don Alfonso:

• Quiero hablar con usted muy seriamente.

• Estoy a su disposición, señora.

• Es usted un canalla!

• Pero, señora!

• Sí, señor. Un canalla. Tal como lo oye.

• Señora, si usted me ha llamado para insultarme…

• Es usted además un hipócrita. Todo lo malo que puede ser un hombre. Lo sé todo. Ha abusado usted del honor de mi hija! De mi hija! Entiende usted? Ja. Nada menos que de la señorita Mendoza… Canalla! No ha respetado usted nada… Claro, el que no es gente no puede portarse como gente…

Al par que hablaba, la señora de Mendoza se arreglaba nerviosamente el cabello, se daba palmaditas en el alto pecho, se mordía lo labios, moviendo de lado a lado la cabeza y con un temblor incontenible en el pie derecho.

Alfonso Vélez no hizo, ante los insultos que recibía, más que inclinar la frente. Dijo, en seguida:

• Estoy dispuesto a casarme en el acto, señora.

• Claro, ni faltaba! Me duele que mi hija vaya a sufrir a su lado, porque ha de ser usted terrible, terrible, pero tampoco puede quedarse deshonrada. Qué desgracia, Dios mío! Cuándo piensa usted casarse?

• Tan pronto como todo esté listo.

• Se equivoca. Eso sí que no. Se ve que a usted no le importa nada. La gente murmurará. Tendrán que esperar siquiera tres meses, si es que no hay alguna novedad… Mañana anunciaremos el compromiso…

La vida matrimonial de don Alfonso fue siempre apacible, llena de esa torpe felicidad de lo cómodo y lo fácil. Su mujer era buenamoza y afable. Condescendía en todo con su marido y como a éste no le gustaba hacer otra cosa que dinero, vivía resignada a un encierro voluntario.

Ahora don Alfonso tiene cincuenta años. Ha engordado y es más sereno que nunca. Jamás se inmuta. Procede en la vida con la misma serena seguridad con que hace los fríos cálculos de su negocio. Además de sus haciendas, continua con la compra y venta de productos del país. Ha logrado absorver completamente una de esas ramas: la sal. Él compra casi toda la producción de Salinas. Recibe a todas las balandras y paga siempre al contado y a mejores precios. Embodega el producto. Provoca la escasez. Cuando ha logrado que los precios suban, vende. Si algún competidor asoma por allí, entonces baja los precios. El acaso pierde en un cargamento, pero arruina el adversario. Sus competidores dice:

• Con don Alfonso no hay que meterse.

Una mañana don Alfonso, a la hora del desayuno, conversa con doña Laura. La taza de café con leche exhala un humo sabroso. Junto a ella hay un plato lleno de cáscaras y jugo de naranjas y pedazos de guineos aporreados. Como el café está muy caliente, don Alfonso se entretiene en bazuquearlo con una cucharilla y en charlar al mismo tiempo con su mujer.

• Hoy me llega en La Beldaca un cargamento del sal macanudo.

• Ajá. A qué hora viene?

• Supongo que debe estar aquí a la hora de la marea, de doce a una de la tarde. Estoy impaciente. Te advierto que es la balandra más grande que viene de Salinas. Caray. Ahora si que me pongo las botas… ah… va a subir a las nubes el precio de la sal.

• Qué bueno, Alfonso! Oye, y pega en el muelle de la oficina?

• Pero, claro. Por qué no?

• Como me dices que es tan grande, yo creía…

• Oh. Laura, tú siempre con tus cosas… Hazme el favor de darme un vaso de agua. Me voy a hacer alistar las bodegas.

La Beldaca salió a las seís de la mañana. Jesús Parrales, en popa, contemplaba cómo se iba alejando la costa, dulce y serena, hasta que llegaron a doblar la punta de Santa Elena. Entonces La Beldaca comenzó a bailar. Se levantaba la proa entre la espuma y caía luego como un ruido de fierros viejos y oxidados. Después venían los lentos balances de costado. Lentos y apacibles. Pero siempre la balandra se quedaba inclinada de un lado por la fuerza del viento.

Allá, a lo lejos, por La Punta, se veía la alborotada espuma de Mar Bravo, y hasta se llegaba a escuchar el grito de las aguas azotando los penachos negros de las rocas. Hay que ser muy buen piloto en ese cruce: el

mar chupa hacia los escollos y las corrientes veloces apresuran el encuentro ansiosas de destruír. Pero don Asunción sabe guiar muy bien, con mano experta y firme. Hace cambiar las velas con ese tino, con esa astucia que el mismo mas enseña. Y a cada rato, se oye robusta su voz de mando:

• Listos... y a virar!

En cuanto se sale de La Punta, el viaje se hace monótono. En veces se agitan un poco las olas y La Beldaca, entonces, salta con gracia. Después, su balance es tan dulce, tan lento, tan pausado. Pasan los días. Cuando no hay viento, las velas se chorrean y quedan como flacas y miedosas. La corriente juega a su antojo con la balandra: la hace retroceder, se la lleva otra vez mar afuera, lejos de la ruta. Y no hay más remedio que esperar. Los cholos, por todas parte, se tienen boca arriba y solo se tapan del sol cubriéndose los rostros con sus enormes sombreros de paja. Por la cubierta sucia se pasean el cerdo, el loro, el perro, el gato, todas los animales que viajan con los tripulante. Y parece una casa flotante la balandra.

Regresaba el viento: toda la tripulación correa a sus puestos. Se despereza el mar, se despereza el viento, se despereza las velas y los hombres. Las empujan vigorosamente a La Beldaca.

Poco a poco, Jesús Parrales va aprendiendo las maniobras. Ya sabe agarrar el foque y treparse por los palos. Ayuda a cocinar. Hace todo lo que le orden. Pero siempre trabaja pensando en Vicenta Agapita. La recuerda a veces con rabia y a veces con amor. Siente que le hace falta la chola. Su imaginación se va por el viento salado y se ve dueño de La Beldaca; su mujer -Vicenta Agapita- viaja con él.. Su mujer? No acierta a explicarse por qué no fue así. Y el recuerdo le tortura tan adentro que, como buscando un alivio, se pone de repente a pensar en su madre, en la buena Tomasa que se quedó en la pampa. Mientras que estuvo en Chipipe, don Ciro, de vez en vez, le traía noticias de ella. Pero ahora? Lo último que supo es que se había ido a vivir a Santa Elena, donde Ciro y Candelaria le prestaron su ayuda para establecer el negocio de puercos. Su pensamiento, con un sereno dolor, lo lleva a sus primeros años... Y qué ricos chicharrones y que ricas fritadas que le hacía entonces la madre! Pero la voz de don Asunción le grita una orden, y Parrales se despierta. La cumple con afán, ágil, presuroso. Ya sabe que en el mar no hay que ir despacio. Y que a pesar de los horizontes azules, sobre las olas encabritadas no se pueden soñar.

La Beldaca va dejando la anchura marina y se encuentra con la montaña verde que le sale al paso. La vegetación de la costa ha cambiado: es ahora gigantescamente enramada, agresiva, lúbrica. Es a veces el mangle retorcido, melenudo y temerario, con el lodo abajo como fondo del paisaje; o la locura interminable de un verde que se levanta y se extiende con una libertad que espanta. Cuando la balandra pasa cerca del barranco, el ruido de los pájaros sobre el vientre es formidable. Ya las aguas son pardas y han perdido su transparencia. No hay balance. Solamente a causa del viento, La beldaca, que comienza a entrar al Golfo, camina inclinada de costado.

Al llegar a Puná, los cholos se dirigen a la borda para contemplar el pueblo pequeñito que se trepa por el cerro. La voz de don Asunción se deja oír recia. Ha mandado bajar las velas. Cuando ya las están amarrando en los palos, don Asunción grita:

• A largar el ancla!

Ruge la cadena con su voz tan bronca. La balandra avanza todavía algunos metros lentamente hasta que se detiene templada por el ancla.

Ahora hay que esperar la marea para entrar a Guayaquil. Partirían en la madrugada, con los primeros vientos del amanecer. Ya los cholos han comido y fuman sentados en cubierta. Jesús Parrales pregunta:

• Oye, vos, dime, pues; qué es esto?

• La Puná, pues. Qué va a ser sin no?

• Ah!

• La isla para entrar a Guayaquil.

• Y todavía está muy lejos el Guayas?

• Unas diez horas más, no más.

Oscurece. Hay calor. Se acerca el zumbido de los mosquitos. Los cholos en cubierta duermen tapado con frazadas hasta la cabeza: es la única manera de defenderse de las picada. Pero no se aguantan así. Y, siguiendo el ejemplo de don Asunción, se sientan a fumar para espantarlos con el humo. El sueño los vence, y a veces del calor, del ronco zumbido de los mosquitos en los oídos, terminan por dormirse. Todos. Menos don Asunción que vela toda la noche.

A las cuatro de la mañana el viento se ha llevado a los mosquitos y al calor. Don Asunción despierta a sus hombre. Es hora de partir. Da las voces de mando. Se inflan las velas y se leva el ancla. La Beldaca se dirige hacia la entrada del río. Aún va prendido el farol. Aún se lo ve amarillo, adelante, amarrado a la jarcia.

Ahora don Asunción no confía el timón a nadie. Hay muchos bajos y teme vararse. La Beldaca tiene que ir bordeando para coger el viento siempre de popa. Por eso, constantemente se oye al viejo patrón de La Beldaca que grita:

• Listos... y a virar!

Las aguas son ya completamente turbias. Las orillas del río se estrechan en ciertos parajes. De lado y lado, el verde se hace cada vez más alentador. Al llegar a Punta de Punta, el viento aumenta y el río se pica. Son olas cortas que hacen cabecear a La Beldaca con golpes menudos, vivos, cayendo sobre las aguas como un martillo.

El río da vueltas y vueltas. Se tapan las aguas en los recodos. Por fín, luego de una última vuelta, las orillas del río se separan, y así, de improviso, se ve Guayaquil: grande, largo, con sus casas amarillas y sus lonas blancas; con ese abigarramiento de palos y de velas en el Astillero; y con esos muelles delgaduchos inclinándose sobre las balsas cuadradas del desembarcadero.

Jesús contempla con ansias la ciudad. Tiene el antojo pueril de contar las casas, las casas grandotas que nunca ha visto, y se sorprende de que haya cambiado ya casi en Guayaquil y se van acercando con trabajo, muy lentamente. Tienen que maniobrar con mucha habilidad. Don Asunción responde a una pregunta:

• Mejor, pues, para apegar en contra sin tener que virar.

Así, despacio, se aproximan al muelle. Los marineros tienen los cabos listos. Se agarran con los dedos de los pies de la borda. Cuando se ven lo suficientemente cerca, pegan un salto y amarran en seguida a los pilares de la balsa. Don Asunción está dispuesto a desembarcar. Salta al muelle con unos papeles en la mano. Se dirige a la oficina de don Alfonso. En la puerta se detiene.

• Buenas tardes de Dios, don Alfonso.

• Hola Asunción! Al fin llegaste. Te esperaba a la una.

• Por el viento, patrón, me atrasé. Me cogió la contra aquí a la entrada.. Las tres no más han de ser.

• Las tres y media. Entra, pues,

• Bueno, patrón.

Don Alfonso, sentado en su escritorio caoba, examina los papeles que don Asunción le ha dado. Luego de un momento, pregunta:

• Está la carga en buenas condiciones?

• Sí, patrón. Buena y sequita está.

• Magnífico. Vamos entonces a descargar. Hey! Valverde -dice dirigiéndose a un empleado-, tráigame las llaves de la bodega.

Don Asunción ha retornado al muelle para él en persona dirigir el descargue. En la bodega, el empleado está haciendo acomodar los sacos. Y afuera, en el portal, el mismo señor Vélez lleva a la cuenta y examina rápidamente y con gran práctica los bultos.

• Hágame el favor esos sacos malos aquí afuera -ordena don Alfonso al empleado.

Los cholos vienen corriendo por el muelle con los sacos de sal sobre la espalda. Jesús Parrales, como todos, también suda en el rudo trabajo. Hasta las cinco y media de la tarde están llenando la bodega. Después, algunos se tiran al río para refrescarse. Jesús Parrales no: está deseoso de irse cuanto antes a conocer Guayaquil.

Mientras tanto, el señor Vélez y don Asunción arreglan cuentas.

• Tenemos veinticinco sacos dañados. Tu mismo los has visto.

• Sí, patrón.

• Bueno, hay que descontar el flete según la merma. Vamos a pesarlos.

Acaso la romana no está buena. Pesan tan poco lo sacos. Pero don Asunción solamente dice:

• Sí, patrón.

• Está bien, patrón.

• Así es, patrón.

Recibe la paga por el flete y se despide contento. Don Alfonso le pregunta:

• Cuando regresas?

• Después de tres días. Don Alfonso.

• Bueno. Te vienes con tiempo para arreglar otro embarque y mandar unos quintales de arroz y unas cabezas de plátano. Ah?

• Muy bien, patrón. Entonces, hasta mañana, pues.

Jesús Parrales, inquieto, se ha puesto un pantalón limpio y espera en La Beldaca. Encima de la camiseta se coloca una cotona nueva. Con su sombrero de paja en la mano, dice al mejor amigo que se ha hecho a bordo:

• Oye, vos, acompáñame a conocer la ciudad.

• Ya estuvo. Pero hay que pedirle un suplido al viejo. Anda vos y dile.

Se acerca Jesús a don Asunción, que aún no acaba de contar su dinero ni de hacer sus cuentas, y, respetuoso, le dice:

• Oiga, don Asunción.

• Qué, ah?

• Este… Quería, pues, que si me puede dar un suplido.

• Bueno, si, te has portado bien. Toma. Cuenta con emborracharte. Ah?

• No, don Asunción.

Los demás, aprovechando la oportunidad, se van acercando detrás de Jesús, y esperan el suplido que el viejo les da de buena gana. Después, saltan a tierra y cada uno toma por su lado. Dos se van junto con Jesús por el Malecón, hacia ciudad vieja.

Jesús Parrales contempla, con miradas de infantil curiosidad, las altas casas de madera, el río que se mete por las calles y que, formando grande esteros, por lo que navegan canoas y balsillas, da a la población, alegre y blanca, un dulce aspecto primitivo.

Todo lo pregunta Parrales. Para todo quiere explicaciones. Lo que hasta ahora más le ha gustado es el primer puente: enorme, con sus barandales de madera y sus graciosos bancos para descansar cuando sobre él se pasea. Allí deben sentarse los enamorados en las noches de luna. El puente se mete por el barrio de la Merced, hace unas curvas y sigue audazmente hacia adentro, internándose por Cangrejito. Aquí Jesús y sus amigos descienden a tierra. Luego, se encuentran con el segundo puente que los lleva casi hasta la vieja casa colonial donde también, como en el barrio de Villamil, se dice que bailó Bolívar. Después el último, el tercer puente. Pasan frente al Colegio el último, el tercer puente. Pasan frente al Colegio de los Sagrados Corazones y continúan el paseo hacia las faldas del Cerro Santa Ana, hacia el barrio de las Peñas, donde la ciudad empieza.

• Pero qué grande ha sido esto! -dice Parrales.

Dando un rodeo, entran en la calzado empedrada, por el callejón de Las Peñas, angosto y sinuoso. Allí colocaron las primeras piedras los españoles. De un lado, se apiñan las casas, juntas unas con otras, sin claro, pegadas al cerro. Del otro, están sobre el río, con los zaguanes y escaleras que conducen hacia abajo, a un nivel inferior al pavimento.

A Jesús le han encantado Las Peñas. Le han cautivado sus leves y bruscas encrucijadas. Lo han enamorado esas casa que se levantan sobre la corriente rápida del río. Y no puede menos que ir exclamando:

• Qué bonito!

Lento fue el regreso hacia el sur de la ciudad. Han pasado por la catedral. Uno de los cholos, señalando la pampa que está detrás de la vieja iglesia, explica con el dedo tendido:

• Aquí afusilan a los presos de la cárcel.

• Y por qué, ah?

• Yo ni sé.

Ya está oscureciendo. Se han comenzado a encender los faroles del alumbrado. Y Jesús y sus amigos sientes hambre. Entran a una fonda a comer seco de chivo picante. Beben puro y chicha. Por primera vez, Jesús Parrale se emborracha. Se gasta todo el suplido. Y por gusto, de gana, como él dice, da furibundos puñetazos a las mesas.

De la fonda han salido tambaleándose porque uno de ellos ha dicho:

• Vamos a buscar mujeres.

• Vicenta Agapita -susurra Jesús, levantando un poco la cabeza que tiene clavada en el pecho.

Pasan por una covacha vieja y los detiene un canto que allí dentro se esfuerza en entonar una voz enronquecida de mujer. Ríen los cholos. Y riéndose a carcajadas, abrazados, tropezándose entre ellos, se meten en la covacha. En la puerta, que se inclina sobre un palo de tranca para no caerse, oyen una guitarra que tiembla. Y, entonces, se ponen más contentos. Jesús, entusiasmado, presiente algo nuevo, y parece soberbio, lleno de audacia, con el alcohol brillándole en los ojos.

El burdel los recibe indiferente. El burdel es sólo un hueco, en una casa encogida y cenicienta, que se traga a Jesús Parrales.

CAP. 8

Una tarde cualquiera ha llegado un gran barco velero. Ha anclado frente a la caso de don Alfonso Vélez. Tienen muchas velas. Como ellas, el buque es blanco. Es además de corte afilado y elegante. Viene con procedencia del norte, con las bodegas repletas de carga. Buena parte del cargamento es para los almacenes que tienen el señor Vélez. Pero también trae correspondencia. Y don Alfonso manda a su empleado al Correo por las cartas. Entre las muchas que recibe, hay una que le llama la atención

porque el sobre no tiene el acostumbrado membrete comercial. Es la primera carta que lee, allí mismo en la oficina, picado por la curiosidad. Se queda pensativo unos momentos. En seguida se levanta y sube a la casa.

• Laura!

• Que quieres, Alfonso?

• Mira, lee esta carta.

Doña Laura, al leerla, se sonríe. Cuando termina, con la carta en la mano, pregunta:

• Y qué piensas contestarle?

• Hombre, lo que tú quieras. A mí me da lo mismo.

• Después de todo, estamos tan solos… No tenemos ni un hijo…

• Cierto. Dile que se venga.

• Le voy a contestar inmediatamente. Parece un buen muchacho.

Un sobrino de don Alfonso, Armando Vélez, nieto de un hermano del colombiano que llegara con los zapatos, al hombro, es quién le ha escrito desde Bogotá. Ha tenido noticias del tío rico que vive en Guayaquil. Es pobre y quiere venirse a trabajar a su lado. Apenas cuenta quince años. Es muy joven y le escribe que está lleno de ilusiones.

Don Alfonso le manda dinero y la contestación afirmativa: que se venga, no le faltará nada en su casa, lo ayudará, le enseñará a trabajar.

Y otro día como aquel, vuelve a llegar el mismo velero blanco. Don Alfonso va en un bote a bordo. Salta al bote un mocetón fuerte, buenmozo, ágil, de rostro inteligente, con la mirada brillante y sagaz. Se arroja en los brazos de don Alfonso.

• Tío!

• Caramba, muchacho, que eres grande!

• Ja, ja. Como mi papá.

• Qué tal viaje has tenido?

• Pues, le diré que afortunadamente muy bueno.

• Vaya, vaya, cuánto me alegro.

• Y cómo está su merced la tía?

• Perfectamente. Ya la verás. Oye, no digas su merced, que aquí no se acostumbra.

• Convenido. Muchas gracias. Ni más lo digo. Usted está muy bien y se parece a mi papá.

• Si? Tú eres hijo de Lorenzo, no?

• Pues, sí, tío. Murió hace dos años y mamá ha quedado muy pobre.

• Lo siento, muchacho. Pero de aquí le mandarás dinero. Tienes que aprender a trabajar y ganar plata. No es tan difícil cuando realmente se quiere. Ya verás. Yo te ayudaré lo más que pueda.

• Gracias, tío. Si ya me había dicho mi papá que usted era lo más bueno que hay en el mundo.

La pequeña embarcación ha llegado al muelle y saltan tío y sobrino. Un jornalero de don Alfonso carga la única maleta que trae Armando. Doña Laura sale a recibirlos cuando siente las pisadas en la escalera. Y le tiende los brazos al sobrino. Está hermosa doña Laura con sus treinta y dos años encima no estropeados por la maternidad. Afable, como siempre, lo conduce al dormitorio que le ha preparado. Le muestra la cama, el lavabo con su espejo y su repisa, el enorme crucifijo que está en la cabecera de la cama, el velador, sobre el que ha dejado unas revistas españolas, un candelero con su vela y una cajeta de fósforos, y la mesita con todo listo para poder escribir.

• Te parece bien?

• Claro, tía. Encantador.

• Bueno, arréglate. Cámbiate de ropa. Y apúrate, que vamos a almorzar.

Armando se pone el otro terno que trae. Lo escobilla. Se peina. Se arregla la corbata. Se compone lo más que puede las cortísimas solapas a la moda. Antes de salir vuelve a pasarse el cepillo por el pelo ensortijado y se limpia las uñas. Está feliz. Silba de gusto. "Estupendo", piensa. "Y la tía es macanuda", se dice con una auténtica sonrisa de júbilo.

Durante el almuerzo se muestra amabilísimo con los tíos. Ellos ya han comenzado a quererlo: es el hijo que falta. Armando se dá rápidamente cuenta de su situación, y está seguro de que necesitará muy poco para hacerse engreír. Demuestra a cada instante un carácter dulce, bondadoso. Cuando habla de su madre, se le llenan de lágrimas los ojos.

Don Alfonso no trabaja en la tarde y se lleva a Armando a recorrer la ciudad. Le hace conocer casí todo el Guayaquil de entonces, cruzado de esteros y de puentes, con sus casas de amplios corredores y lonas blancas.

• Te gusta Guayaquil? -le pregunta don Alfonso.

• Pues, claro que sí. Voy a ser muy feliz aquí, sobre todo viviendo al lado de ustedes que son tan buenos.

• Ja, ja -ríe don Alfonso y le da unas palmaditas en el hombro.

Desde el día siguiente, Armando comienza a trabajar. Fue él mismo quien lo quiso.

• Tío Alfonso, desde hoy empiezo a trabajar en la oficina.

• No, hombre. No hay apuro ninguno. Espérate hasta el lunes. Pasea y conoce primero.

• Pero, claro -afirma doña Laura-. No faltaba más. Recién llegado y meterte de cabeza en la oficina. Y con el calor que hace. Pasea ahora, que para trabajar tienes todavía mucho tiempo.

• Seguro -corrobora el señor Vélez.

• Excúseme, tía, pero yo digo precisamente lo contrario. Para pasear hay mucho tiempo; para trabajar, siempre falta. Ya me pasearé bastante. Acaso no saldré a las cinco de la oficina? Y los domingos?... No, no, tío, yo no he venido a ser un ocioso. He venido a aprender, y cuanto antes empiece, mejor.

• Seguro, muchacho, tienes razón... No te digo lo contrario, pero fíjate que...

• Nada tío. No hay pero que valga. Esta será la primera y única vez que le desobedezca. Perdóneme. Yo empiezo desde hoy mismo. Oyó, tío?

• Bueno, pues... si tanto te empeñas...

Cuando Armando bajó las escaleras para ir a la oficina, don Alfonso se quedó un poco atrás para decir a su mujer:

• Te fijas? Qué buen muchacho!

• Encantador, Alfonso. Ah, si hubiéramos tenido un hijo así!...

• Por eso Dios nos ha mandado éste...

Armando se porta muy bien en el trabajo. Don Alfonso le ha asignado un sueldo mensual. Le da, además, la ropa y la comida. Lo mima. Le enseña. Se sorprende de que aprenda tan ligero y de que sea tan contraído a sus labores. Cada le cobra más cariño.

Armando ha sacado un molde de cera de la cerradura de la puerta de calle y con él se ha mandado a hacer una llave. Es para escaparse por las noches, especialmente los sábados que le gusta irse de parranda. Regresa en la madrugada. Y siempre que lo hace, amanece al día siguiente más bueno y más humilde que nunca.

Es el hombre de confianza en los negocios de don Alfonso. Ya maneja la Caja de la Oficina y es el jefe de la contabilidad: han transcurrido dos años desde su llegada: la Beldaca sigue haciendo viajes para llenar de sal las bodegas de don Alfonso. Pero ahora es Armando quién recibe la carga, quién paga a Asunción, quién establece la infaltable merma por la sal que se moja.

Jesús Parrales es ya un marinero en regla. El más fuerte, el más conocedor, el más valiente. Y es, también, el hombre de confianza de don Asunción.

Armando, poco a poco, ha conseguido hacer un hueco en la pared de su cuarto. Es la pared contigua al baño. El mismo día que lo terminó de hacer, calculando la hora oportuna, por la tarde, pretextó en la oficina un fuerte dolor de cabeza. Y fue el mismo don Alfonso quien le dijo que se fuera, que no trabajara, que le dijera a la tía que le preparase algún remedio.

• Qué te pasa, Armando? -le preguntó la tía cuando lo vio subir con el ceño arrugado.

• Ay, tía! La cabeza que me duele de un modo horrible.

• A ver -le toca la frente-. No tienes fiebre. Anda a acostarte un rato, mientras que te preparo una agua caliente. Con un poco de reposo te pasará.

• Bueno, tía, muchas gracias.

Armando, en su cuarto, echando con sus ropas sobre la cama, sonríe a solas. Al entrar doña Laura con la poción, se incorpora para tomarla. Ella le aconseja:

• Procura dormirte.

• Si, tía.

• Si necesitas algo, llámame no más. Solo voy a bañarme. Pero no te vayas a levantar, que te puede hacer daño. Para cualquier cosa, grita no más a la sirvienta. Ah?

• Sí, tía. Pierda cuidado.

Armando espera, con los nervios en tensión, percibir el ruido que hará el agua en la tina. Entonces se levanta sigilosamente y se dirige en puntillas a la pared en la cual ha hecho el hueco. Se arrodilla en el suelo y mira.

Doña Laura todavía está vestida. Se va llenando la tina. Doña Laura se sienta en una silla que hay junto a la tina, frente al hueco por el que Armando aguaita. Cruza las piernas doña Laura: se levanta las faltas para sacarse las medias. Armando alcanza a ver el comienzo del muslo blanco y rosado. Pálido, nervioso, Armando sufre. Traga saliva demudado. La tía se ha quitado ya los zapatos; se sube más las faldas, hasta medio muslo; va sacando primero las ligas, bajándolas desde muy arriba, porque doña Laura usa unas medias muy largas. Está ahora enseñando las piernas desnudas a Armando que tiembla.

Luego se pone en pie para poder quitarse el vestido. Se saca después el fustán, con encajes blancos al ruedo. Queda con el corsé, los pantalones, la chaquetilla, la camisa. Y todo va saliendo con una lentitud que desespera a Armando. Doña Laura se desnuda de espaldas a Armando. A cada prenda de vestir que saca, se estira su brazo redondo y firme para dejarla sobre la silla. Se desata el corsé.

Al fín la ve completamente desnuda, pero siempre de espaldas. Se fija en ella como un poseso. Armando se agota. De repente, doña Laura se voltea. Está frente a frente del sobrino en toda su magnífica desnudez. Los ojos de Armando se saltan. Suda frío. Se aplasta la nariz contra la pared para mirar mejor. Doña Laura se acuestas en la tiña. Se jabona. Con un redondo mate se echa en las espaldas agua fresca y limpia.

Después del baño, doña Laura entra a ver cómo ha seguido su sobrino.

• Ya te pasó el dolor de cabeza?

• Sí, me ha pasado un poco, tía.

Armando, al contestarle, ha quitado el brazo que le cubría el rostro, y doña Laura no puede reprimir una exclamación:

• Jesús! Qué pálido estás!

Y sin más, sale del cuarto y llama a la sirvienta:

• Manuela! Manuela! Apúrate, pues. Anda a la oficina y dile al señor que suba.

Y apenas ve a don Alfonso, le dice:

• Oye, Armando está muy mal, muy pálido. Es necesario que venga a verlo el medico.

Pero antes, don Alfonso va al cuarto de su sobrino. Le toma el pulso. Le hace mostrar la lengua. Armando protesta para que no llamen al médico:

• Pero si ya me siento bien, tío. Le aseguro que esto no es nada.

Mas don Alfonso no le hace caso. Se marcha a la calle. Regresa después de media hora con el médico. Es un señor viejo y calmado que examina con gran minuciosidad a Armando: lo hace sentar en la cama, le aplica el oído a la espalda y al pecho, le abre los ojos con los dedos, y le obliga a decir media docena de veces "Treinta y tres"

Afuera, en la sala, el doctor habla con el señor Vélez.

• No es nada serio. Me parece que se trata de una anemia, posiblemente de origen palúdico. Él no es de aquí, no?

• No, doctor. Es colombiano, de Bogotá.

• Se me había ocurrido. Con razón. Es el cambio de clima, el paludismo, el calor excesivo… Nada serio, nada serio. Vea, por lo pronto, le mando esta recetita. Con ella le pasará el dolor de cabeza y recuperará las fuerzas este reconstituyente. Sería bueno un poco de abrigo, mucho cuidado del aire. y, sobre todo, poco trabajo: que no fatigue la naturaleza.

Armando, en su dormitorio, acostado boca abajo, contiene la risa contra la almohada.

Cuando el señor Vélez necesita de algún marinero de la Beldaca para que le baldee la casa, don Asunción le manda siempre a Jesús Parrales.

Parrales es servicial. Va, procura quedar bien, y recibe, a la postre, unos treinta centavos de gratificación.

Quién más conversa con él es Manuela, la sirvienta de doña Laura. Manuela es una muchacha morena, ni fea ni bonita; usa trenzas y a veces se calza con los zapatos viejos de doña Laura. Es alta y de caderas cimbreantes. Aunque le gusta entregarse al niño Armando, Manuela está enamorada de ese hombre tan robusto, moreno como ella, que navega por el mar y se llama Parrales.

Manuela se insinúa siempre con Jesús.

• Y qué es, pues, de su mujer?

• Yo no tengo mujer.

• Ay… Véanlo como se hace el muy tonto… Oiga, Parrales, y usted no es enamorado?

• Ni Dios quiera. Para qué.

Es que Jesus Parrales tiene miedo a la aventura. Todavía en él está fresco el recuerdo de Vicenta Agapita… La casa de don Rodolfo Gómez… El

niño Augusto... Para que meterse en lío. Y Jesús ya se ha fijado muy bien en el niño Armando, y también se ha quedado mirando al mismo, tiempo a Manuela. Ella, casi exasperada por la indiferencia de Jesús, le dice un día:

• Si usted ni parece hombre!

Jesús ríe, pero no contesta un término. Él, tan fuerte, tan macho, a quién el mar ha hecho audaz para todo y toda hazaña. Se ríe.

Pero al fin tuvo que hacerla suya. Tuvo que poseerla un día que se hallaron solos en la casa, un domingo que don Alfonso y su familia habían ido a la hacienda, en uno de esos paseos que, de vez en cuando, organizaban. Después, Manuela quiso satisfacer un capricho: lo llevó a la alcoba de Laura y obligó a Parrales a acostarse en la cama de la señora: una cama grande, de dos plazas, de suaves colchas rosadas, de pilares brillantes como el oro.

Y, sin embargo, Jesús Parrales no estaba contento. Se fue a su balandra. Al día siguiente, partió La Beldaca para Salinas. Cuando estuvo de regreso, se negó rotundamente a ir a casa de don Alfonso.

• Y por qué no quieres ir? -le interrogó don Asunción.

• Porque no me conviene.

No respondía otra cosa. Doña Asunción lo miró y encogiéndose de hombros. Envió a otro marinero. Al señor Vélez, cuando le preguntó por qué no mandaba a Parrales, le informó que estaba enfermo.

Trece años hace ya que Parrales trabaja a bordo de La Beldaca. Tres años que la vieja embarcación va y viene de Salinas cortando con su proa el mar manso y el mar bravo.

Un día, mientras don Asunción conversaba en la oficina con el señor Vélez, ocurrió algo espantoso. Escucharon un gran vocerío y salió don Alfonso presuroso al portal. En, el muelle había un atolondrado movimiento de gente.

• Hey! Asunción! Anda a ver qué pasa en La Beldaca!

Multitud de personas viene corriendo por el muelle y se tropieza con la gente que, llevada por la curiosidad, va hacia la balandra. Casi no se ve a La Beldaca. Está envuelta en humo. Primero es claro como neblina. Después, es un humo negro y denso que la envuelve.

Don Asunción corre al muelle. El viejo es fuerte aún y se va abriendo paso con los codos lleno de violencia y de angustia.

Ahora surgen las llamas. Ya La Beldaca está roja. El fuego alcanza el velamen. Se trepa a los palos. Se retuerce entre las jarcias. Y toda la balandra se queja del incendio que la aprieta como en un abrazo feroz. Con gran ruido ha caído el palo mayor. Ya es una hoguera la balandra.

Han llegado los bomberos y comienzan a echar agua que absorben de la orilla con sus pesadas bombas de guimbalete. Pero es inútil tanto esfuerzo: hasta el muelle ha empezado a prenderse. Don Asunción, como un loco, ha saltado a La Beldaca, en la que unos cuantos marineros luchan estérilmente arrojando baldes de agua sobre las velas prendidas. Alguien grita:

• Corten las amarras para que no se queme el muelle!

Es la voz de don Alfonso. Se da cuenta que ya es imposible salvar el cargamento de sal. No importa. No lo pagará. Acaso lo ha recibido? Pero es necesario impedir que se queme su muelle.

Un hachazo en los cabos de amarre es la única respuesta al grito de don Alfonso. La corriente se encarga de lo demas. Se aleja La Beldaca por el río, envuelta en llamas. Con las velas tan rojas, como cuando doblaba la Punta de Santa Elena en los ocasiones. Se ve hombres que se arrojan al agua; astillas, pedazos grandes de palos, que vuelan por los aires. Y la balandra parece iluminada, como si estuviera de fiesta, y toda ella grita con gritos estridentes.

La Beldaca se va con la corriente. El palo ha quedado como un brazo roto, colgado de la borda. El río se la lleva afuera, a devolverla al mar. Pronto solo es un punto rojo y una columna de humo. Pronto solo es un puto rojo y una columna de humo lo que se ve alejarse.

Van llegando los tripulantes. A Jesús Parrales hay que ayudarlo para que salte: viene herido. Todos buscan a don Asunción. Pero el viejo no aparece. Seguramente, don Asunción se ha quemado con su balandra y con ella ha retornado al mar. Decían los cholos que lo vieron agitarse en la humareda. Acaso se asfixió.

Manuela hace conducir a Parrales a la casa. Lo cura. Le pone compresas de aceite en las quemaduras. Entra don Alfonso:

• Que lleven a este hombre al hospital!

Dos compañeros improvisan una camilla y lo llevan en hombros. E el hospital, es alojado en una cama, en la que tiene que acostarse boca abajo: la quemadura es e la espalda. Le colocan una ficha en la cabecera. Es uno de tantos. Un número.

Para largos días entre la vida y la muerte. Noches interminables y desesperadas. El ardor que le consume la espalda; la infección que avanza; la fiebre que lo hace delirar. Pero Jesús Parrales no se queja. Sólo lo hace cuando la fiebre lo obliga, cuando está inconsciente.

Un domingo lo visitaba Manuela. Lo mira. Él comienza a amarla. La ve que buena. Le agradece la visita. Estaba tan solo... Ahora Jesús Parrales está mejor. Después de una semana le darán de alta. Manuela le advierte:

• Hay revolución.

• Revolución?

• Sí. Dicen que ya mismo llega Alfaro para botar a Veintimilla. Cuenta cuando salgas.

• Y por qué?

• Están cogiendo gente.

• Ni creas. A mí no me cogen.

Los acontecimientos se desenvuelven con una rapidez extraordinaria. Se ha encontrado al hombre para expulsar del poder al tirano Ignacio de Veintimilla. Ese hombre es un hombre pequeñito de cuerpo, con la mirada

profunda, huraño a veces, sencillo, bueno y tenaz. Ese hombre es Eloy Alfaro y ha llegado a Mapasingue con sus tropas.

Las familias abandonan la ciudad. De noche ni siquiera se prenden los faroles de gas. Ni lo faroles con velas de sebo que están en los portales de las casas principales. Se espera el combate de un momento a otro.

El día que Jesús Parrales sale del hospital, se produce el contacto de las tropas. La refriega lo coge por las afueras, por las calles inmediatas el Estero Salado. Alfo da la vuelta por el cerro del Carmen. Desciende con todo el ímpetu de su caudillismo, con toda su fuerza combativa que se hace incontenible. Los caballos arañan con sus pezuñas los caminos abruptos de los cerros. Sus tropas se han unido con las que vienen por el Salado. Se pelea con furia, con salvajismo. Don Eloy, al frente, con su típico sombrero manabita de cinta tricolor, contempla impasible el ataque. Antes de entrar en acción ha tomado sobre el caballo una taza de café puro. Fuma cigarro. Sus órdenes son precisas, justas, decisivas.

No se oye más que el alarido de los fusiles y el alarido de los hombres. La metralla que estremece la tierra. Los caballos se encabritan. Se llega al cuerpo a cuerpo. Los caballos parecen un momento esculturas, parados en dos patas, con las fauces abiertas y la cola pegada entre las pernas. Les tiemblan los músculos sudados y lustrosos. Y las crines se arrebatan al viento. Muchos caen: hombres y caballos. Hay un ataque a la bayoneta.

Jesús Parrales no se da cuenta de nada. Ve caer muchos hombres a su lado, heridos de bala o destripados por las bayonetas. Sangre, sangre, sangre. Y los quejidos, y las imprecaciones y los insultos. Está aterrorizado. En su fuga alocada va pisando cuerpos de heridos y de muertos. Pero avanza sobre todo. Y ni siquiera sabe a dónde ir.

Es el momento más rudo del combate. Los restauradores van a entrar a Guayaquil. Jesús Parrales ha logrado ganar el centro de la ciudad. La gente lo detiene y le hace preguntas. Pero él apenas responde:

• No sé. Están peleando.

Sigue en su carrera. Sin saber por qué va al Malecón. En el río contempla un barco de vela. Ve que están izando el velamen. Comprende que va a partir. Emprende nueva carrera por el muelle. Ha reflexionado solo un instante: ya no tiene La Beldaca y en Guayaquil matan a los hombres por cientos. Se arroja al río.

No es que Jesús Parrales tanga miedo. Pero es que nunca ha visto tantos muertos, tantos muertos, tanta sangre, tanto horror. Y él, que guarda todavía fresca la tragedia de la balandra quemada, de las noches interminables en el Hospital, solo quiere fugar, fugar... Y a dónde ir ir si ya no hay un don Asunción que le dé un montón de cordeles en qué dormir y un poco de plátanos para comer?...

Jesús, extenuado, con el último aliento, llega al barco. Allí se prende como puede. Lo ayudan. Sube a cubierta. Lo conducen al puente.

En el puente está de pie un hombre gordísimo. Lleva gorra. Está en mangas de camisa arremangadas hasta más arriba del codo. Tiene una pipa en los labios. Es italiano. Es el dueño y es el capitán del barco, que hace viajes de Guayaquil al Callao. Lleva como carga frutas, arroz y madera. Del Perú trae contrabando. Lo disimula cargando de él, le grita:

• Eh, qué quieres tú?

Jesús, sin aliento, no puede hablar. Se arrima a la pared.

• Pero, habla, maricone, que no te va a comer!

• Señor…

• E vamos, que me largo.

• Este… Vengo huyendo del Salado… Hay bastantísimo muerto… Lléveme aquí, señor…

• No te dije que era maricone? E para qué te vo a llevar?

• Yo soy marinero, señor.

• Tú, marinero? A dónde? Per la madonna…

• He andado tres años en La Beldaca.

• La Beldaca… Eso es canoa… E a dónde ibas?

• A Salinas -responde el cholo, creyendo decir una gran cosa.

• Idiota! Te cree que eso es ser marienro? Per la madonna. La grandísima… E ya me tengo que largar. Ya mismo te boto al agua.

• Lléveme, señor. También sé cocinar.

Pero, en ese momento, no le atiende el capitán. Parece que se ha olvidado de Parrales. Da órdenes. Es el momento de partir. Ya se terminan de hinchar las velas. Ya hace unos minutos que ha gritado como un energúmeno:

• Hey! Carajo! Que esperar? El ancla, que nos vamos!

Jesús Parrales está mudo. Sabé que el barco se mueve, que se va. Pero le da miedo ese señor tan bravo.

De repente, el italiano se dirige a él:

• E tú, que esperar, animal?

• Este…

• Calla la trompa!… Hey! Cabrone! Tú, llévate a éste a la cocina. Y hazlo trabajar trabajar duro… Per la madonna!… Muévete ligero maricone!….

Se diría que aún no es de madrugada. Algún viejo conocedor lo afirmaría, acaso, por el viento, que a esa hora comienza a soplar de una manera nueva, como si volviera a nacer fresquito y dulce.

Pero, de improviso, en la orilla el movimiento de los lecheros y su ruido despierta a los dormilones. Las canoas angostas, llenas de tarros de leche, han llegado ya a los muelles. Y los repartidores se afanes en el arreglo de sus tarros. Vacían la leche, en envases de todo tamaño, de medio litro, de dos. Y en oscuridad, no rota aún del todo por el alba, se ve caer, desde lo alto de las bocas de los grandes tarros que trajeron las canoas, el chorro blanco de la leche sobre los envases pequeños: es para hace el reparto a domicilio. Otros repartidores cargan los tarros grandotes al hombro y los llevan a los puestos de vente, en las esquinas de las calles.

Después van tocando los zaguanes los leches. Y gritan:

• Laaa leeecheee!

• Leeecheee!

Y como a veces no les abren pronto, empuñan una piedra y golpean las puertas, al par que repiten:

• A la leche!

Así también se han acercado a la tienda de don Primitivo. Y don Primitivo, en persona, tiene que abrir ligero para recibir la leche.

Don Primitivo es el dueño de la tienda que está a dos cuadras de la casa de don Alfonso Vélez. Las puertas altas y de muchos dobleces se abren y sale el cuerpo enjuto de don Primitivo, con su cabeza zamba alborotada.

• A ver! Ve que ustedes hacen bulla. Como si no les fueran a abrir…

• Buenos días de Dios, don Primitivo.

• Tanto que gritan tan temprano. No lo dejan a uno ni dormir.

• Es que el reparto es largo. Y si llegamos tarde, usted se queja, pues. La canoa también llegó tempranísimo porque la mares estuvo a las cuatro.

• A ver, a veces, no hables más. Regresen más tarde por el envase.

La puerta de don Primitivo ya no se cierra. Porque ya comienza a trabajar: él mismo prende el fogón y coloca la olla en que ha de hervir la lecha; barre, arrastra sillas… Se rasca la cabeza. Va de un lado al otro, sosteniéndose los pantalones, metiéndose ancha. Todavía tiene los ojos rojos don Primitivo. Con la primera luz de la mañana, don Primitivo, descalzo y sucio, va a la panadería.

Abre, después, todas las puertas de la tienda. Y se sienta afuera en un banquito a esperar a los clientes. No pasa mucho rato sin que se llene de gente, que hace una algarabía allí dentro.

• Deme medio de rosquitas!

• Un cuartillo de queso!

• Apure, pues, don Primitivo! No demore tanto!

• Media libra de fréjoles cholos! Despáchame pronto!

Casi todos son chiquillos. Cuando es alguna muchacha, alguna sirvienta que va a comprar, al entregarle el vuelo le soba la mano, y, si puede, le pellizca el brazo o le coge un pecho al disimulo.

• Caramba, don Primitivo! Ve que usted es!

Al fondo de la tienda, colgada en la pared, hay una tabla con huequitos. A los lados, están pintados unos números. Y dentro de los huequitos alineados, banderitas de colores. Por cada dos reales de comprado, sube un huequito la bandera del cliente. Cuando la bandera llega arriba, al número veinticinco, don Primitivo regala medio. Por eso, al pagar el valor de sus comprados, los chiquitos le gritan a voz en cuello:

• Tres puntos tengo, don Primitivo!

• No se olvide de subir la bandera! Ande, pues, que me voy, don Primitivo!

Y don Primitivo, que es tan paciente, va y viene del mostrador con las manos cargadas de manteca, de papas o de arroz. Va y viene de la tabla de las banderitas o del cajón de la plata suelta. Sólo descansa a ratitos. Y allí mismo, en el mostrador, almuerza de codos. Mostrando los pedazos de choclo. La comida se le traen de una fonda vecina: es barata y buena: mantecosa, cómo a él le gusta.

Pero don Primitivo no es un cualquiera. Eso sí que no. Don Primitivo es liberal. Un verdadero liberal, que, según él mismo cuenta, se ha batido con los conservadores. Y se las da de instruido, de profundo. Cuando no hay mucho movimiento en la tienda, se sienta en su banquito del portal a conversar con los amigos.

• Le digo a usted, don Celestino, que lea revolución liberal nos salvará. Ahora sí que vamos a evolucionar. Evolucionar es, pues, el maquinismo y... los nuevos sistemas, que aquí, como usted sabe, son embrionarios, sin duda alguna. Ni siquiera han iniciado su marcha todavía. Ah, los nuevos sistemas! Hay que consubstanciarlos con el medio! Y eso sólo con la revolución liberal. Porque los conservadores, don Celestino, son retrógrados, atrasados. Igualitos que el oscurantismo de la inquisición. Por eso hay que recurrir a los nuevos sistemas. Pero sin mixtificaciones, don Celestino, sin mixtificaciones!

• Así es, don Primitivo.

• Y fíjese usted, don Celestino, que la evolución hace transformar la vida en la liberación. Por eso se llama la transformación liberal. Por eso se llama la transformación liberal. No sabe?

• No, don Primitivo.

• Ah! La transformación tendrá que venir! Hay que ayudarla, don Celestino. Aquí, en confianza, hay que conspirar. Pero hay que hablar bajito, don Celestino, hay que tener mucho cuidado: a lo mejor los retrógrados le cortan a uno el hilo de la existencia....

Después de las cinco y media de la tarde, don Primitivo tiene otra clase de dientes: los pureros. El mostrador de la tienda se curva hacia la izquierda. De este lado, tiene un forro de lata, un hueco que hace de lavadero y una llave de agua sobre el hueco. Allí mismo, está un canasto de

alambres lleno de copas y de vasos. Vende toda clase de licores fuertes: puro, refinado, anisado…

Y a las seis y media o siete, llega infaltable don Armando Vélez. El jovencito don Armando, como el tendero lo llama.

Pero don Armando no se queda afuera sino que entra al reservado, un cuartito trasero con una mesa vieja y unas cuantas sillas con asiento de madera. Allí se encierran los dos.

Juegan cartas. Don Primitivo le gana plata a Armando. Y diserta sobre el azar:

• El azar, don Armando, no es sino la ley auscultadora de la vida liberal cada uno hace lo que le da la gana. Es la liberal y el derecho de los hombres. Y eso sólo hasta el punto de que no ataque la gana del otro, que también tiene la auscultación que todo ser humano…

• Bueno, bueno, don Primitivo, eso ya me lo ha dicho usted antes. Vamos, otra jugadita?

Don Primitivo es también muy hábil para hacer amistades entre cholitas guapas. Es fácil encontrarse con ellas en la tienda, en la habitación que está al lado del reservado, y que tiene su cama y su buena hamaca de paja frente a un altar de la Virgen, en el que arde una vela de sebo. Y si, por casualidad, se quedan algunos bebedores hasta tarde, cosa corriente los sábados, tampoco importa, porque don Primitivo tiene una salida por el patio. Y Armando puede encerrarse a sus enteras anchas con las cholitas guapas que don Primitivo es experto en conseguirle.

A veces, los sábados o las vísperas de alguna fiesta, Armando se achispa y organiza la farra. Se baila en ese cuartito. Don Primitivo toca la guitarra y don Armando canta. Él sabe bambucos colombianos y ya se ha aprendido los aires nacionales y la cueca chilena. Es de ver, entonces, a don Armando zapateando y cantando que es un contento.

Los negocios de don Alfónso Vélez siguen cada día mejorando. Su querido sobrino es quién se encarga de sus asuntos de mayor interés. Y cómo ya don Armando es un hombre, lo deja que se tome sus largonas. Él pretexta comer en la calle, en el club, dice que por no molestar tanto. Además, su cuarto es independiente y nadie sabe a la hora que llega. Y como don Armando es hombre fuerte, es duro para la farra: tempranito se ducha con el agua del río que suben con bombas a los tanques, y se va a trabajar muy de mañana. No se le conoce la fatiga. Don Alfonso quiere mucho a su sobrino.

Pero el sobrino cada día se enamora más y más de la tía. De la ya jamona doña Laura, pero buena moza y atractiva. Se hace engreír de ella.

Ella, doña Laura, adivina con su instinto femenino que gusta a Armando. Pero se deja enamorar. Le agrada que la admire, sabe que no le llegará a faltar. Siempre está bien arreglada. Siempre está guapa. Por allí le sale al menos el encierro en que la ha tenido siempre el señor Vélez.

Don Armando se ha dejado el bigote. Durante la sobremesa, después que don Alfonso -amante de la siesta- se ha ido a descansar un rato en la hamaca, Armando no habla. Sólo se autoriza el bigote y mira largamente a su tía.

• Pero, qué te pasa, Armando?

• Ay, tía, nada!

• Imposible. A ti algo te ocurre.

Armando hace lo más que puede por enrojecer.

• Por qué me dice eso, tía?

• No sé bien. Te veo triste, melancólico. Me pareces poeta…

• Ay, si lo fuera!

• Oye, lo que a ti te pasa es que estás enamorado.

• Puede ser…

• Vamos a ver. De quién es la cosa? Cómo se llama muchacha? Cuéntame.

• Imposible.

• Imposible? Imposible qué?

• Tan imposible decírselo a usted como que ella me quiera.

• Pero, qué bobo estás! No me puedes contar?

• A usted menos que a nadie.

• Ve que te pones raro tú a veces… No te entiendo….

Se cambia la conversación en el acto. Don Alfonso despierto y baja con Armando a la oficina. Y esto se repite muchas veces.

Arriba, en el techo de la casa, hay dos grandes tanques. Cuando llueve, en el invierno, se recogen en ellos las aguas. Los aguaceros son casi siempre torrenciales y llenan los tanques. Entonces hay agua clara en abundancia: se utiliza para cocinar, para beberla hervida, para el baño: no saben qué hacer con tanta agua.

Un sábado ha llovido toda la noche. Armando no podía dormir. A él le gusta el aguacero: le parece un dulce arrullo para el sueño. Pero esa noche es tan fuerte, que se imagina que se cae la casa. El viento es tan intenso que produce en el agua un ruido insufrible. Tiemblan las planchas del zinc del techo. El aguacero grita, se retuerce. Sus voces parecen ladridos en la noche: asustan un poco.

Armando reniega del invierno en Guayaquil. Del calor y los mosquitos. Que importa que no haya mucha agua en el verano. Para eso están los aguadores, que vienen desde lejos a vender sus barriles, en carretas de cuatro por banda, o en lentos pollinos con uno a cada lado del lomo; sujetados por armazones de madera. Pero hay fresco y no hay esos animales zancudos que hacen perder los estribos. No hay esos bichitos que vienen con la luz y caen encima del plato de sopa. Esos aguaceros terribles… No le es posible dormir un instante… Piensa en el día siguiente en que las calles estarán intransitadas por el lodo

Pero, al fín, la noche pasa como una pesadilla, y en la madrugada se queda dormido. Se despierta, muy tarde. Al pasar por el salón, para ir al comedor, se encuentra a don Alfonso y doña Laura, que conversan.

• Buenos días, tíos.

• Hola! Buenos días. Qué te pasó?

• Que me quedé dormido ahora, de mañana: toda la noche no he podido pegar los ojos con ese aguacerón.

• Ja, ja! Cierto que fue fuerte. Anda a desayunarte.

• Voy que me muero de hambre. Es tardísimo

• Espera -dice doña Laura-. Voy a atenderte.

La mañana dominguera, después del aguacero, se ha vestido de limpio y se ha puesto a secar al sol. Está olorosa la mañana. Olorosa, como doña Laura, a jabón, a cabello recién lavado.

Mientras que doña Laura se inclina para servirle el café, Armando se atuza el bigote y no desprende los ojos de los pechos blancos que se inician por el descote. Ella lo advierte. Se pone cautelosa la mano. Don Armando suspira. Ella, sin querer, ha sonreído. De repente, la señora Laura dice:

• Ay, tengo que ir a ver lo tanques.

• Los del techo?

• Y cuáles van a ser? Ve que eres tonto…

• Como todo hombre enamorado, tía…

• Oh! Déjate de hablar adefecios. En la cocina hay goteras. Deben haberse derramado los tanques con semejante aguacero. Voy a verlos para llamar a un hombre que les saque un poco de agua.

• Oiga, tía, me ha provocado ir a ver los tanques llenos. Quiere que le acompañe?

• Por qué no? Pero, apúrate un poco.

Se apresura Armando. Se limpia rápido los labios. Salen juntos del comedor. Don Alfonso se halla entretenido con los periódicos. Al verlos pasar a su lado, pregunta:

• A dónde van?

• A ver los tanques.

Don Alfonso se inclina sobre sus periodicos. Estira el papel doblado con ambas manos. Tose.

Como lo preveía doña Laura, los tanques se han rebasado. Armando, al ayudar a su tía a pasar los charcos, le oprime la mano. Van hasta el filo del tanque. Se inclina un poco doña Laura. El cabello se le agita sobre la nuca espléndida. Y don Armando ya no puede más. Vacila. Se muerde los labias. Piensa que debe contenerse. Pero, resuelto y ciego, se agacha y posa los labios en el cuello de doña Laura. Ella se voltea más que indignada, sorprendida. Pero él ya no es capaz de detenerse: la abraza, la besa, la estruja, entre sus brazos. Doña Laura, luego de unos minutos, logra deshacerse de Armando y le grita:

• Estás loco? Canalla!

Él, entonces, baja la cabeza, pálido. Doña Laura se indigna, se enfurece por momentos. Armando hace lo posible por llorar. Al fin, asoman lágrimas a sus ojos. Está guapo así. Se le nota a doña Laura en las miradas que ya empieza a compadecerlo.

• Perdón. Yo no tengo la culpa. Se lo juro. Es que la adoro a usted, tía - dice, y trata de sollozar.

Ella se enternece. Sabe don Armando que es ese su momento. Le toma las dos manos. Se las besa. Tan despacito. Luego, los brazos. Y al mismo tiempo le caen gruesas lágrimas de sus ojos que aparentan súplicas. Ahora es dueño de sí mismo: se le acerca poco a poco, lentamente, hasta que le rodea el cuello con sus brazos. No la besa en la boca. Lo hace en los párpados, en la nariz, en las orejas. Y tan suave. Doña Laura se entrega arrobada. La conduce Armando al extremo del techo. Sus manos la van acariciando, acariciando.

• Armando…

• Te quiero, Laura…

Y la sienta allí mismo, sobre sus rodillas.

• Esta noche…

Doña Laura, de pie, se arregla el cabello. Se dan un último beso, en techo. Se ponen de acuerdo. Don Alfonso no termina de leer los periódicos aún.

Al pasar la Isla del Muerto, comenzó el movimiento. Por esto no le importa a Jesús Parrales, a él que tanto ha viajado en balandra, que tantas veces ha cruzado la Punta de Santa Elena, muy cerca de las rocas, en un baile tremendo.

El barco en el que viaja Parrales es un barco pequeño. Son apenas de dos palos. Por fuera, está pintado de blanco. Por dentro, es gris, sucio, pestilente. Va cargado de naranjas, plátanos y limones. También llevas una alfajías de laurel de Puná. Esta carga va en cubierta. Han acomodado las naranjas en unas casetas de caña picada. Abajo, en las bodegas, entre quintales de arroz, va el contrabando.

Hay en proa cuatro camarotes inmundos. Las cucarachas se pasean por las camas. Son dos literas, sin colchones, sin sábanas, la una encima de la otra, dejado entre ellas tan poco espacio que, si uno se sienta, ha de tener cuidado de no tropezar la cabeza. Pero Jesús Parrales ni siquiera ha de dormir allí. Esos son camarotes para los pasajeros, las raras veces que los hay. Un poco más allá, en la misma proa, junto a los huecos por los que pasa la cadena del ancla, hay una abertura destapada que da a una pequeña bodega. En el fondo se ven naranjas en montones. Todo ese pedazo de proa se divide a lo largo por un pelo grueso, en cuyo extremo que da al interior del barco hay un tuco cuadrado para amarrar los cabos. El palo continua hacia afuera y remata en el botalón que se tira hacia las nubes y se prende de cadenas en el casco. No hay más en esa proa diminuta.

Para subir al puente, se da una pequeña vuelta a la derecha. Y encima de uno de los camarotes, de lado de afuera, se para la escalera vertical de fierro por la que se sube al puente. Hay en medio del puente un camarote blanco: éste si tiene colchones y sábanas, espejo y un lavabo. Es el

camarote del capitán. Siguiendo al camarote, pegada a él, hacia adelante, está la caseta de la rueda y el compás. Y a ambos lados de estas dos pequeñas piezas, dos corredores estrechos con una silla de viaje cada uno.

Abajo, la cubierta. En medio del barco, la puerta cuadrada de la bodega centra. Va tan cargado, tan lleno de frutas, que casi no se puede andar. Y cuando se anda se tropieza. Entre las altas paredes de caña que guardan las naranjas, queda un hueco libre, en el que se tiende a dormir Jesús Parrales. Después de todo, y a pesar del olor insoportable de las frutas podridas, es abrigado ese hueco.

Atrás, en la popa, más carga aún. El comedor: una mesa sucia y cuatro banquitos sin espaldares; todo es negro por ese lado. Todo es pardo y sucio. La popa es tan baja que se puede tocar el mar con el brazo. La cocina, un excusado y la despensa son tres cuartos que rematan la popa y dan al mar.

Jesús Parrales sirve de ayudante en la cocina. Cuando termina de lavar los platos, lo mandan a lavar el puente. Jesús tiene terror a este trabajo. Tendrá que encontrarse con el italiano

- Hey! Sabes tú baldear?
- Sí, señor
- A ver! Muévete, cabrone!

Jesús trabaja, nervioso. Con una escobilla fuerte, refriega el piso.

- Cuidado me mojas el camarote, so bruto! Per la madonna!

Y todo el tiempo son los insultos. A todos trata así el capitán. Ahora el italiano se ha puesto un saco de cuero negro para el frío. Sigue con su misma gorra y su misma pipa. La barriga es algo enorme. Voluminosa. Cuando duerme la siesta, van a aguaitarlo despacito porque resopla como un buey y hace reír su abdomen que se alza y se paja al compás de los resoplidos.

Antes de los dos días ven tierra peruana: Talara. Ya el paisaje es otro. Se parece al de la costa de Santa Elena. Sólo que es más árido aún. Más seco. Más amarillo.

El barco navega despacio. Tiene que abrirse mucho porque lleva viento en contra. Debe acercarse y alejarse de la costa. Por el bordeo continuo, pierde tiempo. A veces la costa es una sombra brumosa e imprecisa.

Jesús no ha logrado hacerse amigo de la tripulación. Es que tampoco quiere. Se siente solo y le gusta sentirse así. Él no es de la ciudad: extraña su Chipipe y su pampa y su playa. Rara vez conversa. Y cuando lo hace, sus interlocutores se mofan de él. Les ha contado que es de Santa Elena y ellos se han guiñado el ojo. Le dicen:

- Juguemos a la burra.
- Yo no sé
- Pero le enseñamos, pues. Ah, Dios!
- Y es con plata?
- Claro. Cómo va a ser, entonces?

• Es que yo no tengo plata.

• No importa. Juegue al fío. Cuando le paguen del trabajo, usted pasa si pierde. Ah?

Le enseñan. Le hacen trampa. Pierde Parrales. Debe buena parte de su salario. Jesús arroja con rabia las carta.

• Ya yo no juego más todoy!

• Ja, ja!

El viaje dura algunos días. Sigue la cosa dura, las rocas afiladas del horizonte. El frío es intenso. Jesús no tiene con que abrigarse y ha de soportar el frío con la cotona tan delgada. No tiene más ropa que la que lleva puesta.

Parrales se queda mirando por horas la inmensidad. Allá pasa una ballena. Sobresale su gran lomo oscuro y el alto chorro de agua, matemáticamente. Todos esos mares están llenos de animales: los tiburones recortan las aguas con sus aletas; los toninos graciosos, con sus hociquillos de cerdos, saltan luciendo sus pantalones de fantasía.

Una tarde, el paisaje se vuelve extraordinario. El día está claro. Hay un sol brillante, muy raro por esas regiones siempre grises. Se dibuja la costa blanca y amarilla de una manera precisa. Son grandes acantilados. Y atrás de ellos, como fondos del paisaje, las cabezas canosas de los Andes. Y en seguida el mar, el mar infinito, el mar verde de ese día luminoso. Los Andes y luego el mar. Es que pueden estar tan juntos? Por la tarde, cuando el sol se va muriendo, les salen manchas a los cerros: se platean, se doran, son tornasoles, jaspes... Jesús Parrales contempla el paisaje con la boca abierta. Jamás ha visto las crestas venerables de los montes nevados.

El mar cuando se agita, es pardo. El viento galopa furioso y golpean las olas contra la obra muerta. Es un día gris. Por la popa, tan baja, es un rollo de agua el que pasa de lado a lado. Parece que se rasgan las velas. La maniobra se hace difícil. Toda la barca cruje. Grita. Como si fuera a despedazarse. No se puede tomar bien el rumbo: hay neblina; y con la neblina, mucho frío.

No se puede andar a bordo. El balanceo es tan fuerte que se dijera que los palos tocan el agua. Las velas están encharcadas.. Los tripulantes caminan agarrados de las paredes, del suelo, de las cañas picada... Repentinamente, a las cinco de la tarde, se cierra el cielo. Todo se hace negro. Más que negro: un gris oscuro y ceniciento, impenetrable. Hay que encender el farol de la mayor. Hay que subirlo. Los hombres se amarran. Es increible verlos cómo, perdiendo el equilibrio a cada instante, se trepan como monos por la angosta escala y colocan el farol en lo alto del palo.

Tienen que echar algunos cientos de naranjas al aguas. Hay demasiada carga y el buque puede zozobrar con una mar tan gruesa que se han roto, entre pedazos de madera que se van con las olas. El mar está furioso.

En la noche se oye un estruendo. Parece un gran desplome. Todo el mundo se alarma. Corren a gatas, como animales. Creen que el barco naufraga. Nadie se entiende: gritos, ruegos, imprecaciones. Sólo es el mar que ha osado arrancar una puerta del puente y se la ha llevado con grandes alharacas.

Con la madrugada cesa el mal tiempo. Viene la calma chicha. Las velas se han chorreado. Sale apenas el sol. Casi no anda la barca. Parece que ella y el mar estuvieran fatigados de la lucha anterior. Pierden un día de viaje.

En el horizonte, a la derecha, se ven tres islotes blancos: Las Hormigas, Caparachudas y Encogidas. Pasan muy cerca de ellas, y Parrales puede contemplarlas a su gusto y se admira de que sean tan blancas. Le explican que están así del guano. Poco a poco, van saliendo muchas barquillas de pescadores. Son apenas anchos botes con velas que navegan hasta muy afuera. Uno de ellos hace señas: quiere acercarse. El capitán consiente y maniobra de tal manera que sea tan fácil la apegada. Cómo baila con las olas el bote de una sola vela. Parece que se estrella contra el barco. Son tres pescadores. Y llevan gran cantidad de pescado y sal.

• Qué pasa? -dice el italiano.

• Tenemos quince días por afuera, capitán. Queremos un poco de agua.

• Bueno, cabrones! Pero me dan sal, ah?

• Cómo no, capitán.

Es por la sal que el italiano ha permitido que se acerque el bote. Le ha entregado un tarro llenito. Escatima el agua para que le den más sal... Por fin, se ponen de acuerdo y los cholos pescadores se despiden y se alejan saltando las olas con su bote.

Jesús Parrales está muy descontento a bordo. No le gusta ese hombre tan grosero del capitán. Se propone quedar en el viaje del regreso. Pero no dice nada. Ni siquiera se le conoce la rabia en la cara.

Una noche van luces. Alguien grita:

• El Callao!

Tienen que esperar hasta el día siguiente para saltar. En la noche, sólo se ve una corta fila de luces y La Punta, más allá, a la derecha. La sombra obstante de San Lorenzo, haciendo un círculo siempre a la derecha. El viento helado hace encoger el cuerpo de Parrales que está mirando a tierra inclinado sobre la borda.

Muy temprano todo el mundo está en pie. Jesús es el primero en levantarse para contemplar el puerto, pequeño y sucio. Se dice "mejor es Guayaquil", "siquiera es más grande". Después se entretiene mirando las aguas malas enormes y asquerosas o los lobos del mar que, como perros de brazos mancos y bigotes caídos, sacan la cabeza a la superficie para gritar:

• Of! Of!

El capitán entrega a la tripulación medio salario. Saltan los hombres en una chalana. En la Aduana los registran. Jesús Parrales se queda en el malecón. Se mira descalzo, en cotona, sin ropa adecuada, todo sucio... Para ir a Lima hay que vestirse decente, le han advertido los compañeros. Y allí, frente al edificio de ladrillo de la Aduana, permanece varias horas, paseándose de un lado a otro como un idiota. Que bonita ha de ser Lima!, piensa. Porque a bordo le han contado que es una gran ciudad, preciosa...

Se resuelve y camina por las calles del puerto. Va viéndolo todo con ojos curiosos. Vaga desorientado. Pero no se perderá: es fácil encontrar la orilla.

Ya muy tarde, solo, en el puerto iluminado, advierte que es de noche, que hace frío y que él no tiene abrigo.

Pero Jesús Parales es un cholo de Santa Elena y ha nacido en la pampa.

CAP. 10

Una mañana, con las primeras horas de la marea, el barco del italiano fondea en medio río. Van cayendo todas las velas. Hasta la orilla se ha escuchado el grito del ancla. Después de un rato, se dirigen hacia el buque las chalupas de la Sanidad y de la Capitanía del Puerto.

El capitán pasa ligeramente a sus hombres en cubierta. En el centro de ésta, ahora sin carga, ha hecho colocar la mesa del comedor. Allí trabaja. Tienen ante su vista un alto de billetes y un montón de monedas de plata. Pasan los tripulantes uno a uno y reciben el sueldo.

• Jesús Parrales!

• Aquí estoy!

• Se dice firme, cabrone!

Parrales permanece callado

• Di firme! Parla!

• Firme!

• No vale para nada e quiere ser marinero. Bah! Toma. Fíjate que te pago completo. Después no vendrá a reclamar: todo ustedes son unos sinvergüenzas. Cuenta. Ah? Cuenta la plata, cholo burro! Per la madonna… e bueno. Ahora, lárgate e ni venga más. Eres muy bruto.

Le encanta la noticia a Jesús. Él tampoco desea continuar a bordo. Se va alegrísimo con sus veinte pesos que ha ganado, en el bolsillo del pantalón. Ya en tierra, sin titubear, se dirige a la oficina de don Alfonso Vélez.

• Ah, don Alfonso! Buenos días.

• Eh? Quién es? -pregunta el señor Vélez, sin levantar sus miradas de los papeles que tiene encima de su escritorio.

• Yo, pues, Jesús Parrales, don Alfonso.

• Ah Dios! No te habías muerto?

• No, don Alfonso.

• Y de dónde sales tú?

• Vengo del Callao. Cuando la revolución y que yo salía del hospital, me fui a nado hasta El Neptuno, don Alfonso, y me escapé. Me fui hasta el Callao. Conozco Lima -miente.

• Bueno, bueno, magnífico. Cuándo te regresas?

• Este… Yo no me regreso, don Alfonso… El italiano es muy grosero y trata mal.

• Qué italiano?

• El capitán, pues.

• Oh! Así son los marinos. No hagas caso. Hay que trabajar. Conoce mundo, que eso te servirá de mucho. A lo mejor, algún día tú también llegas a ser capitán.

• Ja, ja, don Alfonso!

• Regrésate no más a bordo. No seas bobo.

• Este… Es que… Como yo no le aguantaba mucho los insultos, me botó, pues, el italiano…

• Ah! Ya la cosa es distinta.

• Este… Y cómo está don Armando?

Don Alfonso Vélez ha arrugado el ceño. Se pasa la mano por la frente… Y pone una cara…

• No está aquí

• Está paseando?

• No! No está en Guayaquil. Para qué preguntas?

• Por nada… Oiga, pues, don Alfonso es que yo quiero que usted me dé trabajo.

• Muy difícil, Parrales… En fin, si quieres, me puedes seguir baldeando la casa y te doy la comida… Ahora, claro, los día que haya carga, te ganas alguna cosa.

• Bueno don Alfonso, muchas gracias. Entonces, me quedo?

• Si, hombre! Sube y dile a Manuela que te dé de comer. Tienes hambre?

• No mucho, patrón.

Y Jesús, indeciso, no se va. Permanece en la puerta de la oficina sin saber que hacer. Da vueltas en la mano a su sombrero y mira como un idiota.

• Pero, qué esperas? -le pregunta don Alfonso.

• Yo? Nada…

• Anda, pues. No te he dicho que subas no más?

Entonces Parrales se va, pero en el zaguán se detiene: es que le da pena entrar solo. Vacila unos minutos. De repente ve a Manuela que baja las escaleras. Ella, apenas lo ve, exclama:

• Adiós, Jesús Parrales! De donde sales? Creí que te habías muerto.

• Yo? No, Manuela. Cómo estás tú? Es que me fui al Callao, pues. Vengo ahora del Perú.

Y Jesús comienza a relatarle su aventura. Manuela se ha olvidado del mandado que iba a hacer por encargo de doña Laura. Todavía está enamorada de Parrales.

Ahora lo está admirado por las cosas que él le cuenta. Sólo una vez lo interrumpe:

• Ya ves... No te dije que iba a haber revolución, cuándo te visité en el hospital?

• Sí, me dijiste.

• Para que veas.

Continúa narrando, y al llegar a la despedida que le dio el italiano, se calla un momento, y luego dice que él abandono el barco por no convenirle ni el sueldo, que era muy poco, ni la comida pésima, ni, sobre todo, el grosero trato del capitán.

• Y qué vas a hacer?

• Nada. Ya hablé con don Alfonso y quiere que le hable, como cuando yo estaba en La Beldaca, te acuerdas? Me da la comida, y cuando haya carga, me paga pues.

• Qué bueno! Vas arriba?

• Ajá. Me dijo que te dijera.

• Qué?

• Que él me dijo que te diga que...

• Pero, qué, pues?

• Este... Que me des de comer... Ja, ja!

Ríe también Manuela. Está encantada. Y qué feliz se siente! Le dice:

• Espéreme aquí un ratito más. Ah? Voy a un comprado. En seguida regreso.

A los pocos minutos ha retornado con un paquete de azúcar en la mano y le grita jubilosa:

• Vamos, pues, arriba!

En la sala, tiene que dar nuevas explicaciones. Doña Laura está cosiendo en un sillon y también quiere que Parrales le cuente lo que le ha ocurrido. Doña Laura ha envejecido algo. Se la ve triste. Habla lento. Con los ojos tan bajos.

Después, en la cocina, Jesús se llena de plátano y arroz, de un buen trozo de carne con huevos fritos que Manuela se ha robado de la despensa y que le ha preparado mientras canta.

• Oye, Jesús, papas es que no tengo.

• No importa. Está bien sabroso así.

Conversan en largos diálogos interminables, despacio, con toda la pereza de esas frases que suben y bajan, cayéndose las sílabas en ondulación de canto. De repente, Jesús Parrales pregunta:

• Y don Alfonso qué se ha hecho?

• Se fue, pues. Te voy a contar.

Cuenta la chola lo que sabe. Ella, la única en la casa, es la que sorprendió los amores con doña Laura. Pero don Alfonso no sospecha nada. Se fue por otra cosa…

… Aquella noche, doña Laura cumplió su palabra: fue al cuarto de Armando. Desde entonces, cada vez que podían se juntaban. Y todo iba muy bien. Hasta que Armando comenzó a aburrirse de las carnes jamonas de doña Laura. Hacia lo posible para no verse con ella, a pesar de que comprendía que en esos amores estaba el aumento de su éxito; cada vez mayor confianza de don Alfonso, mayor sueldo, mayores utilidades para él. Pero procuraba hacer las entrevistas lo más cortas posibles. Dejaba pasar, a veces, muchos días sin verla a solas, y doña Laura se desesperaba.

Una tarde don Alfonso adoleció. Habían llegado frutas de la sierra y pescó la tifoidea en ellas. Estuvo muy grave. Muy enfermo. Doña Laura tuvo que comprar una tina para darle baños cada tres horas. Fueron diecisiete días de angustias. Tres médicos lo cuidaban. Doña Laura se arrepintió de su falta. Se pasaba las noches de claro en claro, llorando y suspirando.

Don Alfonso Vélez se moría.

Un día llamó a Armando a la cabecera de su cama. Le rogó que se hiciera cargo de todos sus negocios, que él tan bien conocía. Le dijo que, en caso de muerte, todo era para su mujer. Él sería el apoderada, a sueldo fijo y a tanto por ciento: podría hacer buena fortuna.

Tuvo que hacer algún esfuerzo. Armando para contener su alegría. Hizo su plan en un instante: se casaría con la viuda, la despojaría de todo y, después, a su tierra, a Colombia… Qué suerte la mía!, pensaba.

Pero, desgraciadamente, don Alfonso comenzó a mejorar.

Doña Laura se fue tranquilizando poco a poco. Su rostro estuvo más animado en esos días. Los médicos, anunciaron, por fin, que se hallaba fuera de peligro.

Vino la convalecencia. Dispusieron los médicos un viaje. Y don Alfonso, acompañado de su mujer, se fue un buen día para Alausí, a recibir el aire fortalecedor de la cordillera.

Quedó Armando al frente de los negocios. Se divertía mucho. Por la noche, llevaba mujeres a la casa de su tío. Y dos días del retorno de don Alfonso, fuerte ya y recobraba su salud, Armando Vélez, el querido sobrino, desapareció con veinte mil pesos de la caja.

A don Alfonso le llamó la atención que no lo fuera a recibir: "Acaso está enferma", pensó. Al subir las anchas escaleras de su casa, tampoco lo vio. Preguntó intrigado a Manuela:

• Y el señor Armando?

• No sé, señor. Hace dos días que no aparece.

• Cómo?

Alguna desgracia, se dijo. A doña Lucía, con la repentina desaparición y acaso también con la mejoría de su esposo, le habia renacido el amor, y se sintió decepcionada con la noticia. Palideció. Fue ella la que más empeño puso en las gestiones que hicieron por hallarlo.

Contrariado, pensando en sus negocios abandonados en manos de sus empleados, bajó a la oficina don Alfonso Vélez. Sin ánimo para trabajar, se sentó al escritorio y abrió la gaveta. Allí adentro, colocado para ser visto inmediatamente, un sobre blanco tenía esta Dirección: "Señor don Alfonso Vélez-Ciudad". Lo rasgó nervioso. Antes que nada vió la firma: "Su sobrino que lo quiere, Armando". Leyó con el alma en suspenso:

Querido tío:

Me ha pasado una desgracia. El último embarque de sal, que valía veinticinco mil pesos, lo vendí a Larreta-Gómez, quienes eran lo que mejor oferta me hicieron. En pago me entregaron un cheque por veinte mil pesos y cinco mil en efectivo. Jamás pude yo desconfiar, tío, de esta firma y aquí está mi culpa. Por una falta de previsión, que nunca perdonaré, guardé el cheque sin cobrarlo en la Caja de Fierro. Allí ha estado cosa de cuatro días. Cuando me acordé -pues había que pagar unas cuentas y no quería bajar el saldo del barco- fui yo mismo en persona al banco a depositarlo en su cuenta. Cual no sería mi sorpresa, tío, al saber que el cheque no tenía fondos. Corrí donde Larreta-Gómez: el almacén estaba cerrado: habían fugado.

Le juro a usted, tío Alfonso, que he sufrido mucho. Yo no tengo -usted lo sabe- el dinero para reponer el valor de lo perdido por una negligencia mía. Que hacer? Quedar así no más con usted que ha sido tan bueno conmigo? Imposible. Ya se acabaría su confianza en mí, y con justa razón. Y un hombre honrado jamás debe soportar eso. Resolví desaparecer. Algún día tendré dinero y, entonces, enviaré a usted los veinte mil pesos. Se lo juro por mi honor. Mientras tanto, es inútil que me busque: cuando usted lea esta carta, yo estaré muy lejos. Le suplico que me perdone. Hágalo por la memoria de su madre. No soy un ladrón, pero debo fugar.

Para mi querida tía Laura, toda suerte de cariños. Dígale usted que le agradezco sus bondades. Su sobrino que lo quiere… Armando

Don Alfonso Vélez, demudado con la lectura de esta carta, sin saber siquiera examinando las cuentas, subió en busca de doña Laura.

• Ve Laura, lee.

El semblannte se la señora se puso más pálido que nunca. Le temblaban las manos. Por un instante, pensó que se trataba de ella. Luego se tranquilizó.

• Pobre Armando.

• Sí, pobre… Pero fue por los menos, un idiota. Yo ya le habia advertido que la firma Larreta y Gómez estaba en mala situación… Si se esperaba la quiebra de un momento a otro…! No me lo puedo explicar por más que pienso…

Había inclinado la cabeza y tenía la carta doblada que doña Laura le había devuelto, entre las manos. Los brazos caídos y las miradas perdidas demostraban que se pensamiento trabajaba con actividad.

Doña Laura, que sobradas razones tenía para conocer mejor al sobrino, sospechó. Arrugaba las cejas, meditando, meditando. Pero se guardó muy bien de decir una palabra.

Efectivamente, era cierta la fuga de Larreta y Gómez. Pero nada tenía que ver con la estafa de Armando. Conocedor del asunto, lo relacionó hábilmente con su huida. Sin embargo, Armando no había dejado aún la ciudad: estaba oculto en casa de una amiguita, de una de esas amiguitas que le proporcionaba el ilustrado y profundo don Primitivo. Tenía su plan. A dónde ir con el dinero? Pues, por lo pronto, a Salinas. Allá solo hay cholos brutos, pensaba. Yo seré el amo, explotando la sal. Mi tío no sospechará nada. Haré los embarques en nombre de otro. Y si llego a tener mucho dinero, como lo espero, pues, entonces, un buen le pago los veinte mil pesos. Ja, ja! Quedo bien con él y me aseguro la herencia que es macanuda… Se reía Armando como un chiquillo que hubiese cometido una linda, una graciosa mala crianza. Y se decía para sus adentro: "Puesto que pienso devolver el dinero, no soy ladrón".

A don Alfonso Vélez la pérdida de veinte mil pesos no le significaba gran cosa. No hizo más averiguaciones. Se trataba, además, de su sobrino. Se decidió a trabajar, como siempre, con el éxito acostumbrado.

Mauela había contado a Jesús lo que sabía. No se explicaba bien lo del cheque, pero ella estaba segura de que no era ladrón. Mirando a Jesús, que la escuchaba absorto, terminó Manuela:

• Para mí no se fue por eso.

• Y por qué, pues?

• Por lo de doña Laura. A lo mejor don Alfonso ha de haber sospechado… Y el otro tuvo que irse.

• Verdad?

• Ajá.

• Segurísimo. Lo de la plata ha de ser invención de don Alfonso para disimular.

• De verdad. Y desde cuándo es que el niño Armando se brincaba a la tía, ah?

• Uy! Desde antes que te fueras vos al hospital cuando se quemó la balandra…

• Ah!

Transcurrió ese día. Por la noche, Jesús debía irse a dormir afuera. Pero Manuela lo hizo subir por el patio de atrás. Llovía. Llovía fuerte. La noche era prieta. Saltó Jesús a la azotea bañado por la lluvia. Ella le dio la mano y le alcanzó una toalla. Le prestó, después, un pantalón de entre casa de don Alfonso que le habían dado a lavar.

Y en el cuarto de Manuela, la chola buena y cariñosa, se amaron otra vez entre el ruido monótono de la lluvia que los hacía unirse.

Pasan los años entre el sol y la pereza de la ciudad. Se acelera el tiempo ahora con los violentos acontecimientos políticos de entonces: la revolución, los ideales liberales, la última palabra que viene como la buena nueva… Don Primitivo debe de estar encantado.

Jesús Parrales ya no ama a Manuela. Verda es que nunca la quiso mucho. Fue para él la hembra. Acaso le guardaba gratitud. Una gratitud para la mujer bondadosa que la hacia pasar la vida casi sin sentirla. Ya se ha quedado en casa de Don Alfonso Vélez. Duerme allí con el consentimiento de los patrones. Carga sal y cacao. No solo en la oficina de don Alfonso, porque, cuando en ella no hay trabajo, vaga por el malecón en su busca. Hace así sus reales. Se viste con pantalones de dril y corona blanca. Ahora usa también camiseta. Pero Jesús Parrales ya no ama a Manuela, ya le tiene un desapego que lo vuelve triste cuando está a su lado. Jesús Parrales guarda muy adentro un anhelo. Es el anhelo de su tierra, que tira siempre a los cholos hacia la pampa. Piensa en la casa en que nació, en Santa Elena, en su madre. Se le ocurre, con un poco de indiferencia, que debe haberse muerto ya. Tan vieja! Y don Ciro? Se acuerda. El barril. El burro testarudo. Cuando duerme le parece ver la pampa, le parece ver el mal, la balandra moviéndose… Ah, si él pudiera tener una balandra!

1895

Se acerca la fecha de la gran transformación. Los ejercitos liberales combaten. Libertan pueblos enteros. Recorren la costa en son de conquista. Son criollos. Se organizan legiones y legiones que adoran en el caudillo casi a un dios.

El liberalismo sienta sus reales. La fuerzas conservadoras pierden prestigio y territorio. Don Primitivo es ya todo un capitán de infantería, bravucón, altanero y charlatán. Se avecina el momento decisivo. El cinco de junio se proclaman las huestes liberales en Guayaquil. Llaman a Don Eloy Alfaro, para que venga a hacerse cargo del mando supremo.

Pero a Jesús Parrales todo esto le es completamente indiferente. Cuando le hablan de la revolución, solo dice:

• Ajá. A mí ni me va ni me viene...

Un año más tarde, el cinco de octubre, el pueblo está de fiesta. Eloy Alfaro ha triunfado en toda la sierra y ha reunido la Convención Nacional en Guayaquil. El liberalismo, triunfante, se dedicará a dictar las nuevas leyes fundamentales. Y hay en el pueblo una gran algarabía, una gran curiosidad, una infantil emoción por conocer el nuevo orden de cosas que le dicen que se está operando. En todas partes, en todas la cantinas de la ciudad, se bebe y se festeja. Los transeúntes, borrachos, atraviesan las calles bamboleándose y entonando canciones.

De repente, en la noche se escucha un rumor que va creciendo y creciendo junto con el agitado tañer de las campanas de alarma. Pisadas apresuradas golpean las piedras de las calles. En casa del señor Vélez se han despertado y don Alfonso, en su ventana, contempla a la gente que corre y vocifera. A medio vestir, aún soñoliento, sale a la escalera, por la que sube Jesús Parrales.

• Qué es lo que pasa? -le pregunta.

• Incendio, patrón!

Es Manuela quien ha ido a recibir a Parrales que viene informándose del bullicio. Está de pie, detrás de él, demudada. Doña Laura, en camisa de dormir, ha salido de la alcoba, estregándose los ojos.

Don Alfonso, en zapatillas, va lo más ligero que puede al techo. De allí contempla el cielo que, en un instante, se ha encendido como una hoguera. Se da cuenta de que el incendio no es muy lejos de su casa. Baja apresuradamente.

• Laura! Laura!

• Qué, por Dios?

• Pronto, llama a Manuela. Vayan alistan todo. Es un gran incendio. Recojan lo indispensable. No te olvides de las alhajas. Yo voy a la oficina a sacar los documentos y la plata. Pero no te pongas tan nerviosa! Nada sacas con eso. Ahora es cuando más se necesita de serenidad. Calma! Ven, Parrales, ayúdame!

Don Alfonso baja las escaleras a grandes saltos al par que va gritando sus últimas disposiciones. En la calle lo sorprende un vocerío:

• Incendio grande!

• Por la gobernación!

Los bomberos pasan a toda carrera, abotonándose sus casacas o arrastrando las bombas, cuyas campanillas producen un sonido delgado y chirriante. Ya suenan todas las campanas del barrio. De sus cadenas se han prendido los muchachos y jalan y jalan haciéndolas cantar lúgubremente.

Don Alfonso regresa de la oficina algo calmado. Procura infundir tranquilidad en el ánimo de su esposa:

• No hay cuidado, Laura. El viento se lleva el incendio para el norte. Estamos salvados. Sin embargo, es mejor que tengas todo listo.

En efecto, el fuego, con elásticas contorsiones, avanza incontenible hacia el norte de la ciudad, a la parte opuesta a la casa de don Alfonso.

Horas tras horas, se desploman las casas. Las plachadas de zinc de los techos vuelan por los aires. Las tejas parecen ser lanzadas por una mano violenta. Los bomberos han colocado sus bombas en las esquinas para extraer el agua de los pozos y se agotan de cansancio sobre el guimbalete como muñecos mecánicos de cuerda. Por los pitones sale apenas un chorro de agua enlozada que no alcanza hasta las fachadas de las casas. El fuego, como burlándose, se retuerce en espasmos rojos contra las maderas. Y sigue avanzando toda la noche, con empujones inmensos, hasta que llega el alba. Desde las primeras horas la gente ha abandonado las filas que formara para irse pasando baldes de agua que llenada en la orilla. Fue solo al comienzo. Porque huyendo despavoridos al darse cuenta de la magnitud del flagelo y de lo imponente de sus fuerzas. Nadie se acuerda de que ya está amaneciendo. Todo está tan rojo que el azul del cielo ni siquiera se advierte.

En la madrugada, algunos bomberos se niegan a trabajar. Los que no han caído entre las garras del incendio, caen desfallecidos por la fatiga. De todas las bocas sale el mismo grito de espanto:

• Agua! Más agua!

Los vapores suministran el agua del río a las bombas. Pero no es suficiente. El pánico ha cundido y comienzan las rebeliones. Hay actos de salvaje heroísmo y otros de un miedo indomable. Un hachero, de pie en la azotea de una casa, no obedece la orden que le da su jefe. Y es necesario destruir y destruir sin descanso antes de que las llamas alcancen las partes intocadas de los edificio. El bombero, con el hacha en la mano, tiene los ojos saltados como de loco y la piel del rostro reseca y ardiente.

• Entra, cobarde! -le ordena el jefe.

• No, mi jefe! Yo no me quiero quemar!

• Adentro, carajo!

Y lo empuja. Quiere pegarle. Quiere imponerse para que el desconcierto y la indisciplina no se adueñen de sus hombre. Pero el bombero se irrita. El instinto de conservación lo pone hecho una fiera. Los tendones del cuello le saltan del esfuerzo. Levanta el hacha a la altura de la cabeza. En el instante en que la va a descargar sobre le jefe, este le dispara dos tiros. El hacha describe un círculo en el aire. Da media vuelta el cuerpo y se desploma de lo alto aplastándose la cabeza contra el empedrado. Entre las piedras quedan pingajos blancos mezclados de sangre negra. Más allá, el hacha ha dado un rebote seco y delgado.

Las campanas de las iglesias se arrebatan pidiendo auxilio. Y se hace más fúnebre aún el día recargado por una atmósfera asfixiante. Como obedeciendo a una consigna, el incendio se bifurca y se arroja a la vez sobre el malecon y la calle Rocafuerte. Se pone a devorar los puentes de los esteros siguiendo lascivamente sus curvas. Parece que el agua hirviera debajo. Parece que se hubiera transformado en sangre, una sangre caliente y espumosa.

La población entera ha emprendido una fuga enloquecida hacia las sabanas. Son las doce del día y ya se ha perdido toda esperanza. Entre los escombros de las casas quedan cadáveres carbonizados, con las tripas afuera, reventándose los vientres y achicharrándose cada vez más los rostros contraídos.

Los moradores pasan alternativamente del miedo a la furia. Se dice que el incendio es intencional y que se produjo en la tienda del polaco Bowski, con el objeto de que su dueño cobrase el valor del seguro. Basta una palabra de acusación, un grito, para que persigan al incendiario:

• Bowski fue! Bowski!

Pero el polaco se ha escondido.

El polaco, que no lo encuentra, llega al paroxismo de la furia. Se forjan las más absurdas versiones. Asesinan a un hombre a machetazos sólo porque se ha oído en el tumulto un rugido de acusación:

• El incendiario! Ese es! Ese es!

• Cójanlo! En ese tarro lleva kerosín!

El acusado se detiene un instante. Luego echa a correr. Pero lo alcanzan. Es una jauría enfurecida que lo persigue. El que llega primero a su lado blande un machete y comienza a sacrificarlo.. Pronto no queda del presunto incendiario más que una masa inerte y sanguinolenta.

Mujeres, con el cabello en desorden y las facciones desencajadas, vagan por las afueras buscando a los hijos que no pudieron hallar en el confuso momento de la huida... Preguntan por todas partes, escudriñan entre montones de personas... Y, por otros lados, criaturas desnudas lloran y claman con un espanto prematuro grabado en los ojos.

• Mamá! Mamá!

• Mamacita!

Sus leves pies desnudos se hincan en las sartenejas y caen tropezando a cada paso. No ven sino fuego y terror. No oyen más que el ruido insoportable de las maderas ardiendo, de las enormes lenguas encendidas.

Después del mediodía, el incendio alcanza mayores proporciones. Ya han caído doscientas casa al empuje de esas tremendas olas de fuego. Caso dos kilómetros de ciudad han desaparecido. Millones de chispas jugueteaban chirriando por los aires. Y a cada instante las almas se estremecen con ruidos formidables.

• Buuuuuuuuum...! Paf!

Brama y sopla el fuego. Se desploman las vigas y los techos. Los que no han tenido tiempo de huir a la sabana, se dirigen a la orilla por las calles que todavía permiten el tránsito. Van a embarcarse en las lanchas para ponerse a salvo. Más, de improviso, se oye repetir de boca en boca:

• Va a volar la Artillería!

El pánico enloquece a los fugitivos. Se atropellan. Se golpean entre sí. Luchan desenfrenadamente por una pulgada de tierra. Las fuerzas armadas quieren imponer orden y los oficiales corren con pistola en mano. Pero es

inútil todo esfuerzo para hacer comprender lo infundado de la alarma de los habitantes.

- Se quema la Artillería!
- Van a volar todas las casas!
- En la Artillería hay mucha pólvora!
- Corran! Corran!

Solamente el transcurso de las horas puede calmar un tanto los ánimos. El siniestro continúa por la calle Rocafuerte destrozando cuanto a su alcance se halla, hasta que se acerca al Colegio de los Sagrados Corazones. La Superiora, comprendiendo el peligro organiza la fuga al Malecón. Y las monjas logran embarcarse en una lancha de la Aduana. Ya se abre del muelle la pequeña embarcación, cuando el viento hace caer en ella un madero encendido. En seguida, la lancha empieza a arder. Una monja, desesperada, se arroja al río y se ahoga pidiendo inútilmente socorro a grandes voces. Desde la orilla no puede escucharse, debido al horrible estruendo del incendio, su grito penetrante y entrecortado. Sólo se ve la angustia de sus brazos levantándose y cayendo.

Las otras se retuercen, sin ninguna esperanza de salvación, entre las llamaradas que iluminan la lancha sin gobierno, lanzada a la deriva por la corriente del río. Se las ve, desde los muelles, contorsionarse de rodillas. Se contempla como a una se le han prendido la alas blancas de su sombrero corneta. Y cómo sus manos intentan quitárselo de la cabeza. Pocos segundos después, se la ve caer con movimientos epilépticos. De todo su cuerpo surgen llamas; su hábito azul es una hoguera. La multitud se estremece en la orilla. Rezan. Se les encoge el alma del dolor. Todos los corazones laten violentamente y parece que falta el aliento. La lancha, lentamente, se va alejando entre una fogata, como si las mismas llamas le dieran impulso para navegar con su soberbia roja hacia afuera.

Así ha ido muriendo el día. La moche está encendida, roja, clara. Una mujer despavorida ha corrido hasta subir la mitad del cerro Santa Ana, cuyas primeras casas de caña sirven ya de pasto a las llamas. Allí mira a su derredor y respira creyéndose salvada. Más, de repente, se levanta aullando, formidable y furioso, un viento huracanado. Y la pobre mujer, como un guiñapo, es lanzada por el viento hacia la candelada que la recibe hambrienta.

Es un nuevo horror que ha venido a sumarse al del incendio. Los tratos de la gente que, sin hogar, vaga por los arrabales, vuelan por los aires. Y aullidos humanos se mezclan a los aullidos del viento.

- Uuuuuuuu! Ay! Socorro, santo Dios!

Los escombros se desploman. Las llamas se elevan más y más hasta lamer las nubes y las estrellas; descienden, se estiran, corren para uno y otro lado, súbitamente locas... Árboles corpulentos son arrancados de raiz y suben describiendo circulos rapidísimos para ir a caer estrepitosamente en otro sitio. La gente se arroja contra el suelo y allí, temblando, temblando, con los dedos agarrotados, se aseguran. Muchos creen que es el día del Juicio y esperan con el horror pintado en los ojos un celeste y fulminante aparición. En el río, la embarcaciones bailan sobre las olas. Algunas zozobran sin remedio. Y en las balsas cuadradas de los muelles, una

multitud apiñada y frenética clama levantando al cielo los brazos, las miradas perdidas en el más allá de la noche prieta, oscura, teñida de rojo, rara y hermosa en el contraste de esos dos colores tan fuerte y trágicos.

Al día siguiente, el incendio se ha detenido en la Ataranza, después de haber dado la vuelta al cerro y quemado durante toda la noche las últimas casas del barrio de las Peñas. El callejón de la Planchada se había prendido por los dos extremos, y los habitantes, sin poder hui por ningún lado, con ambas salidas tapadas por el fuego, tuiron que tirarse al río, en el que unos se salvaron en lanchas y canoas y otros fueron arrastrados por la revesa que muy pronto los hizo desaparecer.

El fuego se ha apagado por sí solo. Por fatiga de destruir. Porque ya no tenía nada más que quemar. Los bomberos se ocupan en refrescar los escombros que aún arden.

Guayaquil, desde la calle Municipalidad hasta Las Peñas, es un inmenso ampo de edificios destruidos, de palos quemados, de verdaderas montañas de carbón y ceniza. Hay más de treinta mil almas en la miseria. Se inician los días de duelo y hambre. La gente pasa removiendo los escombros en busca del hijo o del hermano que falta. Criaturas casi denudas lloran a la sombra de los árboles de la sabana, sin dinero, sin abrigo, sin pan. Muchos hombres que se han dormido de cansancio despiertan en la mañana y encuentran a su lado a personas que jamás han visto. Y, sin embargo, se abrazan consternados. No tienen más lecho que la sabana pelada ni más abrigo que el follaje de un árbol ni más sensibilidad que una inenarrable emoción dolorosa. Son idénticos. Iguales. Hermanos.

A las tres de la tarde es el primer reparte oficial que se hace de pan. Recién esa mañana se había podido comunicar la noticia del incendio al exterior; pues las líneas del cable se habían descompuesto. Ya han ofrecido auxilio desde Lima, Chile, Buenos Aires... Vendrán barcos cargados de víveres. Pero, mientras tanto, hay hambre, hambre, un hambre que no puede esperar ni un momento. Los hambrientos se atropellan por alcanzar un puñado de arroz crudo o un poco de papas. Los más débiles sucumben, son pisoteados, arrastrados sin misericordia. Muchos mueren allí, en el afán de alcanzar algún alimento. Y los que, cuando se ha terminado la hora del reparto, ven que no les ha tocado nada, recorren las calles para asaltar al primer transeúnte o la primera casa que parece estar descuidada. Y qué hacer? Es necesario comer a cualquier costa. Aún a riesgo de la vida. La policía es insuficiente para implantar orden. Y cada uno se las ve cómo puede. El que tiene una pistola o un machete es el que está seguro, si sabe hacer uso de ellos.

Los propietarios de los grandes almacenes, que han quedado en pie al sur d la ciudad, especulan con los víveres. El pueblo hambriento se exaspera. Han apresado a Juan Tello, un infeliz que para alumbrarse había salido a comprar unos centavos de kerosín, y exigen que se lo fusile. La policía pudo salvarlo de un terrible linchamiento. Pero las autoridades, nacidas de la revolución liberal, temen la furia del populacho. Porque ya se oye un rumor de acusación de la gente fanática:

- Los revolucionarios son los incendiarios.
- Si, ellos! Los enemigos de Dios!

Hay que sacrificar a alguien. Hay que complacer al pueblo. De otro modo, peligra el poder tan recientemente conquistado. Y Juan Tello es pasado por las armas, después de simularse grotescamente un infame proceso en la intendencia de Policía.

Los nervios de doña Laura ya están algo sosegados. El señor Vélez ha hecho lo posible por calmarla. Desde las ventanas de su casa, que no ha sufrido absolutamente nada con el incendio, ambos han contemplado por tres días tantos horrores. Y en el fondo de sus miedos experimentan cierta satisfacción deliciosa por hacer quedado salvos de la desgracia.

El último día del flagelo, no tuvieron manteca en la casa. Fue un descuido imperdonable de la cocinera. Y como no podían mandar a comprar entre esa confusión ni había tampoco tiendas donde poder hacerlo, se pasaron todo el día sin cocinar otra cosa que legumbres y papas. Apenas calmando el incendio, pues, doña Laura mandó a comprar a Parrales. El Vélez, que estaba tendido en le hamaca del corredor, fastidiado porque aún no habían salido los periódicos y no tenía qué leer, advirtió en alta voz:

• Regrésate ligero. Entiendes? No te demores que te pueden jugar una mala pasada con lo que está la gente ahora... Es peligroso andar vagando por la calle y después voy a tener que estar dando pasos y moviendo palancas en tu favor si es que algo te ocurre... Ah?

• Sí, patrón. No demoro nadita.

Sin embargo, Jesús Parrales quiere recorrer la ciudad. Y lo hace lleno de pánico al contemplar las ruinas y al escuchar el llanto quejumbroso de los que piden una limosna para comer. Por todas partes hay gritos, llantos, lamentaciones, amenazas. Hay que pasar entre ellos o escurrirse por los escombros, alzando las piernas a cada paso para no caer. Hace un calor endiablado. El sol se divierte quemando en un cielo sin una nube. Y parece que aún no se ha terminado el incendio por el calor que se siente. Todo el mundo chorrea sudor. De repente se ven grupos que se forman en una esquina con rapidez extraordinaria: es una riña; resulta un hombre apuñalado. Al pasar por el callejón Mendiburo, Jesús Parrales ha corrido hacia adentro, siguiendo el ejemplo de los pocos transeúntes que lo hacían atraídos por algo que acababan de descubrir. Se acerca anhelante, sacando la cabeza por encima de las espaldas de los que han llegado primero, torciendo el cuello y los ojos para poder mirar. Allí, arrimada a un muro, está una enorme botija y dentro de ella un montón de huesos carbonizados. Se comenta el hallazgo. La imaginación popular inventa diez versiones distintas. Alguien asegura que fue un fugitivo que enloqueció y que, no hallando otra escapada a las llamas que habían hecho presa de sus ropas, se arrojó al agua de la botija, convencido de poder así salvarse.

Cuando regresa a la casa, Jesús cuenta don Alfonso todo lo que ha visto, entrecortando sus frases por una compasión que le nace de muy hondo. El señor Vélez lo escucha y, de improviso, hace este comentario, que Parrales siente como un latigazo:

• Menos mal que se ha fumigado la fiebre amarilla con tanto que se ha quemado.

Después continúa hablándole pausadamente de la dificultas que ahora va a presentarse en los negocios. Ya no podrá vender tanto sal como antes. Ya no habrá tanto trabajo...

• No voy a poder ocuparte sino de vez en cuando -termina.

Ya odia Jesús Parrales la ciudad. Una madrugada ha hecho un atadito de ropa. Tiene en el bolsillo del pantalón unos cuantos pesos ahorrados. Deja la casa de don Alfonso tan temprano que nadie lo ha notado.

Da la vuelta entera a Guayaquil, como para despedirse y verla por última vez con toda su rabia. Por "la Boca del Pozo" camina a paso rápido para llegar cuando antes al estero Salado. Mas, al pasar por el cementerio, se detiene con las fracciones templadas de sorpresa y de miedo.

• Dios mío! -exclama, dando a su pesar un grito.

Hay visto como duermen entre las tumbas unos hombres haraposos. La mañana aún no está clara y hay una semioscuridad que hace lúgubre y siniestro el lugar que para su reposo han buscado esos hombres.

Bruscamente Parrales arranca de allí y camina ahora más ligero, hasta llegar al puente del Salado. Lo pasa. Desde él se perfila el camino hacia la costa. Hacia la tierra.

Y con las primeras luces blancas del amanecer Jesús Parrales, con su hatillo en la espalda, camina por el sendero angosto, por la tierra colorada de estos sitios.

Va mudo. Con la cabeza inclinada. Y se mira los pies. Y las piedras del camino.

CAP. 11

Jesús Parrales camina sin voltear un momento la cabeza. No siente el sol que le abrasa la nuca. No siente nada. Contempla, a veces, sólo por una curiosidad sin causa, los mangles que se retuercen sobre las aguas del estero Salado incrustado sus potentes raíces en la tierra cenagosa y hedionda. Y sigue al mismo paso inicial de la partida. Ahora ya está lejos de la tierra colorada que viene de los cerros. El sendero se estrecha y la tierra se hace parda, casi negra. A ambos lados, la selva: la montaña, el verde iluminado, pecaminoso, bruta.

Levanta la cabeza: ha oído un grito. No es nada. Algún animal, se dice. Es que parece que lo persigue el chillido estridente de los pájaros. Como si quisieran acompañado en su andar. Se dijera que son los árboles que gritan por mil bocas: no se pueden ver las aves, ocultas entre sus nutridos follajes. Va mirando Jesús Parrales las ramas que se tuercen y se tuercen, que se separan, que se unen, en una lucha continua y apretada; las raíces tan gruesas, tan hinchadas, tan entrecruzadas, como las venas de una mano vieja.

Comienza a sudar copiosamente. Pero Jesús Parrales ni siquiera se detiene un instante para enjugar las gotas de sudor que revientan en su

frente. Se acomoda el hatillo en la espalda. Busca no tropezar con las piedras del camino.

De rato en rato, se presenta un claro en la montaña. Pero el claro se rapa apenas más allá con los cerros también verdes. Siempre deseos de internarse por esos montes. Ver qué es lo que hay allí adentro. Seguramente, tigres, piensa. Entonces se imagina en lucha con los tigre. Está armado de un cuchillo grandote. El tigre le desgarra un brazo. Le da una puñalada él. Casi ríe a media voz. La montaña, la soledad, los chillidos estridentes, como silbatos de sonidos agudos y finitos, lo hacen divagar. Es que tampoco se puede caminar tanto tiempo sin pensar en algo; cualquier cosa es lo mismo.

Alza la cabeza para mirar al sol. Dice fuerte, con el placer de oírse a sí mismo en esa soledad:

• Las ocho y media han de ser.

Lleva más de dos horas caminando a paso rápido y la selva no tiene término. El camino, a veces, se pierde. Se presenta un leve rastrillo, en el que ha crecido yerba. Pero él sigue sin vacilaciones hasta volver a hallar la ruta. Aquí está, se dice jubiloso. Y encuentra en la búsqueda un entretenimiento. Piensa en lo que podría hacer si tuviera una escopeta. Ah, si tuviera una escopeta podría defenderse del ataque del tigre! Podría matar alguna perdiz, de esas grandotas, que, como manchas grises, pasan raudas por el camino. Y quién sabe, hasta un venado. Pero es inútil pensar en todo lo que con ella podría hacer. Para qué? No la tiene. Y el cholo, en eso, siempre es práctico.

Ya debe hacer cuatro horas que salió de Guayaquil. Los nervios de Jesús tienen un instante de impaciencia. Por qué no encuentra nada aún? Al fin, divisa a lo lejos unas casitas. Acelera la marcha. Casi corre.

Chongón.

Encuentra una tienda, cuya pequeña escalera sube de prisa para sentarse a descansar en el último escalón. Luego de unos minutos entre y pide:

• Deme un jarro de agua.

Lo bebe sediento, haciendo al tragar un ruido amargo con la garganta. Respira profundamente. Se toma una gran taza de café con leche, acompañada de una palanqueta con mantequilla. Compra galletas, queso, huevos, plátanos verdes asados. Después de un descanso de un cuarto de hora, torna a caminar.

El sol es siempre enemigo del camino. Quema la tierra y es como si se clavaran agujas en los pies descalzos de Parrales. Su ropa, encharcada por el sudor, se ha adherido al cuerpo. Pero a las cinco comienza a ceder el sol y el viento es bondadoso. Se acuesta Parrales en la tierra contra el cielo, mirando las nubes que flotan gravemente y lo protegen de los rayos del sol. Se incorpora luego y abre su paquete de provisiones que había metido en el hatillo. Masca con fruición las galletas con queso y el plátano verde asado. Al levantarse, siente que le duelen un poco los pies.

El sol ha crecido y crecido tanto que se ha hecho enormemente rojo y redondo como un gigantesco queso de bola. Sigue hinchándose de sangre

hasta que revienta. Se muere de apoplejía el sol. Y las nubes y el cielo se hacen rojos. La tierra es menos amarilla. Y la selva, menos verde.

Es agradable caminar en el ocaso. El viento sigue aún bondadoso y acariciante. Pero Jesús Parrales se está muriendo de sed. Ha olvidado traer una botella de agua: creyó llegar a Bajada temprano. Y tiene que aguantar. No hay más remedio.

Ahora se inicia el crepúsculo, tan fugaz como un rápido sueño. Se va disolviendo el verde de la selva hasta perder su brillo y hacerse opaco. El cielo entorna los párpados. Jesús Parrales apura el paso. Lo agarra la noche y quiere llegar.

Ya no se ve el verde. Ni el amarillo de la tierra. Los árboles copudos, las raíces, toda la montaña vibrante, no son sino grandes manchas, grandes sombras oscuras que se recortan sobre el negro prieto de la noche. Los ruidos son más perceptibles, casi nítidos. El viento comienza a ser malo. Hinca las carnes y mueve la montaña. Los árboles lanzan alaridos lúgubres. Los pájaros se han puesto a chillar con más estridencia. Parece que golpean cruelmente a seres humanos. Porque toda la selva se confunden en un grito de miedo.

De repente, parece que se ríe la montaña. Parece que lanza enormes carcajadas. Toda la tierra cruje y se tortura. Jesús Parrales anda más rápido. Casi no ve el camino y varias veces lo pierde hallándolo de nuevo guiado sólo por el instinto. Quisiera descansar, pero no puede. El ansia de llegar le da fuerzas... Sigue, sigue, sigue...

Contra la dura oscuridad de la montaña, Jesús ve luces opacas. Luces cloróticas, como linternas mágicas. Son lo cocuyos que se enciende. Jesús Parrales tiene miedo del tigre y la culebra. Ni siquiera cuenta con qué defenderse. Cuando la selva se retuerce con el viento y aúlla sobre la noche, le parece escuchar el rugido del tigre. Se para en seco, palpitándose aceleradamente el corazón el corazón. Se queda un rato atento, como agazapado... Nada. Vuelve a caminar.

Ya no puede calcular la hora. La sed urgente aumenta su cansancio y tropieza. Si tuviera un poquito de agua!... Pero no hay agua ni luces ni esperanza. Jesús Parrales va cada vez más miedoso. Ya no es del tigre ni de la culebra que tiene miedo: es sencillamente de la noche y de la sed que lo atormenta.

El camino da vueltas y parece que de improviso termina en una pared de selva que le cierra el paso. Tiene que andar y andar por esas curvas cerradas y ocultas entre las ramas de los árboles y las sombras nocturnas. Los músculos de sus pantorrillas se templan como cuerdas. Le duele toda su carne en tensión viva. Pero Jesús tiene miedo de quedarse entre montaña. Hay que llegar a alguna parte. Ninguna luz le sale al encuentro. Tantea en el hatillo. Se come un pedazo de queso y una galleta. Ahora tiene más sed. Le arde la garganta. La lengua se le pega al paladar. Se le forma abundante saliva y la traga como queriendo saborear un vaso de agua fresquita, fresquita... La sed le enciende las entrañas. Bailan los árboles en la maleza negra, y gritan; las hojas se refriegan entre si y parece que se quiebran: le da vueltas la cabeza.

Y no puede saber ni la hora en que anda. Aún no se arrepiente del viaje; tiene confianza en llegar, a pesar de todo; pero extraña la casa de don

Alfonso Vélez, el calor de su cama y el calor de Manuela... Al menos, allá tiene agua. Puede beber toda la que le dé gana. Oh, el agua!

Sin acortar su paso apresurado y febril, en un momento inconsciente se chupa las manos. No sabe qué hacer para encontrar una gota de agua. Y no obstante el cansancio, camina más ligero. Tiene ganas de echar a correr a toda velocidad hasta llegar a un sitio donde le regalen toda el agua que quiera...

Siguen las curvas interminables del sendero. Del sendero tan solo, tan seco. El ruido de los pájaros y el ruidos del viento contra los árboles son trágicos. Son como gritos de dolor que pidieran, como él, agua... Le salen al encuentro todas la supersticiones: tiembla, reza, todo el tiempo reza. Pero no puede hablar. La sed se lo impide: el viento se le mete en la boca y la seca más. Reza entonces mentalmente. Y no puede pensar claro en que reza. Dios me castigará, se dice. Es que le es imposible hacerlo. Baila ante sus ojos un jarro de agua. Que se vierte, que se derrama. Y él no puede jamás alcanzar.

Se ha reído Jesús Parrales de repente. Ha hecho coro a los árboles. Ha exclamado en alta voz:

• Dios Mio!

A lo lejos ha visto unas luces y se siente súbitamente regocijado. Apura el andar, con nuevas fuerzas. Las luces lo atraen como un imán. Piensa que por fin se ha salvado de todos lo peligros de su miedo. Y camina casi corriendo.

Acaso falta todavía media hora. Ya no puede calcular el tiempo. Se desespera. Hasta cuándo no alcanza las luces?

Al fin, esta casi al frente de la sombras de las casas de caña. Es un pueblito pequeño. Al lado izquierdo hay unas escaleras de madera que conducen a un largo corredor. Y adentro se abre, con muchas luces, una tienda grandota. Allá se dirige Parrales. No debe ser muy tarde porque la tienda tiene todas las puertas abiertas y hay en ella unos hombres que conversan. Entra Jesús. Se inclina con todo su peso sobre el mostrador y dice con una voz extraña:

• Agua!

Le sirven enseguida un jarro de hoja de lata lleno.

Lo vacía. Pide.

• Deme más, hágame el favor.

Después de tomarse el segundo jarro descansa un momento. El tendero le pregunta:

• De donde viene usted?

• De Guayaquil.

• Ah! Y sigue el incendio todavía.

• Ya no. Ya se apagó en la Ataranza. Ahora fusilan a la gente.

• Por qué?

• Yo ni sé. Por incendiarios dicen.

• Caray! Y es mucho lo que se ha quemado?

• Todito mismo.

• Ah! Y dónde va, pues?

• Yo? A Santa Elena.

• A Santa Elena?... A pie no va a llegar nunca...

• Sí llego. Deme una taza de café.

Le sirven café puro con rosquitas. En las miradas del tendero brilla una curiosa admiración. Le obsequia un cigarro. Lo lía Jesús y se sienta en un banquito, desde el cual pregunta:

• Cuánto es?

• Medio no más.

Paga y está feliz. Luego suplica:

• Señor, puedo dormir aquí dentro, en el suelo no más?

• Claro que sí. Acuéstese con confianza. Y por qué se va usted a Santa Elena a pie?

• Ja, ja... Porque yo soy de allá, pues... No hay trabajo en Guayaquil... Todo el mundo se está muriendo de hambre... Quiero irme a mi tierra...

Espera sentado en el banquito que los hombres que conversan en la tienda se vayan. Se le cierran los ojos. Se le caen los brazos. Siente una pesadez enorme. Pero ya no escucha el grito de la selva. Ni tiene miedo al tigre. Jesús Parrales se ha dormido sentado. Y se queda como una piedra con los codos apoyados sobre el hatillo.

En la madrugada se despierta acostado al pie del bando. La tienda ya está abierta y el pueblo comienza a animarse. Se informa: había llegado a Bajada. El tendero se ha sorprendido más aún cuando Parrales le preguntó cómo se llamaba el pueblo, y piensa para sus adentro: "Por qué no me lo habrá preguntado anoche?".

Después de tomar un buen desayuno, se cuida de poner en el hatillo una gran botella de agua junto con las provisiones. Tiene que aprovechar el día. Se despide del tendero, dándole las gracias y emprende el camino de nuevo.

Ahora se cansa pronto. Cada dos o tres horas, tiene que sentarse a tantearse los pies, que le arden. Pero se incorpora lleno de bríos aún. Todavía marcha entre paredes cerrada de montaña. Y va se va acostumbrando al ruido demoniaco de la selva.

Siente hambre. A juzgar por el sol, deben ser las once. Hace un nuevo descanso y engulle más que come. Bebe agua. Poquito para que le alcance.

Así va pasando el día. Los descansos se hacen cada vez más frecuentes. No puede caminar tan largo, como el primer día. Parece que los pies se le revientan de tanto que le arden. Porque la tierra se pone como una brasa con el violento sol del mediodía.

Llegan otra vez la tarde, el ocaso sangriento, el crepúsculo raudo, el viento que se endurece y traiciona, la noche que se desprende del cielo, arrancando el miedo de los árboles y trayéndolo al alma. Jesús tiene la certeza de que ahora no hallará ningún pueblo: le han dicho en Bajada que le será imposible llegar el mismo día a San José de Amén, pero también le han advertido, en el tono de una remota esperanza, que acaso encuentre una casita donde pasar la noche.

Y es esta esperanza lo que le hace avanzar en medio de las sombras.

No le importa la sed. No le importa el agua. Todavía tiene algo en la botella. Es al cansancio al que teme. Y a la noche.

Camina y camina, pero Jesús Parrales no encuentra la casita, no ve ninguna luz indicadora. Se cae de fatiga. Debe ser muy tarde. Ya no puede más: ha andado más de veinte horas desde que salió de Bajada… Se sienta sobre la tierra, pensando descansar sólo un momento. Reza: le pide a Dios que encuentre la casita, que la halle pronto, que lo salve del tigre.

Toda la mañana es un gran alboroto de quejidos extraños y de risas panidas, sin alivio. El viento hace gritar a los árboles, y los gritos de los animales. No es posible distinguir… Aaaaaay!… Auuuuu!… Son aullidos… Ahora Jesús cree oír que conversen… Se sobresalta… Es un sonido suave, un susurrar callado, murmullante, que se escucha a pesar de la gritería ensordecedora…

Jesús está deshecho. No tiene casi fuerzas para levantarse al trabajo rudo y agotador, no tiene alientos. Acaso más es el miedo que el cansancio: en su pampa no hay esos ruidos; en su pampa el ulular del viento es largo y uniforme, tendido como una respiración rítmica. La selva es qué distinta!

Y Jesús Parrales, sin quererlo, se tiende poco a poco en el suelo, encogido de frío y de temor… Se le cierran los ojos a su pesar… Se va quedando dormido con la mitad del rostro pegado a la tierra sin color y una mano prendido del cuello de la botella de agua que sobresale por la boca del hatillo…

De repente se despierta asustado.

Aaaayy… Auuuuu… Hiiiiii…

No se da cuenta del tiempo que dormido. El corazón le brinca de angustia. Se levantada y avanza algunos pasos, a tientas como un ciego. Se hace ánimos. Piensa en el tigre, en la viuda del tamarindo, en el tintín, en el diablo que sale a las doce de la noche… Le parece que se acercan pisadas, unas lentas pisadas como de fiera en acecho… Pero no es nada. No llega nunca esa fiera que camina tan cautelosa a su alrededor. Después escucha una carrera precipitada sobre las hojas secas de los árboles que se agitan en el suelo… Algo que pasa veloz. Debe ser una iguana. Una gigantesca lagartija.

El temor hace cobrar nuevas fuerzas a Parrales. Y sigue en busca de la casita con luz. Se habría perdido del camino? Hay momentos en que el cielo se tapa por los árboles que se tejen arriba. Las horas son pesadas. Y qué lentas. Es que no hay horas ni tiempo. Sólo existen la noche, el viento, los gritos, los animales.

Jesús Parrales está convencido de que sólo ha dormido unos segundos. Y sin embargo, el viento de ahora es distinto: acaso es más frío, pero tiene algo de tibieza y un olor delicado, sabroso, de frescura y de nido. Cree que distingue mejor el camino y los árboles. Mira hacia el cielo: no hay una sola estrella, pero ya se nota en el color de las nubes la madrugada que se inicia. Ya está amaneciendo. Ya puede contemplar a sus anchas los encajes apretados de las ramas y los trocitos de cielo añil que aparecen entre ellas. En los grandes claros que hay de trecho en trecho, mira arriba un azul tan profundo, como el del mar. Luego se va haciendo más claro, más celeste, hasta que, en el cielo desteñido, se dijera que flota el humo que exhala la tierra fragante.

Jesús Parrales tiene aún un resto de provisiones y las come en la mañana que ya está completa. Va tranquilo. Ha descansado.

A las once, con un sol violento, siente sed y hambre. Apura las últimas gotas de agua que hay en la botella. Quiere andar ligero. Pero el cansancio se hace mayor con la falta de alimentos. Han transcurrido horas interminables, largas, monótonas... Sin miedo, pero con hambre y sed, que producen algo peor que el miedo. En la tarde -acaso a las tres, porque el sol está bastante de lado, a su espalda- puede mirar a la distancia un apiñamiento de casitas. Anda, anda, anda... Con la cotona blanca, manchada, adherida al cuerpo maloliente; con los cabellos con tierra; con el rostro gris y sudoso...

En ese apiñamiento de casitas que desde tan lejos se veía, come y descansa toda la tarde y la noche. En San José de Amén, que se recuesta dulcemente sobre una colina pequeñita, donde la gente acostumbraba a dormir tan pronto oscurece, y se levanta con el primer canto del gallo, con el primer indicio del alba. Jesús Parrales se ha tendido sobre las duras tablas de un cuarto desmantelado, que le han prestado como posada, y ha dormido desde las cinco de la tarde hasta el amanecer.

• Qué rico que he dormido!... -dice en voz alta al emprender de nuevo la marcha, descansando y entusiasta.

Y vuelve otra vez a su andar. Hasta que comienza a cambiar la tierra. Se hace amarilla y más seca. Se despeja el camino. Hay pocos árboles. Se siente frío, pero Jesús Parrales ya va sin miedo. Es la pampa que se acerca. Llega a Zapotal. Descansa aquí un par de días. Contempla la tierra que ahora sí tiene horizontes... La tierra casi yerta, casi como la pampa donde nació.

Su caminar es vigoroso, a veces. Se acerca al final que presiente por la pampa iniciada. Tiene los pies rojos e hinchados, y los músculos de las pantorrillas tan débiles, que le brincan solitos... En San Vicente resuelve quedarse tres días para que se le deshinchen los pies. Está ya cerca de Santa Elena. En plena pampa, junto al cráter del Antiguo volcán, enorme, entre el lado sulfuroso. Allí se baña en el agua caliente y burbujeante que hace cosquillas en el cuerpo y le comunica una rara voluptuosidad. Dicen que es bueno para la salud. Los pies vuelven poco a poco a ser normales: vuelven a endurecerse como antes, se cubren de nuevo de callosidades amarillas, sus tejidos otra vez se templan como un cuero.

Una mañana, parte contento por la pampa. Por allí no corre ningún riesgo ni pasará ningún temor. Él conoce, palmo a palmo, esos lugares.

Al fin, las torres blancas de la iglesia de Santa Elena se dejan contemplar desde un recodo del camino. Lentamente se acerca Jesús Parrales al pueblo, idéntico, a pesar de los años que han pasado, y siente muy adentro, muy adentro, una cosa tan dulce... Si le parece que va a llorar... Se sienta en un banquito del parque. No llama la atención de nadie. Nadie se acuerda del chico Jesús, del travieso hijo de la Tomada.

Se levanta despacio, como desperezándose de una pena, y se dirige a una casita que está entre las calles más apartadas del pueblo, ya casi en el camino para el mar.

• Buenos días de Dios.

• Buenos.

• Ah, señora! Quiero una posadita!

• Entre, pues.

Está Jesús delante de una vieja arrugada. Y por primera vez, en tantos años, experimente un recuerdo preciso, vigoroso, de su madre. Se le pone la expresión de los ojos apagada y triste. En la puerta del cuarto, arrimado el hombro perezosamente contra el marco, dice con una voz pausada:

• Quiero que me den una posadita hasta la madrugada, que me voy a mi casa.

• Bueno, pues. Y por dónde mismo es su casa?

• Uy! Más arriba de Santa Elena. Cerquita del camino que pasa para Chipipe. Yo soy, pues, Jesús Parrales, el hijo de don Cipriano...

• Ah! Usted es el hijo de la Tomasa... Sí, me acuerdo...

• Sí, señora. Qué se hizo mi mamá?

• Yo fui muy amiga de la Tomasa. Se murió un día. Me parece estarla viendo. No ve que mi marido trabajaba también en la sal? Yo soy la mujer de Reyes. Se acuerda?

Jesús Parrales no contesta. Se queda mirando largamente a la vieja. Van saltando a su memoria, deshilvanadas y en desorden, las cosas de su infancia... Poco a poco, retira las miradas de la vieja y se clavan en el marco de la puerta. No es que vea el marco. Es que sencillamente está absorto en sus recuerdos difusos y tiernos.

• Qué le pasa que parece que ni me oye?

La voz de la vieja lo saca de sus pensamientos. Pregunta:

• Cuánto tiempo hace que se murió mi mamá?

• Huy! Tiempísimo... Antesito mismo de que se muriera mi marido.. Toditos los puercos se los robasen... Mi marido le había comprado uno, porque quería celebrar el santo. Pero ni alcanzó el pobre. Y me quedé sola con la Juanita. Juanita! Juanita! Aquí viene. Esta es mi hija. Juanita Reyes.

Jesús tiende la mano a la moza, de caderas ampliar, como guitarra, y de alto y firme pecho. La Juanita, avergonzada, avanza apenas un paso, y le dice:

• Para servirse, señor Parrales.

En conquista de las dos mujeres, come a las cinco de la tarde, poco después de haber llegado. Se ríe con la chola joven. La enamora. Ella baja la cabeza y también ríe, con risitas menudas. Y al par que habla con su vos tímida, un poco triste, un poco alegre, se arregla los vuelos de la falda que, a veces, traiciona sus lustrosas piernas morenas. Él la sigue con los ojos, cuando va a prender el candil. Recorre con su mirada todo su cuerpo elástico y duro. Y de repente, casi sin pensarlo, Parrales pregunta:

• Y don Ciro Chalén? Lo conció, señora?

• Ah Dios! Si era mi primo.. Ese vivió más tiempo. Por allí anda el Cirilo, que es el mayor de ellos. Pero no sirve como el padre…

• Don Ciro era mi padrino, señora…

En la noche le dan un cuero de venado para que duerma. El cuero está cerca de ellas: no hay más espacio en el cuarto está cerca de ellas: no hay más espacio en el cuarto. Jesús Parrales extiende la pierna y roza la de Juanita, que retira la suya. No puede acercarse más Jesús, que retira la suya. No puede acercarse más Jesús, a causa de la vieja que vigila. Al fin logra pescarle una mano y le aprieta los dedos chatos y duros.

Muy temprano, casi a oscuras, toma el café con bolón que le ofrecen. Se alista.

• Bueno, señora, yo ya me voy a buscar mi casa. Hasta mañana, pues.

• Hasta mañana. Que vaya con Dios.

• Juanita, mañana vengo a visitarla, ah?

• Bueno -responde la chola, corrida.

Jesús Parrales se siente feliz. La madrugada de su tierra se le mete en el cuerpo. Tal como antes. Una ligera neblina oculta las ramas más altas de los cactus. Pero es sólo un instante. En seguida vuelven a verse limpios y le parecen más bonitos con sus brazos torcidos y largos. Y las copas de los árboles enanos que se arrastran por la tierra tan amarilla y tan seca.

Camina un par de horas sin encontrar la casa. El sol que cae oblicuo sobre la pampa, le hiere la vista. Se levanta la tierra en remolino. Al trepar una loma, se queda inmóvil, sin ninguna expresión, con los ojos fijos y las manos caídas sobre los muslos… súbitamente, se le ha aparecido su casa. Pero, en verdad, ya no es su casa. No puede ser allí donde jugaba con la chiva, donde ladraba su balandra de juguete, donde recibía las nalgadas de Tomasa… Lo que está mirando son unos palos canosos, entrecruzados, sin una sola paja, sin una pared de caña.

Reconoce atentamente el terreno. Y son las mismas lomitas que había alrededor, el mismo árbol pequeño que se veía a lo lejos como un insignificante montón de hierba, las mismas estacas que sostenían las cañas del viejo corral… Se cerciora Jesús y se va acercando despacio hacia las ruinas de su casa.

Es solo un esqueleto ceniciento. Contempla ahora multitud de bolitas negras que penden de los palos. Son casas de avispas. Todo el armazón de la casa está lleno de las bolsas oscuras de las moquiñañas.

Poco a poco, Parrales levanta los ojos. Allá, en la viga más alta, en la del techo, en el extremo que sobresale a un lado, un gallinazo erguido se lo queda mirando con asombro.

Después de largo rato -acaso hora- de haber estado contemplando su casa, emprende Jesús el regreso y llega casi a las doce a Santa Elena, otra vez a la covacha de caña de Juanita Reyes.

• Ah Dios! Qué le pasó? -le dice la chola, sorprendida, al verlo.

• Es que no está buena la casa

• Y qué tiene?

• Sólo han quedado los palos.

• Y ahora qué se va a hacer?

• Este... No sé, pues... Todavía me queda un poquito de plata... Voy a componerla.

• Seguro, don Jesús; hace bien.

• Sí, pero mientras tanto, no tengo dónde estar.

Juanita inclina la cabeza y la mueve de lado a lado, de una manera casi imperceptible. La vieja ofrece a Jesús:

• Quédese, pues, aquí, hasta que se componga la casa.

Pero transcurren los días y Jesús no tiene cuándo empezar la construcción. Jesús se ha enamorado de Juanita y Juanita de Jesús. Se pasan las horas viéndose tiernamente. Pero Jesús todavía no le ha dicho nada.

Una tarde, mientras la vieja se ha ido a rezar a la iglesia, Jesús se atreve a preguntar a Juanita:

• Y cuándo se casa, pues, usted?

• Ay, don Jesús!

• Diga, pues, cuándo se casa?

• No me pregunte eso.

• Y por qué?

Agacha Juanita la cabeza. Se toca con los dedos la bata morada. Ríe. Jesús insiste:

• Diga pues, Juanita, cuándo se casa?

• Yo no me caso.

• Y por qué no se va a casar?

• Ah, Dios! Si ni tengo, pues, enamorado, y me voy a casar!

• De veras, Juanita?

• Ajá.

Jesús Parrales se acerca hasta sentarse a su lado.

La chola está inquieta. Se levanta y va hasta la puerta, diciendo:

• Ve que mi mamá se demora.

• Mejor que se demore.

• Y por qué va a ser mejor?

• Porque puedo estar solo con usted…

• Ay, don Jesús! Vea que usted es!

• Ja, ja! Venga a sentarse aquí, pues, para conversar.

Se sienta Juanita, pero, con recelo, deja un espacio entre ellos. Jesús lo hace desaparecer bien pronto.

Ella se soba las manos. Hay un poco de calor. A Jesús Parrales se le traba la lengua, a pesar de sus treinta y dos años, a pesar de haber vivido tanto tiempo en Guayaquil. Será que de verdad estoy enamorado?, piensa. Es que también la pampa lo ha ganado en el acto. La pampa no perdona cuando se vuelve a ella. Y sin embargo Jesús tiene un momento de audacia: estira el brazo para coger la mano de Juanita que reposa sobre el muslo, y al hacerla le pellizca la pierna.

• Don Jesús… No juegue… Estése quedito, que me incomodo!

Mas don Jesús le oprime dulcemente la mano. Y la mira de un modo.

• Juanita…

• Don Jesus

Y se quedan callados. Él se acerca más, se pega a Juanita, se ajusta. Juanita no ha retirado la mano. Deja que Jesús se la acaricie.

• Oye, Juanita -acierta a decir Parrales, después de un rato.

• Ah?

• Oye… Cierto que no tienes enamorado?

• Ni nunca he tenido.

• Lo juras vos?

• Sí, lo juro

• Por qué?

• Por esta santa cruz -dice, haciéndola con los dedos y llevándola a los labios para besarla.

Hay otro rato de profundo silencio. Jesús tiene las miradas perdidas, como resolviendo algo muy grave. Y al fin:

• Oye, Juanita, quieres casarte conmigo?

• Ah? Qué dice?

• Que si quieres casarte conmigo Juanita. Yo te quiero…

• No juegue, don Jesús.

Ya Jesús no puede más. Y la abraza, la besa. La chola palpita. Alcanza a decir:

• No agarre…

• Juanita.

• Estése quedito, don Jesús.

• Me quieres?

• Ay, don Jesús! No sea malo… No se burle…

• Dime si me quieres, juanita.

• Ja, ja!… Este… Yo sí. Y vos?

Jesús y Juanita han hablado con la madre, y ésta ha dado su consentimiento. Se casarían pronto. Apenas está terminada la casa de don Jesús.

Ya ha comenzado a construirla. Desde Santa Elena va llevando la caña y la paja. Como le falta dinero, la madre de Juanita se lo presta. Poco a poco se cubren las paredes. Fue necesario arrancar las casas de las avispas. Con largos palos las hincaban y salían corriendo, con unos trapos en la cabeza para que no les picasen. Con todo, Jesús sacó algunas picaduras en el cuello. Él y un pariente de Juanita que lo ayuda son los únicos que trabajan.

Lentamente la casa se va haciendo. Aparecen las paredes nuevas, la caña picada que reluce al sol, el marco de madera de la ventana, los escalones rústicos hechos de palos atravesados.

Han pasado tres semanas. Ya pronto estará terminada la casa. De madrugada salen Jesús y Juanita de Santa Elena, llevando la caña sobre el lomo de un burro alquilado.

• Burro! Burro!

Van cogidos de la mano. A veces, se sueltan un poquito y quedan sólo agarrados del dedo meñique. Balancean los brazos se ríen. Todas las mañanas salen así. Todas las mañanas pasan por unas quebrada honda y tibia. Allí se sientan a conversar. Hace días que allí Juanita se entregó a Jesus. Y la vieja lo sabe. Pero no dice nada. Ya no se van a casar?

El burro va haciendo venias al camino. No lo hincan. O lo apuran. No tienen ninguna prisa. Van lentos, pausados, felices. Son los dueños de la pampa. Jesús respira ahora con todos sus pulmones el aire que corre sin obstaculos… Le parece que nunca ha salido de su tierra. Guayaquil… Ya ni se acuerda de eso.

El burro se ha detenido a arrancar un pedazo de hierba que brota del camino como una cosa rara. Jesús y Juanita también se detienen para dejarlo comer. Y se ponen a charlar con la misma monotonía de siempre, con la misma lentitud deliciosa. Pero el sol ya se ha levantado mucho sobre los cactus y se va acercando hacia el centro del cielo. Jesús Parrales se endereza. Levanta los brazos. Los agita.

• Burro! Burro!

CAP. 12

Cierta tarde, junto con el ocaso, había llegado a Salinas, mucho tiempo antes que Jesús Parrales a Santa Elena, un señor alto, apuesto, de bigotes con puntas retorcidas y engomadas.

Viste de blanco el señor. Lleva un elegante sombrero manabita de finísima paja, también blanca, y una corbata azul de lazo. La americana tiene cuatro botones; el tercero, contando de abajo a arriba, lo ha dejado desabrochado; y con el primero se cierra la solapa cortísima, diagonales al cuello. Es que el señor viste a la moda. Por eso, los pantalones tan angostos se estrechan más aún sobre el charol de sus botas de chatas y retorcidas punteras, como montoncitos encima de los dedos. Lleva, además, un leve foete en la mano, que hace sonar en el aire a cada rato, cuando no se da con él ligeros golpecitos en los muslos.

Declina la tarde, el señor salta al muelle, seguido por los cholos desnudos de cuerpo arriba, que cargan las maletas sobre sus espaldas. Él mismo lleva un maletín de mano, que sería incapaz de aflojar nunca. Va silbando. Contempla sonriente el ocaso en la Puntilla: el horizonte, con tanta roca, con dos o tres balandras que apenas se balancean, con la espuma que salta y se mancha de color, con el faro y el cerro que se pintan de lado, parece un gran fresco mural; o un decorado hacho sobre cartón y sin distancias, por una mano de exagerara sin medida los colores. El señor se recrea con el juego de luces de la tarde, y sigue por la playa con el rostro placentero y jovial. Pasa por Chipipe. Sigue. Atraviesa el pequeño puente del estero. Junto a Chipipe, uniéndose a él como formando un solo pueblo, está Salinas. Es éste el lugar adonde va y es entonces, cuando ya tiene la población frente a él, que dirige la palabra a los dos cargadores:

• Sabes dónde queda el hotel de la señora Cerro?

• Sí, patrón. Allí no más queda.

• Vamos allá.

Es el hotel que le ha recomendado el capitán de la balandra en la cual ha hecho el viaje desde Guayaquil. Encuentra con una brusca desigualdad del terreno. Deja la playa y tiene que subir por un camino casi vertical, haciendo el cuerpo hacia adelante para poder trepar. Los cargadores sudan con el peso de las grandes maltas. Y con el brillo del sudor y las últimas luces doradas de la tarde, se les destacan más los músculos hinchados y pujante.

Terminado este subida, no muy larga felizmente, está sobre la cima una casa alta de color gris, que luce un gran letrero en los balcones. En los bajos hay una tienda abierta de par en par

Alí mismo, en la tienda de los bajos, está la oficina del hotel. No es más que una baranda, y atrás de ella, una mesa, una silla, un tintero; plumas y papeles. Sólo que en esa silla está sentada una señora de cuarenta o cuarenta y cinco años, que mirándolo con sorna, le pregunta:

• Qué desea?

• Buenos días, señora.

• Señorita, hágame el favor.

• Oh, perdón! No lo sabia. Bien, señorita, necesito una habitación grande, limpia, con…

• El nombre del señor?

• Armando Vélez

• Sirvase esperar un momentito.

Luego de una discusión sobre el precio del hospedaje, y después de haberle cobrado por adelantado el valor de la primera semana, la señorita Cerro lo conduce al cuarto número ocho, que es el que don Armando ha escogido acaso por su vecindad con el baño o por su grande ventana que da al mar.

Han tenido que salir de la tienda y penetrar por una puerta que da a la playa para subir a la casa. Rematan la escalera y tuercen a la izquierda. Pasan por un corredor, delante de algunas habitaciones cerradas. La última de esa fila tiene un 8 encima de la puerta. Introduce la llave la señorita. Abre.

• Pase usted señor.

Don Armando Vélez contempla su cuarto. Es alegre, claro, tiene mucha luz. A la derecha, la cama de fierros negros y con sábanas limpias. Un velador pasable. Frente a la cama, y junto al marco de la ventana, un lavatorio con su jarra de agua y, encima, un espejo de bunea luna y buen tamaño. En la esquina de ese lado, una cómoda. En medio de la habitación, bajo la lámpara de kerosene, que pende del techo, una mesita para escribir. Unas tres sillas en total.

• Está muy bien, señorita -expresa don Armando, luego de haber mirado atentamente por todos lados.

Apenas la dueña del hotel se retira, don Armando da dos vueltas a la llave y cierra la ventana. Coloca el maletín de mano sobre la mesa. Se sienta frente a él. Lo abre. Aparecen fajos y fajos de billetes de banco.

Armando está contando el dinero que robó a su tío. En un trozo de papel hace anotaciones. Quita las fajas cuidadosamente. Moja con la punta de la lengua las yemas de los dedos pulgar e indice, y va pasando los pilletes. Escribe. Hace cuentas. Analiza todos los gastos que ha hecho. Suma, resta, establece el saldo: le falta cuarenta y cinco centavos. Se muerde los labios. Porque a don Armando le ha entrado de repente la avaricia: desde que tuvo en su poder suma tan grande, se ha prometido llegar a ser hombre muy rico y ha cobrado un amor frenético al dinero. Pero, por más esfuerzos que hace, no logra recordar en qué ha gastado los centavos que le faltan. Y él se ha prometido apuntar hasta el último cobre que gaste. Se impacienta. Pronto halla una solución:

• Me lo habrán robado -piensa en voz alta.

Cierra la maletita con su llave segura y secreta. La guarda en el cajón de la cómoda, cuya cerradura le parece más sólida, y se pone a arreglar la ropa que extrae de las maletas.

Va después al lecho y se acuesta. Pero no es para reposar. Tiene arrugado el entrecejo y los ojos fijo en la pared. Está forjando un plan. Su pensamiento trabaja febrilmente. La tarde ya se ha muerto. En la penumbra de la alcoba no hay más luz que la de las estrellas que el marco de la ventana recorta contra el cielo.

Ha pasado mucho tiempo desde aquel ocaso en que llegó don Armando Vélez, vestido de blanco y con botas de charol.

El señor Armando está muy cambiado. Ahora es un poco gordo. Pero no de las espaldas: es la barriga que le ha abultado. Usa un cinturón de cuero café, muy ancho, con el que trata de contener en algo el vientre que orgullosamente se expande hacia afuera. Casi nunca se pone americana. Y se pasea siempre en mangas de camisa, con el cuello virado estilo sport y las mangas al codo. Una que otra cana luce en su bigote. El cabello también tiene algún hizo plateado.

Don Armando Vélez está en su progreso. Es el gamonal mas importante de la península. Su fama llega hasta Chanduy, Manglaralto, El Morro. Debe tener poco más de cuarenta años. Es gordo, notable y rico. Pero, sobre todo, es siempre audaz.

Don Armando ha seguido punto por punto el plan que se trazara aquella tarde de su llegada a Salinas. Solo una vez -hace tanto tiempo- se vió obligado a torcerlo a medias...

A poco de haber llegado, empezaron sus actividades por la compra y embarque de la sal para Guayaquil. Estableció comercio por el puerto, montando una surtida tienda, en la que vendía toda clase de comestibles, todo articulo de indispensable consumo, a mas de los cigarros, los fósforos y las velas de a tres por un real. Apenas a los dos años de competencia con un señor Augusto Gómez, hijo y heredero seguramente de aquel don Rodolfo en cuya tienda sirviera tiempo atrás Jesús Parrales, lo arruinó: el señor Augusto tuvo que irse a Santa Elena a poner una carnicería con los últimos pesos que le quedaron libres de la quiebra.

Éste fue solo el comienzo de su brillante carrera. Muy pronto sentó fama de rico y emprendedor. Habílmente monopolizaba día a día el negocio de la sal. El primer préstamo de dinero que hizo al propietario de un pozo de sal, le abrió el camino para nueva empresas. No se cubrió la deuda, pues los intereses, aunque pactados de mutuo acuerdo, eran excesivos... Para que don Armando el remedio resultó sencillo. Cuestión de una visita al jefe Político de Santa Elena...

• Pero cuánto gusto! Usted por aquí? Vaya, qué sorpresa tan agradable! -había exclamado el Jefe Político cuando don Armando subió a su despacho.

• Tengo mucho gusto en saludarlo -se insinuó con su amable sonrisa, don Armando.

No hubo en verdad que emplear muchas palabras. Don Armando habló de la miseria que el Gobierno pagaba a la Jefatura Política -veinticinco sucres mensuales!-, y horrorizado del abuso, le ofrecio su apoyo.

• Qué barbaridad!... Vea, vamos a hablar francamente... Soy comprensivo de ciertas situaciones... Cuando un hombre como yo se levanta gracias a sus propios esfuerzos y a su honradez en el trabajo, se piensa de muy distinta manera que la generalidad de la gente... Con lo que

el Gobierno destina para la Jefatura Político no alcanza para nada, no es posible para el cantón, y yo deseo cooperar, en las medidas de mi capacidad, a su engrandecimiento, pues, aunque extranjero, me considero hijo del lugar. Yo estaría dispuesto, si usted no tiene inconveniente, en subvencionar a la Jefatura Política con su sesenta sucres mensuales...

• Mil gracias, señor Vélez. Con hombres como usted es que se progresa. Le quedo muy reconocido por su delicadeza de sentimientos y su nobleza de miras.

• Absolutamente, no hay por qué. Puede usted mandar un recibito todos los primeros de mes al hotel de la señorita Cerro.

No había pasado un mes y ya don Armando quedó legalmente dueño de la mina de sal de su deudor. Desde entonces es que el señor Vélez subvenciona al Jefe Político, a los concejales, a todo comisario y autoridad de esos lugares. Desde entonces es que se convirtió en el amo: todo se hacía de acuerdo con su intereses; y no había obra, por insignificante que fuere, que no se sometiera al previo consejo de ese señor extranjero y tan inteligente y progresista, como decía.

Después lo tentó otro negocio: la compra de solares y la construcción de uno que otro chalet. Preveía que pronto un ferrocarril o un buen carretero uniría Salinas con Guayaquil... Y fue aquí, en esta ocasión, que don Armando Vélez se vio precisado a torcer sus planes: no había contado con sus hotelera, la señorita Dolores Cerro.

Era entonces la señorita Dolores Cerro una jamona muy rica y muy astuta. Ya ella había pensado en lo del ferrocarril mucho antes que don Armando. Y precisamente por eso, y también por colmar su desmedida ambición de dominio, tenía el negocio de compra de terrenos. Hacía años que ella era la única ama del lugar; y don Armando había venido a tratar de usurparle el puesto. A doña Dolores acudían todos los cholos de los alrededores para vender sus cosechas de sandías. Les pagaba la señorita uno pocos billetes; les daba, además, un pantalón, una cotona, una camisa para la mujer, dos o tres prendas para los hijos; agregaba algunas libras de arroz y unas tres cabezas de plátanos... Y con esto, y la pesca eventual, los cholos tenían que vivir más de medio año. Luego vendían la nueva cosecha, y continuaban así la vida, abandonados de toda ayuda en medio de la pampa. Ocurría, a veces, que ciertos cholos eran propietarios del terreno en que vivían; y si la señorita Dolores se fijaba en uno que le convenía, ya por su situación, ya por su vecindad a los caminos interiores o al mar, le prestaba dinero al dueño, le quitaba luego el terreno y la casa a pretexto de que no cumplía con el pago, y, como un favor especial, lo dejaba que viviera allí.. En realidad, utilizaba al cholo de guardián, y, en ocasiones, le hacía cercar el solar.

Pues cuando el señor Vélez, don Armando, quiso entrar en el mismo negocio, se halló con que la señorita Cerro se lo impedía con una tenacidad y valor admirables. De nada sirvieron a don Armando las intervenciones en su favor del Jefe Político, ni las sesiones del Consejo, dictando ordenanzas especiales sobre la propiedad de los solares ni las quejas que continuamente presentaba ante los comisarios... La señorita Dolores gratificaba también, aunque un poco menos que el señor Vélez, a las autoridades, y éstas se veían en terribles compromisos: no hallaban otra solución que la de prolongar indebidamente los pleitos. Además, y esto era

lo esencial, la astuta doña Dolores poseía el arma de la religión: todo cura era su aliado: concedía rentas a las iglesias de la comarca; y la cosa resultaba sencillísima: el cholo, supersticioso y humilde, hacía lo que el cura y doña Dolores querían... Don Armando jamás pudo obtener que los cholos accedieran de buen grado a negociar con él.

El señor Vélez desesperaba, gastando dinero y paciencia. Ambos rivales se odiaban, aunque, aparentemente, sus relaciones eran cordiales: a don Armando no le convenía dejar el hotel, porque, estando cerca de ella, podía sorprender sus intimidades, sus conversaciones, sus negocios; y doña Dolores no quería perder tan buen clientes, tan buen pagador, aparte de que también sacaba partido de tenerlo cerca de ella. Se espiaban mutuamente.

Así pasaba el tiempo. La derrota de don Armando era evidente. Más sucedió que un día se le armó un lío a la señorita Cerro con un cholo viejo, algo trasplantado, y altanero, que había vivido en Guayaquil, y que, guiado por la hábil mano de don Armando, opuso recurso para no dejar que la señorita Dolores le robase el pedazo de terreno que, con la cerca que había mandado a colocar en un solar vecino que iba a rematar, pretendía arrebatarle. Lo peor era que a doña Dolores le importaba mucho aquel pedazo: por él pasaba el camino a Santa Elena; lugar importante no era cosa de desdeñar. Ya la astucia de la jamona habia fracasado: sugestivo tono le había propuesto un contrato de compra, por medio del cual le adelantaba dinero para la construcción de una covacha, máximo anhelo del viejo cholo... Pero don Armando le hizo ver como con ello sería una nueva víctima, que podía perderlo todo: casa y solar. Y como ella insistiera, el cholo firmo unas denuncias, escritas por el señor Vélez, para los diarios y autoridades de Guayaquil. Se firmó un escándalo: se protestaba en la ciudad contra los abusos de la señorita Dolores Cerro, se llegó hasta a tramitar un juicio que tenía asustadas a la famosa hotelera de Salinas. Aprovechó el instante don Armando, y le salió al paso, ofreciéndole su ayuda.

• Sé que usted tiene graves dificultades con el asunto de ese cholo insolente de Piguave.

• Ya he resuelto no insistir... Habrá visto usted el canallesto e injusto escándalo que me han hecho... Más vale mi tranquilidad que los dolores de cabeza que me está dando ese sinvergüenza. Así son estos cholos: unos desgraciados. Por mi tienen religión, por mí pueden vender sus cosechas, por mí es que no se mueren de hambre... Así paga el diablo a sus devotos...

• Tiene usted mucha razón, mi estimada amiga... Pero todo tiene su remedio... Cuestión de más o menos habilidad...

La voz de don Armando era meliflua, lenta, con un tono dulzón de hipocresía... La señorita Dolores se revolvía inquieta en su sillón y lo miraba perpleja. Repuso fingiéndose indiferente:

• No veo cuál sea el remedio.

• Y si yo le prometiera bajo mi palabra arreglar el asunto?

• No le creería.

Don Armando se pasó despacio la mano por la barba; tosió ligeramente, esbozó una sonrisa. Fue un silencio de pocos segundos. Luego,

inclinó el cuerpo hacia adelante y se puso a hablar con ademanes convincentes y resueltos:

• Vea, señorita, pongámonos de acuerdo: dos esfuerzos juntos valen más que aislados. Tengo en mis manos. Le ruego no preguntarme detalles: es mejor para ambos. Es usted una mujer inteligente; sea ahora razonable y tenga prudencia. No se enoje… Escúchame… El solar será para usted, para usted sola… Me entiende?... Pero yo también necesito de su ayuda. Le advierto -acentuó el señor Vélez, subrayando las palabras una a una-, que estas mismas dificultades posiblemente se le van a presentar con frecuencia… Y más vale que seamos aliados. Influya usted para que yo también pueda adquirir terrenos por el mismo sistema, déjese usted de una competencia estéril y…

La señorita Dolores comprendió en el acto la verdadera causa de su fracaso. Comprendió cómo se le podían presentar otros, quizás peores. Y el solar que ella necesitaba quitar al cholo Piguave se hallaba en medio camino, en su paso obligado, importante… Aceptó la propuesta del señor Vélez. Se dieron la mano sin añadir una sola palabra más.

A los tres días de su conversación con la señorita Cerro, don Armando Vélez emprendió viaje a Guayaquil. Allí habló con las autoridades y se entrevistó con los directores de los periódicos. Denunció al viejo Piguave como a un impostor. Todo se arregló maravillosamente, gracias a su intervención y al número de influencias que puso en juego.

El tío, don Alfonso, había muerto años atrás, según se informó a raíz de su llegada. Se decidió a visitar a la viuda, ala ya viejita doña Laura. Se presentó sumiso y humilde, acongojado, con un cheque de veinte mil sucres en la mano. Doña Laura, para quién el tiempo había servido de eficaz sedante a su dolor, se estremeció al recuerdo de su falta. Armando, hábil y audaz, como siempre, empezó a decirle:

• Tía, yo no he sabido la muerte de tío Alfonso. He venido exclusivamente a pagar la suma que perdí. Años de esfuerzo y de tenacidad me cuesta el haber reunido esta cantidad, porque siempre he vivido con el anhelo de pagarla… Vengo también a que me perdone. No estaré tranquilo hasta que usted no haya perdonado todas mis culpas.

Hubo un silencio y asomaron lágrimas a sus ojos. Hizo ademán de arrodillarse. La pausa, las lágrimas, el estudiado gesto de arrepentimiento, surtieron admirable efecto. Doña Laura lloraba…

• Calla, Armando, calla, por favor…

• Perdóneme, tía. He sido muy malo. Pero jamás he tenido la intención de serlo. Usted lo sabe. Dios me ha favorecido mucho, y allá, en Salinas, tengo siquiera el consuelo de la religión. Yo sostengo la iglesia de Santa Elena, y siempre que puedo ayudado a los santos sacerdotes… Pero no puedo vivir tranquilo: mi vida es un verdadero suplicio… acabaré pegándome un tiro si usted no me perdona y da así a mi alma la paz que necesita…

Le temblaban las manos a doña Laura. Abrazó al sobrino enternecida. Pero por nada quiso recibir el cheque de los veinte mil sucres…

Regresó a Chipipe don Armando como el hombre más feliz del mundo. Había realizado un viaje doblemente provechoso. Acababa de asegurar la

herencia de una cuantiosa fortuna. Desde entonces, continuamente escribía a la tía Laura y le mandaba regalitos.

Pero cuando el viejo cholo Piguave lo vio todo perdido, cuando supo que el Jefe Político tenía orden expresa del Gobernador del Guayas para meterlo preso si seguía oponiéndole sin motivo al mejoramiento de la religión o si continuaba en su campaña caluminosa contra la muy respetable benefactora, doña Dolores Cerro, se puso trémulo de ira y se resolvió a ir en su busca. Reclamó golpeando la mesa con los puños y los ojos brillantes de la furia, hasta que, arrebatado por las respuestas de doña Dolores, le gritó:

• Ladrona! Usted y el canalla de Vélez son unos ladrones. Él hizo que yo reclamara, él me engañó, y ahora me quieren meter a la cárcel. Vieja histérica! Loca!

• Sal de aquí inmediatamente! Atrevido! Insolente!

Casi le da ataque a la señorita Dolores. Cuando don Armando retornó de su habitual visita a los pozos de sal, que acostumbraba a hacer en las mañanas, fue enterado de todo. Doña Dolores estaba tan excitada, tan miedosa, que el señor Vélez hubo de tranquilizarla:

• No se preocupe, doña Dolores. Tenga un poco de calma. Pierda cuidado, que yo la protegeré…

• Tan atrevido ese canalla! Venir a insultarme así en ni propia casa! Se habrá visto!

Pero don Armando no las tenía todas consigo. Ella le había contado que Piguave sabía la verdad, que con él también estaba indignado… Si sigue molestando, lo haré meter preso del Jefe Político, pensó.

Por la tarde de ese mismo día, el señor Vélez toma su paseo cotidiano. Primero se va a las rocas, a la parte más alta, encima de un acantilado, desde donde contempla el agua que se mete rugiendo en una especie de gruta. Al levantar la cabeza para mirar el horizonte marino, ve, de repente, que viene el viejo Piguave, que se dirige a él a pasos rápidos. Don Armando se torna ligeramente pálido.

• Oiga, don Armando -le dice con voz agitada Piguave-, si usted se cree que así no más se engaña a un pobre hombre…

• Cállese usted!

• Que cállese! Se equivoca. Cree que me voy a dejar robar de ustedes?

• Le he dicho que se calle! Insolente! Como siga tan atrevido, voy a tener que meterlo a la cárcel.

• Usted me quiere hacer callar? Usted que es el socio de esa condenada de la Dolores Cerro? Usted que me ha engañado para robarme?

• Silencio, digo!

• Sinvergüenza! Ladrón!

Don Armando ha agotado su paciencia. No puede más. Pierde el control de sí mismo. Alza el puño y lo descarga sobre el viejo.

El cholo se arquea en el filo del acantilado. Parece una figura de cartón contra el vacío. Se le doblan las piernas. Se le va hacia atrás el cuerpo. Los brazos se quieren agarrar de algo que no encuentran, y se baten como aspas al viento. Y se cae, se desploma, se va de cabeza, con las piernas y los brazos abiertos, agitándose como un muñeco de trapo, contra las rocas del precipicio. El ruido del mar impide que el rebote del cuerpo entre las piedras se escuche.

Se queda don Armando con el rostro lívido. Se pasa la mano por la frente. Mira hacia el suelo. Avanza lentamente hasta llegar al filo del acantilado, y desde él contempla con ansiedad el fondo. El cuerpo, como un guiñapo, va rodando despacio por las rocas peladas.

Pobre viejo!, se dice don Armando. Culpa de él fue. Lo hace sin querer.

Desciende aprisa de las rocas. Se pasea intranquilo por la playa, con las manos cruzadas por la espalda y la mirada baja. Va empujando con el pie las conchitas y los caracoles. No se da cuenta que se viene la noche. Se dirige hacia el hotel sin mirar a nadie y se encierra en su cuarto a solas con su conciencia.

Con el tiempo, don Armando Vélez ha olvidado aquella escena dolorosa. Se hicieron pocos comentarios sobre la muerte de Piguave. Las autoridades nada investigaron. Se dijo que había resbalado por las rocas. Unos pescadores habían recogido su cuerpo ensangrentado. Hasta hubo cierta indiferencia cuando se supo la noticia en el pueblo. Nadie trató de explicarse la verdadera causa de la tragedia.

Ahora, don Armando, cuarentón, es el hombre más poderoso del lugar. Marcha siempre de acuerdo con la señorita Dolores, no obstante el odio que se tienen. Al señor Vélez se le llaman el hombre progresista de la religión. No hace mucho que recibió la herencia de la tía Laura. Es un hombre notable. Todos lo respetan y le temen.

Y cuando, en mangas de camisa, con su cuello virado estilo sport, se pasea en las tardes por la playa, los cholos, grandes y chicos, se sacan el sombrero y lo saludan:

• Buenas tarde, don Armando.

En una de esas tardes de paseo, ve venir hacia él a un hombre que trae un saco en la mano. Debe ser muy pesado el saco, porque, a momentos, de ser muy pesado el saco, porque, a momentos, detiene la marcha y lo deja en la arena, como para descansar. El sol es ya una cosa que no existe. Ha dejado sólo huellas rojas en el cielo y en el mar, como si hubiera partido en una fuga de sangre.

Ya se le pueden ver el rostro al hombre del saco. La cara es templada aún, y entre su piel morena brillan dos ojos rodeado de pequeñas arrugas, dos ojos francos y vivos.

Ya muy cerca a don Armando ha vuelto a descansar. Agarra de nuevo el saco. Y avanza con una sonrisa en los labios. Se lleva una mano callosa al sombrero de color de pampa.

Es el señor Jesús Parrales.

CAP. 13

En la pampa, la vida se extiende como algo uniforme e incambiable. La pereza del paisaje, la lentitud de las horas soleadas, la monotonía del galope del mar hacen la vida así. No se conoce la prisa. Todo es lento y sin pausas, como un solo acorde, como una cosa lisa y llana.

Así también habia vivido Jesús Parrales todos esos años. Terminó su casa con las últimas pesetas que le quedaron. Compró las ollas, el petate, unas frazadas. E hizo también la rad para pescar. Sembró sandías. Con la venta de la cosecha podía adquirir plátanos y ropa.

Ya no llamaba Juanita a su mujer. Ahora le decía sencillamente Juana:

• Ah, Juana!

• Qué, ah!

• No sé cómo hacer para trabajar en una balandra.

• Para qué quieres irte?

• Tú no sabes, Juana. Es bonito y se gana más plata. Aquí no sirve. Pero quisiera tener una propia, o siquiera ser piloto.

Llegó el primer hijo. Fue hombre. Jesús estaba alegre. Se emborrachó esa noche. Hizo una gran jarana en Santa Elena, en la casa de la suegre, donde Juana habia ido a dar a luz. Y apenas quince días después, el regreso a su pampa: a lomo de burro la Juana, con el chico en brazos. Muy despacio.

Allí, en la casita de la sabana, se fue criando el muchacho que llamaban Apolinar por haber nacido un cinco de octubre, el día del santo de este nombre. Era sólo el nombre preferido porque se llamaba además Jesús, Juan de Dios, Hermenegildo, Tadeo.

Don Jesús Parrales aún vivía satisfecho. Sólo le torturaba el anhelo de la balandra. Cuando se marchaba a Chipipe se quedaba mirando largas horas el mar. A veces, queriendo ponerse en actividad, se lanzaba entre las rocas en busca de langostas. Le pagaban las grandes a tres reales. Jesús siempre se quedaba con una o dos para él y Juana. Al entrar a su casa, gritaba desde la puerta:

• Juana! Ve! Langosta!

• Ajá.

• Sancóchalas, pues.

• Ya mismito, Jesús.

Parrales era perezoso para la pesca. Sólo tiraba la red cuando necesitaba, ya porque los pocos víveres se le agotaban o porque le era

imprescindible ganar unos centavos, caso éste en que vendía algunos peces y obtenía así sus reales.

El siglo había pasado como un pequeño salto. En Santa Elena se había hecho mucha bulla, pero Parrales, con Apolinar enfermo, no pudo ir.

Apolinar tenía disentería. Su carita morena se había tornado verde y cebosa. Se le podían contar todos los huesos. Los brazos estaban qué delgados. Don Jesús hacía largas caminatas en busca de curanderos. Y al regreso traía yerbas y frascos. Pero Apolinar no mejoraba.

La Juana estaba encinta. Y una mañana, llena del vaho de la madrugada, mientras Apolinar lloraba en un rincón del suelo, la madre, en el otro extremo del cuarto, paría. Fue mujer ahora.

Apena curado Apolinar, comenzó don Jesús a juntar de centavo en centavo. Ya no comía langostas y pescaba todos los días. Pudo comprar una chiva y un perro.

• Allí estará para que mame la chica.

Con el perro, Jesús Parrales hacia largos viajes de cacería. Se ha comprado también una escopeta vieja. El perro es flaco y largo y va con él a todas partes. Come poco. Más, a pesar de su hambre, jamás abandona la casa de don Jesús.

Han pasado los años. Ahora Jesús Parrales tiene cuatro hijos. Son tres hombres: Apolinar, Encarnación y Uranio. Una mujer: Rosa Candelaria. Tiene también que trabajar más. Apolinar cuenta ya diecisiete años. Y no obstante los deseos en contrario de su padre, ha conseguido trabajo e la sal. Porque don Jesús tenía averción a ello. Él jamás, ni en los momentos más difíciles cuando apenas su familia si comía una sola vez al día, había querido ese trabajo. Pero el muchacho insistió: necesitaba ganar. La Juana influyó:

• Déjalo no más, Jesús. Si ya es hombre. Por gusto te pones vos tan testarudo.

• Es que eso no vale, Juana. Por la maldita sal es que se murió mi papá. No te he contado, pues?

• Ah, Dios! Siempre no va a ser lo mismo. Fíjate que pagan ocho reales. Apolinar necesita. Ten en cuenta que a veces ni para el comer tenemos.

Rosa Candelaria es una muchacha de trece años, boba y lenta. Ya le apuntan los pechos a través del traje. Los otros hijos son muy pequeños aún.

Los domingos Apolinar ayuda en la pesca a su padre. Don Jesús ha descubierto un lugar donde abundan las langostas. Es en mar bravo. Allá va casi todos los días. Pesca y luego vende.

Uno de esos domingo salen juntos. Atraviesan la angosta faja de la punta. Dan la vuelta al faro. El rugido del mar de la Punta. Dan la vuelta al faro. El rugido del mar les delata la chocolatera. Ahora caminan entre las rocas. El agua se bate y salta recortando siluetas de caballos desbocados. Moja las piernas. Se regresa resbalando. Y de improviso, reanuda el ataque, se estrella, se rompe, vuelve a saltar hasta qué alto. Y cómo grita.

Parrales y su hijo Apolinar suben y bajan por los filos más delgados de las rocas. Inclinan los cuerpos. Hacen una ligera curva. Y comienza la playa. Aquí también el mar es bravo, pero menos furioso. También hay rocas, pero no tan grandes furioso. También hay rocas, pero no tan grandes ni tan audaces como las otras. Entre las piedras y un pedazo de playa. Jesús Parrales se detiene.

• Aquí mismo es la guaca.

Y sin decir más comienza a desnudarse. Toma la ropa y camina algunos metros para dejarla en un sitio adonde no puede llegar la marea. Es de admirar el cuerpo nudoso de Parrales. Acaso las espaldas son un poco cargadas hacia adelante. Se le ve muy fuerte, y ya tiene cincuenta años cincuenta años que el cholo no siente. Anda despacio. Y al andar, saltan los músculos de las pantorrillas y se templan los muslos, se hienden dos huecos encima de las rodillas; y arriba, en las nalgas, se forman dos hendiduras largas, vibrando toda la carne como una cuerda. Cuando empuña la red y la arregla, se dibujan en relieve los músculos de los brazos. La espalda juego en hacer saltar, a cada movimiento, racimos de carne endurecida. Y los amplios costados del cholo se estiran en anchas vetas como para dar impulso a cada esfuerzo.

El hijo lo mira de reojo. Lo admira. Se compara y siente pena de no tener un cuerpo así.

• Ven, ten la red, que ya está lista -lo llama don Jesús.

Luego rectifica la orden y le dice:

• Anda busca un palito para hincar las langostas.

Cuando Apolinar regresa con el palo, le hace una última advertencia:

• Fíjate bien. Vos me tienes la red arriba mientras que yo la acomodo en el fondo. Cuando te avise, cobras.

En seguida don Jesús se sumerge. Pasa mucho rato y Apolinar se angustia. Es que do Jesús tiene mucha resistencia debajo del agua. Sale por fin sacudiendo la cabeza. Respira afuera y vuelve a hundirse. A poco, retorna a la superficie y se jala con los brazos que tiene apoyados en una piedra, usándolos a manera de palancas. Ya arriba, ordena a Apolinar:

• Ahora sí, a templar.

Cierran la red. Cobran. Está cargada de langostas. La echan sobre la playa. Las langostas luchan amontonadas, retorciéndose unas contras otras, moviendo rápidamente las colas tan chatas y las ágiles patas.

Todavía no se ha vestido don Jesús. Se seca al aire. Cuentas las langostas. Va separando las chicas de las grandes. Las hay de todo tamaño. Las grandes con pocas. En cambio, abunden las pequeñitas, que compran a bajo precio, por docenas.

Ha quedado en el fondo de la red sólo piedras y lodo. Va a lavarla don Jesús Parrales, pero Apolinar, en ese momento, le toma del brazo.

• Qué es eso, papá?

• Adonde?

• Ahí entre esas piedras, fijese.

• A ver.

Don Jesús se pone a buscar entre las piolas y saca entre los dedos una gran moneda de oro, un viejo doblón español.

• Caray, esto es oro!

• Y valdrá, papá?

• Ajá.

Naufragó en esa costa, hace muchos años, La Beldaca, una goleta española cargada de oro. Perseguida por los piratas, hubo de refugiarse en esas peñas abruptas. Allí encalló entre las rocas. Y de vez en vez, con los aguajes, el mar echa a la playa monedas de oro y de plata, o las desentierra del fondo de la arena removida por las olas. Los cajones en que llevaban el tesoro deben haberse roto con la fuerza del agua. Ahora, esa misma fortuna está regada en las arenas. En los tiempos de aguaje siempre se encuentran monedas. Don Jesús lo sabe. En toda la península nadie ignora la existencia del tesoro y son muchos los que han hallado una que otra moneda. A don Jesús le ha entrado la codicia. Como la moneda ha salido en la red, supone que abajo, en el fondo, debe haber muchas.

• Me voy a tirar a ver si encuentro más -dice al hijo y en el acto se arroja al agua.

A los pocos segundos sale y corre a la playa, donde Apolinar lo espera. Trae lo puños ajustados. Los abre. Aparecen varias monedas cubiertas de una arenilla negra y brillante.

Apolinar grita de júbilo. Soba con sus manos nerviosas las monedas. Y no se cansa de verlas y manosearlas.

• No hagas vos tanto escándalo que puede venir gente, pues.

• Si nadie ni me oye siquiera.

• Bah! Cállate y tírate vos al agua también! Hay bastantísimos. Se escarba no más en la arena y se encuentran.

Ambos se zambullean. Ambos escarban en el fondo. Ambos corren a la playa a dejar los doblones que traen en las manos. Hasta que ya no encuentran más. Se meten al agua tanas veces. Pero es inútil: por más que buscan en el fondo sólo extraen arena y piedras. Entonces, don Jesús resuelve:

• Ya no hay más. Contemos, pues.

Sentados en la playa separan las de oro de las plata. Luego, cuentan. Han reunido noventa y seis monedas de oro y cuarenta y ocho de plata. Don Jesús se viste. Regresa con un saco. Mete en él las monedas. Le tiemblan las manos.

• Oye, Apolinar, anda no más vos a la casa con las langostas más grandes, mientras que yo voy a ver si viendo esto. Dile a tu mamá que después de un rato voy.

• Bueno, papá.

Don Jesús Parrales se va en busca de un amigo, a quién le cuenta el hallazgo y le pregunta a quién le podrá vender el tesoro.

• El que siempre compra es don Armando -le responde.

• Ah! Es rico eso don Armando, no? Siempre oigo hablar de él.

• Ajá. Es riquísimo.

• Y adónde mismo vive?

• A esta hora, hasta la seis, anda paseando por la playa. Es uno gordo que anda sin sombrero, con una camisa blanca.

En seguida Jesús Parrales camina con el saco en la mano hasta encontrar a don Armando. No lo reconoce al principio. Saluda:

• Buenas tardes de Dios, don Armando.

• Que hay?

Pero en este intante don Jesús lo mira fijamente. Vacila un momento. No está muy seguro. Hasta que exclama:

• Ah, Dios! Si es don Armando Vélez. Ni lo había conocido. Ve que está bien cambiado, don Armando.

• Y tú quién eres, ah?

• Yo? Jesús Parrales, pues. Ya no se acuerda?

• No.

• Yo trabajaba en La Beldaca. Después estuve sirviendo en la casa de don Alfonso… Desde antes mismo iba a baldear. Usted era bien jovencito.

• Ah! Ya caigo. Ahora me parece que sí te he visto. Vaya, vaya. Murió el buen tío Alfonso. Qué llevas en el saco?

• Una cosa, don Armando, que quiero venderle.

• A ver, enseña.

• Aquí no, don Armando. Es plata… Vamos mejor a su casa. Usted tiene casa aquí? Desde cuándo está por Chipipe?

• Hace años. Vivo en el hotel de la señorita Cerro. Cómo es que no me has visto antes?

• Es que vivo lejos, don Armando. Y sólo vengo a Chipipe de vez en cuando a vender langostas. Y como nunca lo he encontrado.

• Vaya, vaya. Vamos, pues, al hotel.

Don Armando se ha animado y camina a paso largo. Ya en el hotelrmando hace subir a Parrales a su cuarto.

• A ver, desata el saco.

• Sí, don Armando.

Abre Parrales el saco y las monedas caen al suelo produciendo un sabroso ruido metalico.

• Ajá, ajá -es todo lo que dice el señor Vélez.

Las cuenta, separando, él también, las de plata de las de oro. Cuando termina, pregunta a don Jesús:

• Cuándo pides?

• Usted verá, pues.

• Pero, cuánto quieres tú?

• Este… usted verá mejor, don Armando.

• Vamos a ver: a cómo quieres vender las de oro?

• A treinta dicen que las pagan.

• Eso sí que no. Te pago a razón de veinte sucres por cada moneda de oro y cinco por las de plata. Te conviene? No hallarás aquí, en todo Santa Elena, quién te pague mejor.

• Está bueno, patrón.

Jesús Parrales hace sus cuentas despacio, poco a poco, añadiendo, quitando, todo a su manera. Confronta su resultado con el de don Armando. Está conforme. Recibe más de dos mil sucres en billetes de a cien. Se siente feliz. Se cree un hombre rico.

• Bueno, pues, don Armando, muchas gracias. Hasta otro día. Que tenga buena conservación.

Y por primera vez, Jesús Parrales tiende su mano a don Armando Vélez. Este, compasivamente, la acepta.

Lo primero que hace don Jesús es ir en busca del maestro Quintero, a la ensenada. Va a contratar una balandra. Apenas lo saluda. Le parece que le falta el tiempo.

• Oiga, don Quintero, yo quiero que me haga una balandra bonita. Digame por cuanto.

• No le puedo decir. Hay que calcular.

• Pero más o menos dígame. La quiero de dos palos.

• Este… Serían, poco sobre más o menos, unos cuatro mil sucres.

• Ah! Tanto cuesta?

• Sí, don Jesús. Todo está caro todoy. Y usted la quiere de dos palos. Fíjese que ni he calculado. Y yo creo que ha de ser más.

Don Jesús retorna un poco triste. Tampoco tendrá balandra. Sin embargo, aún tiene una esperanza, la mandará a hacer aunque sea de un palo y chiquita. Camina por la playa hondamente preocupado, sin levantar las miradas del suelo.

Pero se encuentra con don Armando que ha reanudado su paseo. Don Armando camina muy alegre y piensa en ese momento que podrá vender las monedas en Guayaquil lo menos en cuarenta o cincuenta sucres cada una. Que rica ganancia! Ni pensaba. Más del ciento por ciento. Luego medita en cómo saber de don Jesús el sitio donde las ha hallado. Sabe que

si le pregunta directamente no se dirá nada. Él muchas veces ha intentado encontrar el tesoro. Ha ganado en excavaciones, pero, cuando más ha encontrado miserias. Al ver frente a él a Parrales, don Armando interrumpe el curso de sus pensamientos.

• Qué te pasa que estás triste?

• Es que la balandra cuesta más, don Armando.

• Balandra? Qué balandra?

• Una que yo me quiero hacer donde don Quintero.

• Ah! Y cuánto te pide?

• Más de cuatro mil sucres dice.

• Es decir, que te faltan unos dos mil. No?

• Sí, don Armando.

• Ajá. Malo, malo. Muy cara la balandra. Muy cara. Qué cosas! Oye, y si yo te prestara la plata?

• Usted? No juegue, don Armando.

• Yo, sí yo. Por qué no? Vamos a hablar en serio. Si quieres, yo te presto la plata con la garantía de la balandra. Hacemos una escritura: si no me pagas, yo me cojo la balandra, pero esto no ha de pasar, porque, qué me voy a hacer yo con esa balandra? Para qué? Lo quiero es ayudarte. Sin embargo, sólo por exigencias de la ley, es necesario hacer constar en el préstamo esa condición. Pero claro está que tendrás prórrogas en el plazo. En fin, es cosa tuya. Tú dirás si te conviene.

• A mí si me conviene, don Armando. Yo pronto le pago con lo que la balandra me dé. Acaso no es buen negocio?

• Entonces, pues, no hay más que hablar. Vente mañana a las diez al hotel para arreglarlo todo. Y tráeme, pues, unas langostas de las buenas, ah? Adonde es que te consigues esas langostas tan ricas que me dicen que vendes?

• Por mar bravo.

• De qué lado?

• Dando la vuelta a la chocolatera. Ya al llegar a la playa.

• Ah! Ya sé. Por donde está esa piedra que parece un pico torcido, no?

• Allí mismo, don Armando.

El señor Vélez se entusiasma con la indicación de Parrales, y en sus labios aparece una leve sonrisa. Ya sabe lo que quería. En seguida, se despide del cholo:

• Bueno Parrales, no te olvides de cogerme las langostas y llevármelas mañana.

• No, don Armando.

Voló don Jesús a su casa. Fue rápido ese día. Quiere llegar pronto a contarle a Juana, a decirle que es casi un hombre rico y que va a tener una

balandra propia. Se sentía qué feliz. Por fin, balandrero, balandrero de verdad, navegando libremente por el mar con toda la maniobra sujeta a su autoridad de jefe... Se le arquean las cejas a don Jesús y se va riendo, riendo por la pampa.

Mas cuando se acerca a la puerta de su casa, le llama la atención un llanto. No se puede explicar la causa. Al entrar, ve a Uranio tendido sobre el cuero de venado. Juana, que se hallaba a su lado, se levanta en cuando ve a don Jesús.

• Por fin llegaste. Se muere Uranio.

• Y qué mismo le pasa?

• Le dio ataque, Jesús. Todito temblaba todoy. Le han de haber ojeado.

Don Jeesús arruga el ceño. Se acerca despacio y mira a su hijo. El chico está con los ojos cerrados. Don Jesús se inclina. Le coge un brazo y lo palpa flojo y sin fuerzas. Todos los músculos de Uranio están así: aguados, como tiras inútiles de carne.

La Juana no se decide por nada. Apolinar ya ha ido en busca de un curandero, pero hace mucho rato de eso y no regresa. Acaso no lo ha encontrado.

• Se ha quedado privado después del ataque. No ves que no abra nadita los ojos? Y Apolinar ni piensa en volver. Anda vos mismo a buscar el curandero.

En ese momento, Uranio comienza a moverse. Se estira hacia atrás en el cuero de venado y la cintura se le arquea. Todo él se agita. Abre los ojos y se le ven blancos. Los brazos, tendidos a lo largo del cuerpo, se tuercen para afuera. Y tiene los dedos anudados, engarrados. Un hilillo de espuma le sale por la boca. Las piernas están rígidas.

• Velo, Jesús, velo!

• Qué será, Jesús?

• Es el diablo, Jesús! El diablo! Se muere el chico. Fíjate como se hace! Me lo han ojeado!

Parece que saltar el cuerpecillo de Uranio. Ahora la cabeza se mueve de un lado a otro y cae bruscamente, con golpe seco y rápido, sobre los trapos que hay encima del cuero de venado. Se le escucha un ronquido en la garganta. La respiración es fatigosa. Hace contorsiones. La mitad del cuerpo se levanta en el aire y cae. Tiene los dedos grandes de los pies abiertos hacia afuera como descoyuntados.

• Corre, Jesús! Anda por el curandero. No estás viendo cómo lo han ojeado? -sigue diciendo con voz trémula y entrecortada la Juana.

Don Jesús, sin responder nada, sale a toda prisa. Debe caminar hasta Santa Elena. La noche comienza ya. Se pierden las líneas de las cosas y todo es difuso y vago. La imprecisión del paisaje hace dar miedo. Don Jesús mira en su carrera los cactus y le parece que están haciendo las mismas muecas que Uranio. Se pregunta quién será el malvado que ha ojeado a su hijo. La noche se hace cada vez más prieta. El frío de la pampa es intenso.

Don Jesús Parrales ve a lo lejos las luces de Santa Elena. Llega con el último esfuerzo hasta la casa del curandero que él conoce.

Se hizo de rogar el cholo curandero. Y don Jesús tuvo que enseñarle los billetes que tenía. Porque le había respondido, después de decirle que era muy lejos y que había que caminar mucho, que solo por cinco sucres iría.

• Apúrese. Yo le pago. Yo tengo plata. Vea.

Es sólo entonces que el curandero se alista. Envuelve algo, que don Jesús no ve, en un grueso papel y sale.

El regreso es ya, para don Jesús, más tranquilo. Anda con esperanzas. Sabe que le lleva al hijo la vida. Está seguro de salvarlo. En el camino va contando los detalles del ataque. Y pregunta:

• Verdad que usted lo cura?

• Seguro, don Jesús. A peores he curado.

• De verdad?

• Por Dios.

Se lo traga la noche. Don Jesús obliga al curandero a caminar más a prisa. Se le corta el aliento al brujo, que va pensando la manera de sacarle a don Jesús otro billete.

Ya alcanzan a ver la sombra de la casa de caña. Se acercan. Oyen apenas un llanto a la distancia. El viento se lleva los quejidos. Y casi al subir, don Jesús, temblándole las manos y los ojos miedosos, dice:

• Le ha de haber vuelto el ataque.

Juana está llorando junto al cuero de venado. Apolinar ha regresado sin saber hallado a ningún curandero. Sentado junto a la madre, se soba ambas manos sin decir una palabra.

• Ya le volvió a dar. Y vuelta se ha quedado como muerto. Venga véalo, señor -expresa Juana con su voz cortada por los sollozos.

Es el tercer ataque que le ha dado a Uranio. Y el tercer ataque de fiebre perniciosa no perdona a nade.

Se ha quedado flácido y pálido, con la piel lustrosa y los ojos clavados al vacío.

Lo examina el curandero. Luego se para en medio del cuarto. Se dirige a don Jesús y en un tono indiferente y lento dice:

• Ya se murió.

Ulula el viento en la pampa. Parece que se lleva algo porque corre como en una fuga. Y hay soplos que se escapan por la ventana de la casa.

Don Jesús Parrales se ha quedado inmóvil. Mudo. Camina hasta la puerta. Contempla la pampa sumida en las tinieblas. El viento le lanza a la cara su grito.

CAP. 14

Al comenzar el año 1914 se botó La Beldaca al agua.

Don Jesús Parrales había querido bautizarla con el nombre de la balandra en que hizo su aprendizaje de marinero, allá, cuando e sus primeros años huyó al Guayas escapándose de casa de don Rodolfo Gómez.

En la ensenada estaba el dique. Para Pascua de Reyes se celebró la fiesta. Naturalmente, el protector de don Jesús fue nombrado padrino. Se habían reunido toda la familia de Parrales, los parientes de su mujer, los amigos. El maestro Quintero sonreía. Eran las diez de la mañana. El mar, de un color verde clarísimo, se abría en cada tumbo como queriendo recibir a La Beldaca.

El casco pintado de rojo tocaba apenas con su quilla filuda la arena. La quilla era elegante. Don Jesús le había querido así: audaz, dominadora, siguiendo la misma línea marinera del bauprés.

El resto de La Beldaca estaba pintado de un verde poco más oscuro que el del mar. Las letras del nombre, colocadas de lado a lado en la proa, eran negras. Atrás, en la popa, el mismo nombre en letras más chicas. Se veía preciosa a La Beldaca, la enorme aleta del timón se enterraba ligeramente en la playa. Los dos palos se iban a las nubes, lustrosos y rectos, tirados de las jarcias. Todos los cabos eran nuevos. Les habían untado sebo para que pasaran fácilmente por las roldanas de los matones y por los huecos de las amarras. Tenía La Beldaca una pequeña caseta para el timón. Don Jesús, ansioso del momento en que debía ser lanzada al agua, estaba ya instalado en la rueda. Había revisado antes, de uno en uno, cada rincón de la balandra. Ordenó subir a los marineros: Espíritu, Eslanislao, Policarpo, José María... Empezaron a desenvolver las velas. La botavara jugaba. Cada cholo tenía en sus manos la cuerda lista a templarse.

Don Armando Vélez avanzó hasta la proa. Asentó los pies en la arena. Levantó en su mano derecha una botella de licor, de algún vino espumante. Dijo algunas palabras que nadie entendió. En seguida, rompió la botella contra el casco. Y la arena, hasta ese instante inmaculada, se manchó.

Don Quintero, entonces, se movió rápidamente gritando a su gente que se hallaba repartida a los costados de la balandra y en popa.

• Listos todos!

Se dirigió a don Jesús:

• Ah, don Jesús! Ya que comiencen con las velas! Nos vamos!

Parrales, con el rostro impasible, pero con el corazón trémulo y veloz, ordenó:

• Arriba! A izar!

Se elevaban lentamente las velas. El foque, con aliento de vida, golpeaba y golpeaba al crecer. La mayor, más pesadas, cabeceaba perezosa buscando ruta. Se iban templando los cabos. Las telas nuevecitas parecían que se desgarraban al despegarse.

Al mismo momento, don Quintero levantó un grueso martillo y lo descargó con todas sus fuerzas sobre un pesado tuco de madera que sostenía la quilla contra la playa. Los hombres estaban listos. Gritó al golpear don Quintero:

• Ahora!

Inclinó La Beldaca la cabeza. Bajó más la proa hacia la arena. Se fue de lado. Pero los hombres empujaron al mismo tiempo y el impulso no la dejó ladear del todo. Rodó suavemente sobre la arena, dejando un surco oscuro. Tocó en seguida el agua. Se fue introduciendo victoriosa. Algunos de los trabajadores quedaron con el agua a la cintura. La Beldaca corría arrastrándose. Don Jesús, arriba, dirigía la maniobra. La Beldaca era ya rauda. Logró su propio impulso sobre las olas que regresaban a tomar fuerza. Retornaron los hombres. La Beldaca corría y corría mar afuera.

Allá, muy lejos, se la vió curvarse como un pez.

Don Jesús hacía proezas gobernando. Y por un delicioso error de perspectiva, pareció un instante que sus palos tocaban el mar.

Luego vino el regreso pausado, elegante, casi soberbio.

Frente a Chipipe echaron nada. Se desinformaron las velas. El sol era vertical y hacía más claro el mar. Quedó La Beldaca con un ligero vaivén imperceptible.

En las aguas tan claras se proyectaba la silueta de la balandra y se veía, con el oleaje, que los palos temblaban y se torcían.

Don Jesús Parrales, no obstante sentirse contento de saberse dueño de La Beldaca, anda un poco preocupado. Los negocios no van del todo bien. Muy poca utilidad dejan los viajes. En alguno, apenas si se sacan los gastos. Don Armando es el que carga casi totalmente la balandra, pero, a causa de un derecho que don Jesús ni se atreve a poner en duda, goza de un precio especial para los fletes.

Pocas veces Parrales toma una buena carga. Pero casi siempre no puede comprometerse; tiene que esperar la carga del señor Vélez.

Don Jesús Parrales anda preocupado. Apenas, en seis años de viajes, ha podido entregar quinientos sucres a don Armando a buena cuenta de la deuda.

Apolinar hace tiempo que se ha marchado al Guayas. Le ha faltado el trabajo y no quiere quedarse en la pampa. Él sabe de las viejas correrías de su padre. Y así se lo dijo un día:

• Y ahora, pues, que no tengo trabajo, lléveme al Guayas en La Beldaca.

• Y para qué quieres vos irte? Ganando estabas aquí.

• Y no ve, pues, que el patrón le ha dado el trabajo a don Meléndez que le vendió las vacas?

• Ve que vos eres. Si te ha ofrecido para después volverte a coger. Vos mismo me las contado que don Meléndez tuvo que venderle al patrón las vacas que se le estaban muriendo por la falta del agua y que porque se quedó sin nada el patrón le dio el trabajo. Pero a vos te ha dicho que te pondrá en el covachón o que te esperes hasta que haya más trabajo. Y ahora me vienes con que te quieres ir.

• Es que en el covachón no se gana más que cuatro reales, pues. Y qué me voy a poner a esperar si por gusto mismo me han botado... Usted no me ha dicho que no le gusta el trabajo en la sal?

• Verdad que no, pero qué te vas a hacer al Guayas... Vos te crees que así no más se va. Más burro que eres... Si quieres, pues, trabaja en la balandra.

• No papá. Yo quiero irme al Guayas. Si allá me dicen que se gana más y no falta el trabajo... Lléveme, no más. Usted mismo me ha contado que se quedó por allá tanto tiempo.

Don Jesús calla. Mira a su hijo y comprende. Apolinar insiste:

• Ande, papá, lléveme en este viaje.

Parrales va cediendo a la insistencia de su hijo. Piensa mucho rato. Por qué no dejarlo ir? Y al fin consiente en llevarlo. Se dice interiormente que sí se hará hombre, que aprenderá a trabajar solo...

En cuanto a Rosa Candelaria, se ha fugado. Se la llevó un cholo. Ahora está por Chanduy. Don Jesús y Juana no han sabido más de ella. Y ya hasta les ha pasado la pena. Parrales ha tenido otros hijos. El último cuenta apenas tres años. Es mujer. Se llama Juanita. Como la madre.

Don Jesús hace viajes a Manta, a Esmeraldas, al Guayas.

La Beldaca está ahora desteñida y sucia; se le ha ido toda la pintura. Pero aún está joven. Aún sabe saltar sobre las olas. Y es muy ágil. Se ha muerto ya en la costa de Manabí en temporales fuertes y los ha capeado bien. En la punta de Santa Elena también se ha lucido. Don Jesús Parrales ama cada día más a su balandra. Se ha adherido a su vida y casi no sale de allí. Cuando llega de un viaje, va a su casa de mala gana. Y ahora, que es invierno, peor.

En la pampa llueve. Los cholos están contentos: podrán darles de comer a los animales. Cae el primer día del invierno sólo una llovizna. A los dos días, apenas si ha llovido otra vez y retoña bruscamente la hierba. Entonces hay que amarrar el ganado. Le han de comer poco a poco. Cada día le aumentan la ración. Si lo dejan comer a sus anchas, se muere. A los quince días, las vacas se pasean gordas, pausadas, con la piel brillante y grasosa.

Se ve hierba en la ilimitada extensión de la llanura. Pero casi siempre es raquítica la hierba. Y quedan muchas partes amarillas: la pampa siempre gana.

Hay a veces, en el invierno, días de días de sequía. La hierba entonces principia a marchitarse hasta que cae un poco de lluvia. Más, el invierno dura poco y retorna el dominio de la pampa yerta. Los animales enflaquecen y los cholos que no poseen medios de conducirlos hacia adentro, donde

abundan el agua y el pasto, se arruinan. Es por eso que don Meléndez tuvo que venden sus vacas a cualquier precio.

Pues a don Jesús Parrales no le gusta ir a su casa en el invierno. El camino se pone malo, lleno de lodo. Y él se siente muy bien en La Beldaca. Llama a Espíritu y le dice:

• Desembarca y anda a la casa. Dile a la Juana que estoy ocupado con el descargue y no puedo ir. Llévale estas cabezas de plátanos.

Y Espíritu se va por la pampa hasta dar con la casa de don Jesús. La misma Juana recibe el plátano. No dice nada. Cuando más, pregunta:

• Entonces, no va a venir?

• No creo.

• Ah.

Don Jesús, cuando Espíritu regresa, se pones en pie lo interroga:

• No hay nadie enfermo?

• No creo. Ni nada me dijo.

• Entregarse el plátano?

• Sí, don Jesús.

Parrales retorna a sentarse en la popa, entre cabos y telas de crudo. Es su sitio favorito. Allí se pasa horas, conversando con sus hombres o callado. Juega con el perro o charla con la lora. El tiempo resbala indiferente sobre él.

Ya don Jesús Parrales se va haciendo viejo. Aún no cuenta sesenta años, pero los ojos se le están empequeñeciendo y alrededor muchas arrugas se le van formando.

Esta mañana don Jesús ha llegado de Guayaquil. De un Guayaquil nuevo, con las calles pavimentadas, con altas casas de cemento. Ya no hay puentes. Los esteros están rellenos. De lo viejo sólo queda el barrio de Villamil con las casas amarillas y las toldas de lona. En ese barrio es que a don Jesús le gusta estar. Va a una tienducha y se sienta a una mesa con una botella de puro al frente. Entonces, las horas le traen a Parrales una gran felicidad.

Ha tenido mal viaje de regreso y en Salinas don Armando había estado inquieto por La Beldaca. Don Armando ha fracasado en todas sus tentativas por hallar el tesoro de La Leocadia. Ha gastado mucho dinero en escarbar la arena, en abrir inmensos huecos en el fondo del mar, junto a las rocas. Jamás ha hallado nada. Y tiene rabia el señor Vélez.

Por todo esto es que don Armando se siente irascible esta mañana. Cierto es que los años que han pasado le han sido provechosos y que los viajes de La Beldaca le han sido producido buenas ganancias. Pero él no puede olvidarse del tesoro. Se convence, a veces, de que no lo hallara más. Y esto le produce una indefinible angustia y un coraje que no puede vender.

Al verla doblar La Punta, don Armando se va apaciguado. Ya la Beldaca, al frente, después de un rato, ha largado el ancla. Se han bajado las velas.

Don Jesús desciende al bote. Reman los hombres. Ya en la playa, se dirige don Jesús al hotel de la señorita Dolores, llevando un paquete bajo el brazo.

La señorita Dolores ya casi no puede andar. Está viejísima, necia y más ricas. Su avaricia le obliga a discutir el último centavo. Sigue explotando a los cholos. Pero aún socorre a la iglesia, y se confiesa todos los domingos. El cura de Santa Elena hace un viaje especial a Salinas para confesar a doña Dolores, quien lo invita a almorzar. Es entonces que se promueve, casi invariablemente, esta conversación:

• Cómo están los negocios, señorita?

• Ay, Padre, ni me diga. Malos, muy malos. Estos tiempos son terribles. No se gana nada. Me estoy arruinando, Padre. Malos, muy malos.

El cura esboza una sonrisa.

• Pero usted, todavía tiene mucho, doña Dolores... Mientras que nosotros...

• Ni me diga, Padre. Los cholos de ahora no son los mismos de antes. Hay poca religión, Padre... Las nuevas ideas.

• Eso sí, doña Dolores, las nuevas ideas... El mundo está perdido!...

• Completamente, Padre. No hay dinero. La plata se esconde. Sólo hay papel. En mis buenos tiempos se veían monedas de oro y los cholos eran más respetuosos. Se acuerda, Padre?

• Sí, doña Dolores. El mundo anda de cabeza. Las nuevas ideas, señorita.

• Sí, Padre. Las nuevas ideas...

Durante la charla el cura comienza a beber su botella de vino, que el sirviente le pone siempre a su alcance por orden expresa de doña Dolores. Al despedirse, se lleva algunas sucres para sus pobres. Y además, un saquito de papas, una cabeza de plátano, un poco de arroz blanco. El señor cura no falta ni un solo domingo.

Ya don Jesús Parrales está entrando al hotel de la señorita Dolores. En su frente arrugada, contraída seriamente, en las miradas opacas, en la forma dolorosa que han tomado sus labios al cerrarse se le nota la preocupación que lleva. El negocio empeora sin remedio. Los fletes son escasos. Ahora viajan los noveleros. Son rápidos y cómodos. Todo el mundo los prefiere. Don Armando Vélez también embarca en ellos. Pero el flete en La Beldaca le sale tan barato, tan insignificante en comparación con el otro, que siempre la ocupa. Don Armando, sin quererlo seguramente, está arruinando a don Jesús Parrales.

• Buenos días, don Armando -saluda Parrales cuando penetra a la habitación del señor Vélez.

• Buenos días. Que pasó en el viaje?

• No hubo viento. Muy malo el tiempo. Como nunca.

• Qué vaina! Entregaste conforme el embarque? Te dieron la plata?

• Ajá. Aquí está la plata.

• Desconfiaste ya el flete?

• Sí, don Armando... Si ni tenía con qué comprar, pues, los víveres para la tripulación...

• Ajá. Vamos a ver.

Cuenta el dinero, don Armando. Lo halla conforme. Pregunta:

• Cuánto me vas a abonar ahora?

• Este...don Armando...

• No tienes plata?

• No, pues.

• Malo, malo. Hay que hacer un esfuerzo. Hay que pagar lo que se debe, Jesús.

• El negocio que no sirve.

• Por qué? Hay que entusiasmarse. Yo siempre te ayudo. Nunca te faltan mis fletes.

• Pero es poco lo que deja, don Armando... Usted sabe... Y los motoveleros se llevan la carga que cogía antes...

• Oh! Mis fletes tienen un pequeño descuento, pero lo que pasa es que tú no sabes administrar tu balandra. A lo mejor te roban a bordo en todos los gastos. Por qué eres tan descuidado. Tú tienes la obligación de fijarte en todo, el deber de ser muy precavido. Solamente con los fletes que yo te he pagado hasta hoy día, ya hubieras podido cancelar toda tu deuda y estár tranquilo... Te lo aseguro... No sabes, Parrales, no sabes dirigir el negocio. Convéncete...

• Y fíjese, ahora mismo, don Armando, que en este viaje se le dañó el fondo. Con qué, pues, a voy a componer?

• Y qué piensas hacer?

• Unos doscientos sucres no más han de ser lo que se necesitan.

• Ajá.

• Yo quiero arreglarla en este viaje, antes mismo de irme. Se puede hundir si la dejo así. Este...

• Quieres que te preste más plata? No es eso?

• Sí, don Armando.

• Caramba! A este paso no me vas a pagar nunca... No sé...

Don Jesús inclina la cabeza. Clava las miradas en el suelo. Da vueltas al sombrero entre las manos. Dice muy lento:

• Pienso hacer después los viajes más seguidos. Y un solo día de puerto...

• No está malo eso... En fin.. Quiero ayudarte... mira, voy a darte la plata. Espérate un momento que te voy a hacer el recibo.

Don Jesús agradece y firma. Reconoce interes en el recibo, pero ni se ha fijado cuándo es. Saluda. Y se marcha contentísimo por la playa en busca del maestro Quintero para contratar la compostura.

Todo ese día trabaja en la varada de La Beldaca. Al fin, la deja en la playa. El arreglo demorará cinco días. Don Jesús, ya todas sus recomendaciones hechas y repetidas a don Quintero, se va a su casa.

• Ah, Dios, vos! -le dice Juana, sorprendida, en cuanto lo ve llegar.

• Sí, pues. Se está componiendo La Beldaca.

• Y qué mismo tiene?

• El fondo malo. A vos qué te interesa.

• Ah!

• Está malo el negocio, Juana. No se gana. Don Armando me ha prestado doscientos sucres para la compostura. Don Armando es muy bueno.

Los chicos se quedan mirando a don Jesús con respeto. Ni siquiera se le acercan. Lo ven tan poco. Y cuando Parrales va a tomar en brazos a la Juanita, la criatura llora. Tiene que dejarla.

• Como casi nunca te ve -explica Juan.

• Ajá.

Don Jesús está obligado a pasarse tantos días de espera, de tedio, de tierra. Toda vía le gusta la pampa. Pero no puede vivir ya sin el mar. De repente, le viene una idea. Se iluminan sus ojos. Toma el sombrero.

• Dónde te vas ahora?

• A la mar. Ya mismo regreso.

Pero don Jesús no van al mar sólo por verlo. Ha tenido una idea y se ha prendido a ella con todas sus fuerzas. Hasta sonríe en el camino, que cruza a largos pasos. Se dirige al sitio de las rocas. Ya ha ido en otras ocasiones, pero ha sido inútil. Ahora lo intentará de nuevo. Hace como un año que no busca. Y le ha renacido la esperanza bruscamente. Se desnuda entre las piedras. Su cuerpo, musculoso aún, está flaco y arrugado. Sobre los músculos, las venas se pronuncias tan gruesas, y la piel se afloja. Se tira al mar viejo. Se fatiga pronto. Sale. Vuelve a sumergirse. Descansa un rato. Se pasa lentas horas en la búsqueda nada. Luego de la última vez que se zambulle, comienza a vestirse despacio. El brillo de los ojos se ha opacado. El ceño de la frente parece arrugarse más en mil pliegues. Y emprende el retorno tan lento, con la cabeza inclinada, las piernas pesadas y los brazos caídos.

Al llegar a su casa, el cansancio lo hace arrojarse sobre el cuero de venado y dormir, dormir.

Ha pasado el domingo y don Jesús no encontró ya el placer novelero con que iba a la misa de Santa Elena. El lunes no se aguanta más tiempo y muy temprano se va al varadero de don Quintero.

La Beldaca, varada de costado, tiene una gran brecha en el fondo. Don Quintero trabaja y trabaja, sacando tablas y poniendo nuevas. Se ven los palos atravesados, como huesos de esqueleto. Don Jesús, de pie, contempla atento el trabajo. Y le da pena, mucha pena, ver a su balandra en ese estado. Tan sucia además. Y las velas inmundas y remendadas. Si tuviera plata la haría pintar y le cambiaría el velamen.

• Todo el viaje me lo pasé cogiendo bromas, don Quintero. Pero no creí que fuera tanto. Un chorro de tablas ha estado podrido. Para cuándo estará lista, don Quintero?

• El jueves ya puede estar.

• Usted me dijo cinco días.

• Ajá. Hay muchas tablas malas. No se puede terminar antes.

Después de mucho rato de estar contemplando los trabajos, don Jesús se despide desalentado:

• Mañana vengo, don Quintero.

Pero el martes es la fiesta de la Cruz de Mayo. Y don Jesús no puede ir a ver La Beldaca, porque ha de acompañar a su mujer y a sus hijos a la fiesta.

La Cruz de Mayo está en el camino de la Libertad a Santa Elena. Por eso camino viajan ahora rápidos automóviles. Una vieja leyenda hace que cada viajero se detenga ante la Cruz y coloque al pie una piedra. Cada año se repite la ceremonia. Y en tantos que han pasado, es ya un montón considerable el que se ha hecho.

Don Jesús Parrales y su familia han llegado ante la Cruz. Cada uno coloca su piedra. Rezan. Antes de seguir, ha visto cruzar velozmente por el camino un automóvil en el que va don Armando.

El automóvil de don Armando no es nuevo. Lo ha comprado mediante un brillante negocio. Una deuda saldada, con intereses y multas. Don Armando jamás perdía el tiempo.

Don Jesús Parrales, la Juana y los muchachos continuaron su marcha a Santa Elena, evitando el polvo que el rápido rodar del automóvil arrojaba sobre ellos. Allí se celebra la fiesta. El pueblo estaba llenó de gente y el pequeño parque desbordaba de cholos de limpias cotonas y pantalones almidonados.

Fueron a oír la misa y salieron de la iglesia en procesión, llevando en las manos velas encendidas cubiertas de papeles para defenderlas del viento. Se pasearon por todo el pueblo, contraviniendo las expresas disposiciones de la ley, pues, desde el tiempo de los liberales, cambiaron estas cosas y se prohibió el culto externo. Pero, los curas no hacían caso: para eso estaba la señorita Dolores, quién, desde muy temprano, había enviado adornos, flores y comidas para la celebración. Después se reunieron todos en grupos. Comenzaba la jarana en cada casa. Don Jesús, se emborrachó. Punteó la guitarra y hasta se puso a bailar en un momento de entusiasmo. Hacía tanto tiempo que no estaba tan alegre.

El miércoles fue un mal para el viejo. Amaneció enfermo, con dolores al estómago. Había bebido demasiado.

• Yo ya estoy viejo, Juana. Ya ni sirvo.

• Y para que mismo te emborrachaste.

• La fiesta de la Cruz, pues.

Pasó el día en gran inquietud. La cabeza le ardía. Sumaba a su malestar la preocupación por el dinero para hacer el viejo. Al amanecer del jueves, se sintió todavía enfermo, se fue a la ensenada. Don Quintero daba la última mano al arreglo.

• Buenos días, don Quintero. Qué hubo, pues?

• Ya queda lista. Mañana de mañana se puede botar.

• Entonces, me voy a avisar a la gente, don Quintero.

Pero don Jesús no tenía con qué pagarles y no fue a buscar a los tripulantes. Caminó por la playa. La mañana era fresca y el sol aún no hacía daño. Ha llegado muy pronto al hotel, pero tiene que esperar: don Armando aún no se ha levantado. No son ni las nueve. Y ahora el señor Vélez acostumbra a levantarse a las diez de la mañana.

Como siempre, impenetrable y mudo, don Jesús espera, hasta que don Armando le hace decir que suba.

• Buenos días, don Armando.

• Que hay Jesús? Cuándo sales?

• Todavía no sé.

• Pero yo necesito saberlo en seguida. Necesito dinero.

• Ah?

• Sí. Necesito plata. Sales o no sales?

• Es que no tengo para el viaje ni para tripulación, pues... Yo quería pedirle por cuenta del flote...

• Ah! No! Ya no te aguanto. Adonde vamos a dar? Me vas a arruinar y tú a fregarte. Qué esperanza! Plata y plata. Siempre más plata. Y yo necesito que esa balandra trabaje. No es posible seguír así. Cuándo y cómo me vas a pagar? Es absurdo. No sé para qué me metía ayudarte. Maldita la hora en que te presté plata! Tu no sabes de negocios. No entiendes de eso.

• Es que, patrón, lo que se gana es poco y no alcanza.

• Oh! Ya te he dicho que eres inútil para los negocios y que acabarás arruinándome... Mira, hay que arreglar esto de una vez, sin más tardanza. De otra manera no es posible entendernos. Te voy a proponer una fórmula para tu propio bien. Fíjate con atención. Si yo te señalo un suelo fijo, por ejemplo, de cincuenta sucres mensuales y tú no te entiendes en nada del negocio, te convendría?

• Sí, patrón.

• Bueno, ya esta. Lo hago por salvarte. Te nombro desde ahora piloto de La Beldaca con cincuenta sucres de sueldo. La Beldaca, entonces, es mía. Te la recibo por la deuda. Qué más quieres? No me debes nada. Oyes?

Don Jesús se ha quedado atontado. Tiene la boca abierta. Don Armando insiste:

• Me has entendido?

• Este… No… Don Armando -se atreve a replicar.

• Pero no seas tan idiota. Es lo mismo que si fuera tuya. Pero yo me entiendo, porque de otra manera no se puede por las leyes. Eso es todo. Tú eres el piloto. Estarás tranquilo, con tu sueldo seguro, sin preocupaciones. Mañana lo arreglaré legalmente todo. Ahora, ándate que tengo mucho que hacer. No tienes más remedio que acepta. Varias veces se han vencido todos los plazos de los documentos y las autoridades, aunque yo no quiera, te van a ejecutar, y entonces te quitarán La Beldaca y la casa también, y las rematarán para cualquiera. Y tú me quedas debiendo todavía un poco a mí. Porque debes saber que el remate nunca alcanza para pagar la deuda. Yo te propongo un arreglo que es ventajoso para ti. Es por tu único bien. Te fijas? Me entiendes? Si no, te revientas. Ven mañana por los pagarés, que estará todo listo, hasta la nueva matricula de La Beldaca.

En seguida, don Armando Vélez despide precipitadamente a Parrales y le cierra la puerta.

Don Jesús camina por la playa iluminada. El sol está brillante. Se va por los sitios más solitarios. Donde no hay más que viento, mar y sol. En una roca se detiene. La espuma le salpica alegremente los pies. Tiene los ojos contra el mar. La Beldaca no está allí, en su fondeadero de costumbre. Sigue con las miradas el vuelo de un zarapico vanidoso. Acaso la imaginación le hace ver las líneas marineras de La Beldaca, de La Beldaca nuevita, verde, con las velas templadas y puras, como cuando recién, hace tantos años, la botaron.

Pero la visión se enturbia y los colores se destiñen poco a poco. Los ojos de don Jesús Parrales se han llenado de lágrimas.

CAP. 15

Desde que don Jesús Parrales no es el dueño de La Beldaca no le gusta quedarse en ella. Apenas arriba de un viaje, arregla sus cuentas con don Armando y se marcha a su casa.

El señor Vélez, cuando se apropió de La Beldaca, la hizo componer del todo y pintar. Ordenó construir un buen camarote para él. Porque don Armando tenía con un plan que se trazaba de antemano. Era el secreto de su prosperidad. Iba a emprender en un gran negocio y le era indispensable viajas para tratarlo personalmente.

Hizo un primer viaje a Puná. Sobornó fácilmente a los guardas de Aduana. Un poco más allá del puerto, en la misma isla, estableció una oficina y una bodega. Llevó gente que decía ser de su confianza. Se compró una lanchita rápida a motor. Lo arregló todo con gran cuidado. Y cada vez que pasaba un vapor grande para Guayaquil, al detenerse en Puná para recibir al práctico que debía conducirlo por el río, la lanchita avanzaba sigilosamente, casi siempre en las noches o en los atardeceres, a amarrarse al costado del buque. Saltaba entonces abundante y variada mercadería: cigarrillos, sedería, licores... La lanchita regresaba al sitio donde estaba la bodega. En ocasiones, ya La Beldaca esperaba allí. En otras, llegaba después de dos o tres días.

El contrabando se distribuía entre Guayaquil y Salinas. Pero la mayor parte iba a Guayaquil. Como La Beldaca llegaba al puerto con procedencia de Salinas, en viaje de cabotaje nacional, no era registrada por las autoridades aduaneras. Y con facilidad grandes contrabandos eran saltados y vendidos en Guayaquil. Generalmente don Armando viajaba en La Beldaca. Temía que le robasen. Ciertas veces, ya por disimular o por negociar en realidad, enviaba un cargamento de productos de Salinas a Manta. De allá también algunas cosas. Era entonces que confiaba totalmente. La Beldaca a don Jesús Parrales. Él se quedaba descansando en Salinas.

Transcurren así algunos años y La Beldaca envejece. Junto con la balandra, don Jesús Parrales se arruga más cada día. Los ojitos se le han hecho menudos. La boca fruncida.

Los primeros de cada mes, don Jesús recibe su sueldo.

• Toma, Parrales, veintiocho sucres.

• Sí, patrón.

• Catorce que te di de adelanto, son cuarenta y dos. No, es así?

• Sí, don Armando.

• Bueno, los ochos restantes son para abonar a los intereses de la deuda.

• Está bien, don Armando.

Porque el señor Vélez, cuando le quitó La Beldaca a don Jesús, le entregó en verdad los recibos y pagarés cancelados, pero como el precio de la balandra, según las declaraciones de los peritos, apenas cubrís, dado el mal estado de la embarcación, el capital de los préstamos, quedaban por cubrirse los intereses de tantos años... Desde 1914... Allí estaba el Jefe Politico que se lo dijo a Parrales, con un infolio en la mano. Don Jesús firmó nuevos pagarés por los intereses. Todo se hizo en regla. En completo orden y acuerdo. Cuando el arreglo se hubo terminado y don Armando Vélez guardaba los nuevos documentos en la caja de fierro que hacía tiempo habia adquirido, preguntó a don Jesús, en presencia de todos, inclusive del Juez ante quién Parrales acababa de reconocer su firma:

• Estamos conformes, Parrales?

• Sí, patrón.

Luego, don Armando Vélez, en un arranque de generosidad o de entusiasmo, había tendido la mano al cholo.

Don Jesús ha envejecido en los últimos diez años de una manera extraordinaria. Todo él está arrugado como una ciruela pasa. Cuando fuma mucho o abusa del café puro, tiene un ligero temblor en las manos. Pero no puede prescindir del café. Se siente fuerte cada vez que lo toma. Y en verdad, aún puede decirse que está vigoroso. Sólo que se ha tornado cada vez más triste y serio.

El señor Vélez, bastante menor que don Jesús, se aproxima a los sesenta. Es colorado, con una piel todavía rozagante y de ademanes vivos y joviales. Le ha dado la vejez por ser enamorado. Le gustan las jovencitas de quince años. Sobre todo, le gusta muchisimo la sobrina de la señorita Dolores.

Hace apenas dos semanas que ha llegado la sobrina de la señorita Dolores. Cristina Cerro es una chica preciosa. Debe tener diecisiete años. Es coqueta. Irónica. Se ríe del viejo que la corteja. Después de la muerte de su padre en Guayaquil, escribió una carta a su tía. En ella le comunicaba que su papá, don Jacinto Cerro, había fallecido. Don Jacinto Cerro era empleado en la Aduana. Ganaba sólo doscientos sucres mensuales. Era viudo y enfermo del estómago.

Cristina era coqueta. Era bonita. Alta. Engarbada. Le hacía gastar a su papá en los vestidos. El pobre viejo pasaba muchos apuros los primeros de mes con las planillas. Tenía que pagar al carnicero, al lechito. En veces, le suspendían la entrega del pan. Y sobre todo eso, las planillas de los almacenes de los chinos, donde Cristina, con su coquetería, se había dado maña para obtener crédito.

Cristina era muy bonita. Al andar le cimbraban las caderas. Gustaba de vestirse transparente. Se le veían al trasluz las sombras de las piernas perfectas y las puntas de los pechos. Y tenía, además, una sonrisa encantadora.

Los domingos iba al cine con el enamorado. Se arrimaba a él, acariciándolo. Le gustaba estar así. Pero Cristina, a pesas de todo, sabía cuidarse, según se lo advertía al papá cuando la regañaba:

• Pero, papá, si yo no soy una chiquilla tonta!

Un buen día, don Jacinto estaba pálido. Más que pálido: verde. Y sufría intensos dolores al estómago. Perdió el conocimiento. Se le iba el pulso. Cuando llegó el médico, agonizaba.

• Hemorragia interna -diagnosticó el doctor.

Cristina -sola- hubo de fiar el entierro, dando en garantía los papeles de la Caja de Pensiones. Al llegar el dinero de Quito, con lo que le sobró después de pagar el entierro, se compró un vestido negro y guantes largos hasta el codo. Pero ya había escrito a su tía, a su querida tía Dolores, dándole la trágica noticia y solicitando su protección. Estaba tan solita. Si pudiera irse a Salinas... A vivir a su lado para siempre, a cuidarla, junto a la tía tan buena.

Doña Dolores, que nunca había ayudado al padre de Cristina, le respondió que se viniera, acaso pensando en que se hallaba muy vieja y que era ese el único miembro de su familia que le quedaba.

Fue de esta manera que la preciosa Cristina Cerro vino a Salinas, dejando, para siempre, plantado al novio. Después de todo, en Salinas no hay cine, pensó, riéndose de la feliz ocurrendia. Doña Dolores, que ya casi no se podía mover, había suplicado a don Armando que fuese a recibir a su sobrina.

Don Armando Vélez fue al motovelero. La vio. Preguntó su nombre. Se presentó:

• Soy Armando Vélez, a sus órdenes.

• Tanto gusto.

• Vengo a recibirla por encargo de su tía. A ella no le es posible venir.

• Me lo suponía. Le agradezco mucho. Vamos?

El señor Vélez se había enamorado, desde ese momento, locamente de Cristina. Ella lo comprendió en seguida. Y se moría de risa. Pero, cuando supo que era millonario...

En el salón de la planta baja del hotel se sentaban a conversar. Cristina cruzaba las piernas y dejaba que la faldas descubriese las rodillas. El señor Vélez, entonces, se iba resbalando poco a poco en el sillón, creyendo que lo hacía en la forma más disimulada. Cuando ella tenía que inclinarse, lo hacía sin preocuparse del escote.

Era demasiado para don Armando.

Era él quién se ofreció para acompañarla al baño, aunque don Armando no se bañaba en el mar porque le daba pena mostrar la gordura de su vientre a Cristina. La chica había traído un vestido de baño de último modelo. Ajustado. Muy ceñido. Dividido en dos partes, tenía la cintura descubierta y las espaldas casi totalmente desnudas. Las primeras y las caderas de Cristina eran de una admirable y moderna belleza de líneas. Se hacía quitar y poner la capa del señor Vélez. Y el viejo tenía que apretar los dientes y cerrar los ojos.

Y si Cristina tenía que pasar al dado de él, lo hacía de manera que rozara su cuerpo. El señor Vélez enloquecía.

Y todo esto apenas en quince días.

Muy preocupado estaba don Armando. Pensó mucho. Indiscutiblemente, estaba enamorado. Pero había que calcular con frialdad. Económicamente le convenía. Sin duda, ella era la única heredera de doña Dolores. Y la tía estaba ya tan vieja, que sería cuestión de poco esperar... Pero don Armando no dejaba de considerar sus años y la espléndida juventud de Cristina. Y eso, a pesar de que él se sabía aún fuerte y se creía lleno de vigor. Al fin, luego de tanto meditar, se resolvió. Pensó que la llevaría nunca a Guayaquil. Aquí en Salinas no hay mucho temor de que me engañe y podré vigilarla, se decía convenciéndose a sí mismo de la falta de peligros.

Esa misma noche esperó impaciente que Cristina se despidiera para ir a dormir. Y antes de que se levantara doña Dolores de su mecedora, le dijo que quería hablarle:

• Qué ocurre, don Armando?

• Algo muy serio, doña Dolores.

• A ver. De qué se trata?

• De su sobrina Cristina.

• De mi sobrina? Algo malo?

• No creo… En fin… Así lo espero, por lo menos.

• A ver, explíquese usted.

• Seré franco y breve, doña Dolores. Hágame el obsequio de escucharme con atención. Tengo mis años, pero soy de un espíritu muy joven. Yo necesito casarme. Toda la vida hemos sido aliados. Quiero salir de esta soledad siquiera en los últimos años. Cristina es una muchacha muy buena…

• Quiere usted decirme que…

• Exactamente. Que me quiero casar con ella.

• De ninguna manera! Ella quedará soltera como yo. No, señor. No puede ser. Casarse es simplemente una majadería.

• Pero esto es absurdo, doña Dolores.

• Absurdo! Qué sabe usted! Para qué lo necesita ella? No se casará no con usted ni con nadie.

• Eso no es posible, mi buena amiga. Medite con un poco de calma. Acaso el porvenir de ella reside en el matrimonio. Usted sabe que yo soy un hombre rico, amante del trabajo. No todas las mujeres tienen el espíritu de abnegación, la santidad, el valor moral que usted ha tenido toda la vida. Las mujeres, por lo regular, necesitan un apoyo, un sostén…

• Eso sí, pero…

• No, doña Dolores, no hay pero. Fíjese usted que…

• No tengo en qué fijarme. A mi no me gusta el matrimonio. Es una inmundicia. Le ha dicho usted algo a ella?

• No, pero estoy seguro que lo sabe.

• No, no y no! No es posible, don Armando. Quitese esa idea de la cabeza. Es referible que no hablemos más de este asunto. Me voy a dormir, don Armando.

El señor Vélez se sintió derrotado. La dejó marchar. Conocía bien el carácter de doña Dolores y sabía que, en tal momento, era contraproducente insistir. Pero no se dio por vencido del todo.

Al día siguiente, en la playa, abordó la cuestión directamente con Cristina. Estuvo rídículo y pesado. Ella reía, acostada en la arena boca abajo,

y levantando las piernas, doblándolas por las rodillas. Don Armando terminó:

• Quiero darle mi nombre, Cristina. Haré lo humanamente posible por hacerla feliz.

Cristina se hizo de rogar. Aparentaba tomarlo a broma. Pero tanto habló don Armando, tanto insistió, que ella, humildemente, le confesó que le era muy simpático, que podía llegar a quererlo mucho... Accedió. Convino en convencer a su tía, en arrancarle el consentimiento.

Y como Cristina era tan cariñosa con la tía, tan zalamera, tan astuta, y lloró tanto y tanto, y dejó de comer y de reír, doña Dolores, al fin y al cabo, consintió. Advirtió, eso sí, que ella no daba un centavo de dote ni tampoco gastaría nada en el matrimonio. A don Armando no le importó gran cosa. Si ya no puede ni andar la vieja, se dijo. Tendrá que morirse pronto.

Después de tres o cuatro meses se casarían. El señor Vélez encargó un monten de cosas de Guayaquil. Comenzó a construir un chalet para vivir allí, los dos, a orillas del mar. Pero le faltaba paciencia para esperar que lo terminasen. Y como el chalet era grande, muy bonito, según los planos, y el señor Vélez, por economía, tenía trabajando sólo a tres hombres en su construcción demoraría mucho tiempo todavía. Mientras tanto, podían vivir en el hotel de don Carrillo, al que le alquilaron todo un lado entero. Tanta era la influencia que Cristina había ganado sobre su tía, que la hizo consentir en que abandonarían el hotel. No tenían allí comodidades. Le quitarían todos los pasajeros, la clientela... Cierto es que Cristina había advertido a la tía que don Armando dejaba tomada su pieza hasta la terminación del chalet... No sufría, pues, ningún perjuicio.

Don Armando Vélez era el hombre más feliz. Pero comenzaba a gastar mucho dinero.

La Península de Santa Elena sufre día a día una radical transformación. Hace ya algunos años que llegaron los gringos.

Vinieron en pos de petróleo.

Sobre las rocas comenzaron a levantar castillos. Todo es piedra. Todo es roca viva. Todo se confunde en un color café negruzco que llena los sentidos de una extraña sensación de dureza. El terreno se quiebra en grietas y precipicios. El mar es, por estos lados, de un color vende purísimo: es que siempre hay que mirarlo de lejos. Los acantilados son hermosos, desafiantes y fríos. Hay arriba un cielo que no aparece tropical. Y al frente, la línea curvada del horizonte marino. En el fondo el hervidero de las aguas; espumas que saltan; olas que trepan a las rocas peladas y las van mojando con sus penachos albos. Mucho ruido. Pero el bramido aquí es diferente. Allá, en el playa, se extiende el bramar como para acostarse. En los acantilados, el choque es seco, rudo, como cortado, tal que precisos latigazos. Sólo la caída del agua, al regreso, es menos violenta. Porque va bajando de tono hasta la nota menor, la más lejana, igual que el aliento que se extingue.

Sobre las rocas de esa gran extensión agrietada y rara, se levantan los castillos. Se construyen preciosos chalets para los gringos; casas de caña, chatas y largas, de muchos cuartos, para los obreros nacionales. Cada día

amanece un nuevo castillo para controlar un nuevo chorro de petróleo. Se invierten millos. La Península se llena de automóviles y de hombres rubios.

Poco a poco han conquistado a los cholos. Casi los obliguen, tentándolos, perurgiéndolos, a ir a Ancón, que así se llama el asiento minero. Se generalizan nuevas costumbres. Se encarece la vida. Se fuma y se bebe más. Son los cholos los únicos que sufren. Y los obreros que trabajan día y noche. A los cholos les van quitando sus casas, sus terrenos. Cierto es que les pagan, pero a ellos no les importa el dinero. Lo que aman es el corral, la casita, el sembrío de la sandía, la vida fresca, mañanera, sin complicaciones. Pero los géologos informan que allí hay petróleo. Y al día siguiente, ya no hay corral ni casa ni sandías. Se ha hecho un hueco en la tierra. Penetra una larga cañería. Hay que sostener las pesadas herramientas que perforan la roca del subsuelo. Se levanta el esqueleto de un castillo. Se instala una bomba. Se perforan miles de pies. Hasta que saltan el chorro codiciado y los gringos hablan una lengua rara, se ríen y beben vasos llenecitos de whisky.

Se han invertido muchos millones. Ahora es Ancón el lugar más poblado y rico de la Península. Hay miles de obreros trabajando. Hasta de la sierra han venido en busca de trabajo, y se contemplan los rostros marchitos por el paludismo y el alcohol. Cuando se pasa por allí, desde muy lejos se ven los castillos, la multitud de castillos, altos y huesudos. A la distancia, son agujas que se clavan en las nubes. Parece un cerco gigantesco de púas que defendiera el capital que se ha ido apropiando poco a poco de la tierra chola. Ancón está muy grande. Se ha desarrollado inesperadamente con gran rapidez. Lo cruzan cientos de automóviles. Se trabaja con furor. Se oye el golpear de las herramientas hasta por la noche. Los obreros se agotan por ganar un sobretiempo. Todo el mundo anda ligero, apurado. No hay tiempo para nada. En las oficinas, el tecleo de las máquinas de escribir es constante.

Por todas partes, en los caminos, en la pampa, en mar bravo, se ven automóviles y hombres rubios. Los automóviles aplastan a los burros y a los chivos. Los gringos ríen desaforadamente y beben vasos llenecito de whisky.

Don Jesús Parrales está de viaje. Hace tres días que ha partido con don Armando Vélez. Van primero a Puná. Luego entrarán a Guayaquil con el contrabando.

Los derechos aduaneros han subido. Es el momento más duro de la crisis. Luego de los años de inflación, el 1933 es de quiebras y de baja de precios. A pesar de los altos derechos, las mercancías son baratas. Don Armando está fastidiado. Y él que dentro de poco tiempo va a casarse. Pero comienza a circular papel y empieza otra vez la inflación. Se bajan las reservas metálicas. El dólar se va a las nubes. El sucre vale muy poco. Ahora es una carrera loca de precios. Las cosas suben hasta un doscientos por ciento. La gente pobre se muere de hambre. La tuberculosis hace presa de los hambrientos, de los obreros sin trabajo o de los que tienen que duplicar su esfuerzo para ganar un miserable jornal. Duerme la gente en los portales. En la calle, los pobres no dejan tranquilos a los señoritos que asisten a los salones, o van a las peluquerías o a las tiendas. Piden pan, piden centavos. Y don Armando se ve favorecido con la situación. Don Armando Vélez gana mucho dinero a causa de la crisis y se siente feliz. Los precios de sus contrabandos aumentan de manera que nunca lo había sospechado. Está colorado y jovial. Fuerte. Enhiesto a pesar de las canas.

La ola de hambre y miseria ha envuelto a Apolinar que vaga sin trabajo por las calles de Guayaquil. También se ha visto obligado a mendigar y a sufrir los insultos de los señoritos. Ha enflaquecido y el brillo de sus ojos se ha hecho lastimoso. Las manos le cuelgan como cosas inútiles y sólo le sirven para pedir. Un día se ríe con todas sus fuerzas. Jamás creyó poder reírse tanto. Después de los meses de hambre, de dormir buenamente donde le cogiera la noche, ha obtenido trabajo para las minas de Ancón. En la oficina de Guayaquil lo han tomado. Semanas de semanas tuvo que ir a presentarse hasta que un día lo aceptaron, en mérito de los certificados que pudo ofrecer de los lugares donde había trabajado y de su conocimiento de la región. Se alegra de su muerte. Y él también es un hombre feliz.

Apenas tuvo tiempo de ver a su familia en la pampa. Tenía que ir en el acto a Ancón. Allí trabaja a las órdenes de mister Kemp. Le pagan dos sucres diarios y le proporcionan un cuarto para dormir. Sólo de vez en cuando puede hacer un viaje a la pampa. Es tan lejos y, además, hay que ganar el sobretiempo para que alcance el jornal. Pocos domingos tiene libres. Y en esos pocos hay necesidad de descansar para levantarse temprano el lunes. Es en la bodega de materiales donde presta su servicio. Cuando sale del trabajo, se va a las cantinas con los compañeros. Ancón está lleno de meretrices. Los obreros se divierten. Comen mal, pero beben mucho. A Apolinar le gusta esta vida. Y sigue sintiéndose feliz. Y le parece ser otro hombre cuando alguna vez tiene entre sus labios un fragante cigarrillo rubio.

Hace tres días que partió La Beldaca. Ahora, en casa de don Jesús, es Juanita quien cocina. Juanita Parrales tiene quince años. Es parecida a su padre. Juanita Parrales es una mujer gordita. Pero no tanto que se le pierdan las líneas. Todo en ella es redondo, curvo. Los ojos son grandes y los pechos firmes. La boca de Juanita es una enorme boca. Gruesa. Si Juanita lo supiera, diría al verse el labio inferior tan caído y tan gordo, que estaba a la última moda. Y la nariz, aplastada a los labios, se yergue, sin embargo, en la punta como queriendo ser aguileña. Es que Juanita Parrales se parece a su papá y ha sacado la misma nariz. En cuanto a su estatura, Juanita es muy baja y sus piernas son muy cortas. El cabello le da a los hombros. Y como Juanita Parrales ni siquiera sabe lo que es sostén, los pechos se le dibujan, al través de la zaraza del vestido.

Juanita cocina y sonríe. La madre, la vieja Juana, está sentada. Por decir algo, le ordena a la hija:

• Prueba la sazón, Juanita.

• Y ya no la probé?

Deben ser las diez de la mañana. No hay sol. Es una de esas mañanas grises tan frecuentes en la costa. Hace un poco de frío. El cuarto de caña se llena de humo. Juanita tose.

Afuera, frente a la casa de don Jesús, se ha detenido un automóvil. Oyen la bocina. No creen que es por ellas. Pero sigue la bocina haciendo bulla. Sale Juana a ver. Es el automóvil de mister Kemp. Un amigo lo acompaña. Pero la Juana ni siquiera conoce al patrón de su hijo.

• Hey! Dígame tú por donde es camino a La Aguada.

• Por allí -contesta la vieja señalando hacia la derecha.

• Ajá. Pero hay muchos caminos. Mi puede perderse. Caramba.

• En ese momento, Juanita, curiosa, sabe a la puerta. Los gringos la miran. Se ríen. Hablan en inglés. Vuelven a reírse. Se bajan del automóvil.

• Oye, señora, la chica poder acompañarlos a La Aguada.

• Huy! Si es lejísimo!

• Perro no en automóvil. Una mitad de hora. Anda, vamos, muchacha.

• Yo no voy -dice Juanita temerosa.

• Oh! Por qué?

• No, señor, la chica sola no va.

Los gringos hablan entre ellos. Uno de ellos, el más grandote, se mete la mano en el bolsillo. Saca un billete de cinco sucres. Se adelanta a la vieja.

• Toma, señora.

• Ay, señor! Muchas gracias.

• Pero deja ir chica.

• Yo no voy -insiste Juanita.

• Es que sola no puede ir.

• No pasa nada, carramba. Vamos.

• No, señor. Si es por eso, aquí tiene los cincos sucres.

La vieja Juana hace ademán de devolver el billete. Vuelven los gringos a hablar en inglés. Ríen.

• Deja no más venir chica. Mi ser mister Kemp. Sabe? Mi quiere que enseñe Aguada.

• Señora también poder venir -agrega el otro, despreocupadamente.

• Bueno. *All right*. Que venga no más.

La Juana se resuelve. Ha doblado el billete y ha ajustado el puño.

• Así sí. Anda, Juanita, saca la olla y vamos pues.

Bajan de la casa. Uno de los gringos abre la tapa del asiento de atrás. Es un *roadster* de nuevo modelo. Allí hacen sentar a la vieja y a Juanita. Arranca el automóvil

• Por dónde?

• Por allá.

Van rápidamente. Saltando en los huecos. Juanita tiene la boca entreabierta. Se agarra con todas sus fuerzas del asiento. Siente frío en la barriga. Le brinca el corazón.

De repente el automóvil se detiene en medio camino.

• Oh! Dañado... *Very bad!* Vamos arreglar. Oye, señora, bájese para sacar herramientas.

Se bajan las dos cholas. Los gringos hacen como que trabajan. Hablan y ríen entre ellos. Las dos mujeres, de pie, miran el automóvil con miedo.

Después de un rato, se embarcan los gringos. Prenden el motor. Dice uno:

• Súbe tú primero, chica.

La chola se sienta. Cuando la vieja Juana levanta la pierna, el automóvil parte bruscamente. La vieja cae a tierra con las faldas al aire.

Atrás del automóvil sólo se ve un poco de polvo.

La Juana se incorpora adolorida. Levanta los brazos. Como una loca, grita.

• Ah, Juanita.

• Paren que me he quedado! Esperen!

El automóvil ya se ha perdido en una curva. Ya ni se ve el polvo.

La Juanita corre desesperadamente atrás con los brazos en alto. Le falta el aliento a la vieja. Se tropieza. Cae. Vuelve a levantarse. Corre. Se detiene. Se para. Se suena los mocos con las faldas. Su cerebro se atormenta. Le queda la esperanza de que regresen. Estira el cuello para dominar el camino. Y comienza a caminar de prisa con el aliento cortado y el pecho hacia adelante. Las profundas arrugas de su cara brillan con el sudor copioso que revienta en sus poros.

Y así fue cómo la Juanita quedó preñada.

CAP. 16

El matrimonio de don Armando Vélez fue notable en toda la Península de Santa Elena.

Se casó en el hotel de doña Dolores. Arreglaron el salón de planta baja. Don Armando hizo comprar una gran cantidad de flores. Las colocó en las escaleras, en las paredes, en el altar, que se había levantado al fondo, y en las lámparas. Lucía el altar unos cirios largos, sobre bordados manteles que el señor Vélez había comprado a bordo de un brazo español.

Cristina, con el viejo que en la mañana se había puesto para el matrimonio civil, estaba como nunca de bonita. Le daba besitos en los bigotes a don Armando. Le pellizcaba los cachete. El señor Vélez vestía americana negra con filos de raso en las solapas, chaleco de piqué blanco y pantalones de fantasía. Llevaba zapatos de charol y corbata de seda negra. Y un clavel en el ojal que le había colocado la novia.

A las once de la mañana se realizó el matrimonio civil. Estaban allí todas las autoridades. Hasta el último comisario. Firmaron el acta. Se bebió champagne. El señor Vélez invitó a todos a almorzar. Fue una mesa suculenta.

La señorita Dolores, sentada en un rincón, miraba con ojos malévolos la escena. De vez en cuando movía los labios refunfuñando algo.

Se sirvió el almuerzo a la una de la tarde. Los novios, muy juntitos. Ella, alegre, dicharachera, más coqueta y más linda que nunca. Don Armando ensimismado, buscando al coger los cubiertos rozar la manos de la novia.

• Cuándo me llevas a Guayaquil, Armando?

• Ya veremos. Cuando haya oportunidad. No es necesario hacer un viaje tan fastidioso...

• Si, no? Y tienes que llevarme a Europa también.

• Ah?

• Pero, claro. No cuesta mucho.

• No cuesta mucho!... Vaya que cuesta.

• No. Llévame, Armando.

Y le ponía los ojos tan dulces y la cabeza inclinada. Le cogía la mano acariciándosela

• Llévame a Europa, Armando.

• Pero, Cristina, si ya mismo hay guerra en Europa y nos puede coger allá.

• Guerra... Esos son cuentos. No hay nada. Llévame.

• Pero fíjate.

• Oh!

Hacía un mohín Cristina con sus labios tan colorados. Y le daba la espalda.

• No te pongas así, Cristina.

• Es que tú no me quieres.

• Pero por qué?

• Porque no me das gusto. No me quieres llevar a Europa.

• Si te llevo.

• Cuándo?

• El año entrante

• Sin falta?

• Sin falta.

• Me das tu palabra?

• Mi palabra

• Que bueno eres, Armando! Cómo te quiero!

Sonreía el viejo. Le temblaban los bigotes. Se le humedecían los ojos.

Por la noche, a las nueve, fue el eclesiástico. Don Armando había hecho poner una grasa instalación eléctrica. Para eso tuvo que encargar un motor más poderoso. Afuera, en el portal, se apiñaban los curiosos.

Los novios estaban parados frente al altar. Don Armando, de frac, y Cristina con el traje de novia y la corona de azahares. Los bendijo el cura. Se pusieron los aros.

Los invitados recorrían la mesa donde estaban los regalos. Un Lindo juego de brillantes era el regalo de don Armando: aretes, anillo, pulsera.

Don Jesús Parrales, obligado por el señor Vélez a estar en el matrimonio, era el jefe de la cantina. Ordenaba servir las copas de champán. Cuidaba la mesa de los regalos que se hallaba cercana. Pero don Jesús estaba que triste y qué callado.

Como a las once de la noche, Cristina y don Armando subieron al automóvil y se fueron al hotel de don Carrillo.

La señorita Dolores, sentada en su silla, con el cuerpo encogido, con una gruesa manta sobre los hombros, temblando de frío, apretaba los labios y bajaba y subía la cabeza, como diciendo:

• Ya verán.

Don Jesús Parrales, en la noche tan cerrada, se fue camino hacia la pampa. Nada del matrimonio de don Armando Vélez le había llamado la atención. Sólo tuvo rabia. Tristeza. Dolor. Caminaba lento. Bajado y subiendo las curvas del camino. Hundiendo en el polvo sus pies morenos y descalzos.

Don Jesús debía partir, al día siguiente, en la madrugada, en viaje a Manta. Eran cerca de las doce de la noche. Pero él necesitaba dormir muy poco. Desde que emprendió la marcha no había vuelto ni una sola vez la cabeza para mirar la sombra de La Beldaca.

Don Jesús no apura el andar. El camino le es familiar. A pesar de la noche, va por el sin vacilaciones. Conoce todos los sitios. Todos los cactus. Los cactus siniestros y sin flores. Los árboles enanos que se ven allá, tan lejos, como motas más negras sobre las pequeñas elevaciones del paisaje.

Divisa su casa. No hay luz. Al trepar las escaleras. Oye un quejido. Es la Juanita. Sube don Jesús. La Juana lo interroga:

• Se casó don Armando?

• Ajá.

• Fue bonito?

Don Jesús no responde. Va a la ventana. Escupe luego de toser.

• Siempre te vas mañna?

• Sí.

• Oye, ya principió la Juanita.

• Sí la oí quejar.

La Juanita se queja con los primeros dolores del parto. Hay largos silencios. Hay largos intervalos entre dolor y dolor.

• Oye, Juana.

• Ah?

• Le diste ayer el purgante?

• Sí le di.

De nuevo otro silencio. Negro como la noche. Don Jesús acaba de fumar un cigarro. Se levanta del banquito donde se había sentado. Va a acostarse.

• Oye, Jesús.

• Ah?

• Siempre mismo te vas mañana?

• Ya no te dije que sí?

• Pero la Juanita…

• Para qué fuera bruta.

• Ella no tuvo la culpa. Por qué no le dijiste a don Armando que atrasaran, pues, el viaje?

• No se puede.

• Y por qué?

• Vos que preguntas tanto. Porque no.

• Cuándo regresas?

• Ah?

Don Jesús se está acostando. Vestido, tal como ha llegado.

• Ya me voy a dormir.

Seis meses atrás, don Jesús Parrales había hecho una caminata parecida a la de esa noche. Llegó La Beldaca a las doce. Venía de Esmeraldas con un cargamento de tagua. Iba a hacer puerto de dos días para seguir luego a Guayaquil.

Aún la tristeza de don Jesús no era tan profunda ni tan dura. Y todavía miraba hacia atrás, hacia la silueta de La Beldaca.

Esa noche también era muy negra.

Pero don Jesús no hizo el viaje a su casa solo. Espíritu y José María lo acompañaban.

Ya don Jesús se estaba resignando. Volvía a conversar en veces como antes. Cuando recordaba cómo perdió La Beldaca se obstinaba en un silencio hermético. Nadie era capaz de hacerlo hablar. Respondía a los más con monosílabos. Constantemente tenía un cigarro en la boca. Y al chuparlo, se le hendían los cachetes en dos huecos alargados y hondos. La boca se le hacía menuda, en su forma de piro, de un color profundamente morado.

En los ojos, a don Jesús le ha salido una sombra gris. Parecen cristales empañados los ojos. Y aunque en ese momento don Jesús no estés tristes, si se le pudiera ver la sombra de sus miradas en aquella noche, todos creyeran en su tristeza. Es que don Jesús, desde que el señor Vélez le quitó La Beldaca, ha envejecido mucho.

Espíritu es el hombre más querido de don Jesús. Siempre está con él. Lo prefiere a todos. Más que el jefe, don Jesús es amigo de Espíritu. Hace tiempo que salvó al viejo de una muerte segura. Fue en una jarana del Guayas, en el barrio de Villamil, entre botellas de puro y platos de fritada. Acaso por esto es que Parrales lo quiere tanto.

Don Jesús, Espíritu y José María caminan por la pampa azotados por el viento que les lanza la noche. De repente, don Jesús coge del brazo a Espíritu.

• Quiero hablar con vos.

Y dirigiéndose a José María:

• Sigue vos no más que nosotros vamos después.

Don Jesús Parrales y Espíritu se han detenido en media pampa. Hay un largo silencio. Están frente a frente.

• Oye, Espíritu, vos andas enamorado de la Juanita -corta el silencio don Jesús de una manera brusca.

• Ah?

• Ni me niegues. Vos andas enamorado de la Juanita. Yo mismo lo he notado.

• …

• Dime a mí la verdad.

• Este… No, don Jesús.

• Ni me niegues. Si yo nada te digo. Vos la quieres?

• Sí, don Jesús.

• Y ella qué te ha dicho?

• Nada.

• Y por qué?

• Yo mismo no sé.

• Vos le has hablado?

• Ajá.

• Y la Juanita, qué te ha dicho?

• Se queda callada no más.

• Ah!

El viento es más fuerte. Y la noche más cerrada. Son dos hombres solos que hablan más cerrada. Son dos hombres solos que hallan. Dos

sombras negras que se recortan sobre la pampa desnuda. Don Jesús pregunta:

• Y vos te quieres casar con ella?

• Yo, sí.

• Bueno, yo hablo mañana con la Juanita. Yo sí quiero que te cases con ella. Y cuando yo me muera, vos has de ser el piloto de La Beldaca. Si ya estoy viejo. Si ya ni sirvo.

No dijeron nada más.

Siguieron mudos por la pampa. Al despedirse don Jesús dijo:

• Ven mañana para hablar.

• Bueno, don Jesús.

• Entonces, hasta mañana, pues.

Al día siguiente, mientras el viejo toma su café, antes de las seis de la mañana, mientras la Juana amasa el bolón, el plátano asado en manteca para ponerlo a freír, don Jesús habló:

• Oye Juana. Tengo que decirte una cosa.

• A ver. Oye, y cuándo se casa don Armando? No me dijiste, pues, que estaba de novio?

• Sí. Pero todavía se demora. No le llegan unas cosas que ha encargado. Pero yo quiero decirte una cosa.

• Dime, pues.

• Ven para acá, que no oiga la Juanita.

Se acerco la Juana. Se sentó al lado de Parrales.

• Oye, Juana, Espíritu anda enamorado de la Juanita.

• Ajá.

• Y yo quiero que se case con ella.

• Este…

• Juanita! ---llamó don Jesús-. Mejor es decirle de una vez.

• Qué?

• Vos quieres a Espíritu?

• Ah?

• Que si vos quieres a Espíritu, te digo.

La chola enmudeció. Miró a la madre. La vieja se angustiaba por momentos.

• Contesta, pues.

• Sí, lo quiero.

• Entonces se van a casar.

Hubo un nuevo silencio. La vieja no sabía qué hacer. La Juanita agachaba la cabeza.

• Qué es lo que te pasa?

• A mí, nada.

• Y entonces? Vos no te quieres casar?

• Yo, sí. Pero Espíritu no ha de querer.

• Y por qué? Si ya me dijo que sí.

La Juanita palidecía, miraba a la madre con miradas suplicantes. La vieja sonreía. Se levantó la Juana y le trajo el bolón caliente. Comió don Jesús. Alegre. Prendió su cigarro. La Juana se iba.

• Oye, no te vayas, pues. Ahora viene Espíritu. Vamos a arreglar el casorio.

• Si Espíritu no ha de querer.

• Y no te digo que ya me dijo que sí?

• Es que…

• Qué, pues?

• Nada.

• Ja, ja. Ve que vos eres bruta. Si vos lo quieres…

• Yo no me caso.

• Y por qué?

• Por nada.

• Qué es que te pasa, Juana?

La vieja callaba. Don Jesús, entonces, le notó el susto en la cara. Arrugó las cejas. Insistió:

• Qué es que le pasa?

Pero la Juana no respondía.

• Oye, a ti te digo. Por qué no se quiere casar la Juanita? Vos sabes.

• Yo no sé.

• Juanita, vos te casas con el Espíritu.

• Este… Es que…

• Dime qué es que te pasa.

No le respondieron. Don Jesús montaba en cólera. Se levantó. Se acercó a Juanita. Le cogió las muñecas.

• Dime ligero.

La Juanita no pudo más. Lloró sin contenerse. Tomó el ruedo de la falda y se secó los ojos. Don Jesús no entendía. Se exasperaba.

• Dime vos, Juana.

• Yo no sé.

• Dime o te pego. Por qué te callas?

• Este…

• Anda, vos, dime.

Don Jesús dio un puñetazo en la mesa. Cayó la taza de café al suelo.

• Habla, Juana, que yo me caliento.

• Dile vos, Juanita.

• Yo no. -y la cholo lloraba. Los sollozos se le cortaban en el pecho.

Don Jesús Parrales insultó. Vociferó. Estaba rabioso. Volvió a preguntar. Agarró a la vieja por los hombros y la remeció duro.

• Es que… La Juanita esta…

Se calló. No puedo seguir. Don Jesús la volvió a remecer. Duro. Con furia.

• Está que?

• Preñada, Jesús…

Don Jesús Parrales soltó a la Juana. Miró a la hija. Se sentó. Volvió el rostro. No se explicaba lo que ocurría. Masculló:

• Ese desgraciado… No creía así al Espíritu… Desgraciado… Ahora le pego…

Don Jesús Parrales está en el banquito con el rostro inmóvil. Está cómo petrificado. Sigue mirando a Juanita. Después:

• Maldita sea!

La Juana está ahora más nerviosa. Le tiemblan las manos. La cara se le ha hecho más angulosa. Mira a la hija y a don Jesús. Se anima. Inclina el cuerpo hacia adelante.

• Oye, Jesús.

• Qué quieres vos ahora?

• Este…

• Qué carajo!

• La Juanita…

• Maldita sea!

• Es que no ha sido Espíritu…

Don Jesús se ha levantado con los ojos brillantes de coraje. Le parece comprender todo. Agarra a su mujer de los brazos. La aprieta que duro. Le grita:

• Quién es?

• No sé.

• Dime quién es, vieja!

• Si yo no sé, pues!

Don Jesús ya no puede contenerse. Le pega un jalón hacia él. Le da una bofetada. La empuja. La arroja contra el suelo.

• Quién es, vieja?

• No sé.

• Dime porque de no te mato!

• Jesús…

Parrales vuelve a pegarle.

• Dime! Dime!

El traje de la Juana está destrozado. La zarandea como un guiñapo. La vieja llora y se cubre el rostro con las manos temblorosas…

• Unos gringos… Se la llevaron en automóvil… Yo no tengo la culpa… Yo también me fui, pero me dejaron botada… Fue a la fuerza, Jesús.

• Maldita sea!

Ha vacilado un momento. Los ojos le relampaguean como ascuas. Ajusta las mandíbulas. Le suenan los dientes. La boca se le ha hecho más menuda, mas fruncida. Va hacia Juanita.

• Desgraciada! Perra!

Comienza a golpearla. Le rompe la boca. La jala del pelo. El rostro de la chola está ensangrentado. La echa con todas sus fuerzas contra el suelo.

• Si no fue de su culpa, Jesús.

• Cállate vos, vieja de mierda!

Don Jesús ha perdio de control. Don Jesús Parrales sigue golpeando a Juanita. La chola esconde el rostro entre los brazos. Y llora a gritos. Pero no dice nada. Oculta la cabeza y se deja golpear. La vieja Juana se atreve por fin a coger a don Jesús por los brazos.

• Cuenta con el chico, Jesús. No ves que está preñada? Si ya tiene tres meses…

Don Jesús se detiene fatigado. No habla. Lanza una mirada inexplicable. Retira con el pie una pierna de la hija. Por un instante parece sin vida don Jesús. Lo delata sólo su respirar violento. Y así como está, sin tomar el mugriento sombrero de paja, se va de la pampa.

Son las once de la mañana. Hace un sol que arde. Las curvas de la tierra chola se tuestan. Los cactus se animan y dejan quemar sus manos de enfermos.

Don Jesús Parrales camina y camina por las curvas. Lentamente. Con el gesto sonámbulo. Se para en la loma más alta. Y aguaita el horizonte. Escupe. Sigue tan despacio.

El sol se hace cada vez más perpendicular a la pampa. Don Jesús se sienta en una piedra. El sol se va tan arriba. Las ondas de la tierra parecen muy largas. Ni siquiera don Jesús se enjuga el sudor que le baña el rostro.

Bajando una curva viene un hombre. También despacio. Don Jesús se pone en pie. El hombre se acerca sonriente. Apura un poco el andar. Cuando divisa a don Jesús, saluda:

• Ah, don Jesús! Buenos días!

Llega y ambos permanecen callados. Espíritu espera que don Jesús le diga algo. Pero don Jesús está mudo. No sabe qué hacer Espíritu. Se turba.

• Oye, Espíritu, partimos esta noche -dice por fin Parrales con el ceño arrugado.

• Y no era, pues, mañana?

• No. Partimos esta noche. Ya mandé a avisar a José María. Ha de estar cargando La Beldaca. Vamos ahora para allá.

El gesto de Espíritu es indeciso. Incierto. Todo lo encuentra tan extraño. Don Jesús ya ha empezado a bajar la curva. Va adelante. Ha tomado el camino del mar.

Espíritu quiere atreverse a hablar. Pero se contiene. Piensa: "Está de mal genio el viejo". Iguala su paso.

Don Jesús procura no mirar a Espíritu. Sólo ve hacia adelante. De repente dice con voz pausada:

• Buen viento vamos a tener esta noche.

• Ajá.

• Vamos al Guayas a dejar la tagua de Esmeraldas.

• Ajá.

El sol ya está recto sobre la tierra. Se resecan más los cactus. Se estiran. Espíritu tiene el sombrero en la mano y lo da vueltas y vueltas. Se resuelve:

• Oiga, don Jesús.

• Ah?

• Y no íbamos a partir, pues, a la casa para hablar con la Juanita?

No responde el viejo. Se enjuga el sudor con los dedos. Los sacude. Hace caer a la tierra unas gotitas que enseguida se chupa la pampa. Espíritu insiste:

• Y no vamos, pues, un ratito a la casa?

• No.

• Y por qué don Jesús?

• Porque no.

Espíritu ha golpeado una pequeña piedra del camino. Se siente desconcertado. Acorta el paso. Mira a don Jesús fijamente.

• Pero es que yo le dije, pues, a mi mamá que me iba a casar al regreso del Guayas y todavía, pues no le he dicho nada a la Juanita.

Don Jesús apresura el paso. Y dice con los dientes apretados:

• Apura, pues, tenemos que trabajar bastantísimo.

• Y no hablamos, entonces, con la Juanita?

• No. Ya no te casas con la Juanita.

• Y por qué, pues, don Jesús?

• Porque no.

• Pero si usted me dijo anoche... No juegue, don Jesús. Hable de verdad.

• Te digo que no te puedes casar. No me preguntes más ahora. Después te digo.

Espíritu se lleva la mano a la boca. Se detiene un momento. Don Jesús ha seguido de largo. Tiene Espíritu que andar ligero. Sus pies se entierran en el polvo. Le arde la cabeza. Se pone el sombrero. Medita con las manos en los bolsillos del pantalón. Todo se le hace confuso. No acierta a poner en orden sus ideas. Mira al suelo de la pampa amarilla, de la pampa seca, dura.

CAP. 17

El mar no tienen aún coloración celeste. Parece, a veces, tenuemente dorado. Tenuemente gris. Tenuemente negro. Arriba, en el cielo, se ha abierto una hendidura. Se hace larga y se redondea a los lados. Y tanto se alarga y se redondea, que la hendidura se rompe como un plato de luz en mil astillas.

Las astillas de luz caen al mar. Y el mar se ilumina. Deja de ser negro. Se pierden las lucecitas, tal que estrellas, que la espuma dejara al saltar en las noches oscuras.

Y con la luz, el mar se va haciendo más callado. Ya no se oye el estruendo del mar en las tinieblas.

El viento hace encoger las olas como si tuvieran frío. La madrugada también se arruga en las nubes. Y pasa como un vaho lento. Huele como almidón tiesito de una camisa limpia.

La luz del faro ya no sirve. Sus señas tuertas se ven apenas en la claridad de la mañana que se inicia.

En las rocas, el ruido atolondra el paisaje. Atolondra tal que ahogando la luz. Y en la chocolatera, la espuma se bate como clara de huevo.

Pero en la pampa todavía no amanece.

Cubriendo la lejanía, los cactus sin flores son siniestros. Y en la noche, aparecen manos desgarradas. Parecen cuellos largos de enfermos.

En medio de la sabana pelada, sobre la sombra redonda que hace el sembrío de la sandía, se levanta una casucha de caña sostenida en cuatro palos flacos. La ventana se cubre con una tela hinchada por el viento. La puerta, al través de los claros que deja el cuerpo largo colgado, permite el paso de un soplo frío y silbante.

Adentro, amontonamiento de brazos y de piernas. Olor de carne sudada y de sandía.

En un ángulo, el fogón. Con las cenizas pardas. Con los ladrillos rojos.

En la mesa del centro, plátanos y pepas negras de sandía. Y algún trozo de la carne rosada de la fruta.

Debajo de la mesa, alumbra apenas un farol de nafta.

El canto del gallo hace levantar a don Jesús Parrales. Se para con las espaldas encorvadas, ajustándose los pantalones con una piola. Está descalzo. Al andar, se mueven ligeramente los filos de su cotona blanca.

Otea el horizonte. Se pone la mano en la frente, a modo de visera. Dice:

• Las cuatro han de ser.

Don Jesús Parrales ha dormido muy poco. Llegó tarde del matrimonio de don Armando Vélez. Y los quejidos de la Juanita lo han desvelado. Pero la noche ha resbalado sin hace daño por su rostro impasible. Se estrega los ojos. Tose. Se sienta con los codos apoyados en la mesa.

• Ya, Jesús, el café.

Es la vieja Juana que ha salido de debajo del toldo. La vieja camina a pasos menudos; agitando la pollera azul. Ha buscado, entre las cucarachas del cajón de la mesa, los fósforos. Prende candela. Arde el sebo y poco despues la leña revienta. Avienta las llamas con el abanico de paja. Ha hervido el agua.

• Ya, Jesús el café.

• Asaste el verde, Juana?

• Allí no está?

• Ah!

Y don Jesús se ha puesto a tomar su café puro. La Juanita se queja. Llora con sollozos chiquitos.

• Ya se fregó la Juanita.

• Ajá

• Ahora si que es cierto.

Don Jesús está arreglado sus cosas para el viaje. Dobla la red. Se asoma a la ventana. Está impaciente don Jesús. La vieja le pide quedarse.

• No puedo. Todito esta listo. Tenemos que irnos.

• Pero unas dos horitas.

• Ni creas. Hay que coger el viento de la madrugada. Después nos atrasamos lo menos un día para llegar a Manta. La balandra está cargada.

• …

Don Jesus se inquieta. Sus hombres no llegan.

• Caray, que se demoran!

La vieja le solicita que le pase el agua caliente. Y le pregunta si la chiva tienen bastante leche.

• Si tiene. Yo la tantié ayer. Está llenecita.

El gallo ha vuelto a cantar. Don Jesús vuelve a sentarse en el banquito a la mesa. Allí, de codos, inmóvil, fuma.

De improviso, oye voces. Espíritu, Gumersindo, Estanislao…

• Ah, don Jesús!

• Levántate, don Jesús!

• Buenos días, don Jesús!

El viejo se pone en pie. Da un clavo toma su sombrero de paja. Se abrocha una cotona gruesa, encima de la otra. Sacude la ceniza del cigarro.

• Hasta la vuelta, Juana.

• Hasta la vuelta, Jesús.

Ahora don Jesús y sus hombres caminan por la pampa en la semioscuridad de la madrugada.

Don Jesús Parrales va callado.

Los marineros charlas. Del frío, de las mujeres de Manta, de las botellas de puro que debe llevar el viejo.

Cuando llegan a la playa, es ya claro. Lo suficiente para divisar toda la costa. El bote varado en la arena. La balandra que apenas se balancea. Y lo grande, lo extenso, lo redondo del mar.

• Ah, José María!

• Listos, don Jesús!

Sale José María del bote en que ha dominado. Don Jesús se enrolla los pantalones y se mete en el bote. Empuña el timón. Todos empujan. Reman.

Llegan a la balandra, y trepan el bote a cubierta.

Don Jesús, callado, mira hacia la pampa. No le importa que ya la trinquete y la mayor estén casi al tope. No le importa que Gumersindo y Estanislao estén prendidos con todas sus fuerzas de las escotas. Las velas gritan, piafan como corceles contenidos.

• El ancla!

La Beldaca ya está caminando. Hay buen viento. Va a dar una vuelta. Tiene que tomar el norte.

• Listos... Y a virar!

Cambian las velas. La Beldaca se inclina. Toca las aguas con los flancos.

Hay un momento de reposo. Don Jesús entrega el timón a Espíritu.

Se va a popa don Jesús. Y allí, entre cabos y telas de crudo, se sienta. Largo rato. Sin hacer nada.

• Anda trae, pues, la lora.

Viene la lora contoneándose y se para en el hombro de don Jesús. Le hace caricias el viejo. Le rasca la cabeza despacio con la uñas.

• Prúaaaa...

Después de un momento, la lora, como una cresta verde, trepada en lo más alto del palo de la mayor, contempla con un ojo el fin del mar.

Los cholos cocinan. Un perro flaco, huesudo. Olfatea cerca de las ollas. Lo espantan y se va a la borda. Asoma sus patas delanteras y el hocico filudo. Mira el mar y aúlla.

Ha tomado viento grueso La Beldaca. Va rápida. Veloz. Se inclinan de lado. Corta el agua. La espuma salta invadiendo la proa. El ruido del agua que se corta es un ruido sabroso, alegre, jovial.

Está solo don Jesús en popa. Cuando se acercan los marineros, don Jesús casi no responde a su preguntas.

El mar es verde ahora. Trasparente. Las olas son extensas. El viento largo las hace así. El cielo está limpio. Las velas remendadas se templan y se sacuden.

Uno de los cholos se atreve:

• Oiga, don Jesús, dispensándome la mala palabra, por qué está tan callado?

• La Juanita que está pariendo.

Son las cinco de la tarde.

La vieja Juana se ha atrasado en la cocina. Por apurada se ha quemado la punta de os dedos. Se los lleva a la boca y los chupa.

• Au...

Al levantar el fuego, suda. Los cachetes colorean. Los ojos le arden.

• Juanita, Encarnación, Cipriano, toditos, ya, pues, a comer.

• Yo estoy dando de mamar al chico.

La Juanita, sentada en el suelo, mete la teta en la boca de un chiquillo. El chiquillo, con la cabeza pelada, casi blanco, bate las manos en el aire.

• Tan tragón el muchacho.

• Ajá.

Comen todos menos Juanita. En platos de fierro enlozado. La vieja Juana sirve. Ella come, después, en la olla con la gran cuchara de palo.

• Apúrate, Juanita, que se va a enfriar.

• Ya mismo voy…

Ahora está comiendo Juanita. Un poco triste y flaca.

• Cuándo llegará mi papá?

• No sé. Se está tardando mucho.

• Ajá. Ya tiene cerca de un mes y no vuelve.

• Por qué será?

• Se ha de haber ido al Guayas.

• Ajá.

Sorbe Juanita el simple caldo de plátano. Masca las rebanadas casi deshechas.

• Si Jesús demora más -dice la vieja-, no sé, pues, que vamos a hacer. No hay más que plátanos.

• Pídale un suplido a don Armando.

• Antier no fui, pues?

• De verdad. Pero vuelva a ir.

• Me dijo que ni pensara en plata. Que con el matrimonio estaba muy gastado.

• De verdad.

• Ajá. Y me dijo que tiene miedo que La Beldaca se haya ido a pique porque está demorando muchísimo.

• No crea. Mi papá no se hunde.

Es Encarnación que ha hablado con voz firme. Ha hecho un gesto de seguridad con los labios. Y el inferior le queda hacia afuera al par que le brillan los ojos.

• Pero el plátanos se va a acabar.

• Ya mismo ha de llegar La Beldaca.

• Encarnación, anda pesca vos mañana.

• Yo ni sé.

• Aprende. Vos ya puedes.

• Y quién me enseña?

• Busca, pues. De no, no tenemos que comer. Coge langostas para vender. Anda mañana. Si estuviera aquí Apolinar… Hay que avisarle, Encarna…

• Él si gana en Ancón.

• Pero no le alcanza. No me gusta Ancón. Casi ni viene ya.

El chico de Juanita llora.

• Qué le pasa, pues?

• Más hambre que tiene. Si casa no le dí.

• Anda, pues, dale más de mamar.

• No tengo mucha leche…

El ocaso y el crepúsculo han pasado tan rápidos que nadie, en la casa de don Jesús Parrales, se ha dado cuenta. La noche ha venido con un viento que hace temblar las paredes endebles. El viento se mete por las hendijas de las cañas. Se apaga el candil.

El señor Armando Vélez es muy feliz. El señor Vélez se pasa una vida deliciosa en el hotel de don Carrillo.

Tiene ya don Armando un mes de casado. Cristina es todavía zalamera y cariñosa.

Es la época del verano. Llegan turistas. Se llena la parte libre del hotel. Ha llegado un joven que mira mucho a Cristina. Flirtean. Pero el señor Vélez, que en el comedor se sienta de espaldas a él, no ve nada.

En un momento oportuno, el joven guapo se presenta. Cristina le tiende la mano amabilísima.

• Cristina de Vélez.

• Tanto gusto. De Vélez? Es usted casada?

• Sí, señor. Le presento a mi esposo.

• Armando Vélez, a su disposición.

• Pues hubiera jurado que es usted su hija, señora.

• Ja, ja.

El señor Vélez ha hecho una mueca. Se le han crispado los bigotes.

• Llevan mucho tiempo casados?

• Oh! No. Apenas un mes.

• En luna… de miel, entonces?

• Ja, ja. Exacto. Pero siéntese usted. Acompañemos en el pousse-café.

• Encantado. Mil gracias.

El joven guapo se llama Ernesto Flores. Cuando se marcha a su habitación, don Armando dice a Cristina:

• No me gusta ese tipo.

• Ah, Dios! Por qué?

• Porque no.

• Vaya contigo! Qué lindo marido que me he conseguido!

Entra Cristina furiosa al cuarto. El señor Vélez cierra la puerta y comienza a desnudarse. Asoma su vientre peludo y bolsón. Se rasca. Se pone la pijama. Se acuesta.

• Aaaaaah…

Don Armando se ha virado contra la pared. A los pocos minutos, regresa la cara.

• Pero qué te pasa que no te acuestas?

• Nada.

• Vaya! Es por lo que te dije de ese fifí?

• Fifí… Un muchacho simpático. No puedo acaso tener amigos? Mejor enciérrame en una cárcel, con un regimiento de guardia, con perros furiosos.

• Vaya, vaya. Si yo no te he querido decir que no tengas amigos.

• Claro que si. Yo tengo la culpa. No sé para qué me he casado. Para ser una esclava. Como si yo fuera mala, una cualquiera… Ay, que vida ésta! Ayay.

Cristina llora.

• Pero hijita linda, no te pongas así. Ven acá.

• Yo.. No… vo… y…

• Ven, mi amor. Si no es para tanto.

• No quiero, bah!

Se levanta descalzo el señor Vélez. Se acerca a eela. Le acaricia. Ella lo evade. El señor Vélez hace pucheros.

• Perdóname… Si no te puedo ver triste… Lo dije por gusto, no por molestarte…

Al día siguiente, mientras don Armando trabajaba en una máquina de escribir Cristina se encuentra en la playa con Ernesto. Cristina está bellisima con su escotado vestido de baño.

Nadan juntos. Juntos se acuestan en la arena. Hacen figuritas. Ernesto Flores es atrevido.

• Es usted linda.

• Ay.

• Encantadora.

• Eso ya lo sé.

• Ja, ja. Pues, entonces, le diré que me gusta mucho.

• Esto también lo sé.

• Ajá. No? Pues agregaré que la quiero.

• Eso sí que no lo sé.

Después de un rato, Cristina, haciendo un mohín, con la cara levantada y las miradas caídas, dice lentamente:

• Ve que usted es insolente. Vaya con el tipo!

Ha tenido que voltear la cara para que no la vea reír.

Por la tarde fue invitado Ernesto a tomar el té a la mesa de Cristina y don Armando. Él trata de unir su pierna a la de Cristina. Ella se muerde los labios. Pretende Ernesto cogerle una mano debajo de la mesa. Cristina le clava las uñas.

El señor Armando Vélez era muy feliz. Sólo una cosa le preocupaba: La Beldaca. Más de un mes sin noticias. Telegrafió a todos los puertos de la costa. No obtuvo noticias.

• Qué le habrá pasado a La Beldaca?

• Tanto que te preocupas por esa balandra vieja, Armando.

• Ah, Dios! Co el embarque y todo pierdo cosa de treinta y cinco mil sucres.

• Cómprate un buque motor. Esa balandra no sirve.

• Sí, no? Para ti todo es muy fácil.

Perdía el apetito don Armando. Don Armando se hacía viejo. Las canoas eran ya abundantes. Pero se hacía viejo. Las canas eran ya abundantes. Pero se había teñido el pelo. Y no podía vencer a las arrugas.

Todas las tardes iba al muelle. Se paraba en la punta y oteaba el horizonte. Al regreso, le decía a Cristina:

• No se ve nada.

• No importa.

• No te importará a ti, pero a mí, sí.

• Oh!

Solo faltaba un día para el retorno de Ernesto a la ciudad. En la playa, paseando con Cristina, se lo ha dicho.

• Ya sabe que me voy mañana.

• Y por qué no se queda? Ah?

• Imposible. Regresaré si usted es buena…

• Ja, ja. Tiene gracia!

• No se haga, Cristina… Y ale he dicho…

• Sí, cómo no. Ya conozco la música si quiere, váyase pues.

• Hablemos seriamente, Cristina.

• No me gusta la seriedad.

Han ido poco a poco de tono. Ya se confunden sus voces con el rumor apacible del viento que juega con las olas. Se mueven sus labios despacio. Brotan sonrisas. La marea está subiendo y Cristina, sin moverse de su sitio, encoge las piernas. Está inclinada en la arena. Sus brazos redondos se estiran con las manos emplazadas. Mira distraídamente un caracol que se entierra. Surge una frase que se pierde entre el aire salado que acaricia las olas y la piel sedosa de Cristina.

• Haré lo posible.

Ernesto sonríe. El mar canta. Cristina ha vuelto a enmudecer. Sus miradas se dirigen a la curva remota del horizonte verde, allá donde el cielo se mezcla con las aguas.

En el comedor los está esperando don Armando para almorzar apoya la cara en una mano. Tiene las cejas arrugadas.

• Qué te pasa, Armando?

• No sé nada de La Beldaca?

• Tú crees que haya naufragado?

• Es lo más probable.

• Pero no le hagas tanto caso. No me gusta verte así tan triste… Ponte alegre.

• Pierdo treinta y cinco mil sucres…

Se levanta don Armando Vélez y va ligero al muelle. Inquieto. A poco, regresa.

• Vaya que te demoras. Me tienes muerta de hambre.

• Excúsame.

Se sienta a la mesa el señor Vélez. No prueba bocado. Tiene la mirada vaga. Y no puede advertir las que se cruzan entre Ernesto y Cristina. Mascando un pedazo de pan, murmura:

• Ese cholo animal de Parrales me ha fregado.

Doña Dolores Cerro, sentada en su sillón, con una manta en los hombros, dialoga con el cura:

• Sí, padre, el Estanco no ha arruinado. Hay que gastar mucho para vender.

Le viene una tos seca y se detiene. Luego continúa.

• Y la boba de mi sobrina que se fue a casar. Qué le parece, padre? Allí anda el Vélez preocupado por la Beldaca que no regresa. Como si fuera a durarle todo el tiempo… L a eternidad está en el cielo, verdad, padre?

Una sirvienta la ayuda a encaminarse a sus habitaciones, cuando el cura se ha despedido. En seguida se arrellana en una silla.

• Cuidado te vayas a casar. No seas tú estúpida. Me oyes?

• Sí, señorita.

• Hazme subir los perros. Ya mismo. La Diana está de tiempo.

Se pasa las horas encerrada con los perros. Le tiemblan las manos. Las miradas parecen recobrar un brillo ya perdido. Le late violentamente el corazón. Cuándo al fin se ayuntan los animales, inclina el cuerpo y ríe gozosa.

Piiii…! Piiiii…!

• La maquina!

Puuuuf! Chas…! Puuuuuf!....

• Hey, la máquina!

• Parrales! Levántate! Ya llegó la máquina! Bruto!

• No me friegues!

• No seas bruto! La máquina! Ya llegó de La Libertad! Apúrate, que están abriendo la bodega!

• Me cago en la máquina! Ja, ja!

• Está muy jumo. Déjalo, pues, Briones.

• Y si lo botan?

• A mí me van a botar! Cálmate vos! Qué me importa!

• Bueno, pues. Vos verás.

• Déjame, carajo! Maldita sea! Ya se ha de haber parido mi hermana… Un gringo fue… Hijo de una gran perra! Si supiera…

Toda la noche ha estado bebiendo Apolinar. Fue un domingo cualquiera. Un domingo en que se gastó el último resto del salario. Está arrojado en el suelo. Junto a él hay vómito y puchos de cigarrillos. Son apenas las siete de la mañana. Muy temprano ha llegado la máquina. Hay que mandar materiales para Puerto Rico. La bodega ya ha abierto sus grandes puertas. Hay que trabajar. Los dos amigos se marchan indiferentes. Apolinar se da una vuelta en el suelo. Murmura entre dientes:

• La máquina!... Que me importa! Un gringo fue. Me cago en tu alma!

Durante toda la mañana. Mister Kemp anda sudoroso de un lado para otro. Está caliente el gringo. Tiene que almorzar ligero. Ni siquiera le importa el sobretiempo que está ganando en libras esterlinas… Es que también le fastidia el chuchaqui. La noche se la pasó en el Club de Ancón. Se ha tomado quién saber cuántas botellas de whisky…

Apolinar, a las tres de la tarde, se encamina a la bodega. Aún tiene los ojos rojos. Se le marcan grandes ojeras moradas. Se siente débil, como si no pesara nada.

• Buenas tardes, mister Kemp.

• Largo de aquí! Borracho! Estas son horas de venir? Larga ligero!

• Oiga, miste Kemp! Este…

• Largo, he dicho! Borracho! Cholo! No tener más trabajo aquí! Anda tomar puro!

Apolinar sabe que es inútil insistir. Ajustar los dientes. Le corre un frío por la espalda. Por un instante de segundo se siente fuerte, capaz de cargar a puñetazos con el gringo. Largo rato permanece de pie sin tomar una resolución. Mister Kemp le vuelve a gritar:

• Que esperar tanto? Ándate y no volver más por aquí! Caraja! Mi tener que llamar policía!

Apolinar Parrales comienza a caminar hacia su cuarto. Encima de un petate se sienta con la cabeza entre las manos. Espera casi dos horas. Al sentir ruido en el cuarto vecino, se levanta y va en busca e su compañero de trabajo.

• Oye, Briones, me botaron.

• No te dije? Ve que vos te da mala juma…

• Ajá. Gringo de mierda! Desgraciado! Y ni hermana jodida. Oye, Briones, ayúdame a saber quién fue.

• Y qué sacas con eso?

• Ya verás.

• Ni creas que se sale. Si tu mamá ni se acuerda… Solamente que te lo enseñe. Yo te aconsejo que te olvides… Aquí mandan ellos…

• Maldita sea! La suerte que tengo.

• Aquí tengo cinco sucres. Si los quieres…

• Gracias, Briones. Me voy a tener que ir a la casa del viejo.

• Seguro. Embarcate en La Beldaca.

• Ha de estar de viaje. Y ni me gusta esa vida. Al viejo se le ha puesto mal el genio. Yo ya le he dicho que hable con el señor Vélez para que haga otra nueva… Cuerudo que es el viejo. Ni le importa nada. Mientras más vieja que está la balandra, dice que anda mejor. Allá él. No sé que hacer, Briones. Maldita juma!

• Yo te lo dije.

• Ajá. Me tomara un trago, Briones. Tengo sed.

• Mejor no.

• Vamos, Briones. Tengo sed. Oyes? Carajo! Quiero tirarme un trago! Así se olvida.

Los automóviles pasan raudos sobre las rocas y hay un juego de rayos luminosos entre todos los faros. Por el barrio de los obreros, en las puertas de muchos cuartos, mujeres semidesnudas, moviendo las piernas cruzadas tratan de llamar la atención de los trabajadores. Ha oscurecido ya. Apolinar, con las manos en los bolsillos, se dirige a la cantina más cercana.

Hace frío.

El sol ya se está escondiendo en el mar. Ha descendido por la Puntilla. El mar está como nunca de bravo. Se descarga contra las rocas en enormes rollos de agua.

El faro, todo el extremo de la Punta que se incrusta en el mar, se han pintado de rojo. Una larga extensión de agua que se pierde sin terminarse nunca es también roja. Las rocas tienen un color más fuerte. Y hay una fiesta de tonos en la tarde.

El sol, redondo, inmenso, se sumerge. Ya está medio sol hundido. Las olas, a lo lejos, se levantaban como llamas.

El incendio se mueve. El incendio se agita. El incendio se aviva.

Ya se ha perdido el sol. La tarde es de color morado pálido. El cielo, tan alto, es violeta. Las nubes son escombros. O jirones de colorines. O amplias vestiduras desceñidas en una rápida fuga. Hace un rato que estuvieron inflamadas como algodones. La sombra, la levísima sombra violeta envuelve el mar, envuelve el cielo, envuelve las rocas de la Punta

El paisaje se ha tornado suave, dulce y moreno, como carne de cholo. Tiene la dejadez, la impresión, el ritmo de alguien que se muere de hambre. Que ni siquiera puede pedir.

La playa está sola. Pero allá, cerca de la Punta, se divisan dos siluetas, dos cotonas que se agitan a la orilla del mar. Conversan dos cholos:

- Qué será, pues, de La Beldaca?
- Yo ni sé. Se ha de haber hundido. Tiempísimo hace que salió.
- Ajá.
- Y como don Jesús estaba tan viejo…
- No seas bruto, vos. Don Jesús Parrales sí que era un hombre.

El mar canta. El mar ruge. Acompasadamente. Acompasadamente. Deben estar alegres y fuertes los caracoles esta noche.

El viento ulula como nunca. Se extiende por las aguas y va gritando más. Y va dejando una huella en el polvo. Una huella en las olas. Una huella en las carnes que se encogen.

Es porque al viento lo parió la pampa y se va corriendo a morir en el mar.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN 1935

173: